

Joshua

(Joseph F. Girzone)

*"Había una vez un carpintero, joven, dulce y sabio...
que trajo una paz revolucionaria al mundo."*

CAPÍTULO 1

Era una tarde presidida por la calma y el bochorno. La gente de Auburn se iba reuniendo en la tienda de Sanders en busca de noticias y chismes. El ambiente de los últimos días, pesado y caluroso, parecía presagiar tormenta. Era uno de esos días que exacerbaban los nervios, en los que los mosquitos y moscas invaden la ciudad desde los bosques cercanos e importunan a todo el mundo.

Los hermanos Persini habían suspendido la colocación de cañerías por ese día; las lluvias recientes habían empapado la tierra. ¿Por qué perder el tiempo trabajando en el barro? Ya habían abandonado el trabajo y caminaban hacia la tienda de Sanders cuando se encontraron con Pat Zumber, que también se había tomado la tarde libre,

Pat los saludó con su acostumbrada y ruda familiaridad:

-¿Por qué demonios no estáis ya trabajando? ¿Cuándo vais a terminar esa cañería para que podamos fregar los platos? Las mujeres están furiosas con esta tardanza.

-Cálmate, Pat, hoy hace demasiado calor para trabajar. Tú también has abandonado el trabajo, ¿no?, y eso que todo lo que haces es estar sentado en un tractor. Deberías pasar unas horas en esa zanja de fango y entonces tendrías de qué quejarte -dijo Tony, el grande.

Nunca le aguantaba mucho la broma a Pat. Y ése no era día para chanzas. Hacía demasiado calor y todos estaban irritables.

Los tablones de madera de la acera resonaban con estruendo bajo las pesadas botas de trabajo de los hombres, y éstos recibían con agrado el ruido, como un elemento que realizaba su orgullo. Pat fue el primero en llegar a la tienda de Sanders. Abrió la chirriante puerta de alambre, hizo entrar a los otros y luego los siguió, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras él. El ruido sobresaltó a Katherine Sanders, que limpiaba el mostrador.

-¿De vuelta otra vez? Creía que ya me había liberado de vosotros -dijo, sin interrumpir sus quehaceres.

-Hoy hace demasiado calor para trabajar -observó Ernie con indiferencia-. Tendría que haber ido a pescar, como quería.

-¿Y a quién le importa tu pesca? -le replicó Katherine-. Será mejor que termines esa cañería para que podamos limpiar todo esto.

En ese momento George Sanders salió de la trastienda. Era un hombre de modales apacibles que acababa de jubilarse en el departamento de obras públicas del condado, donde

había trabajado los últimos treinta años. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la tienda, aunque su esposa, Katherine, la había administrado con eficiencia durante años sin su ayuda.

No era una simple tienda, ni tampoco aquellas personas eran meros clientes. Eran amigos desde la infancia y se conocían como si fueran hermanos. Entre ellos casi no había secretos. Sabían todo lo que se podía saber de cada uno y seguían siendo amigos pese a ello.

La tienda era el lugar habitual de reunión cuando no había otra cosa que hacer y, pese a que el pequeño mostrador no era muy cómodo, los hombres se contentaban con quedarse de pie y beber un café o comer unos bocadillos. Las bromas y las pullas inofensivas, en las que eran expertos, eran moneda corriente.

El tema de conversación del día en la ciudad era un tipo nuevo que vivía en la vieja cabaña de las afueras. Nadie sabía gran cosa de él salvo su nombre, Joshua, y que era un hombre sencillo. Se mantenía muy apartado, actitud que estimulaba la curiosidad de todos. Una o dos veces por semana recorría la calle hasta el almacén y compraba comida y otras cosas que necesitaba. No era especialmente tímido, aunque no hablaba mucho. Hacía lo que tenía que hacer y saludaba con una sonrisa a todo aquel que encontraba en su camino. Vestía con sencillez: llevaba pantalones caqui y una sencilla camisa holgada, de un tono marrón más claro que los pantalones, remetida en la cintura y sin abotonar en el cuello. En lugar de un cinturón de cuero usaba uno de cordel cuidadosamente trenzado, como una soga plana, de casi cuatro centímetros de ancho, acabada en un lazo y grandes nudos que se enlazaban al frente.

Joshua parecía alto porque era delgado y atlético. Cuando gesticulaba, era agradable verle las manos, largas y elegantes, acostumbradas al trabajo duro. Su rostro era delgado pero de rasgos fuertes, rudos. Los ojos, de un verde azulado, impresionaban por el profundo sentimiento que dejaban traslucir. Cuando miraba a una persona, ésta sentía que miraba dentro del alma.

En su mirada no había, sin embargo, un asomo de crítica. Estaba impregnada de compasión, como si dijera: «Lo sé todo de ti y lo comprendo.» El pelo color nogal era tupido y ondulado; debía de llevar tiempo sin cortárselo, porque le cubría las orejas y el cuello.

Joshua era objeto de intensa curiosidad porque nadie sabía nada acerca de él y no había tampoco manera de enterarse. No parecía tener familia. Nadie sabía que tuviera un trabajo y sin embargo no aparentaba ser tan rico como para vivir sin trabajar. Según el cartero, no recibía cheques por dividendos ni de seguridad social, ni de pensión, ni tampoco correspondencia oficial. ¿De qué vivía? Esto era lo que desconcertaba a todos. Cada vez que acudía a la ciudad a surtirse de comida, compraba poco: un pan entero, pescado fresco, cuando había, algún pedazo de pollo, una hamburguesa recién picada, algunas latas de sardinas, frutas y verduras frescas. Raramente variaba y siempre era parco en sus compras.

Al salir del mercado solía cruzar la calzada hasta la tienda de bebidas, donde compraba cuatro o cinco litros de vino de mesa. Luego, con los brazos cargados de provisiones, caminaba de vuelta a su cabaña.

Pero todo esto revelaba poco del hombre, salvo que era ordenado en sus horarios, constante en su dieta y bastante disciplinado. El resto seguía siendo un misterio.

Vivía en una cabaña pequeña de no más de tres habitaciones: cocina, cuarto de estar y dormitorio. Había un cuarto en la parte de atrás, separado de la casa, que Joshua usaba como taller. Delante de la cabaña, cerca de la calle, había un buzón de factura casera. No existía nada parecido en ninguna parte. Estaba hecho de madera e imitaba una lancha de pescar antigua, armada de tal modo que la quilla se sacaba como un cajón para poner las cartas. Por un costado colgaba una red para recibir paquetes pequeños.

La casa estaba rodeada por una cerca de estacas blancas, interrumpida por una puerta en el medio. Joshua había retirado secciones de la cerca posterior a la casa, de modo que el patio del fondo se abría a una pradera perteneciente a la granja vecina en la que pastaban ovejas y vacas.

Joshua no tenía que cortar su césped: alguna que otra oveja distraída entraba regularmente y lo cortaba por él, dejando sólo matas de flores silvestres aquí y allá que creaban un marco natural y atractivo.

Éstos eran los pocos datos visibles que la gente de la ciudad conocía acerca de Joshua: justo lo necesario para despertar una gran curiosidad por saber más.

Fue George quien trajo a colación el tema de Joshua.

-El tipo nuevo de la casita de la pradera ha estado aquí justo antes de que vinierais. Katherine se pone nerviosa cada vez que entra a tomar un café. Creo que está enamorada de él -apostilló George con una carcajada.

-No es cierto -replicó Katherine, furiosa-. Lo que ocurre es que me pone nerviosa cuando anda por aquí. No es como la otra gente, y no sé qué decir cuando trato de hablar con él. Y a George le pasa lo mismo. Lo mira como un bobo. -George se echó a reír sin darse por ofendido.

-En realidad, cuando uno llega a conocerlo es un hombre simpático. Y además no es tonto -siguió diciendo George-. Le pregunté qué pensaba sobre la invasión del Líbano por los israelitas, y me contestó que todo el mundo tiene derecho a vivir en paz. Fue una respuesta astuta. Si uno lo piensa, no tomó partido por ninguno y al mismo tiempo se puso del lado de los dos países. Sabía que lo estaba sondeando y respondió con cortesía, pero no reveló lo que en realidad sentía.

En aquel momento Moe Sanders entró en la tienda.

-Y bien, muchachos, ¿cómo es que no habéis terminado con la cañería? Todos se preguntan dónde os habéis metido. He intentado haceros quedar bien, así que les he dicho que era probable que hubieseis ido a pescar. ¡Están furiosos! Dicen que no tienen agua corriente desde ayer por la tarde.

-Gracias por la ayuda -dijo Tony Persini-. Hemos estado trabajando en la zanja toda la mañana y no hemos podido hacer nada con todo ese fango. El caño está roto en seis lugares distintos. Si la bomba funciona y no llueve, quizá podamos terminarlo esta noche.

Cambiando de tema, Moe comentó que acababa de toparse con ese hombre nuevo, Joshua.

-Salía de la bodega y volvía a su casa. Me he acercado a él y he entablado conversación y, la verdad, no es una mala persona. Además tiene sentido del humor. Quería saber quién es ese regordete de boca grande. Le he dicho que debía de referirse a Pat.

-No habrá dicho eso -interrumpió Pat-. Ni siquiera sabe quién soy.

-En realidad no ha usado estas mismas palabras -admitió Moe-, pero por la descripción, sólo podía tratarse de ti. La verdad es que causas gran impresión en las personas que no te conocen. Y seguro que te ha visto cuando venía por la calle. Yo te he oído desde la esquina.

-Precisamente estábamos hablando de él antes de que entraras -señaló Tony-. George ha charlado un poco con él. Parece un hombre amigable.

Moe abundó en la misma opinión y agregó que Joshua hasta lo había invitado a ir a su casa cuando estuviera libre, diciéndole que también llevara a sus amigos.

-Le he preguntado dónde trabajaba, y me ha dicho que sólo repara cosas para la gente, cosas de madera y accesorios de la casa. No le proporciona una entrada grande, justo lo necesario para pagar las cuentas. De todos modos no necesita mucho, dice.

-¡Vaya, qué manera de vivir! Ojalá mi vida fuera tan simple -dijo Ernie.

-Me parece que va a llover -observó George, que había estado mirando por la ventana.

Ernie se volvió a mirar también afuera.

-Bueno, no vamos a poder arreglar ese caño. Hasta mañana. -Se despidió, encaminándose a la puerta.

Los otros lo siguieron, uno tras otro. Katherine recogió las tazas y limpió el mostrador mientras la puerta se cerraba de un golpetazo, con su característico chirrido.

La calle principal estaba tranquila. Todos habían vuelto a sus casas escapando a la tormenta inminente. En la ancha calzada sólo había algunos coches y camionetas.

Auburn era una ciudad antigua, construida a fines del siglo XVIII, oculta en las estribaciones de las montañas que se prolongaban en la lejanía. El pueblo, con sus campos y caseríos circundantes, había mantenido una identidad propia. Sus seis iglesias daban testimonio de los variados credos de sus habitantes; los nombres de los buzones eran un reflejo gráfico de la amplia variedad de nacionalidades de origen, y las casas y tiendas antiguas componían un marco evocador de la vida que en él se había desarrollado dos siglos antes.

La gente era cálida y cordial, una vez que se la conocía. Al estar apartado de las vías principales de carretera, el pueblo quedaba aislado y protegido de la corriente de cambio que predominaba en la gran ciudad. La gente era más fiel a las viejas costumbres y el cambio se producía despacio, cuando se producía.

CAPÍTULO 2

Las lluvias llegaron con saña y furia, y finalmente cedieron, permitiendo que los Persini terminaran su trabajo. Fue un gran alivio ver salir el sol y disfrutar de un cielo azul, tras haber permanecido bajo una densa y plomiza capa de nubes. Todavía se experimentaba una sensación de humedad en los huesos porque las lluvias continuadas habían empapado el suelo, pero hacía calor y ya se olía el verano. Los pájaros comenzaron a cantar y en los jardines despuntaban las flores. El dulce aroma de las lilas invadió toda la ciudad causando deleite en algunos y ataques de asma en otros. Los clientes que llegaban a la tienda de Sanders se veían alegres como colegiales que se han librado de ir a clase.

Hasta Charlie, el irritable cartero, estaba de buen humor, y un día reunió el valor para llamar a la puerta de Joshua con el pretexto de preguntarle qué debía hacer si tenía que entregarle algún paquete grande. La extrema cordialidad de Joshua cogió desprevenido a Charlie. Incluso lo invitó a entrar para almorzar con él, con lo que Charlie se olvidó del motivo de su visita. Y aunque iba en contra del reglamento, no pudo resistirse: aceptó la invitación de Joshua y entró en la casa tras su anfitrión. Una vez dentro, observó todo lo que había a la vista, catalogándolo y atesorándolo en su memoria para contarlo con todo lujo de detalles a los amigos en la tienda de Sanders. Lo que Charlie llegó realmente a ver no fue mucho. No obstante, la misma sencillez del mobiliario era ya digna de ser descrita y, con el aderezo de la viva imaginación de Charlie, daría mucho de sí. Charlie apenas disimulaba su alegría por lo que había logrado.

Se dirigieron a la cocina, atravesando el pequeño vestíbulo y la sala de estar. Era una cocina sencilla. Lo primero que llamaba la atención era la mesa de madera cuadrada, de factura artesanal, situada frente a la ventana. Era sólida y fuerte, con un tablero de madera de tres centímetros de espesor. Las tres sillas que rodeaban la mesa también estaban hechas a mano, y si bien carecían de toda sofisticación, eran resistentes y expresaban la personalidad de quien las había hecho. Era evidente que la silla que más se usaba era la que quedaba frente a la ventana, porque estaba separada de la mesa, mientras que las otras permanecían cuidadosamente ubicadas en su lugar; de una colgaba una toalla y de otra una soga. Frente a la mesa, el ventanal ofrecía una vista que se dilatava sobre la extensa pradera hasta donde alcanzaba la vista.

Joshua apartó una silla y se la ofreció a Charlie. Éste se sentó y siguió mirándolo todo, para gran

diversión de Joshua, a quien no se le escapaba la concienzuda inspección de su invitado.

-¿Le apetece un plato de sopa? -preguntó Joshua-. Estaba a punto de comer y me gustaría que me acompañara.

A Charlie le impresionó esta familiaridad en alguien que era casi un extraño.

-No, bueno, sí. Yo creo que sí -tartamudeó Charlie, mientras se frotaba el mentón y la mejilla con la palma de la mano.

El aroma a sopa de pollo recién hecha llenó la cocina. Joshua tomó el pan que había quedado sobre el poyo, cortó dos rebanadas gruesas con un sólido cuchillo de carnicero y las dispuso directamente sobre la mesa. Sirvió la sopa en dos pesados tazones de cerámica, tomó la jarra de vino y lo sirvió en dos vasos para agua. Nada acostumbrado a reprimir su curiosidad, Charlie preguntó bruscamente:

-¿Cómo es que tenía todo preparado? ¿Esperaba a alguien?

-Tenía el presentimiento de que alguien iba a venir -contestó Joshua con una risita-. Por eso puse algo más, por si acaso.

-Es fantástico -comentó Charlie, desconcertado mientras sorbía la sopa-. No se da tono ni se porta como un excéntrico, y en todos provoca curiosidad. ¿Le molestaría si trajera algunos amigos para visitarlo algún día? Le gustarían; son gente cabal. Están relacionados prácticamente con toda la gente de la ciudad; si usted les resulta simpático, será uno de nosotros, si es que le interesa.

-Me gustaría muchísimo -dijo Joshua con una sonrisa de agradecimiento.

Luego tomó un trozo de pan mientras Charlie lo observaba, lo partió en dos y ofreció un pedazo al cartero. «¡Qué cosa más rara!», se dijo éste, sorprendido. Un perfecto desconocido que ofrece un trozo de su propio pan como si fuera un amigo de años. Un poco incómodo ante la intimidad del gesto, Charlie tomó el pan.

-Gracias, Josh -dijo espontáneamente, como si Joshua le hubiese dado un billete de cien dólares.

-¿Te gusta ser cartero, Charlie? -preguntó Joshua.

-En general, sí. La paga es buena pero los jefes son inaguantables. Siempre están encima de uno por una cosa u otra.

-Pero haces feliz a mucha gente, y eso es algo maravilloso. Es más de lo que puede decirse de la mayoría de los trabajos.

-Por cierto, Josh, en la ciudad todos se preguntan qué haces para ganarte la vida. ¿Trabajas?

-Por supuesto que trabajo. ¿Cómo crees que me arreglo para comer?

-¿Que haces ? -preguntó Charlie.

-Hago cosas para la gente y reparo objetos de madera como sillas rotas y otros artículos del hogar. A veces hago juguetes para los niños, nada importante, sólo cosas pequeñas. A las criaturas les gustan las cosas simples, ¿sabes?

-¿Cobras mucho? -preguntó Charlie sin recato.

Joshua sonrió ante su simpleza.

-No mucho, sólo lo necesario para comprar un poco de comida o pagar las cuentas.

-Quizá te pida que hagas algo para mí uno de estos días. ¿Dónde está tu taller?

-En el fondo. No es gran cosa. Como lo hago todo a mano, no necesito mucho espacio.

Joshua se puso de pie y le preguntó a Charlie si le gustaría ver su taller. ¿Que si le gustaría? Se moría de ganas de verlo. ¡Qué primicia para contar a los amigos!

El taller, en cuya pared se alineaban en perfecto orden, colgadas de la pared, las herramientas, era efectivamente sencillo. Los escoplos estaban colocados en ranuras, de mayor a menor. En el fondo de la habitación había un banco de carpintero ubicado bajo una amplia ventana que miraba hacia el campo. El sol entraba a raudales por ella, proporcionando la luz necesaria para trabajar. Sobre el banco se veían dos o tres objetos a medio terminar: uno parecía una rueda de madera para un cochecito de juguete, el otro la caja de un reloj antiguo. Junto a ellos había un martillo, un escoplo y un serrucho pequeño. Pese a la simplicidad de las herramientas, las obras con ellas realizadas destacaban por su precisión y originalidad. El propio Charlie reparó en ello, admirado más por la capacidad de hacer esos objetos con herramientas tan rudimentarias que por la calidad artística de éstos. Aunque distaba mucho de ser un especialista en arte, Charlie quedó realmente impresionado. Por otra parte tenía ya más que suficiente información para llevar a la tienda. Empezaba a sentir impaciencia por marcharse, no sólo porque había logrado su propósito, sino también porque temía que alguien se quejara de haber recibido la correspondencia con demora.

Joshua, que intuyó su inquietud, comenzó a dirigirse a la salida.

-Ha sido estupendo el almuerzo -dijo Charlie al estrechar la mano de Joshua. Le agradeció su hospitalidad y cruzó el césped hasta su Jeep.

-Por cierto, Charlie -le gritó Joshua cuando subía al vehículo-, si alguna vez me envían algo grande, puedes dejarlo aquí en la entrada. Ahí estará seguro.

Charlie se rascó la cabeza confundido. No recordaba habérselo preguntado a Joshua, aunque ése había sido su propósito inicial. Agitó la mano para saludar, subió al Jeep y se fue. Joshua lo observó, sonrió y luego volvió a su casa.

Charlie estaba ansioso por llegar a la tienda de Sanders. Cuando entró con la correspondencia era la hora de almorzar, tal como había previsto. Todo el grupo estaba allí: Moe, George y Katherine, y también los hermanos Persini y Pat Zumber, el fornido personaje cuyo potente vozarrón podía oírse de un extremo al otro del pueblo. Además estaba Herm Ainutti y algunos más, un grupo tremendo pero jovial, de buen corazón y sumamente leales entre sí.

Cuando Charlie apareció en la entrada, su silueta llenó todo el espacio. Era un hombre grande. Tenía el rostro arrebatado, como de costumbre, con algunas hebras de pelo cano desmadejadas sobre la frente. Tenía pies sorprendentemente grandes que apuntaban hacia fuera cuando caminaba. A Charlie le gustaba intrigar a sus amigos, y esta vez sabía que todos esperaban que les contara lo que sabía. Estaban enterados de que había ido a la casa de Joshua, ya que Pat había visto su Jeep delante de la casa. Su expresión delataba que estaba ansioso por referirles la visita, pero como nadie le tiraba de la lengua, al final resolvió intentar introducir él mismo el tema.

-¿ Ha ocurrido algo interesante hoy?

-Nada -contestó George-. Todos están cansados de divertirse durante el fin de semana.

-¿Sabes que Pat ha ganado el doble del día? -terció Herm.

-No -dijo Charlie-. ¿Cuánto ha tocado? -Ciento cuarenta y cinco dólares -le respondió Herm.

-La verdad, has tenido suerte. ¿Cuándo nos invitas a comer? -preguntó Charlie a Pat.

-El martes, aquí mismo. Así que os quiero a todos aquí -dijo Pat con fingida generosidad.

Los demás sabían que el martes siguiente era festivo y el local estaría cerrado.

Por fin Katherine, sin darse cuenta, le dio a Charlie la excusa que necesitaba.

-¿Qué vas a almorzar, Charlie?

-Ya he comido -les soltó Charlie-. Joshua, el vecino nuevo, me invitó a comer con él. Lo he pasado muy bien. Deberíais ver la casa por dentro. Es fascinante.

Indudablemente, todos sentían curiosidad, de modo que la andanada de preguntas no se hizo esperar. Katherine preguntó por los muebles, Moe por el taller y Herm se interesó por lo que habían comido. Charlie les contó todo con pelos y señales. Parecía que él y Joshua eran amigos íntimos. Les dijo que todos estaban invitados a ir cuando quisieran. Les confirmó que Joshua era un hombre muy simpático y que no desentonaría lo más mínimo en el pequeño club.

Esta revelación entronó a Charlie a la condición de héroe durante días. Había roto el hielo con Joshua, de manera que la puerta estaba abierta y todos podían visitarlo y conocerlo.

CAPÍTULO 3

Auburn parecía inmune a la agitación y confusión social que aqueja hoy en día a la sociedad. Era una localidad apacible, donde la gente vivía con sencillez. Todos eran propietarios de las casas en que vivían, que, pese a ser modestas, les proporcionaban seguridad. Las crisis económicas se dejaban sentir poco en Auburn. Sus habitantes estaban bien protegidos frente a los problemas que preocupan a otra gente. Entre las noticias más excitantes de la ciudad ocupaban un lugar destacado los cambios que tenían lugar en las diversas iglesias.

Había seis iglesias: la metodista, con un pastor cálido y afable, el reverendo Joe Engman; la presbiteriana, que tenía por ministro a una persona muy correcta; la episcopal, cuyo pastor era un actor nato; la luterana, con un pastor estricto y engreído; la bautista, cuyo pastor era un hombre sencillo pero simpático, y la católica, con su párroco reservado e inflexible.

Los importantes cambios ocurridos en el seno de la Iglesia católica habían tenido una gran repercusión en la comunidad. A raíz de ellos, ésta se había visto liberada de las anticuadas costumbres y tradiciones que la habían atenazado durante generaciones, y también de los prejuicios que de una u otra manera habían enturbiado las relaciones sociales de todos. Como es habitual, la gente mostraba una mayor disposición a aceptar los cambios que el clero. El clero pierde seguridad cuando se habla de cambios. Parecen muy decididos a aceptar cambios en las ceremonias, que en el fondo no tienen incidencia alguna en la vida pública de las personas, pero cuando se trata de cosas que alteran el estilo de vida y las relaciones de la gente con otras religiones, a menudo se ponen nerviosos.

Al amparo de la supuesta tendencia ecuménica que todos compartían, los distintos cleros se reunían ocasionalmente: organizaban un par de veces al año servicios en los que se congregaban fieles de diversas confesiones y hasta se encontraban una vez al mes para tomar café con pastas

y charlar sobre todo tipo de temas intrascendentes. Pero cuando un miembro de una congregación concurría a otro templo los demás se indignaban mucho, y se tomaban como una ofensa personal que alguien pensara que otra iglesia podía ofrecerle más que la propia. Lo cierto era que al clero le inquietaba que sus fieles se codearan demasiado, aun fuera del marco religioso, con miembros de otras confesiones. El ecumenismo era pues más cuestión de apariencia que un verdadero afán de unir a la gente.

Pese a que la población de Auburn era muy cordial, los habitantes constituían, por tradición familiar, grupos claramente delimitados y sabían exactamente a cuál pertenecían. Con los años, de vez en cuando surgían profundas amistades individuales que iban mucho más allá de la coincidencia de religión, como era el caso del grupo que se reunía en la tienda de Sanders. Todos eran de nacionalidad y creencias distintas y componían un verdadero movimiento ecuménico, aunque la religión no ocupaba un lugar predominante en sus intereses.

Dado el tupido entramado de relaciones vigente en el pueblo, era muy difícil que un forastero lograra llegar a formar parte de un grupo. Además, se consideraba forastero a todo aquel que llevaba menos de quince años viviendo allí.

En Auburn las amistades nacían durante la infancia. Se crecía junto con los amigos.

El que Joshua viviera en una cabaña de las afueras de la población no era un mero hecho geográfico. Era un símbolo de su lugar en la comunidad: fuera. Era el foco de la atención de todos y su soledad intensificaba la curiosidad de la gente. La insólita intrusión de Charlie en su intimidad había sido una expresión de la curiosidad que sentía la gente ante ese pacífico individuo. La mayoría de los recién llegados a una ciudad realizan esfuerzos desesperados para ser aceptados, pero en el caso de Joshua daba la impresión de que aquello le tenía sin cuidado. Era la comidilla del pueblo precisamente porque no podían llegar a conocerlo.

Una vez tendido el primer puente, sin embargo, la situación experimentaría seguramente un cambio radical. La invitación generalizada lanzada por Joshua hacía prever un auténtico desfile de visitantes en los próximos días.

Herm Ainutti fue el primero. El clima era agradable y la gente volvía a pasear por la ciudad charlando con los vecinos. Joshua pasaba muchos ratos trabajando en el huerto que tenía detrás de la casa. Herm había ido a la bodega a comprar su botella de «medicina», que necesitaba para el corazón. Dado el camino que eligió, tenía que pasar por fuerza frente a la casa de Joshua, aunque podía haberse ahorrado tres calles yendo por otro lado. Cuando Herm comenzó a hablarle, Joshua dejó la azada en el suelo y se aproximó a la cerca. Siempre estaba dispuesto a interrumpir lo que hacía y dedicar unos minutos a alternar con los demás. Casi parecía que eso fuera lo que realmente le interesaba.

Herm era un hombre cordial. Tenía una pequeña imprenta, en la que desde su jubilación trabajaba casi exclusivamente para sus amigos. Joshua le había resultado simpático desde que lo vio la primera vez. Al igual que los demás, sentía una gran curiosidad por el recién llegado, y le intrigaba el trasfondo que pudiera tener su vida. Le preguntó a Joshua por su huerto y, como Joshua estaba bastante orgulloso de él, invito a entrar al visitante para que le echara una ojeada. No era gran cosa, dijo Joshua, justo lo necesario para cultivar algunas verduras para el verano.

A Herm lo sorprendió el orden que reinaba allí: una superficie de poco más de treinta y cinco metros cuadrados, donde las plantas crecían distribuidas en hileras de precisión matemática. Era una obra de arte, con primorosos surcos cavados entre cada hilera para el drenaje y la aireación. Había filas de tomateras y diversas variedades de lechuga. Había remolacha, rábanos, pimientos y algunos pepinos. También tenía cebollas, pero dispuestas de una manera peculiar, en el borde del huerto, en dos hileras muy juntas. Más allá de las cebollas se veía una hilera de caléndulas miniatura. Herm quedó fascinado.

-¿Por qué ha puesto las flores y las cebollas de esa manera? -preguntó.

-Como protección -contestó Joshua-. A los conejos no les gustan las caléndulas y a las ovejas no les gustan las cebollas y, aunque a mí me gustan mucho los conejos y las ovejas, no quiero que se me coman las verduras.

-Muy astuto -observó Herm con una sonrisa-. Veo que todas las plantas que tiene dan fruto a principios de verano y en otoño mueren. ¿Por qué no sembró legumbres hasta el final de la estación? Joshua le lanzó una mirada que pareció penetrar en él y llegar al fondo de su ser mientras respondía con sencillez:

-Bueno, quizás esté ocupado entonces, haciendo otras cosas, y no quiero desperdiciar la comida. Es un don de Dios.

Joshua también le dijo a Herm que podía ir a coger verduras de su huerto aunque él no estuviese en la casa. Herm agradeció encantado ese ofrecimiento. Luego se despidió y se dirigió a la salida. Joshua lo acompañó. Fue un gesto agradable, que el cartero también había apreciado. Joshua parecía extraordinariamente cortés, a pesar de la notable fuerza y virilidad que aparentaba. Los pequeños gestos como ése creaban en sus visitantes la impresión de que eran realmente importantes para él. Les hacía sentirse bien, como si le produjera un auténtico placer el que fueran a verlo, aunque llegaran de manera intempestiva y sin previo aviso.

Con el correr de los días la gente fue conociendo a Joshua y éste cada vez disponía de menos tiempo para estar solo. A todos les gustaba visitarlo y disfrutaban escuchándole. Era un buen conversador que no se centraba en cosas triviales, sino en los fenómenos que observaba a lo largo del día: cosas interesantes de la vida de la gente, o cosas fascinantes que observaba en la naturaleza, detalles que los demás, absortos en sus quehaceres, no alcanzaban a ver. Cada vez eran más las personas que iban a confiarle sus problemas. Joshua demostró poseer una profunda percepción de la naturaleza humana, y a los que seguían sus consejos les solía ir bien. Puesto que la mayoría de los problemas vienen generados por las mismas personas que los padecen, a menudo hallaban la clave de la solución al conseguir que cada cual profundizara en el conocimiento de sí mismo. Joshua hacía su trabajo entre visita y visita. Como trabajaba deprisa, no necesitaba demasiado tiempo para atender sus tareas. La mayoría de sus trabajos eran simples, así que no requerían ni gran imaginación ni preparación. Aun cuando estuviera ocupado, nunca desdeñaba sentarse a conversar cuando alguien iba a verlo. Su felicidad y temperamento agradable parecían atraer a la gente, y su buen ánimo era contagioso. Al marcharse, los visitantes solían experimentar una profunda sensación de paz y un renovado entusiasmo por la vida. El concepto que Joshua tenía de la vida era tan simple, y tan sana su rara comprensión de los objetivos y metas de la existencia, que la gente lo dejaba liberada y contenta, hasta que su propia inercia individual les llevaba a caer en los mismos errores.

A Joshua, no obstante, le fatigaba dar tanto de sí mismo, y cuando llegaba la noche necesitaba estar solo para reponer energías.

En esa ocasión miró afuera, hacia las colinas que se erguían en la distancia, más allá del valle. Tras ellas, a través de la leve bruma, alcanzaba a ver los techos de los altos edificios de la ciudad vecina. «Todo esto te daré, si te postras y me adoras», pasó por su memoria como si fuera sólo ayer. Se sumió en recuerdos, trazando con la mente un recorrido de siglos. Los edificios cambian, la arquitectura también, la vestimenta varía con el vaivén de la moda (aunque las mujeres todavía conservan la afición de llevar pieles de animales), las maneras de viajar son más sofisticadas, las herramientas evolucionan y se convierten en máquinas complejas y en robots, pero el hombre aprende poco de las lecciones del pasado. A pesar de todos los conocimientos reunidos a lo largo de los años, la gente todavía tiende a aprender de su propia y limitada experiencia, y así sus reacciones ante la vida siguen siendo tan primitivas como las de quienes le precedieron hace mil años. ¿Puede cambiar el hombre? Tiene recuerdos sólo desde su infancia. No posee recuerdos de las cosas que lo precedieron y sin embargo es la memoria la que condiciona y da forma a las reacciones frente a la vida y determina las pautas del crecimiento interior. ¿Está el hombre definitivamente condenado a inventar una tecnología cada vez más compleja pero sin llegar a una madurez que le permita entender y controlar sus propios inventos?

Joshua permaneció largo rato pensando, reflexionando de tanto en tanto en el lugar que él mismo ocupaba en el vasto plan que su Padre había trazado desde el principio para él y para todo el complejo curso en el que se desarrollaba la humanidad. Siempre optimista, siempre positivo,

siempre comprensivo y paciente ante lo que había de suceder, Joshua conservaba una actitud simple y feliz frente a la vida, con la mirada puesta en metas lejanas y no en satisfacciones momentáneas e inmediatas, convencido de que, a pesar de las apariencias, la voluntad de su Padre acabaría triunfando.

Lo distrajo el graznido de un cuervo posado en una rama. Todo estaba en calma, envuelto en una absoluta quietud. Mientras las sombras se acentuaban más allá del campo, Joshua sintió una punzada de soledad. A pesar de su fortaleza, su serenidad y su gusto por la soledad, a veces comprendía con desgarró cuán diferente era su vida y lo alejado que estaba de la intimidad de las vidas de otras personas. Los demás acudían a él, gozaban con su compañía y obtenían inspiración y energía de su fuente de sabiduría y fuerza aparentemente inagotable, pero lo dejaban y volvían a su propio mundo de familia, amigos y relaciones locales. Estaba muy solo, y en estos momentos comprendía lo malsana que es la soledad. No formaba parte de la vida de los demás. Aunque reconocía que no podía ser de otro modo y no se sentía desgraciado por ello, no ignoraba que la vida seguía a su alrededor y él era siempre el extraño. Siempre había sido así, y esta vez no era diferente. Estaba aquí con un objetivo, un objetivo claro y cuidadosamente delineado por su Padre. En tales designios no entraba su incorporación a la intimidad de la gente, pues ello habría sido un impedimento para el fácil maniobrar que debía ser la base de su vida.

Sobre el banco del taller había una bellísima talla. Representaba un pájaro, pero como no estaba pintada, era difícil discernir si se trataba de un gorrión o un pinzón. Era tal su perfección que parecía real, e incluso transmitía una sensación de suavidad de tacto.

Tomó un trozo grande de madera de unos treinta centímetros y medio de largo y catorce de ancho. Era un pedazo casi perfecto de madera de cerezo. Lo apoyó sobre el banco bajo la luz fluorescente, tomó el martillo y el escoplo grande, y comenzó a trabajar con movimientos rápidos y seguros. Primero talló las esquinas superiores, y poco a poco fue bajando por los costados. Al cabo de una media hora comenzó a surgir la silueta de un pie de lámpara. A la gente le fascinaban, por lo visto, las originales lámparas que Joshua tallaba en madera, y todos los días recibía nuevos pedidos que llegaban dirigidos simplemente a:

Joshua
Mountain Road
Auburn

Sin Estado, sin código, nada más. El cartero ya sabía quién era el destinatario. Los objetos que Joshua realizaba eran muy baratos: quince dólares por un pie de lámpara, dos dólares por reparar la pata de una silla, veinte dólares por una silla de jardín. Los pájaros los hacía gratis. Los niños se los pedían y él los complacía encantado. Algunos descansaban, con la cabeza metida bajo el ala; otros extendían las alas como si se estuvieran posando; muchos erguían la cabeza como si gorjearan; cada uno era diferente y todos sin excepción eran perfectos.

Joshua no trabajaba hasta tarde. Poco después de ponerse el sol, guardaba las herramientas, ordenaba el taller y se iba a la cama.

Antes de acostarse ejecutaba un ritual. Se arrodillaba al lado de la cama y hablaba durante un larguísimo rato con Dios, a veces en silencio, a veces en voz alta. Cuando rezaba de este modo, sus oraciones podían prologarse hasta muy entrada la noche. Rara vez cambiaba de posición, aunque en ocasiones levantaba las manos como en una súplica. La mayor parte del tiempo sus manos descansaban sobre la cama, relajadas, apoyadas una sobre otra, mientras con cara apacible y los ojos abiertos miraba la oscuridad como si viera algo que nadie más conseguía ver.

Para él Dios no era un mero fantasma que los humanos inventan para revestirlo de los productos de su imaginación, sino un ser real, presente, que respondía a cada pensamiento y ruego. Tampoco era la oración una tarea rutinaria para Joshua. Era como si gozara de un diálogo con un amigo querido, con alguien a quien amaba con intensidad, que estaba comprometido íntimamente con su vida, que controlaba circunstancias y tomaba decisiones, aun decisiones con las que Joshua a veces estaba en total desacuerdo. Era casi como si él y Dios planificaran juntos los pormenores del día siguiente.

Cuando terminaba de rezar, siempre estaba cansado, y esa noche no fue distinta. Se arrodilló, habló con Dios, se deslizó dentro de la cama y durmió apaciblemente toda la noche.

Al día siguiente se despertó al alba, con los primeros trinos de los pájaros. Se sentó, se despezó y bostezó de manera ruidosa y satisfactoria; luego se levantó, se lavó y fue a la cocina para preparar el desayuno. Como desayuno comía una naranja, un trozo de pan, que freía en grasa de tocino, y una taza de café. Últimamente, a medida que iba conociendo a más gente, bebía sólo una taza de café. Luego, más tarde, a las siete, cuando la cafetería abría, tomaba el desayuno allí con algunos de los hombres. En esas ocasiones el desayuno era más sustancioso y consistía en huevos con tocino o salchichas, que eran al parecer sus platos favoritos. Se llevaba bien con los hombres, pese a su talante tranquilo y reservado. Mary, la dueña de la cafetería, siempre lo atendía personalmente y le fastidiaba que alguna de las camareras se le adelantara. Él parecía advertir lo mucho que trabajaban las jóvenes, y con su modo de ser tranquilo, cuando nadie prestaba atención, las felicitaba por lo bien que cocinaban y por su cordial hospitalidad. Había un par de chicas bulliciosas pero bonachonas, que hacían reír a Joshua con sus comentarios. Aun cuando éstos eran a veces subidos de tono, sonreía porque sabía que no había en ellos mala intención. Joshua no era ningún mojigato. Disfrutaba de verdad con la gente y se sentía cómodo con las animadas bromas y los modales toscos y populares de esa gente. Nada podría cambiarlos, pero bajo la superficie había una ternura y una bondad que compensaban una multitud de pecados. Le gustaban, y ellos lo sabían y le correspondían.

Esa mañana, en cambio, Joshua comió en su casa. Le esperaba un día de intenso trabajo, ya que tenía un número de pedidos mayor del habitual. La gente pasaría a recoger sus piezas y él quería tenerlas preparadas. Después del desayuno se calzó las sandalias y salió.

La caminata lo llevó frente a la casa de Joe Langford. Mary, su mujer, que había visto a Joshua caminando por la calle, lo llamó para preguntarle si quería entrar a tomar café. Mary había hablado con Joshua alguna vez cuando él salía a dar sus paseos de mañana, pero ésa era la primera vez que había reunido el valor para invitarlo a entrar. Precisamente en ese momento llegaba Joe de vuelta a su casa para desayunar. Por lo general ordeñaba las vacas antes del desayuno, y así se le despertaba el apetito.

A Joe le inspiraba simpatía Joshua, y lo demostró con la amplia sonrisa que esbozó al verlo recorriendo la entrada de la casa.

-Siempre tan madrugador, veo -le gritó.

-Supongo -contestó, medio en broma, Joshua- que soy sólo un viejo granjero que prefiere estar en pie antes que desperdiciar durmiendo el momento más hermoso del día.

Los dos hombres se encontraron en los escalones de delante y Joe mantuvo la puerta abierta para que Joshua entrara primero.

La casa de Joe y Mary era un pintoresco edificio de ladrillo, que, aunque pequeño, bastaba para sus necesidades.

Mary, que tenía el desayuno preparado para Joe, invitó a Joshua a compartirlo con ellos.

-¿De dónde eres? -le preguntó Mary a Joshua.

-De Belén -respondió Joshua con sencillez. Dado que Belén era una ciudad cercana, a Mary y Joe no les pareció extraño.

-¿Qué te trajo aquí? -siguió preguntando Mary-. Auburn es un lugar bastante muerto, la verdad.

-Es apacible y la gente es cordial -señaló Joshua-. Soy un hombre sencillo y mis necesidades son modestas; me basta con lo poco que gano con mis tallas de madera.

-¿Qué clase de cosas haces? -quiso saber Mary.

-Lo que la gente quiera. El otro día hice una lámpara para una familia. Estoy haciendo pajaritos para unos chicos que vinieron a visitarme ayer.

-Cuando puedas tendrás que hacer algo para nosotros -sugirió Marv.

-Me gustaría. Gracias por el café -dijo Joshua al levantarse de la mesa-. Sois muy buenos vecinos.

-Serás bienvenido en todo momento -respondió Mary, mientras lo acompañaba hasta la puerta.

Joe y Joshua salieron juntos por la puerta de atrás y después de charlar un momento se fueron cada cual por su camino.

Joshua estuvo de vuelta en su casa en menos de un cuarto de hora. Todavía era temprano y, aunque se había detenido en la casa de los Langford, podía iniciar temprano su trabajo.

En las mañanas de sol, el taller era muy luminoso; la luz que entraba por la ventana lateral convertía la habitación en un agradable lugar de trabajo. Joshua tomó las herramientas y comenzó a trabajar en el pie de lámpara que había empezado la noche anterior. Trabajó con el escoplo centímetro a centímetro hasta las diez, hora en que terminó la talla. Entonces la sacó de la prensa y la apoyó para ver si la base estaba nivelada. Luego la cepilló un poco y volvió a dejarla. Estaba perfecta. A continuación tomó papel de lija fino y pulió cada detalle, tras pasar la venia de los dedos por toda la base, la apartó para ponerse a trabajar en otra pieza. No cabía duda de que Joshua estaba orgulloso de su obra. A las once y media había concluido su segundo trabajo del día.

El próximo trabajo era más exigente y, como además no tenía la madera que necesitaba para él, le obligó a ir hasta la serrería que había en el otro extremo de la ciudad. Salió de la casa sin preocuparse de cerrar la puerta.

En su camino encontró a un grupo de niños que jugaba en la acera frente a la tienda de golosinas.

-Hola, Joshua -le gritó una niña pecosita.

Los otros chicos se volvieron y, al ver que se trataba de Joshua, corrieron a tomarle las manos. Una niña rubia lo miró con admiración y le preguntó si había tallado va los pajaritos.

-Sí, todos están terminados -respondió él-. Si venís a casa por la tarde, os los daré.

Se oyó un grito unánime de alegría.

-Me muero de ganas de ver el mío -dijo una niña, entre las manifestaciones de entusiasmo de sus compañeros.

Joshua prosiguió su camino mientras los chiquillos reanudaban sus juegos. El sol estaba alto en el cielo y hacía calor. Joshua presentaba una cierta apostura, impregnada de rusticidad. Su tez se iba bronceando debido a su continua exposición al sol. Estaba algo despeinado y sobre su frente colgaban largas mechaz rizadas mientras caminaba con pasa enérgico y un leve balanceo de brazos. Su silueta apuesta y esbelta irradiaba una elegancia natural. Era un placer verlo caminar. No cabía duda de que era diferente. Al observarlo, uno no podía por menos de preguntarse qué hacía en Auburn. La mitad de las jóvenes de la ciudad ya tenían los ojos puestos en él y hasta las mujeres casadas lo admiraban en secreto.

Tras doblar un recodo de la calle principal, Joshua llegó a la entrada de la serrería, el único negocio de auténtica talla industrial que había en la localidad. Por sus calles transitaban a todas

horas enormes camiones cargados con los troncos que allí aserraban. Joshua era probablemente el cliente menos importante, pero al gerente le resultaba simpático porque no era molesto y no ponía reparos en esperar mientras atendía a otros.

-Hola, Josh, ¿qué necesitas hoy? -le gritó el gerente.

-Poca cosa. Sólo necesito madera de cerezo si es que tienes. No tengo prisa, Phil -contestó Joshua.

-Dame cinco minutos y te atiende yo mismo -le indicó Phil, mientras cruzaba el patio con otro cliente-. Siento haberte hecho esperar, Josh -se disculpó Phil al volver-. ¿Qué has dicho que necesitabas?

-Un trozo de cerezo de metro y medio de largo y treinta centímetros de espesor -repuso Joshua.

-Va a ser difícil. ¿Has visto alguno en el depósito?

-No.

-¿Tienes un trozo de cerezo de metro y medio por treinta de espesor? -gritó Phil a uno de sus ayudantes.

-No recuerdo haber visto ninguno -contestó también a gritos el hombre desde el otro extremo del enorme recinto.

Phil llevó a Joshua hasta una pila de troncos que llevaba todo el verano almacenada en el fondo del cobertizo.

-Quizás encontremos un tronco sin cortar que esté bastante seco para poder trabajarlo. Caminaron entre los troncos buscando el que necesitaban.

-¿Qué te parece éste? -preguntó Joshua, señalando un tronco casi perfecto, que apenas presentaba nudos.

-Tienes buen ojo -alabó Phil mientras evaluaba la madera-. Deja que los hombres lo saquen y lo corten. Llevará unos pocos minutos.

Phil marcó el tronco y luego entró en el edificio con Joshua.

-A mis hijos les encantó el patito que les tallaste la semana pasada. Es una pieza tan hermosa que mi mujer no quiere que jueguen con ella. Teme que lo rompan. A propósito, ¿cómo andas de trabajo?

-Tan bien como yo quería -respondió Joshua con sencillez-. Me basta para vivir. No necesito mucho.

-¿Qué vas a hacer con ese leño tan grande? Si es para una talla, te va a llevar muchas horas acabarla. Es mucha madera. Y no vas a poder pedir ni quince ni veinte dólares tampoco. La madera sola te costará cincuenta.

-Es un trabajo un tanto especial. Unos judíos de la sinagoga me pidieron que les tallara un Moisés para su local social -explicó Joshua con una sonrisa.

-No sabía que hicieras trabajos tan importantes. Va a ser toda una obra. ¿Cuánto tiempo te llevará?

-En realidad es más fácil que trabajar los pajaritos. Hay más detalle en el ala de un pájaro que en todo el metro y medio de Moisés. Sólo que hay que sacar más madera. Probablemente me tomará tres o cuatro días de trabajo seguido.

-¿Me pagas, Josh, o espero que la sinagoga te pague antes?

-Lo pago. He estado ahorrando para que me alcanzara. ¿Cuánto es, Phil?

-Cincuenta y seis dólares.

Joshua sacó el dinero del bolsillo de su camisa, contó la suma exacta y se lo entregó a Phil.

-Ese leño es pesado, Josh. ¿Cómo lo vas a llevar a tu casa? -preguntó Phil, preocupado.

-Cargaré yo con él.

-Es un peso muy grande. Si no te importa esperar un par de horas hasta que vuelva el camión, te lo dejo de camino a mi casa.

-Gracias de todos modos, Phil, pero podré con él -dijo Joshua, agradecido.

En ese momento los hombres trajeron el madero que, cortado y cepillado, presentaba un aspecto magnífico.

-Me gustaría ver la estatua cuando la termines -sugirió Phil cuando Joshua fue a coger el leño.

-Pasa el viernes por la mañana cuando vengas a trabajar -le propuso Joshua.

-Bien. Te veo el viernes por la mañana, a primera hora.

Joshua tomó el leño, lo levantó hasta colocárselo sobre el hombro derecho y se encaminó hacia la puerta. Atravesó el patio y enfiló la calle como si nada, como si no acusara el peso que llevaba, pero al llegar a la mitad de la calle principal dejó la madera en el suelo para descansar. Hacía calor y sudaba copiosamente.

Uno de los hombres de la tienda de Sanders lo vio y se acercó.

-¿Qué tienes ahí, Josh? -preguntó.

-Sólo es madera de cerezo para algo que debo hacer -contestó él.

-Parece pesado, ¿quieres que te ayude? -se ofreció el hombre. Se trataba de Mike Charis, un joven sencillo y apacible.

-No, gracias -respondió Joshua. Mike, no obstante, ya había levantado el trozo de madera.

-Dios mío, ¿de qué está hecho esto? ¿De plomo? ¡Cómo pesa! -exclamó Mike, mientras trataba de cargarlo. Luego lo dejó en el suelo y se disculpó:- Lo siento, Josh, tendrás que llevarlo tú. Es demasiado pesado para mí.

-Gracias de todos modos -dijo Joshua, con una sonrisa-, pero estoy acostumbrado a llevar estas cosas. No me molesta.

-Eres mucho más fuerte de lo que parece -observó Mike, sorprendido, al tiempo que Joshua levantaba el madero y se lo echaba al hombro.

Los dos hombres siguieron caminando juntos por la calle.

-¿Qué harás con ese trozo de madera? -preguntó Mike.

-Me han pedido una estatua de Moisés para una sinagoga de la ciudad.

-¿ Eres judío?

-Mi familia lo era, hace mucho tiempo.

-Te vi en la iglesia el domingo. Creía que eras católico.

-Tienes razón. Soy cristiano.

-¿Quieres decir que eres judío y cristiano?

-Jesús era judío y cristiano, y también lo eran los apóstoles.

Esta última revelación pareció causar una gran perplejidad a Mike. No obstante, Joshua le caía bien y su simpatía no disminuyó pese a la sorpresa. Todo el mundo quería a Joshua por lo que era, y si era judío, no era cosa de echarle las culpas a él. Aun siendo judío era una buena persona y un buen amigo.

En menos que canta un gallo todo el pueblo se enteró de que Joshua había llevado un leño al hombro desde la serrería hasta su casa como si no fuera más que un mero fardo de cartón. A medida que la historia se difundía, el peso del leño aumentaba y, con él, la dimensión de Joshua en la consideración de la gente, en especial entre los hombres jóvenes y los niños. La fascinación que despertaba en ellos ese afable desconocido no conocía límites, y todos querían averiguar cuanto fuera posible acerca de él.

Una vez en casa, cuando se hubo ido Mike, Joshua llevó la madera hasta el patio, ya que era demasiado grande para trabajarla dentro. La puso en el suelo con cuidado y la examinó detenidamente, estudiando el grano con objeto de decidir qué lado usaría para el frente y cuál para la espalda de la estatua. Después de observarla desde distintos ángulos, llegó a una decisión y se puso a trabajar. Delineó la figura sobre la superficie de la madera con un grueso lápiz negro, dio unos pasos atrás, contempló el diseño y efectuó algunos retoques, tras dibujar los brazos en dos secciones que tallaría por separado, las cortó con un serrucho y las dispuso a un lado.

Después comenzó a trabajar en la talla de la parte principal de la figura. Sus manos se movían deprisa y en un santiamén el leño inerte comenzó a cobrar vida. Primero surgió el contorno de una cabeza, luego un esbozo de cuello. La parte superior de los hombros, en su unión con el cuello, mostraba un carácter propio. En su entusiasmo por trabajar la talla, Joshua olvidó el almuerzo y trabajó sin parar toda la tarde.

A las cinco había avanzado de modo notable y la figura presentaba unos contornos precisos y una honda y marcada personalidad que se iba acentuando con cada golpe de martillo y escoplo. Joshua, con todo, comenzaba a acusar el cansancio. Había trabajado todo el día desde su regreso de la caminata de la mañana.

Por fin se puso en pie, se apartó de la figura y juzgó el trabajo realizado. Satisfecho del examen, se dirigió a la cabaña, decidido a dar por terminada la jornada.

Cuando salía del taller para ir a la cocina, oyó que alguien llamaba a la puerta. Fue a abrirla y se encontró con los cuatro niños que había visto por la mañana.

-Joshua -tomó la palabra una de las pequeñas-, como nos has dicho que viniéramos esta tarde a buscar los pájaros que nos has hecho, aquí nos tienes.

-Precisamente pensaba en vosotros -dijo Joshua riendo-. No sabía si vendríais. Pasad, por favor.

Los chiquillos siguieron a Joshua hasta el taller, atravesando la sala de estar y la cocina. Con la mirada alerta, lo observaban todo tratando de absorber cuanto había en la casa de Joshua, hasta donde les permitía su grado de imaginación y memoria. Joshua se dirigió al banco de carpintero, tomó los cuatro pajaritos que había hecho y los entregó a los niños. La alegría los invadió. Pese a su corta edad, los niños apreciaban la belleza de esas creaciones salidas de las manos de Joshua. Las miraron de arriba abajo, fascinados por el regalo.

-Muchísimas gracias, Joshua -dijo la niñita pecosa de cabello castaño.

-Gracias, Joshua -repitieron los otros a coro-, son increíbles.

Uno de los varones miró el suyo atentamente, largo rato, con actitud meditabunda.

Joshua los observaba sonriendo, con patente satisfacción ante la pureza de su deleite infantil. Luego, de pronto, los niños se le acercaron, lo abrazaron y le dijeron cuánto lo querían. Él se inclinó, los rodeó con los brazos, y les dijo que él también los quería.

-Nuestro Padre que está en el cielo nos ha dado muchos regalos, como estos pajaritos, pero vivos y libres, que cantan para vosotros durante todo el día, y hasta por la noche, como el ruiseñor. Deberíais prestar atención a estas hermosas criaturas y recordar a través de ellas lo mucho que nos ama nuestro Padre.

-¿Tú conoces a Dios, Joshua? -preguntó la niña rubia.

-Sí, lo conozco. Somos buenos amigos -respondió, y luego agregó-: Ahora será mejor que os vayáis y me dejéis preparar la cena.

-Adiós, Joshua -se despidieron todos a la salida, antes de tomar el sendero que daba a la calle. Joshua los miró alejarse, mientras comentaban excitados las virtudes de los regalos, observando que no había ningún pájaro igual a otro.

Había pasado mucho tiempo desde el desayuno y Joshua sentía hambre. Recordó un día, años atrás, cuando su madre y sus parientes lo buscaban, preocupados por su salud. Al parecer algunos chismosos le habían dicho a su madre que estaba esforzándose demasiado. Había predicado todo el día sin tomarse un respiro para comer. La noticia provocó tanta inquietud en su madre que fue a buscarlo. En aquel momento se sonrojó al recordar su respuesta.

-¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Quienes obedecen la voluntad de mi Padre celestial son mi madre y mis hermanos.

Esa noche, antes de comer, se quedó sentado un momento y levantó los ojos despacio, como si estuviera sumido en un pensamiento profundo. Lo hacía antes de cada comida. Era un acto breve, nada ostentoso. Nadie habría podido discernir si pensaba o rezaba. Así era Joshua, en ese y en otros muchos momentos. Su rica vida interior se dejaba ver muy rara vez, y por ello su

intimidad con Dios se hacía evidente sólo cuando uno llegaba a conocerlo y podía interpretar las pequeñas actitudes que delataban la intensidad de sus sentimientos.

Joshua no era una persona piadosa en el sentido despectivo que la gente asocia con los individuos que hacen ostentación de su religión. Su conducta nada tenía que ver con ellos. A nadie se le habría ocurrido siquiera calificar a Joshua de persona religiosa. Era sólo una persona normal que irradiaba entusiasmo por la vida y por todo lo que poseía vida. Amaba los hermosos colores de la naturaleza. Le fascinaban los animales y descubría humor y alegría incluso en las fieras más temibles. No era, sin embargo, el tipo de amante de la naturaleza soñador que se desconecta de la realidad. Era demasiado equilibrado para eso. Era, en verdad, una persona fascinante, cuya belleza interior ofrecía un notable contraste con la sencillez exterior de su vida. Cuando se le llegaba a conocer íntimamente, su atractivo físico y el encanto de su carácter pasaban a un segundo plano, relegados por la riqueza y profundidad de su personalidad.

Eran muy pocas las personas que llegaban a conocer al verdadero Joshua, ya sea porque la mayoría carecía de capacidad para ver más allá de la fachada o porque no podía percibir a simple vista todas las facetas de su rica vida interior.

Eran casi las ocho y media y se iba haciendo tarde. El sol estaba a punto de ponerse a lo lejos, detrás de la colina, y de las montañas llegaba una fresca brisa. Joshua decidió dar por terminado el día y retirarse a dormir. Solía acostarse al ponerse el sol y se levantaba al amanecer. Tal vez en esa armonía con la naturaleza radicaba el secreto de su excelente estado físico.

Joshua entró en la casa y a los pocos minutos se apagaron las luces.

CAPÍTULO 4

Más o menos al mismo tiempo que Joshua se retiraba a dormir, daba comienzo una reunión en la casa de Sanders. Toda la pandilla estaba allí. No eran grandes bebedores, quizá porque hablaban tanto que no les quedaba tiempo para beber. En esas reuniones la conversación solía derivar hacia toda clase de temas, desde la política mundial hasta la economía.

Ya muy avanzada la noche, la atención recaía en las noticias locales más interesantes, como Joshua, por ejemplo. «¿Alguien lo ha visto últimamente?», «deberíamos haberlo invitado esta noche. Es listo y nos habríamos divertido».

-¿Lo habéis visto esta mañana, cargado con un leño enorme por la calle principal? -preguntó George-. Es un tipo forzado.

-Mike intentó ayudarlo, pero apenas pudo levantarlo -explicó Herm-. ¿Cuánto creéis que pesaría ese leño?

-Debía de pesar por lo menos noventa o cien kilos -opinó Charlie.

-Imposible -disintió Pat-. No podría cargar algo tan pesado. Es demasiado débil.

-Tú no lo has visto -intervino George-. Aunque parezca débil, es fuerte como un toro.

-No lo creo -siguió objetando Pat.

-No creo que el leño pesara cien kilos -terció, conciliador, Moe- pero debía de pesar por lo menos unos setenta, que ya es de todas formas bastante madera.

-Yo no sé nada de ese tipo -dijo Pat-. Me resulta simpático pero no llego a entenderlo. No tiene amigas. Y eso no es natural. ¿ No será un marica?

-¡Pero qué dices! -lo interrumpió Minnie, su mujer-. Es simplemente una persona tranquila. Parecía casi un milagro que, después de más de cuarenta años de matrimonio con Pat, su esposa conservara aún un talante tan paciente.

-¿Y por qué no va con mujeres? -insistió Pat.

-Eso no quiere decir nada -replicó Herm con fastidio.

Herm había quedado encantado con Joshua desde que mantuvo con él aquella conversación la semana anterior. Y cuando a Herm le gustaba una persona, no admitía que se dijera nada malo de ella. La habría defendido incluso poniéndose en contra de su mejor amigo.

-Puede ser que simplemente le guste estar solo -interpuso Charlie, el cartero-. Quizás esté divorciado, quién sabe... A mí me parece que es muy normal. A lo mejor le gusta su trabajo y le satisface estar solo.

-A veces no os comprendo muchachos -añadió Jim Dicara-. Os inventáis unas historias descabelladas. Un hombre como Joshua se encuentra sólo una vez en la vida. Es simpático. Es inteligente. Hace todo lo que debe y le tacháis de raro. Para mí es una persona muy normal. Ama lo que hace y simplemente le gusta estar solo. Personalmente lo envidio.

Como todos respetaban a Jimmy, sus palabras dejaron zanjada la conversación. Quedó claro que Joshua era un buen hombre. También quedaron de acuerdo en invitarlo a la próxima reunión.

A la mañana siguiente, Joshua se despertó al rayar el alba, con el gorjeo de los pájaros que cantaban afuera. Cuando terminó de desayunar eran sólo las seis. Aun así ansiaba terminar la escultura de Moisés, de modo que renunció a su paseo diario y se puso a trabajar con ahínco.

Joshua secó con un trapo la humedad que había dejado en la madera el rocío de la mañana. Luego tomó distancia para contemplar la obra y comenzó el trabajo con martillo y escoplo.

A las ocho ya tenía el contorno de toda la figura definida con profundidad en la madera. Sólo un experto artesano trabajaba con la facilidad y parquedad de gestos con que Joshua asestaba cada golpe. Cada movimiento tenía un sentido. Cada corte de escoplo infundía nueva vida en la madera muerta. A las once la figura había surgido del bloque de madera provista de existencia propia. Para un ojo inexperto parecía terminada, pero todavía quedaba mucho por hacer.

Joshua levantó la figura del suelo y la apoyó contra el recio tronco de un arce que crecía cerca de su taller. Dio unos pasos atrás y se puso a observar la talla desde distintos ángulos, tomando cada vez más distancia para verla de más lejos. Luego se arrodilló para acometer los pormenores del rostro con un diminuto escoplo. Primero trabajó los ojos, redondeándolos con todo esmero mientras los hundía profundamente bajo el ceño. Era un trabajo difícil porque el artista debía tomar en cuenta el efecto que tendría la luz, desde distintas perspectivas, sobre la oquedad de los ojos.

Cuando concluyó, éstos casi parecían dotados de vida, como si fueran a parpadear en cualquier momento. A continuación pasó a la nariz. Pronto los orificios comenzaron a ensancharse, como si el Moisés respirara embargado por una gran emoción. Los labios, blandos y sensuales, estaban entreabiertos levemente, como si fueran a hablar. Hasta los mechones de pelo, con los que trabajó luego, quedaron tallados con tal delicadeza que parecía que la más leve brisa sería capaz de despeinarlos.

A mediodía, Joshua se sintió cansado. El pelo le colgaba por la frente perlada de sudor. Tenía el cuerpo cubierto de virutas de madera. Se apartó el pelo de la cara y luego se puso en pie, con el martillo y el escoplo en una mano. Estaba disfrutando mucho con ese encargo y su entusiasmo lo estimulaba a trabajar con una intensidad que no ponía en otras tallas. Era como si estuviera realizando la estatua de un amigo querido y deseaba que fuera perfecta.

Sólo quedaba hacer los brazos. Dejó el martillo y el escoplo sobre la mesa, cerca de la parrilla, y entró en la casa tarareando una melodía algo extraña, distinta de las que se oyen en nuestra época. Tenía, con todo, un ritmo alegre y desenfadado, propicio para animar al baile.

Cuando volvió a salir, llevaba un saco y una toalla echada al hombro. Pasó de largo delante de la escultura sin siquiera mirarla, de camino a la laguna. Al llegar se desvistió y dejó la ropa en remojo en el agua. Luego entró en ella caminando y se zambulló. Cuando reapareció ya estaba lejos, en el medio, y cruzó a nado el trecho que le quedaba hasta la orilla opuesta. Al llegar a ésta, se irguió y miró a su alrededor, embebiéndose de la hermosura del paisaje.

Al cabo de poco se sumergió de nuevo, nadó hasta la orilla más alejada y volvió. Entonces regresó donde tenía la ropa y se dedicó a lavarla, frotándola con una pastilla de jabón que había llevado. Después de enjuagarla, la colgó del sauce para que se secase al sol. Mientras esperaba, volvió al agua y nadó hasta sentirse enteramente relajado.

De regreso a la orilla, se secó y se puso la ropa. Al recogerla de la rama de sauce, a su memoria acudió el remoto recuerdo de otros sauces: «Bajo los sauces de Babilonia nos sentarnos y te lloramos, ¡Oh, Sión! Allí colgamos nuestras arpas; ¿cómo cantar en un país extraño?» Embargado por la melancolía del recuerdo, se remontó a un pasado de épocas lejanas, repasando aquel exilio solitario.

Joshua se vistió rápidamente. Se sentía muy bien caminando sin ropa, pero como los humanos deben atenerse a los problemas que ellos mismos se crean, enfocó la cuestión desde otro ángulo, reconociendo lo agradable que era ponerse ropa nueva y limpia, que no se adhiere al cuerpo. «Las ropas de antes -pensó-, eran mucho más frescas, pero su mismo peso resultaba opresivo.»

Ya eran casi las dos cuando emprendió el retorno a través del campo. Todavía le faltaba terminar los brazos de la estatua.

Al llegar a la cabaña salió al patio. Trabajó en los brazos durante casi dos horas: logró una forma y una apariencia de auténticos brazos, a los que sólo les faltaba moverse.

A las cuatro y media había terminado. Tomó los dos brazos, los encajó en los orificios que había tallado en el torso y situó la estatua en el suelo. Luego la miró desde varias perspectivas. Retocó algunos detalles aquí y allá con un escoplo pequeño y después encoló los brazos. Cuando se hubo secado el pegamento lijó la figura de arriba abajo y le aplicó un tinte oscuro. Al cabo de una hora le dio una segunda mano y luego una tercera, que intensificaron la belleza y el carácter de la talla. Aunque le llevó poco tiempo acabar la obra, ésta poseía una hermosura innegable. La intensidad de sentimiento y convicción de la expresión, los tensos músculos del cuello que mostraban vehemencia y fortaleza de temperamento, la forma y posición de manos y dedos -la izquierda parcialmente cerrada, apretando el pecho, y la derecha gesticulando con los músculos tensos- lograban que la figura pareciera viva.

Al contemplar la estatua se advertía fácilmente el fervor y el poder del hombre, y también su desesperación por ganarse la voluntad de sus oyentes. Los fieles de la sinagoga quedarían honrados y encantados de poseer una obra de arte tan acabada, o bien ofendidos por el mensaje que transmitía tan a las claras. Joshua sonreía previniendo las diversas reacciones. Él había querido, sin embargo, plasmar ese mensaje, sin ninguna ambigüedad: Moisés insistiendo en un camino de acercamiento a Dios que mucha gente se resistía a tomar.

La talla estaba terminada; sólo faltaba la cera que aportaría un tenue brillo al tinte. Joshua esperó a que secase el color y luego aplicó la cera, asegurándose de que todas las fisuras quedaran lisas y limpias. Entonces tomó la estatua, la colocó de pie sobre la mesa y la contempló por todos sus lados. Estaba orgulloso de su obra. Acarició la figura casi con afecto, como si fuera el Moisés real y no un mero pedazo de madera. Luego recogió las herramientas y las llevó al taller; volvió al patio para limpiarlo y descansar unos minutos antes de preparar la cena.

Para Joshua descansar consistía en echar una mida al huerto y arrancar algunas hierbas. El huerto progresaba muy bien. El clima había sido bueno para el crecimiento de las plantas y todos los huertos de la vecindad presentaban una saludable lozanía.

Mientras preparaba la comida, un fuerte golpe en la puerta de delante quebró el silencio casi monástico de la cabaña. Joshua se secó las manos y fue a abrir. Eran Pat y Herm.

-Espero no haber venido en un mal momento -dijo a voz en grito Pat, provocando una sonrisa en Joshua-. A Herm y a mí se nos ha ocurrido pasar a saludarte.

-Adelante -los invitó a entrar Joshua riendo-. Nunca es un mal momento. Acabo de poner algo al fuego. Si no os da miedo probar mis potajes, será un gran placer teneros en mi mesa.

-No, no. Nuestras mujeres nos matarían si no aparecemos para cenar -declinó Herm sin mucha convicción, mientras Joshua procedía a agregar más carne y verduras a la sartén.

Luego sacó una botella de vino, un trozo de queso y un pan y preparó un bocadillo para abrir boca mientras terminaba de cocinarse el guiso.

-¿Qué os trae por aquí? -preguntó Joshua a sus dos invitados, entre sorbo y sorbo de vino.

-Anoche tuvimos una reunión en casa de Jim -contestó Pat-, y se mencionó tu nombre. Herm y yo decidimos venir a visitarte hoy. Además, los muchachos querían que te invitáramos a nuestras reuniones futuras. Piensan que lo pasarás bien. Les resultas simpático. No sé por qué -terminó Pat de buen humor.

-Por eso estamos aquí -agregó Herm-, para invitarte a todas nuestras fiestas y reuniones. La semana próxima tenemos una, si quieres venir.

-Sois muy atentos -respondió Joshua-. Me gustaría ir, aunque... ¿Pat siempre va a las reuniones? -inquirió con mordacidad.

-Invitamos a su mujer -replicó con rapidez Herm, captando la ironía-. Es simpática, pero él siempre la acompaña. Nosotros lo mantenemos a raya, para que se comporte y no cause problemas.

Joshua disfrutaba con las bromas que intercambiaban estos dos hombres, amigos desde la infancia cuya conversación habría escandalizado a cualquiera en boca de otros. Entre ellos dos, sin embargo, y con los otros hombres del grupo, aquello era moneda común, una simple diversión. Si uno no insultaba así al otro, éste pensaría que estaba enfadado con él.

Eso era lo que le gustaba a Joshua de toda esta pandilla de gente ruda. A veces eran vulgares, arrebatados, precipitados en sus respuestas, pero eran sinceros y dignos de confianza, no como esos hipócritas, que dicen una cosa por delante y otra por la espalda. Si daban su palabra se podía contar con ella. Se defendían los unos a los otros contra un ejército si era preciso, y si perdían, al menos perdían juntos. Sus esposas eran buenas mujeres, resignadas y tolerantes.

Ya casi habían terminado la cena, pero estaban tan enfrascados en su conversación, como de costumbre, que no habían prestado demasiada atención a la comida.

-¿Sabes, Josh -dijo Herm-, que eres un misterio? Tienes a toda la gente del pueblo intrigada. ¿Qué pasa contigo?

-Sí -se interpuso Pat antes de que Joshua pudiera contestar-, todos piensan que eres inteligentísimo y sin embargo todo lo que haces es cortar madera. Eso trae de cabeza a todo el mundo. Si no es una indiscreción, ¿alguna vez fuiste cura o algo así? Eres elegante y distinguido como si hubieras sido un sacerdote.

-Soy sólo hijo de Dios -respondió Joshua con seriedad y sencillez, sin complicación.

-Todos lo somos -concedió Pat-, pero en ti hay algo diferente, algo misterioso, que provoca curiosidad. Y a pesar de ello eres humilde y actúas exactamente igual que todos nosotros y,

quizás, en tu propia mente no te consideras distinto de nosotros. Eso es lo que a todos les gusta de ti. No tienes la menor idea de la impresión que causaste el otro día cuando ibas caminando por la calle con ese leño al hombro. Todavía se habla de ese asunto. No sólo les impresionó el peso del madero, sino que no te arredrara el trabajo duro, como nos ocurre a los demás.

El propio Herm quedó asombrado de que Pat hubiera podido expresar de manera tan certera lo que todos pensaban en la ciudad. Sólo acertó a seguir comiendo, callado. Joshua permaneció sentado, muy serio, en el escalón con los codos en las rodillas mientras Pat hablaba. Lo escuchó con gran atención, consciente de que su pregunta había hecho diana en lo más profundo de su identidad. Sabía que había personas cuya simple fe penetraría el misterio que rodeaba su aspecto, pero era importante mantener intacto el secreto de su identidad y de su misión. A Joshua no le gustaba ser evasivo. Aunque aquello era contrario a su naturaleza, no tenía derecho a poner al desnudo verdades que no serían comprendidas y que en realidad nadie tenía por qué saber. Aquellos que debían conocerlas las descubrirían a su modo, con sencillez. Llegarían a aprehenderlas poco a poco y entonces comprenderían. También sabía que había otros que nunca podrían comprender. Serían los que siempre acaban intentando destruir. No pueden contentarse con contemplar la bondad y gozar con su presencia. Tienen que tergiversarlo y deformarlo todo, y ven el mal en el más simple acto de bondad hasta que, por fin, la imagen pervertida que han impreso en sus mentes les lleva al convencimiento de que lo que ven es el mal y que deben eliminarlo de su entorno. Ése ha sido el destino de mucha gente buena a lo largo de la historia. No, de ninguna manera podía correr el riesgo de contarles la verdad al desnudo.

Joshua siguió escuchando a Pat y cuando terminó le respondió así:

-Pat, con toda sinceridad, soy sólo yo mismo. Llegarás a conocerme cada vez mejor a medida que pasen los días y, con el tiempo, comprenderás lo que has visto. Otros comprenderán también, pero no todos. Siempre ha sido así. La sencillez de tu fe y también la de Herman, es lo que os permite ver lo que otros no pueden percibir. Todo lo que yo hago es dar testimonio de la bondad y del amor que Dios ha puesto en la creación.

Joshua nunca había hablado de ese modo hasta entonces, y tanto Pat como Herm quedaron desconcertados ante la seriedad de su respuesta. Aun así, en vista de la buena disposición de Joshua, se animaron a hacerle preguntas más directas.

-Josh -preguntó Herm-, ¿qué piensas de la Iglesia y de la religión?

-La verdadera religión está en el corazón de la gente, no en edificios. Ya Jesús intentó enseñar esta lección cuando le dijo a la mujer que encontró al lado del pozo que llegaría el tiempo en que los hombres no rendirían culto en el monte Garizim ni en Jerusalén, sino que adorarían al Padre en espíritu y en verdad. Por desgracia, esa lección nunca cuajó. Los líderes religiosos siempre sintieron que debían organizar a la gente y estructurar la práctica de la religión de tal manera que ellos se erigieran en mediadores ante Dios, depositarios de un respeto indiscutido. De este modo, la religión pasó a ser la puesta en práctica de los dictados de los líderes religiosos y se deterioró hasta llegar a ser el cumplimiento mensurable de leyes hechas por el hombre.

La religión no tiene por qué ser así. Jesús enseñó que la gente es libre, libre para gozar siendo criaturas de Dios, libre para crecer y convertirse en las personas hermosas que Dios quiso que fueran. Esto resulta, sin embargo, imposible en presencia de una autoridad rígida que necesita controlar el pensamiento de la gente y su libre expresión. A Jesús le disgustaría mucho el placer que sienten muchos dirigentes religiosos al ejercer autoridad. Hasta el final intentó acabar con esa tendencia lavando los pies de los apóstoles, diciéndoles que fueran humildes y sirvieran, antes que dominar o mandar como los paganos, que disfrutaban sometiendo a sus súbditos.

A Pat y Herrn les cayó con auténtica sorpresa la contundencia de su anfitrión. En sus palabras no había, sin embargo, amargura, sino sinceridad y franqueza, y los dos convinieron en lo

ajustado de su diagnóstico. Herm fue un poco más allá y le preguntó qué pensaba del hombre que era su pastor desde hacía más de veinte años.

-No es una mala persona -le contestó Joshua-. Simplemente no sabe amar. Lastima sin querer porque sólo conoce la ley y no el amor. La ley es insensible y doblega a los hombres con su peso. El pastor bondadoso es el que antepone la gente a la ley, como hizo Jesús. «El día de descanso ha sido hecho para la gente y no la gente para el día de descanso», como dejó dicho Él.

Joshua calló y tomó otro bocado, acompañado de un sorbo de vino. En ese momento los animales amigos de Joshua aparecieron cerca del gran árbol del patio, aunque no se atrevieron a acercarse. Al verlos, Joshua puso un poco de comida en un plato y se la llevó. Los dos hombres gozaron con el cariño de los animales, que fueron al encuentro de Joshua y se le treparon encima cuando se inclinó para alimentarlos.

-¡Fíjate! ¡Hasta los animales lo quieren! -comentó Herm.

-¿Por qué no habrían de quererlo? Probablemente los alimenta todas las noches -dedujo Pat.

Joshua volvió con el plato vacío mientras los animales se alejaban.

-Son mis huéspedes habituales -explicó al poner el plato sobre la mesa.

-Eh, Josh, dice Phil que estás haciendo una estatua para la sinagoga. ¿Es cierto? -le preguntó Pat.

-No exactamente para la sinagoga. Ahí no se permiten estatuas, ¿sabéis? Me pidieron que tallara una figura de Moisés para el local social. La he terminado, de hecho, justo antes de que llegarais. ¿Queréis verla?

-A mí me encantaría -contestó Pat.

Joshua se levantó para llevarlos al taller, que ellos aún no conocían.

Cuando entraron y vieron la estatua de Moisés de pie, experimentaron una gran sorpresa. Les pareció real, con vida.

-¿Puedo tocarla? -preguntó Herm.

-Adelante -lo alentó Joshua.

Les costó esfuerzo separar las manos de la talla.

-Es hermosa -dictaminaron.

-Eres un verdadero artista, ¿eh? -lo felicitó Herm casi con respeto y con genuina admiración ante la obra que tenían ante sí-. ¿La has hecho con aquel leño enorme que llevabas por la calle?

-¿En sólo dos días? -inquirió Pat con incredulidad.

-¡Imagina, convertir un viejo leño como ése en algo tan bonito! -exclamó Herm, pensativo-. Es una maravilla.

-¡Epa, mira qué hora es! Será mejor que volvamos a casa, Herm -propuso Pat.

Joshua los acompañó hasta la puerta de entrada de su casa.

-Ese buzón me gusta -comentó Pat, pasando la mano sobre la quilla del barco.

-Sí, trae recuerdos -dijo Joshua casi distraídamente y sonrió cuando los otros lo miraron.

-¿Qué quieres decir con «recuerdos»? ¡Apenas tienes cuarenta años! Ese tipo de barco ya no se hacía cuando tú naciste. -Luego agregó en broma-: Quizá cuando Herm era niño, pero no tú, -Todos se echaron a reír,

Cuando se fueron, Joshua volvió a la casa, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta con llave. Después de lavar los platos, dio unos pasos en el patio para relajarse. Había sido un día largo. La gente empezaba a conocerlo y se le hacía cada vez más difícil mantener su horario. Había tenido la suerte de terminar la estatua de Moisés antes de que llegaran Pat y Herm, porque, por ocupado que estuviera, lo habría dejado todo para charlar con ellos. Él creía que las personas son más importantes que los horarios y jamás permitiría que la gente se sintiera incómoda dejándoles entrever que habían llegado en un mal momento. Sólo se trata de esa manera a los desconocidos o a la gente por la que no se siente afecto. A los amigos hay que darles siempre la bienvenida, y para Joshua todas aquellas personas eran amigos. Era otra razón por la que aquellos hombres se sentían atraídos hacia él. Intuían que los quería de verdad y se sentían halagados por ello.

Cuando estuvo listo para acostarse se arrodilló al lado de la cama, con la cabeza en las manos, y permaneció así un larguísimo rato. Al día siguiente, iba a producirse un acontecimiento histórico: el primer encuentro que mantendría con la gente de su mismo pueblo desde hacía siglos. Esa vez tenía que salir bien. Ahora las cosas eran distintas. Habían pasado por tantas experiencias durante todo ese tiempo... El contacto con cristianos, aunque a veces éstos los habían tratado miserablemente, debía haberles granjeado por fuerza la oportunidad de conocer los aspectos hermosos del espíritu de Jesús y su amor por la humanidad. Algo se les habría pegado. Rezó con fervor para que todo saliera bien. Esperaba que su talla de Moisés les gustara. Las cosas habían cambiado. En el pasado habría sido impensable que los judíos encargaran la talla de una estatua, ni siquiera la de Moisés. Ponerla en el local social en lugar de en la sinagoga era sólo un subterfugio para calmar su conciencia ante el mandamiento que prohíbe las imágenes talladas. Era una ironía que el origen de la prohibición emanara precisamente del propio Moisés, cuya estatua iban ahora a instalar entre ellos. No obstante, era posible que el mismo Moisés hubiera visto con agrado ese cambio en el espíritu de su pueblo.

Mientras rezaba, Joshua intuía la reacción que habrían tenido Moisés y Elías al enterarse de lo que iba a ocurrir al día siguiente. Sonrió, dando por terminada su oración y cayó en la cama, exhausto pero feliz.

CAPÍTULO 5

Joshua apenas había terminado su desayuno cuando alguien llamó a la puerta. Eran sólo las seis menos cuarto. Cuando fue a abrir, se encontró con Phil, el gerente de la serrería. Éste se había acordado de que Joshua lo había invitado a ir a su casa de camino al trabajo si quería ver la estatua que estaba tallando para la sinagoga.

-Espero no haber venido demasiado temprano -se disculpó Phil-. Iba camino al trabajo y no he querido dejar de ver tu obra maestra. No creo que se me presente nunca la ocasión de verla en la sinagoga.

Los dos hombres salieron y Joshua colocó la escultura sobre la mesa, cerca de la parrilla. Los rayos de sol que se filtraban entre los árboles parecían una inspiración celestial al converger en la figura. Phil se quedó literalmente sin aliento.

-¡Dios mío qué hermoso! -exclamó, evocando el leño inerte que Joshua había sacado del aserradero tan sólo dos días antes-. ¿Lo has hecho con la madera que compraste el otro día? -preguntó, sin dar crédito aún a lo que veía.

-Sí, es el mismo trozo de madera -confirmó Joshua.

-Pareces tan campechano y tan corriente, Josh, que es difícil imaginarte como un auténtico artista.

-¿Por qué debería alguien actuar de manera distinta sólo porque puede tallar un trozo de madera? El talento no justifica que uno se dé aires de importancia. Toda capacidad que poseemos nos viene de Dios y debemos reconocerlo con humildad, no con arrogancia. Ése es el error que cometen tantos hombres de ciencia al creer que han creado lo que Dios les ha concedido el privilegio de descubrir. En su pequeñez utilizan sus descubrimientos como razones para cuestionar la existencia misma de quien les dio esa capacidad. Ese es el pecado moderno imperdonable. Ese es el imperdonable pecado de la modernidad. Cegados por el orgullo, no puede llegar hasta ellos la gracia salvadora de Dios, como les ocurría siglos atrás a los fariseos y saduceos.

Phil lo escuchó hablar con atención. Le gustaba escuchar a Joshua porque de él se desprendía una corriente de sabiduría extraña. Y, sin embargo, no era arrogante ni condescendiente. Simplemente tenía una manera hermosa de contemplar la vida y todo lo que hay en ella.

-Comprendo lo que dices, Josh, pero yo habría pensado que estarías orgulloso de una obra como ésa -señaló Phil.

-Lo estoy -lo tranquilizó Joshua-, y disfruto plenamente con mi trabajo, y sobre todo con la expresión de placer que ilumina la cara de la gente cuando mira algo que he hecho para ellos. Sí, estoy orgulloso de mi trabajo, pero también soy capaz de apreciar la belleza del alma de una persona humilde que no tiene más talento que la humildad de quedar sobrecogido ante los dones que Dios ha derramado sobre los demás. Ese don es más valioso a los ojos de Dios que muchos otros, ¿no lo crees así?

-Tal como lo expresas -repuso Phil, riendo-, no me queda otro remedio que darte la razón. Dices unas cosas tan llenas de bondad que hasta a mí me haces sentir bien. Yo no tengo el más mínimo talento, pero siempre he admirado el talento en los otros.

-Eres un hombre bueno, Phil. Tienes la clase de talento que necesita un padre para apreciar a sus hijos y ayudarlos a llegar a ser las personas que Dios desea que sean. Algún día estarás orgulloso de tus hijos a pesar de toda tu preocupación y tus penas.

-Gracias, Josh. Me ha sentado bien oír esto. Bueno, será mejor que vaya a trabajar. Me estarán esperando. La estatua me parece extraordinaria. A los de la sinagoga les va a encantar.

-Eso espero -contestó Joshua, mientras acompañaba a Phil hasta la salida.

Después volvió al patio para llevar la talla adentro antes de salir a dar su paseo matinal. Caminó por la calle principal y después tomó una bocacalle que conducía al campo. Avanzó poco más de tres kilómetros por el camino, donde había un conjunto de chozas ruinosas que alguna vez fueron casas. Allí vivía un grupo de gente pobre, buena gente, ni mejor ni peor que los ricos con los que él se reunía sin poner reparos. Algunos acababan de perder su trabajo, otros padecían un desempleo crónico. A Joshua no le producía remilgos su situación. Pero esa pobre

gente lo quería, y él quería especialmente a los niños. Eran simples y naturales, a diferencia de muchas criaturas malcriadas a fuerza de disponer de demasiados lujos en los primeros años de su vida.

Cuando Joshua aparecía por el camino, los niños echaban a correr para saludarlo, tomándole las manos y abrazándolo. Habitualmente les llevaba pequeñas cosas que había hecho, muñequitas de madera, juguetes que se balanceaban o estatuillas graciosas, con expresión cómica. A los pequeños les gustaban los regalos pero más les gustaba Joshua y, aun cuando no les llevara nada, se alegraban igualmente de verlo. Les encantaban las historias que les narraba, cuentos sobre la vida y sobre cómo podían usarse los dones de Dios para el bien de los demás y llevar la felicidad a las vidas de otros, de modo que Dios estuviera orgulloso de sus hijos. Cada uno de ellos podía ser un verdadero milagro del amor de Dios sobreponiéndose a los sinsabores de la vida. Les decía que Dios sentía un amor especial por ellos porque no tenían todas las ventajas con que contaban otros, y que nunca debían sentir envidia ni amargarse por poseer poco. Les decía que él no tenía nada y era muy feliz porque podía gozar de todas las cosas bellas que hay en la naturaleza y que pertenecen a Dios, como la luz del sol, los cielos hermosos, y los pajaritos, animales y flores del campo. No es necesario poseer esas cosas para gozar con ellas. La libertad es el secreto de la paz y la felicidad. Siempre hay que ser libre, y el no poseer cosas va emparejado a la libertad.

Joshua, naturalmente, hablaba así a las criaturas en presencia de sus padres. Sabía que ellos podían comprender mejor que los niños sus palabras, pero éstos también recordarían algún día todas las cosas que les había contado, y en el futuro extraerían de ellas un provecho que condicionaría sus vidas.

Cuando Joshua se acercaba al caserío, un perro de raza indefinida quebró la paz de esa hora temprana con su ladrido áspero y ronco. Estaba atado a su ruinosa caseta con una vieja sogá llena de nudos, para que no pudiera alejarse. De todas maneras parecía inofensivo. Una puerta alamburada chirrió al abrirse, dando paso a un niño en calzoncillos. Al ver a Joshua, volvió adentro, gritando. Al cabo de un instante salió una multitud a recibirlo: algunos vestidos y otros a medio vestir.

-Joshua, ¿qué haces aquí tan temprano? Acabamos de levantarnos -le gritó una niña.

-Doy mi paseo de las mañanas. A veces tomo el otro camino. Esta mañana se me ocurrió venir por aquí -respondió, acercándose.

-¿Quieres venir a nuestra casa a tornar el desayuno con nosotros? -le preguntó a Joshua un varoncito de pelo color arena que llevaba puesto un solo calcetín.

Joshua acarició con un gesto espontáneo la cabeza despeinada del niño.

-Ya he desayunado -contestó.

Los niños, sin embargo, no se dieron por vencidos e insistieron en que entrara a la casa; uno le tiraba de la mano derecha y otro de la izquierda.

Un hombre de mediana edad salió a la puerta, todavía con cara de sueño. Al ver que los chicos tiraban de Joshua se echó a reír.

-No vas a poder escapar -dijo-. Será mejor que te resignes a beber por lo menos una taza de café con nosotros. No, no te dejarán ir.

Riendo también Joshua se dejó arrastrar hasta el interior de la casa. En la cocina había una vieja estufa, más valiosa por su antigüedad que como aparato de calefacción. En el centro de la espaciosa cocina había una larga mesa de madera, hecha a mano, con bancos adosados a cada lado. Todos los niños corrieron a ocupar su lugar en la mesa. Los más pequeños se peleaban

porque querían sentarse al lado de Joshua, a quien el padre había cedido su lugar en la cabecera. Él se sentó en el banco, junto a Joshua. Los niños trataron de sentarse cerca pero les resultaba difícil hallar un hueco, de modo que el más pequeño se quedó sin asiento, gritando entre lloros que quería estar junto al invitado. Joshua levantó al chiquitín y lo sentó en su regazo. Éste mientras tanto le sacaba la lengua a su hermano mayor, con un brillo triunfal en la mirada.

La madre, de apariencia juvenil, apareció por la puerta de la otra habitación sujetándose con una horquilla un largo mechón de pelo rubio. Aunque se la veía cansada y desmejorada para sus pocos años, esbozó una gran sonrisa al ver a Joshua. Se le acercó, se inclinó y lo besó. Joshua le dijo que la encontraba alegre y radiante a esa hora tan temprana. Ella se ruborizó, halagada por el cumplido. Dado que la gente de su posición no recibía muchos cumplidos, no supo cómo reaccionar, y agradeció el gesto sólo con una sonrisa para luego preguntarle si quería comer frambuesas. Ella y los niños las habían recogido el día anterior en el extremo del campo y los pequeños estaban ansiosos por comerlas.

-Me encantaría comer algunas -aceptó Joshua con expresión de entusiasmo.

Durante todo ese tiempo los niños discutían, se empujaban, comían y trataban de llamar la atención de Joshua, en un empeño imposible, porque éste atendía a lo que le decía el padre. El único beneficiado era el pequeño sentado en el regazo de Joshua. No paraba de sacar frambuesas del plato de Joshua. El padre trató de impedirlo un par de veces, pero a Joshua le hacía tanta gracia que tuvo que desistir.

-Mamá, tengo más hambre- gritó uno de los niños.

Margaret procuró no hacerle caso, pero entonces uno de los otros se sumó a la queja y no pudo reprimir un sentimiento de vergüenza. Pidió disculpas a Joshua por la descortesía de los niños y luego les dijo a éstos que tendrían que esperar a que fuera a la tienda. Los niños sabían, y así lo comprendió Joshua, que en la casa no había nada más. El subsidio de desempleo que Hank recibía no alcanzaba para mucho y deberían esperar varios días para poder comprar algo en la tienda de comestibles. Por eso salían a recoger frambuesas. Probablemente harían lo mismo cuando se marchara Joshua. Si el padre tenía suerte, quizá consiguiera un par de conejos o marmotas para comer durante algunos días; a los chicos no les gustaban nada, pero los comían porque no había otra cosa.

Joshua no se quedó mucho rato. Quería volver a su casa y ponerse a trabajar. Esperaba a la gente de la sinagoga, pero no sabía a qué hora irían. Después de agradecer encarecidamente a la pareja su generosidad, besó a Margaret al irse y tendió la mano a Hank. Los niños le preguntaron si debía marcharse y él les explicó que tenía mucho trabajo. Les tocó a cada uno la cabeza, bendiciéndolos en silencio, y luego se marchó por la puerta de atrás. Al salir, Margaret deslizó un pequeño bulto en sus manos y volvió a besarlo antes de cerrar la puerta.

Ya en el camino, Joshua abrió el bulto y vio un pequeño tarro de mermelada de frambuesa. Le asomaron las lágrimas a sus ojos. «Los pobres nunca tienen suficiente para ellos mismos -pensó-, pero siempre tienen bastante para dar a otros.» Cuando llegó a su casa eran sólo las nueve. Tras dejar el tarro de mermelada, tomó la estatua de Moisés y la puso sobre un pequeño banco de la cocina, en un sitio muy luminoso donde podrían apreciarla las visitas. Con un trapo suave frotó la capa de cera hasta que resplandeció, reflejando la luz del sol. Observó todos los pliegues del manto de Moisés para comprobar si había descuidado algún detalle. No, estaba perfecto. Sólo le restaba esperar a que vinieran a llevárselo. Estaba ansioso por ver la expresión de sus rostros cuando lo vieran por primera vez. Esa reacción inicial lo diría todo, pondría al descubierto sus verdaderos sentimientos.

No tuvo que esperar mucho. Acababa de efectuar los últimos retoques cuando llamaron a la puerta. Su corazón palpitaba con fuerza. Sabía que no debía ponerse nervioso, pero no podía evitarlo. Deseaba tanto que quedaran contentos con su obra... Esa gente era especial para él, y

también lo era Moisés. Acudió a la puerta y se encontró frente a cuatro personas bien vestidas, tres hombres y una mujer.

-iShalom! -saludó uno de los hombres.

-iShalom alechem! -respondió Joshua, sorprendiéndoles gratamente con la pureza de su acento.

-¿Dónde ha aprendido hebreo? -le preguntó la mujer.

-Lo aprendí hace mucho tiempo -contestó Joshua con sencillez antes de darles la bienvenida a su casa.

La mujer era muy atractiva y elegante. Llevaba una falda celeste y una blusa de seda azul. Tenía el pelo negro y suave y una tez aceitunada que combinaba con la tonalidad verdosa de sus ojos. La delicada forma de la nariz, las cejas arqueadas y los labios suaves y sensuales completaban el refinamiento de sus facciones. Era hermosa. Pareció gustarle que Joshua la mirara. Le tendió la mano cuando la presentaron. Se llamaba Marcia Klein.

El aspecto, la vestimenta y la mirada de los tres varones delataban su condición de hombres de negocios. Uno llevaba traje gris a rayas. Tenía unas facciones anchas y corrientes, acentuadas por pesadas gafas de armazón gris. Lo presentaron como David Brickman. El segundo hombre era delgado y parecía un intelectual. Vestía un traje color tostado claro, camisa blanca y pajarita. Se llamaba Aarón Fahn. El tercer caballero lucía una elegancia suma: llevaba un traje azul oscuro, de corte perfecto, camisa hecha a medida y una corbata azul oscuro, con un estampado de flores de lis doradas. Un alfiler de corbata de oro con un diamante engarzado la mantenía sujeta. Los zapatos, de piel de lagarto, eran importados de Italia. En el anular derecho relumbraba un anillo de oro con un zafiro. A cada lado del zafiro había tres diamantes pequeños que conformaban un triángulo. El hombre se presentó como Lester Gold.

-Estamos ansiosos por ver su obra maestra -dijo Aarón con entusiasmo.

Tras los saludos y cumplidos de rigor, Joshua los llevó a la cocina, todavía inundada por el sol que entraba por la ventana. La entrada en la cocina los tomó desprevenidos, ya que no esperaban ver la estatua allí. Pero ahí estaba, con los rayos del sol incidiendo en el rostro de Moisés como si acabara de bajar de la montaña.

-iDios mío, qué hermoso! -exclamó, maravillada, Marcia. Luego se contuvo, porque no quería delatar sus sentimientos antes de someter la obra a un concienzudo examen. No obstante, la imprevista visión de la estatua le había producido una perplejidad tal que había expresado su aprobación sin pensarlo.

Las reacciones de los otros fueron más medidas.

-Nunca imaginé que sería así -dijo Lester.

Aarón la miró con gran detenimiento y evidente agrado, para luego dejar deslizar los dedos por la nariz, los labios y el cabello.

-Es una obra maestra -dictaminó por fin-. Jamás ví una obra de arte con tanta vida. No me sorprendería que caminara.

La mujer, que sin duda era artista, miró la estatua con espíritu más crítico. Le preguntó a Joshua si la había tallado en una sola pieza. Joshua le informó que no, porque no había podido conseguir un trozo de madera bastante ancho. La mujer buscó infructuosamente las juntas en los brazos.

-¿Dónde unió los brazos? -preguntó con impaciencia, al no poder encontrarlas.

Joshua se acercó a la estatua, miró debajo de un pliegue del manto de Moisés y localizó sin dificultad la línea de unión. No se notaba y, aun después de indicársela a la mujer, ella siguió sin poder distinguirla. Desvió la mirada a las ventanas de la nariz y tocó los lóbulos de las orejas, que parecían blandos. Sabía que no podía ser... estaban hechos en madera. Miró los ojos y los detalles de los párpados. Estaban tallados a la perfección. Satisfecha, se alejó, miró a Joshua directamente a los ojos y le dijo:

-Todo lo que puedo hacer es agradecerle la notable obra de arte que ha tallado para nuestro salón. Es una de las obras de arte más hermosas que haya visto jamás. Será un tesoro que todos nosotros valoraremos.

Joshua sonrió sin ocultar su placer y le dio las gracias.

-A propósito, Joshua -le dijo Lester-, ¿no será judío? Con un nombre como Joshua y el sentimiento que ha puesto en la estatua... ¡debe serlo!

-Sí, tengo un alto grado de parentesco judío -contestó críticamente Joshua, con una sonrisa.

-Nos encantaría que visitara nuestra sinagoga si le apetece. Sería muy bienvenido -le aseguró Lester.

-Me gustaría mucho -respondió Joshua-, pero está un poco lejos, y yo no tengo carro.

-Eso no es problema -intervino Aarón-. Para mí sería un placer llevarlo. ¿Qué le parece esta noche? Así puede ver la reacción de la gente ante su obra.

-Sería maravilloso -contestó excitado.

-Pasaré a recogerlo a las seis y media -prometió Aarón.

-Estaré listo a esa hora.

Lester metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre que entregó a Joshua.

-Me avergüenza darle un cheque de sólo cien dólares por una obra de arte tan hermosa. Tan sólo la madera le habrá costado buena parte de esa suma.

Joshua aceptó el sobre y les dio las gracias, asegurándoles que se sentía muy feliz de haber realizado este trabajo para ellos. Luego levantó la estatua y la llevó hasta la puerta, seguido por los demás.

Mientras caminaban hasta la acera, cada uno expresó por turno su admiración por la talla, comentando que el rabino quedaría muy impresionado al verla. Cuando llegaron al camión, Lester abrió la puerta para que Joshua colocara la estatua adentro, cosa que hizo depositándola cuidadosamente sobre las gruesas mantas que cubrían el suelo.

Cuando bajó, Marcia apoyó una mano en su brazo y le encareció a no dejar de asistir a los servicios esa noche.

-No faltaré -prometió Joshua, sonriendo.

Después de las despedidas, el camión partió, dejando a Joshua en la entrada de su cabaña. Cerró la puerta de la cerca y entró, pero sólo para salir minutos después en dirección a la tienda.

El dueño lo recibió y le preguntó qué deseaba. Joshua pidió una variedad de carnes, verduras y frutas. También eligió un surtido de caramelos. La compra sumó en total setenta y dos dólares con cincuenta y seis centavos.

Mientras Joshua sacaba el dinero del bolsillo de la camisa y lo contaba, el tendero colocó las cosas en bolsas de papel. Después de pagar, Joshua le preguntó si tendría la bondad de entregar la comida a la familia que vivía al final de la bocacalle. El hombre repuso que conocía, en efecto, a esa gente, que eran muy simpáticos y que sería un placer hacerle ese favor. Para no herirles en su orgullo, Joshua escribió una nota y la puso dentro de una de las bolsas de papel: «En agradecimiento por tanta bondad, les ruego acepten este pequeño recuerdo.» El propietario prometió entregar personalmente el pedido para que nadie se enterara. Estaría allá en menos de una hora. Joshua le dio las gracias y se marchó.

CAPÍTULO 6

Esa tarde, cuando Aarón llegó puntualmente a las seis y media, Joshua ya estaba listo: meticulosamente peinado con algo parecido a una raya a la izquierda aunque su pelo era demasiado independiente para tolerar una raya perfecta. Se había lavado y planchado el pantalón y la camisa, y ofrecía un aspecto cuidado. También se había puesto un chaleco que le había tejido una de las mujeres del callejón. Era color café, como toda su ropa. Estaba pues presentable, si bien no podía competir con la elegancia de las personas que habían pasado a recoger la estatua por la mañana. Según las pautas vigentes, saltaba a la vista que era pobre. Las sandalias que llevaba puestas también eran sencillas pero de una hechura sólida que proporcionaba un soporte a sus pies.

Aarón detuvo el carro frente a la cabaña de Joshua justo frente a la entrada. Mientras Joshua avanzaba hacia él, Aarón salió a saludarlo a la acera. Le tendió la mano y le abrió la puerta para que subiera. Joshua parecía incómodo ante tantos formalismos, pero los aceptó con buen talante. Había un trayecto de unos veinte minutos largos hasta la sinagoga, que estaba en la ciudad, pero tenían tiempo de sobra para llegar antes de que empezara el servicio religioso.

Llegaron pocos minutos antes de las siete. Aarón aparcó el carro y entró con Joshua en el edificio. Fueron recibidos con gran cordialidad por un asistente que ofreció una yarmulka (gorro que llevan los judíos practicantes varones) a Joshua. Era obvio, por los saludos que recibió al entrar en el vestíbulo, que Aarón era un miembro activo de la comunidad.

Aarón presentó a Joshua con orgullo, como un amigo artista que había tallado la figura de Moisés para el salón, y, medio en broma, como miembro potencial de la comunidad. Todos le dispensaron una cálida acogida.

Dado que ya era casi la hora de comenzar el servicio, Aarón acompañó a Joshua hasta la sinagoga propiamente dicha. Como Aarón tenía que cumplir ciertas obligaciones, preguntó a Joshua si le molestaba sentarse solo hasta que él volviera. No le molestaba en absoluto. En realidad, se sentía enteramente como en casa.

En cuanto entró el rabino, todos se pusieron de pie y se inició el servicio. El rabino dio la bienvenida a todos, en especial a los invitados que no eran de la ciudad, y en particular a la persona que había realizado la hermosa obra de arte para la congregación. Un par de personas situadas a corta distancia de Joshua lo miraron y le sonrieron cálidamente. A Joshua se le encendieron las mejillas.

Se entregó totalmente al servicio y disfrutó sobremanera con el canto de los himnos, con los salmos, que le eran tan familiares y preciados. Al no tener nadie a su lado, su voz se destacaba en los rezos y en los cánticos que entonaba con todo su corazón. No se sentía avergonzado ni cohibido y, cuando algunas personas se volvieron para ver de quién era la voz, ni siquiera se enteró. Su voz de barítono, vibrante y dulce, sonaba vigorosa y llena de entusiasmo.

Al terminar el servicio todos salieron al vestíbulo, momento que aprovecharon algunos para acercarse a Joshua y decirle lo mucho que les había agradado su canto. Francamente incómodo con los halagos, Joshua logró agradecerlos, a pesar del sonrojo que le produjo el tomar conciencia de que había estado cantando tan alto.

Las cuatro personas que habían estado en su casa ese mismo día lo descubrieron en el vestíbulo, entre la multitud, y acudieron a rescatarlo. Era fácil localizarlo; toda la gente que lo rodeaba iba bien vestida, mientras que él parecía recién llegado del campo; y, a pesar de que había lavado y planchado su ropa, no se podía decir que estuviera elegante. En realidad su aspecto era casi patético, aunque esto no parecía preocuparle. Su apariencia le tenía sin cuidado. Por otra parte, tampoco los demás daban mayor importancia a esa cuestión. Lo aceptaban por lo que era y no por cómo vestía. Además, se veía a las claras que era un individuo de grandes cualidades que tenía mucho que dar a la gente. Quienes lo conocían y entraban en su intimidad, tenían por un orgullo el gozar de su amistad y se interesaban poco por su vestimenta. Por otra parte, la gente estaba acostumbrada a los artistas. Dado que éstos eran en general bastante estafalarios en el vestir, el atuendo de Joshua resultó de lo más normal. Nadie prestó pues mucha atención a su ropa. Tenían curiosidad por ver la talla, sobre la que llevaban escuchando comentarios por teléfono toda la tarde.

Los cuatro compañeros de Joshua lo flanquearon al bajar las escaleras y le contaron que el rabino había quedado muy impresionado con la estatua. Estaban convencidos de que les encantaría a todos.

Al entrar en el gran salón vieran de inmediato un corro de personas de pie. Estaban frente a la figura de Moisés, que parecía hablar a la gente que lo contemplaba, gesticulando e instándoles con toda la fuerza de su poderosa personalidad. Cuando Joshua y sus amigos se acercaron, oyeron los comentarios: «¡Qué obra de arte?» «¿Crees que le dieron tan malos ratos como parece expresar su rostro?» «No tengo la menor duda. Siempre los insultaba, diciéndoles "testarudos", "duros de corazón" y "rebeldes". Por cierto que la estatua no lo muestra como una persona demasiado paciente.»

La comisión social había servido café, té y pastas en las mesas dispuestas en el salón. La gente comenzó a acercarse a la comida, mientras algunos se quedaban admirando la estatua. En ese momento entró el rabino con dos mujeres que comentaban algo con gran excitación. Una de ellas, la señora Cohen, le contaba al rabino que había estado sentada cerca del artista visitante durante el servicio y lo había oído rezar y cantar los himnos en hebreo. El rabino daba muestras de escepticismo, pero la mujer insistía y su amiga la apoyaba.

-Quizá sea judío -zanjó hábilmente el asunto el rabino-. Nunca se sabe. Averiguaré discretamente si lo es.

Al parecer satisfechas por el desenlace de la discusión, las mujeres iniciaron un diálogo menos tenso al tiempo que se acercaban a la estatua.

Cuando hubieron dejado libre al rabino, Lester se dirigió a él, lo tomó suavemente del brazo y lo llevó hasta Joshua. La expresión del rabino mostraba una excitación ajena a su serenidad habitual. La estatua le había gustado desde el primer momento en que la vio por la mañana, pese a quedar apabullado por la expresión de la obra y por la franqueza del mensaje que transmitía sin tapujos. Había comprendido que lejos de ser una mera representación de la historia, contenía un profundo mensaje dirigido a la comunidad judía moderna. Se sintió orgulloso de que la estatua perteneciera a su templo y, aunque había quienes lo criticaban por haber instalado una «imagen tallada» aunque fuera en el salón social, intuía que el poderoso mensaje que comunicaba la figura justificaba con creces su decisión. No obstante, a pesar del orgullo que sentía por la estatua, ésta

le inspiraba asimismo inquietud, y hasta incomodidad, porque comunicaba un mensaje a su gente en lugar de rendir tan sólo un homenaje a sus predecesores. Por otra parte, sus fieles no diferían de los hebreos de antaño y como ellos necesitaban recibir mensajes contundentes. Absorto en estos pensamientos, comenzó a captar en la estatua todos los mensajes que él debió haber comunicado y omitió por miedo, y su inquietud inicial ante la estatua se transmutó en gratitud hacia el artista. Al haber encargado la obra al artista, el rabino había participado en cierto modo, a través de sus manos, en la transmisión de las ideas que Dios había querido que comunicara. Con este razonamiento se tranquilizó su conciencia.

-Rabino Szeneth -presentó Lester-, aquí está Joshua, el artista que talló la figura de Moisés. -Luego se volvió hacia Joshua y le presentó al rabino corno su estimado director espiritual. Los hombres se estrecharon la mano.

-Le estoy profundamente agradecido, Joshua, por la hermosa obra de arte que ha creado para nuestra gente. Se trata de una auténtica creación. No es un mero trozo de madera, ni una simple reproducción. Habla con fuerza y claridad. He recibido el mensaje. Debo confesar que al principio no me gustó lo que usted decía, pero, después de reflexionar, he comprendido que decía todo lo que yo debí haber dicho y que no tuve el coraje de decir. Le estoy muy agradecido. Es magistral -alabó el rabino.

-Gracias, rabino. El honor es mío -le correspondió Joshua para luego añadir-: Quiero que sea un testimonio permanente de mi amor por mi gente.

-¿Su gente? -preguntó el rabino sorprendido, recordando lo que le habían dicho las dos mujeres.

-Sí, mi gente -corroboró Joshua- siento un profundo amor por ellos.

-¿Es usted judío, entonces? -preguntó el rabino.

-Sí.

-En ese caso, por favor, venga a nuestra sinagoga siempre que quiera y considérela como su casa -ofreció el rabino-. Ahora que sé que el mensaje de la estatua viene de uno de nosotros, no me siento tan mal -agregó, provocando una sonrisa en Joshua.

El rabino Szeneth y la delegación acompañaron a Joshua al lugar donde estaba expuesta la estatua para que todos pudieran contemplarla de cerca. Una dama echó una mirada a Joshua y, sospechando que era el artista, le preguntó con frialdad:

-¿Usted es el artista?

-Sí, soy yo -contestó Joshua con corrección.

-¿Por qué Moisés parece tan furibundo? Se le ve casi desesperado, frustrado.

-Después de todo, era humano -respondió Joshua cortésmente-, y cuando uno piensa en la tarea que debía cumplir y los obstáculos que tuvo que afrontar a diario durante cuarenta años, no puede tener otra expresión. Lo que soportó habría quebrado a un hombre más débil, de manera que la expresión de frustración no traiciona la realidad, ¿no le parece?

-Supongo que no, pero cuando uno lo analiza se siente culpable.

-¿Y eso es malo? -preguntó Joshua.

-Quizá no, pero cuando miro una obra de arte prefiero sentir placer. Ésta me hace sentir incómoda. Como obra de arte está bien lograda, y no me cabe duda de que a la mayoría de la gente le gustará.

A las nueve y media comenzó a disolverse la reunión social. Aarón se acercó a Joshua y le preguntó si le apetecía irse.

-Creo que sí -contestó Joshua.

Los dos hombres iniciaron la retirada, despidiéndose de varias personas de camino hacia la puerta principal.

-¿Qué piensa de nuestra comunidad? -preguntó Aarón a Joshua, ya en el carro.

-Parece una comunidad amistosa -contestó Joshua.

-¿Ha quedado contento con la reacción que han mostrado hacia su escultura?

-Sí, las reacciones han sido variadas, tal como esperaba. Yo quise dejar una impresión duradera que favoreciera la reflexión, para que la obra tuviera un valor personal y permanente para todos. A la gente le resulta difícil, Aarón, pensar en términos espirituales. El mundo de los sentidos es demasiado vívido y real. El mundo del espíritu es real para Dios, quizá, pero a los seres humanos les cuesta hasta creer siquiera que existe. Aunque se sienten incómodos cuando alguien habla de él, es indispensable que se les recuerde su existencia.

Aarón lo escuchaba, cautivado por sus palabras, pero también por la serenidad de que hacía gala. Aun sin censurar el comportamiento humano, hablaba como si el mundo del espíritu fuera muy real para él. Se desenvolvía con gran soltura en un área del pensamiento que suele ser una jungla impenetrable para la mente humana. Dejó que Joshua siguiera hablando sin siquiera hacerle preguntas mientras conducía su lujoso automóvil por las calles de la ciudad hacia las carreteras rurales que llevaban a Auburn. El camino parecía un largo túnel y los faros proyectaban sus rayos al frente, bajo el perfecto arco formado por el ramaje de los árboles.

La noche era serena. Una brisa fresca barría los campos y entraba por las ventanillas abiertas del carro. Aarón estaba callado. Solo Joshua hablaba. Aarón era un hombre de mundo y, pese a ello, Joshua lo desconcertaba. El padre de Aarón era dueño de una acería, y desde su infancia, Aarón había pasado la mayor parte del tiempo en la fábrica. Ya mayor, accedió a la presidencia de la empresa. Su padre se había retirado hacía más de un año dejando al hijo a cargo de todo. Aarón era una buena persona; pasaba gran parte de su tiempo libre ayudando al rabino con las numerosas tareas administrativas de la sinagoga. No era un hombre especialmente espiritual, pero hacía donaciones económicas a varias instituciones benéficas. Joshua lo tenía fascinado porque no podía comprender que un hombre con esa inteligencia pasara por la vida como si las cosas materiales carecieran de valor. Sabía que Joshua podría ocupar la posición que se propusiera, pero él se conformaba con una vida sencilla, carente de bienes terrenales. Aarón, a quien desde niño habían inculcado el valor de las cosas materiales, no salía de su asombro. Él tenía una posición, cuentas bancarias, acciones, inversiones en bienes raíces y una vida familiar feliz, todo lo que importaba, en suma, en la vida de un hombre.

Joshua lo desorientaba porque no tenía nada de eso y ni siquiera parecía interesado en ello. No obstante, gozaba de una felicidad y una paz que él no había podido alcanzar. Por debajo de todo el bienestar material y la buena vida que llevaba había un vacío, una carencia que lo roía sin tregua. Su dinero y sus inversiones recordaban a un chico jugando al monopolio. Era un juego que en un momento dado lo fascinó, pero que había comenzado a hastiarlo. En sus

momentos de tranquilidad y soledad, le abrumaba pensar que su vida fuera a consistir sólo en eso. Quizá por ello apreciaba la compañía de Joshua. Cuando estaba con él, sentía cierta paz y una serenidad reconfortante que no podía encontrar en otras partes. Aarón hubiese querido ser como Joshua. Quería tener su paz. Se sentía bueno y limpio por dentro, como si caminara en una atmósfera nueva, purificada y enriquecida.

Joshua -dijo por fin Aarón, rompiendo su largo silencio-, ¿cómo se convirtió en lo que es? ¿Quién le enseñó todas las cosas en las que cree?

-¿Por qué lo pregunta? -inquirió Joshua con curiosidad.

-Porque no alcanzo a comprender cómo pudo adquirir la visión de la vida que tiene. Su forma de pensar es muy distinta de la mía y de todas las personas que conozco.

-Vivo lo que creo, Aarón, y por eso sé que lo que creo es cierto.

-¿Qué quiere decir con vivirlo? ¿A qué se debe que yo no lo viva?

-Cada persona contempla la vida a través de una visión distinta. Pongamos que tres hombres miren un mismo árbol. Uno verá en él un número dado de tablones de madera de un precio determinado. El segundo lo verá como una cantidad de madera para hacer fuego y dar calor a su familia en invierno. El tercero lo verá como una obra magistral del arte creativo de Dios, dado al hombre como manifestación del amor y poder duradero de Dios, de un valor que supera en mucho al que tiene en dinero o como material para hacer fuego. Aquello para lo que vivimos decide lo que vemos en la vida y conforma el eje de nuestra visión interior.

-¿Quién le enseñó a pensar de esa manera?

-Es lo que veo. Usted también podría verlo si lograra distanciarse de las cosas que le enseñaron a valorar. Ellas no le dan paz, ni tampoco una satisfacción duradera. Lo dejan vacío y lleno de un anhelo por algo más.

-Es cierto, ¿cómo lo sabe?

-Sé de qué está hecho el hombre y comprendo lo que realmente necesita para crecer y encontrar la paz.

-Joshua, usted es un hombre extraño, pero lo siento muy cercano. Me gustaría ser su amigo.

-Su amistad será un honor y un preciado tesoro para mí.

Ya habían llegado al pueblo. Aarón dobló por la calle principal hacia la cabaña de Joshua. El pueblo tenía un aspecto pintoresco, como de otra época, con la luz de las farolas medio escondidas por el follaje. Las sombras ocultaban todos los agregados modernos dejando ver sólo las formas de los edificios, los mismos perfiles que debieron de presentar siglos atrás. Era un paraje solitario, y Aarón sintió pena por Joshua, que vivía solo en medio de un mundo de otros pero sin participar de todas las alegrías y todos los dolores que conlleva la vida en familia. Por fuerza debía sentirse solo.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente Joshua estaba en la cama, recostado sobre las almohadas, escuchando el golpeteo de las gotas de lluvia sobre el techo. Producían un repiqueteo apacible, casi musical, al caer en cadencia acompasada contra la ventana. Durante un larguísimo rato, Joshua permaneció absorto en sus pensamientos, con actitud remota, como si contemplara una visión de tiempos y lugares lejanos.

Después salió de la casa y enfiló por la calle principal en dirección al restaurante.

Moe Sanders se encaminaba también al restaurante, en dirección opuesta, en compañía de Pat Zubar y Herm Ainutti.

-¡Eh, mirad quién viene! -gritó Pat con una voz que conmovió el silencio de la mañana y que Joshua no pudo menos que oír.

Dado que aún mediaban unos cincuenta metros de distancia, les dedicó un breve saludo, sonriendo por el inesperado encuentro. Cuando estuvieron cerca, Moe saludó a Joshua.

-Buenos días -los saludó a su vez al tiempo que entraban en el restaurante.

En el local, lleno de ruidos de platos y cubiertos, se encontraba ya parte de la pandilla. El olor a fritura de tocino con huevos les despertó el apetito y los puso a todos de buen humor.

-Mirad cómo sonrío la novia de Joshua porque ha llegado -dijo Herm en plan de broma a Mary, la dueña del restaurante.

Todos sabían que a Mary le gustaba mucho Joshua. No podía ocultarlo porque cada vez que éste entraba, se ponía nerviosa y se ruborizaba. Se delataba sin remedio y no tenía manera de ocultarlo. Joshua, que lo sabía, le sonrió con una miradita de complicidad. Todavía sonrojada, se situó en el lugar en que preveía que se sentaría Joshua.

-Buenos días, Mary -la saludó con afecto-. Se te ve contenta y guapa en un día triste.

-Supongo que siempre me pongo contenta cuando vienes -repuso ella, aún más sonrojada-. Por lo menos eso es lo que todos me dicen. ¿Qué quieres para el desayuno?

Joshua observó el menú que colgaba de la pared y se decidió en cuestión de segundos.

-Creo que comeré panqueques y salchichas con zumo de naranja y café.

Mary lo apuntó y luego le sirvió una taza de caté caliente. Los otros miraban simulando envidia.

-¡Vaya, mirad cómo le sirve! Es un privilegiado -comentó Herm de buen humor.

Moe tomó la cafetera del mostrador y llenó la taza a todos.

-Supongo que tendremos que servirnos nosotros mismos si es que queremos comer algo -dijo.

Antes de que Moe terminara, llegó una camarera que atendió a los que faltaban.

-Si fuerais tan simpáticos como Josh, quizá también recibiríais un trato especial -les espetó mientras servía la última taza.

Eran sólo las siete y pico de la mañana del sábado, y por ese motivo el restaurante estaba medio vacío. La voz de Pat dominaba el lugar, de tal modo que la conversación de los demás sonaba como un mero telón de fondo.

-Me han dicho que anoche estuviste en la sinagoga -comentó a Joshua-. ¿A qué fuiste?

No quería ser ofensivo. Era tan sólo su manera de hablar. Las palabras pasaban, sin filtro ni contención, de su cabeza a los labios.

Joshua acababa de tomar un sorbo de café caliente y casi se atragantó ante la abrupta observación de Pat, cosa que provocó la hilaridad de los demás.

-Sí, lo pasamos muy bien. Os habría encantado aquello -respondió Joshua.

-Lo dudo -replicó Pat-. ¿Qué hacías en la sinagoga?

-Me habían encargado que les tallara una estatua de Moisés, así que me invitaron a la exhibición. Me sentí como en mi casa. Todos somos judíos espiritualmente, ¿sabéis?

-Yo no soy judío -protestó Pat-. Quizá Moe lo sea, su hermano hasta lo parece.

Mary dejó los panqueques y las salchichas bien calientes frente a Joshua. También agregó algunos trozos de mantequilla por su cuenta y guiñó un ojo como advirtiendo: «No me lo agradezcas; se van a burlar.» Joshua le sonrió a su vez. Sentía un afecto especial por aquella bondadosa joven. El gesto de Mary no pasó, sin embargo, inadvertido. Moe, sentado junto a Joe, lo vio y se quejó de inmediato:

-Fijaos en eso. Hasta le pone más mantequilla. Un tratamiento especial al completo. No haría eso por nosotros, que venimos desde hace años.

Mary siguió con su trabajo sin darse por aludida. Herm, que había permanecido inusualmente callado, por fin volvió a la vida.

-Tú vas a nuestra iglesia, ¿no es así, Josh? -preguntó.

-Sí -contestó Joshua.

-Me pareció verte allí, pero como nunca te ví comulgar, no sabías si pertenecías a ella o no.

-Comulgo a mi manera, que sería difícil de explicar -respondió Joshua.

-¿Qué quieres decir con «a mi manera»? -inquirió Pat-. O comulgas o no comulgas.

Joshua soltó una carcajada y se dispuso a explicárselo. Por fortuna lo salvó la camarera que le traía el desayuno a Pat. Eso distrajo a todos por el momento, pero al poco Moe observó que un domingo había visto a Joshua entrando en la iglesia metodista.

-Sí -reconoció Joshua-. Me siento como en mi casa dondequiera que la gente honre sinceramente a mi Padre.

La explicación era muy simple, y todos parecieron quedar satisfechos con ella, pero siempre que Joshua decía «mi Padre» sonaba tan distinto de la manera como lo decía la gente que no sabían a qué atenerse. Joshua decía esas palabras con tan profundo afecto que nadie sabía si se

trataba de alguna peculiaridad suya o si sentía una relación especial con Dios. Durante un instante hubo tal silencio en el restaurante que sólo se oía el entrecuchar de platos y cubiertos. Todos estaban muy ocupados comiendo.

Cuando la pandilla terminó de comer, fueron desfilando por la caja para pagar. Joshua dejó una generosa propina debajo de la taza antes de marcharse. Luego todos salieron.

Bajaron juntos por la calle hasta la esquina y doblaron hacia el camino lateral.

-¿Por qué se te ocurrió venirte a vivir aquí? -preguntó Herm a Joshua.

Parecía que no hacían sino preguntarle cosas a Joshua, pero a él no parecía molestarle.

-Es un lugar tranquilo y apacible, y la gente es cordial -contestó con franqueza.

-Deberías ser un político -opinó Moe-. Sabes qué corresponde decir en cada momento.

-Pareces una persona muy feliz a pesar de estar solo. ¿No te sientes muy solo viviendo sin compañía? -preguntó Herm.

-No. Me gusta estar como estoy. Y nunca estoy realmente solo. Durante todo el día viene gente a conversar conmigo o a encargarme algún trabajo. Y además, Dios está siempre con nosotros, y él es real, aunque no pensemos mucho en eso.

-Dios está con todos, pero aun así, uno se siente solo. Cuando terminas tu trabajo por la noche, ¿qué tienes sino una casa vacía? -objetó Pat-. ¿No sería agradable tener a alguien que te hiciera la cena y te cuidara cuando terminas de trabajar?

-Supongo que sí, pero estoy muy satisfecho, y me gusta prepararme la comida y comer en paz, y dar una caminata por el prado. La belleza de la naturaleza no deja nunca de fascinar. Y es tan apacible. ¿No os gustaría estar solos a veces?

-¡Vaya si me gustaría! -corroboró Pat-. Sobre todo cuando mi mujer se enfada conmigo por algo que he hecho o porque he dicho alguna inconveniencia. Pero no, es buena mujer. Supongo que no tengo de qué quejarme.

-Pareces inteligente, Josh -opinó Herm, entrando en un tema serio-. ¿Qué piensas de la religión?

-¿Qué quieres decir por religión? ¿Te refieres a como está o a como Dios quería que fuese? Hay una gran diferencia, ¿sabes?

-Bueno, a como está, la manera como la manejan las iglesias.

-Dios jamás quiso que la religión se convirtiera en lo que es hoy. Jesús vino a la Tierra para tratar de liberar a la gente de esa clase de religión reglamentada en la que se amenaza a las personas si no obedecen las reglas y rituales inventados por el clero. Jesús vino a enseñar a la gente que son hijos de Dios y que, como hijos de Dios, son libres, libres para crecer como seres humanos, para convertirse en gente hermosa, como quería Dios. Eso no puede ser legislado. Jesús ofreció a los apóstoles a la comunidad como apoyo, para que dispensaran ayuda, guía y consuelo. Jesús no previó jefes en el sentido mundano. Quería que sus apóstoles guiaran y sirvieran, no que ordenaran y legislaran como los que gobiernan el mundo. Desafortunadamente, los líderes religiosos toman como modelo a los gobiernos civiles y tratan a la gente como ellos. Así caen en la misma trampa en que cayeron los escribas y fariseos, convirtiendo la religión en una serie tangible de prácticas religiosas que pueden medirse, y esto es legalista y superficial. Al hacerlo, se convierten

en el centro de las prácticas religiosas desplazando a Dios, de modo que la atención de la gente se dirige a sus leyes y rituales inacabables, más que al amor a Dios y a la preocupación por los demás.

Las costumbres, las prácticas y las tradiciones sustituyen entonces al verdadero servicio de Dios y se convierten en un serio obstáculo para el crecimiento real en el amor divino. Cuando las personas toman demasiado en serio a los dirigentes religiosos, adoptan una rigidez de pensamiento, les da miedo pensar por sí mismas y siempre deben someter sus decisiones al clero. Aun como adultos, se aferran a las prácticas religiosas de su infancia, y, cada vez que cambian las ceremonias o simplemente las costumbres, se aterran, porque se les indujo a creer que estas cosas eran su fe. Con ese tipo de mentalidad todo crecimiento se detiene, porque el crecimiento significa cambio y la santidad implica una comprensión cada vez más profunda de Dios y de lo que éste espera de cada uno de nosotros. Si una persona no se abre a la inspiración del Espíritu, porque los sacerdotes no lo permiten, ni siquiera el Espíritu Santo puede obrar en ella, y por lo tanto no crecerá. Lo peor es que así se frustra la obra que Dios quiere cumplir en ella. Por eso los profetas de la antigüedad fueron hombres tan grandes, porque tuvieron la osadía de ver más allá de las limitaciones que imponen las tradiciones religiosas humanas y guiaron al pueblo de Dios. Tuvieron el coraje de escapar de la estéril rigidez de las formas religiosas y provocaron la ira de los dirigentes religiosos, su odio y su persecución, y hasta su asesinato en algunos casos, en nombre de la religión. Los líderes religiosos caen constantemente en la trampa de querer controlar la religión y la práctica individual de ésta. No quieren que la gente piense por sí misma para no perder ese control.

Los compañeros de Joshua lo escuchaban atentamente, hechizados por la vehemencia y la capacidad de penetración de este hombre, que de ordinario era tan afable y calmado. Cuando Joshua terminó, se quedaron callados, imposibilitados para agregar nada, ni siquiera formular una pregunta. Por fin, Herm rompió el silencio, diciéndole a Joshua:

-Te tomas muy a pecho estas cuestiones, ¿eh?

-Sí -reconoció Joshua, porque Jesús jamás tuvo la intención de que la religión fuera dañina como lo ha sido. Es horrible que haya habido tantos dirigentes religiosos que han perseguido e incluso mandado torturar a la gente por sus creencias. Hasta Dios respeta la libertad del individuo, y la fe es un don. Los nombres deben creer libremente. La función de los líderes religiosos es dar ejemplo, atraer a la gente a Dios por medio de la profundidad de su propia fe y la belleza de sus vidas personales, no intimidar a la gente para que cumplan prácticas exteriores estériles. Eso no es religión. Es una burla de la verdadera religión.

La verdadera religión nace del corazón. Es una relación profunda con Dios que debe procurar paz, alegría y amor a la gente, no temor, culpa y mezquindad. El culto sólo tiene sentido cuando es libre. A Dios no se le honra con un culto obligado bajo amenaza de pecado o castigo. Tampoco se honra a Dios obedeciendo servilmente unas leyes religiosas desprovistas de amor. A Dios le complace sólo la expresión libre del alma que lo ama de verdad. Todo lo que no cumpla este requisito es falso y sirve sólo a las necesidades inmediatas de las instituciones religiosas.

Los hombres no se esperaban un discurso de ese tipo, pero les encantó oírle decir esas cosas a Joshua. En el fondo de sus corazones creían lo que decía, aunque nunca en la vida podrían expresarlo con las palabras que él usaba.

-Deberías ser sacerdote -señaló Moe a Joshua, reflejando los sentimientos de todos-. Necesitamos que nos digan esas cosas. Es algo que todos sentimos, pero que nunca hemos oído en la iglesia. En realidad, no creo que ningún predicador se atreviera a hablar así. Lo despedirían en el acto.

-¿Dónde has aprendido lo que sabes, Josh? -preguntó Herm, casi con respeto en la voz.

-Cuando uno piensa en las cosas y las siente intensamente, es fácil expresar lo que siente. Todos deberíamos sentir con tuerza que debemos comprender el amor que nos profesa Dios y no permitir que nadie, ni siquiera las autoridades religiosas, nos lo impidiera.

A los hombres les gustó dar ese paseo con Joshua. Nunca habían hablado de esa manera con nadie, aun cuando en la intimidad de su conciencia cada uno de ellos pensara en aquellos temas, sin animarse a compartir sus reflexiones con los demás. Les alegró oír a Joshua expresándose sin ningún tapujo con tanta libertad.

Cuando emprendían el regreso al pueblo, Pat preguntó a Joshua si le gustaría ir a la reunión que tendría lugar esa noche en su casa. Joshua aceptó de inmediato, encantado.

Al cabo de un rato llegaron a la casa de Joshua, frente a la cual se detuvieron unos minutos antes de separarse y emprender cada cual su camino.

Joshua entró a su casa y tras descansar brevemente, fue al taller a trabajar. El sol entraba por las ventanas insuflando vida a todos los objetos inacabados que había diseminados por la habitación, algunos sobre el banco, otros sobre pequeñas repisas y algunos sobre taburetes o en el suelo, todos en diferentes etapas de producción.

La gente empezaría a llegar muy pronto para llevarse sus artículos. Determinando las prioridades del trabajo de Joshua: el más urgente era la silla antigua que estaba en un rincón, con una pata rota y travesaños por reponer en el respaldo. La pata y las piezas nuevas estaban apoyadas sobre la silla. La había ido haciendo a ratos durante la semana, cuando no trabajaba en la estatua. No le habían requerido mucho tiempo, dado que eran fáciles de modelar, sólo le restaba lijarlas y pegarlas con cola.

A las diez terminó ese trabajo y pasó al siguiente, un viejo reloj de pared con hermosas molduras talladas en los costados, en su mayor parte astilladas o rotas. Apoyó el reloj contra la pared, detrás del banco, y le dio cuerda para escuchar el carillón. Era primitivo pero encantador. Sonaba como una percusión sobre cristal. Mientras sonaba la música, Joshua se quedó sentado en el taburete, abstraído, meditando sobre el tiempo y la eternidad y la ingeniosa invención del reloj, que medía sus lapsos en relación casi perfecta con el movimiento de los planetas. Con un destello en los ojos, pensó que muy pocos han captado el hecho de que el tiempo no es real sino ilusorio, que no hay ni pasado ni futuro, sólo el presente. La mente humana inventa la idea del pasado porque sólo es capaz de experimentar el presente en pequeños lapsos momentáneos. Cuando la experiencia termina, desaparece. Para registrar la experiencia, el hombre inventó el tiempo. Las personas catalogamos las experiencias y las llamamos pasado, ubicándolas en diversos encuadres de tiempo. Para la mente humana el futuro es un espacio totalmente vacío. Aun cuando Dios ya lo tenga presente, la experiencia humana todavía no lo acoge como foco de atención, y por eso lo llama futuro. ¿Llegará alguna vez la mente humana a comprender que el pasado es aún presente y el futuro ya es presente?

Al detenerse el carillón, el repentino silencio interrumpió la ensoñación de Joshua. Entonces tomó el reloj, lo examinó, lo puso sobre el banco y comenzó a trabajar en él. Con unos pocos movimientos diestros, ayudado con un pequeñísimo serrucho hecho a mano, separó las partes deterioradas y las puso a un lado. Luego perforó la moldura con un taladro. El paso siguiente fue más difícil. Tenía que volver a tallar las piezas rotas, logrando la reproducción exacta de las originales. Le llevó tiempo, pero parecía gozar con este tipo de trabajo, esmerado, tedioso y exigente. Volvió a tallar las piezas rotas una por una y a continuación trazó pequeños orificios en su parte posterior con el taladro. Luego hizo unos tacos del mismo tamaño, que sumergió en cola para insertarlos en los agujeros. Entonces encajó los nuevos ornamentos en el reloj. Le llevó buena parte del día, pero el producto terminado salió perfecto, tanto que nadie hubiera adivinado que había sido sometido a restauración.

El día pasó deprisa. Joshua interrumpió su trabajo sólo dos veces: una vez para almorzar y otra cuando llegó una pareja de ancianos a buscar la silla antigua, que para ellos no era una antigüedad sino simplemente una de las pocas sillas que todavía tenían en su casa. Habían vendido la mayor parte de sus muebles para saldar deudas, y aquella silla era de los pocos que aún les quedaba. Al ver la silla enteramente reparada, sus ojos se agrandaron de entusiasmo. Era hermosa y resistente

a la vez. La señora se sentó en ella; y comprobó su firmeza. Joshua sonrió con satisfacción. Cuando el hombre fue a pagarle, Joshua les preguntó si le harían un favor. Sabía que eran pobres y no quería aceptar su dinero, pero tampoco quería herir sus sentimientos, de modo que llevó a la señora a la cocina y le preguntó si le enseñaría distintas maneras de cocinar un pollo. Ella le dio un par de recetas e insistió en dejárselas escritas. Mientras las escribía, el viejo descubrió la parrilla del patio y le dio a Joshua una receta para asar el pollo en ella. Cuando terminaron, Joshua demostró una inmensa gratitud, negándose a recibir dinero alguno por la reparación de la silla, ya que habían sido tan generosos al ayudarlo. Los dos ancianos se marcharon contentos, con la sensación de haberle hecho un favor. Joshua se ofreció a llevarles la silla a la casa, pero ellos se negaron era redondo.

Joshua los observó mientras se alejaban. Llevaban esa carga incómoda por turnos, cada uno un trecho.

A las cuatro y media Joshua dio por terminada la jornada de trabajo. Había sido un día largo y duro, y estaba cansado. Como el sol todavía calentaba, decidió ir a nadar y echar tal vez una cabezada después. Tenía que ir a cenar a casa de los Zumbar, y probablemente la reunión duraría hasta tarde. Dado que no estaba acostumbrado a trasnochar, le convenía descansar un poco antes.

CAPÍTULO 8

Esa noche se reunieron todos en casa de los Zumbar. La pequeña casa apenas podía albergar a todo el grupo, pero nadie se preocupaba por ello. Todo era enteramente informal. Si querían que asistieran todos, pues invitaban a todos, y dejaban que cada cual se arreglara como pudiera. Estaban acostumbrados a soportar incomodidades cuando se visitaban unos a otros. Aquella era además una noche especial que nadie quería perderse. Joshua había sido todo un misterio desde su llegada al pueblo casi tres meses atrás. Aunque parecía muy cordial, muy, pocos individuos habían entrado en contacto con él, y se le conocía más por rumores que por hechos concretos de su vida real. Esa reunión ofrecía una buena oportunidad para conocer al verdadero Joshua.

Joshua fue caminando hasta casa de Pat. Era una noche hermosa, una grandiosa culminación de todo un día de nubes y sol, de calor y de fresco. Pat estaba en el porche conversando con George Sanders, Herm Ainutti y Charlie, el cartero, cuando Joshua llegó.

-¡Eh, mirad quién llega! -gritó el cartero al verlo.

Los otros se volvieron y saludaron su presencia ruidosamente. Cohibido por la algarabía, Joshua sonrió y siguió caminando hasta la casa, al tiempo que saludaba a quienes se acercaban a recibirlo.

-Bienvenido, compañero -dijo con satisfacción el cartero, estrechándole la mano, como si tuviera título previo a su amistad por haber sido el primero en entablar relación con él.

Acompañaron a Joshua al interior de la casa, donde ya había numerosas personas. Durante un breve instante todos se quedaron mirándolo. La mirada aguda de Joshua recorrió el grupo fijando en su memoria la impresión que recibía de cada uno. A la mayoría los había visto antes, por lo menos a los hombres. La mayor parte de las mujeres le eran desconocidas. Pat estaba tan orgulloso de su huésped que se hinchó como un pavo real mientras presentaba a todos a Joshua, que miraba profundamente a los ojos de cada uno como escudriñando sus mismas almas al tiempo que los saludaba con cordialidad.

No eran personas refinadas. Saltaba a la vista lo que eran, porque no ocultaban nada. Eran gente práctica, de buen corazón. Todos habían jugado juntos de niños, estudiado juntos como alumnos, y trabajaban y se relacionaban juntos como adultos. Cuando se encontraban en reuniones como aquella, no se andaban con ceremonias. Unos se quedaban de pie, otros iban de un sitio a otro o bien salían al patio mientras comían o conversaban. En general los invitados se servían ellos

mismos, se hubiera dispuesto o no así de antemano. Aquella cena concreta estaba planteada para que cada cual se sirviera a su gusto.

Por fin Pat se acordó de presentar a su mujer, Minnie, a Joshua. Era una mujer bondadosa y comprensiva, más alta que Pat. Minnie también tenía un buen sentido del humor y, cuando su marido la presentó a Joshua como su mujer, ella miró a Joshua y declaró alegremente:

-Sí, desde hace más de cuarenta años, y no sé cómo lo he aguantado.

-¡Qué cosas dices! Si vives como una reina -salió en defensa propia Pat.

-Pues claro que sí -admitió Minnie.

-Veo que sois el uno para el otro -observó Joshua sonriente.

-Vamos a comer algo, estoy muerto de hambre -dijo Pat, mientras llevaba a Joshua hacia la mesa donde había recipientes con todo tipo de fideos a la italiana y platos de carne.

Aunque eran pocos los que tomaban alcohol, sabían que Joshua bebía vino, de modo que le ofrecieron un vaso de vino de elaboración casera. Lo había hecho un hombre bajito de alma grande, apodado el Pequeñín. En un tiempo había sido boxeador, y aunque ya andaba por los sesenta, todavía estaba en buena forma.

-No es malo -dijo Joshua a Pat, tras paladear el vino-. No, no, es muy bueno.

-Puedes agradecerse al Pequeñín. Lo envié expresamente para ti -informó Pat a Joshua-. Te lo puedes llevar a tu casa. Aquí nadie lo bebe.

Después de permitir que Joshua hablara unos minutos con las mujeres, los hombres comenzaron a arrastrarlo hacia el patio del fondo, donde estaban reunidos ellos. Aquella era su gran oportunidad para formularle todo tipo de preguntas. Pese a saber que ése era una de los motivos por los que les alegraba tenerlo allí, Joshua comprendía que también sentían verdadero afecto por él, de modo que no le molestaba esa curiosidad tan intensa.

-Josh, siéntate aquí -lo invitó Herm, mientras que le indicaba con un gesto la silla de jardín que tenía a su lado.

Joshua fue allí con el plato de comida que le había servido una de las mujeres y se sentó, intentando sostener en equilibrio el plato y el vaso de vino a la vez.

-Josh, cuéntales a los muchachos tu visita de anoche a la sinagoga -sugirió Moe.

-En realidad no hay mucho que contar -contestó Joshua-. La verdad es que me sentí como en mí casa. Los presentes demostraron sentimientos encontrados en relación a la estatua que les tallé. Algunos pensaban que el mensaje que comunica es demasiado gráfico y que critica a la gente de hoy. Supongo que es intensa, pero mi intención fue dar un mensaje y no sólo representar una figura ya muerta, tomada de la historia. La mayoría demostró su agrado y fue muy cordial y cálida. Hasta me invitaron a volver siempre que quisiera, lo que me pareció muy amable de su parte.

-Seguro que lo fue -corroboró Herm en broma-, sobre todo teniendo en cuenta que no van a poder enriquecerse a tu costa.

-Dios jamás dio un centavo a nadie y, sin embargo, enriquece al mundo con dones que no pueden calcularse en términos de dinero -replicó Joshua con cierta dureza.

Herm pareció avergonzado, si bien no había sido su intención herir a Joshua al efectuar aquella observación.

-¿Qué piensas de los judíos, Josh? -preguntó Pat-. Todavía creen que son el pueblo elegido por Dios. ¿Cuánto tiempo van a mantener esa, pretensión?

-Es que son el pueblo elegido por Dios -contestó Joshua-. Dios no tiene favoritos. Bendice a todos por igual, pero elige a cada uno para una tarea especial. El pueblo judío fue elegido para una tarea especial: la de estar preparado para la llegada del ungido, reconocerlo y aceptarlo cuando llegara y ofrecerlo al resto de la familia humana. Que Jesús naciera de los judíos es un honor que no se les puede negar. Todavía comparten esa gloria, una gloria que algún día alcanzarán. Por desgracia, los cristianos no han ayudado a ello. Con su crueldad e intolerancia han apartado a los judíos de Jesús, y algún día deberán rendir cuentas por eso.

Nadie había oído hablar así a Joshua hasta entonces. Lo hizo con aire de autoridad, y no como el simpático forastero que creían conocer. No obstante, no era ofensivo en lo que decía ni en la manera como lo decía, aunque dejaba muy pocas dudas sobre la fortaleza de su posición. Los hombres, que no dejaron de notarlo, optaron por no hacer más preguntas.

En ese momento llegó un hombre joven por el sendero de la entrada. Era un sacerdote. Llevaba su hábito clerical pero sin sombrero. Parecía demasiado joven para su incipiente calvicie, que no le restaba, empero, apostura.

-¡Ah! Aquí viene el padre Pat -anunció Jim.

El grupo recibió con ruidosos saludos al sacerdote, que se acercaba con paso algo vacilante. Pat se levantó y le ofreció su silla.

-Aquí, padre, siéntese aquí. La necesita más que yo -le dijo en broma.

Pat sabía que el sacerdote había estado bebiendo y él mismo prefería, para su propia tranquilidad, que estuviera sentado.

El padre Pat, se sentó, agradeciendo el gesto a Pat. En cuanto se instaló en la silla miró a Joshua, que lo observaba abiertamente, como si le atravesara el alma. El sacerdote bajó la mirada un instante, algo cohibido ante la presencia de un extraño.

-Me llamo Joshua -se presentó, tendiéndole la mano.

Mientras se la estrechaba, se cruzaron de nuevo sus miradas. Esta vez el padre quedó prendido de sus ojos, como si lo hubiese hipnotizado. El instintivo sentido analítico del sacerdote vio en Joshua algo más que un mero desconocido. Percibió la bondad que había en su mirada, y la tristeza de quien ha sido lastimado, una tristeza que no estaba, sin embargo, viciada por la amargura ni el cinismo. En su apretón de manos sintió una fuerza extraordinaria que desmentía la aparente delicadeza de su aspecto. Tuvo que vencer la aprensión y seguir mirándolo porque se dio cuenta de que los ojos de Joshua veían más allá de la imagen exterior. Sabía que Joshua miraba dentro de su alma, pero no veía censura alguna en su mirada. En su mirada advirtió un afecto cálido y suave y al instante se sintió atraído por su personalidad.

Mientras el sacerdote lo analizaba, Joshua hacía lo mismo con él. Los sacerdotes, cautelosos por experiencia y con frecuencia egoístas, condicionados, quizá, para ser así por la soledad de sus vidas, suelen tener una actitud crítica. Algunos son altaneros y miran a la gente como si fueran inferiores a ellos, como súbditos que hay que mantener en su lugar o a quienes se les debe ordenar lo que han de hacer. Joshua no vio, sin embargo, nada de eso en el Padre Pat. A primera vista vio un hombre aficionado a la bebida, pero también, un hombre apabullado y aterrado por la vida, un hombre desesperadamente solo, que luchaba empero con todas sus fuerzas para mantener la clase de vida que se esperaba de él. Joshua comprendió que amaba con sinceridad a la gente y le

gustaba verlos felices y hacer cosas provechosas para ellos. Joshua lo había visto llegar por la acera mucho antes que los otros lo divisaran y observó que los niños corrían hacia él y le tomaban las manos, contentos de verlo mientras él repartía entre ellos algunas cositas que sacaba de sus bolsillos. «He aquí un sacerdote de veras -pensó Joshua-, un hombre que cumple las expectativas de Dios, a pesar de la bebida.» Los ojos de Joshua y la débil sonrisa que había asomado a su rostro delataban el inmediato amor que le había inspirado ese hombre de Dios tan terriblemente vulnerable.

Todo este intercambio de miradas, que no duró más que un breve instante, pasó inadvertido a los demás, ocupados en sus charlas y en rivalizar por tomar la palabra.

-Me alegra que haya podido venir -dijo Pat al sacerdote-. Queríamos que usted y Joshua se conocieran. ¿Qué desea comer, padre?

-Un vaso de whisky con hielo y soda -respondió el sacerdote con una sonrisa.

-¡Demonios!, ya iba a buscarlo, de todos modos -exclamó Pat, y luego agregó-: Pero ¿con qué lo acompaña: raviolis, lasaña o salchicha con pimienta?

-La lasaña me parece bien -respondió el sacerdote, mientras Pat entraba en la casa, dejando que la puerta se cerrara de un portazo.

El padre Pat Hayes era auxiliar en la iglesia católica del pueblo. Hacía menos de un año que había llegado a la ciudad y se había ganado de inmediato las simpatías de casi todos los fieles. Su personalidad cálida y su atractivo sentido del humor hacían que la gente se sintiera cómoda con él y disfrutara de su compañía. Como lo querían tanto, les era fácil sobreponerse al problema de la bebida. El padre Pat era una persona muy distinta del párroco, hombre pretencioso, sin el más mínimo sentido del humor, que rara vez decía algo que no tuviera un dejo de sarcasmo. Era muy consciente de que era el párroco y le producía un gran placer administrar ese territorio tan extenso, con todos los católicos que incluía. Trataba al padre Pat más como un monaguillo que como un profesional, a pesar de que la inteligencia y agudeza mental de éste eran muy superiores a la suya. La debilidad del padre Pat hacía de él una víctima propiciatoria frente al maltrato crónico que le dispensaba el pastor, el cual parecía casi felicitarlo de que su auxiliar tuviera un problema que le permitía dar rienda suelta a su afán de humillar. Los feligreses recibían del párroco un trato similar. Él era el único amo de su parroquia y de todos los que pertenecían a ella. Su lengua afilada mantenía a todos a raya. Nadie se atrevía a contrariarlo por temor a convertirse en blanco de su hiriente sarcasmo. El único que parecía preocuparse por el estado espiritual de la parroquia era el padre Pat. Por eso toda la parroquia se agrupaba alrededor de él, cosa que exasperaba al párroco.

La única vía de escapatoria que tenía el padre Pat era asistir a reuniones que se celebraban en la parroquia, como la de esa noche, por ejemplo. La vida en la rectoría era intolerable. El ambiente de las comidas era formal y lúgubre; los dos permanecían callados y en las raras ocasiones en que hablaban, trataban asuntos de la parroquia. Al padre Pat le resultaba duro todo aquello. Provenía de una familia feliz y estaba acostumbrado a las bromas festivas. No había sido un niño mimado, de modo que aprendió desde muy joven a llevarse bien con la gente. Pero, por mucho que lo intentaba, no encontraba el modo de establecer una relación agradable con el párroco. Su evidente superioridad intelectual con respecto al párroco no hacía más que empeorar las cosas.

Pat llevó la comida al sacerdote y se sentó a su lado, sobre el tocón de un viejo árbol que Minnie usaba como macetero.

-¿Cómo está nuestro párroco? -le preguntó con cinismo.

Todos sabían que la vida del padre Pat debía de ser un infierno y, aunque era leal al párroco y nunca hablaba de él con los feligreses, la gente no lo ignoraba y hacía bromas con él al respecto. De vez en cuando, incluso el sacerdote se echaba a reír cuando alguien daba en el blanco.

Joshua escuchó atentamente la conversación recogiendo frases sueltas y atando cabos, con el fin de formarse una imagen clara del estado espiritual de la comunidad cristiana. En un momento dado, George se acercó y le preguntó qué pensaba acerca de la parroquia. Como de costumbre, Joshua fue sincero y contundente.

-Como he dicho esta mañana, Jesús se preocupa por la gente, no por las ansias de autoridad que sienten los clérigos. Jesús predicó un mensaje de libertad, la libertad de los hijos de Dios. Las autoridades religiosas deberían ayudar a la gente a comprender la vida y a disfrutar de su condición de hijos de Dios. Deben resistir la tentación de administrar la parroquia como si fuera una empresa y enseñorearse sobre la gente como hacen los paganos. Jesús nunca pensó en instalar una tienda, sino en sentar las bases para la construcción de una familia íntimamente unida, formada por individuos que se preocupen los unos por los otros. Tal como están las cosas, la Iglesia se ha convertido en una estructura superpuesta a la vida de los individuos, a quienes no se les permite tener una auténtica participación en ella. Su papel se limita a sostener la estructura. En una verdadera comunidad de cristianos, la gente es el corazón de la comunidad. Se les permite vivir libremente, planificar sus propias vidas como cristianos y desarrollar sus vidas como pueblo de Dios. El párroco es para ellos un guía tierno, que ofrece consejo, asesoramiento y dirección cuando es necesario. Una comunidad de esas características está inspirada por un amor genuino. Eso es lo que Jesús quería.

El padre Pat lo escuchaba con mirada admirativa. Cuando Joshua terminó de hablar, le preguntó cómo sabía tanto sobre la Iglesia y la vida cristiana. Joshua se limitó a sonreír. El sacerdote le dijo que era hermoso lo que decía, pero que los sueños nunca se hacen realidad.

-Los sacerdotes están demasiado enamorados de su propia autoridad para permitir que las personas sean libres y actúen como cristianos maduros -admitió el sacerdote-. Hubo un sacerdote, una gran persona, que intentó fundar una comunidad cristiana de acuerdo con el modelo que usted acaba de describir, y el propio obispo echó al sacerdote y lo sustituyó por otro para que volviera a poner a la gente en vereda. Lo que la Iglesia enseña y predica es una cosa y lo que los funcionarios de la Iglesia están dispuestos a permitir es otra. Les pone muy nerviosos que la gente tenga demasiada libertad para hacer las cosas a su modo. La Iglesia es magnífica cuando predica la justicia y el amor, pero ella misma se cuenta entre sus peores violadores.

Habitualmente el padre Pat no se sinceraba de ese modo, pero la percepción de la vida de la comunidad que había mostrado Joshua había desatado las frustraciones reprimidas del sacerdote y éste había expresado, por primera vez, lo que pensaba sobre la Iglesia. El reducido grupo que lo rodeaba quedó sorprendido y a la vez satisfecho de ver que el padre Pat tenía convicciones tan fuertes. Hasta entonces nunca había hablado de ese modo, y la gente empezaba a tener la impresión de que era sólo un tipo simpático aficionado al whisky y a contar chistes. Este estallido revelaba un lado más serio de su personalidad, una faceta que quizá descubría su verdadero yo, al que nunca se le permitía aflorar en su cometido como sacerdote.

Joshua se mostró de acuerdo en que la función de los sacerdotes es servir a la gente, aunque con frecuencia ellos prefieran dominarla. Por desgracia, la gente lo tolera por miedo a provocar su ira. En las iglesias protestantes parece darse el problema inverso. En ellas los ministros deben afrontar un excesivo control por parte del pueblo, y por ello a menudo temen predicar el verdadero mensaje de Jesús y transigen en su ministerio para poder conservar su trabajo.

La conversación fue derivando hacia temas menos serios. El padre Pat narró la anécdota de un contratista que se estaba muriendo. La esposa del moribundo le pidió al sacerdote de la parroquia que visitara a su marido en el hospital y tratara de ponerlo en un estado de ánimo más espiritual, ya que a todas luces no estaba preparado para morir. El sacerdote fue a hablar con él. En el curso de la conversación le sugirió que hiciera una donación a la iglesia para expiar sus pecados. La iglesia necesitaba una vidriera. Le prometió incluso que le permitiría poner debajo la inscripción que quisiera. Ese recordatorio perpetuo le costaría sólo diez mil dólares, suma que a fin de cuentas no representaba mucho para un hombre de su fortuna. En ese momento entró el médico y comenzó a

extender la cuenta de sus honorarios por haber atendido al paciente durante los últimos dos meses. El pobre hombre casi tuvo un ataque al saber que ésta ascendía a casi cincuenta mil dólares. No obstante, comprendiendo que se acercaba su fin y que no podía llevarse el dinero consigo, decidió complacer ambas peticiones.

Pidió su talonario y extendió el cheque para el médico. Luego, mientras rellenaba el cheque para el sacerdote, le recordó su promesa de permitirle inscribir lo que quisiera en la vidriera. El sacerdote le confirmó que así sería. El enfermo le dijo entonces, con voz fuerte y firme, cuál debía ser el texto: «En honor de Patrick J. Murphy, que murió como Cristo entre dos ladrones.»

Todos celebraron la capacidad del sacerdote para reírse de su propia profesión. Durante el resto de la noche, la conversación se mantuvo en un tono ligero. Joshua fue adentro y pasó un rato hablando con las mujeres. Las conmovió que se interesara por sus familias y se sintieron halagadas en su orgullo cuando las elogió por lograr mantener unidas sus familias y conservar un espíritu de saludable camaradería en la vecindad.

Joshua abandonó la casa de los Zumbar sobre las diez. Cuando se fue, el padre Pat estaba de pie cerca de la puerta, con su vaso de whisky en la mano. Se despidió de Joshua con ánimo jovial y le prometió que pasaría por su casa al día siguiente, después de la última misa. Entonces él le dijo, con un destello en los ojos, mirando el vaso de whisky, que veía que el padre Pat era profundamente espiritual. El sacerdote sonrió de buen humor ante la sutil ironía y observó a Joshua mientras bajaba los peldaños, preguntándose qué clase de hombre era realmente. Su percepción clerical le decía que no era un simple tallador de madera. Lo averiguaría más adelante, cuando tuviera oportunidad de hablar a solas con él.

CAPÍTULO 9

Los rayos del sol resplandecían filtrándose entre las agujas del alto ramaje del pino y la hierba relucía con el rocío mientras Joshua cruzaba el prado, absorto en sus pensamientos. La mañana del domingo era tranquila en Auburn. No había ruido de tránsito que enturbiara el apacible silencio del descanso. El domingo debería ser así en todas partes, para que la gente pudiera dar un alivio a sus almas cansadas del irritante ruido de los días laborables. La paz de la naturaleza es el tranquilizante que nos regala Dios.

Desde el pueblo, una melancólica campana de iglesia expandía su tañido a través de los campos, llamando al culto a los fieles. Joshua volvió de los campos y caminó por la calle principal hasta la iglesia católica. Había estado en la presbiteriana la semana anterior. Le había parecido un lugar muy correcto, y la gente, bien vestida y cortés, aunque no se destacaron por su cordialidad. Un adolescente había percibido la incomodidad de Joshua y se había presentado para darle la bienvenida. Después del servicio, el ministro había sugerido discretamente que Joshua llevara ropa más formal para asistir al servicio religioso, ya que estaba en la casa de Dios. Joshua le respondió que era la única ropa que tenía y opinó que a Dios le preocupaba más el atuendo de su alma. Al ministro le fastidió el sermón, pero se volvió hacia otras personas que estaban cerca sin replicar nada.

En la iglesia católica se confundió entre la multitud. La cantidad misma de personas volvía indistintos los estilos y las modas donde podía pasar inadvertido un desconocido en ese mar de gente anónima. Al entrar con los demás, Joshua sonrió al asistente, un hombre maduro de aspecto distinguido a pesar de su traje raído, y se acomodó en el último banco.

Su mirada recorrió el interior de la iglesia, tomando certera nota de cada detalle de la estructura y decoración. Miró durante un instante la estatua de la Virgen María y esbozó una tenue sonrisa, impregnada de placer, humor y comprensión. Entonces se arrodilló, acodado en el banco de delante, hundió el rostro en las manos, apoyando la cabeza en las yemas de los dedos. Se quedó así largo rato, después que el cura hubiera iniciado la misa. Cuando todos se sentaron para el sermón y la mujer que tenía delante le golpeó las manos con la cabeza, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y se sentó.

El padre Pat oficiaba la misa. Se le veía notablemente recuperado de la reunión. En el púlpito se sentía cómodo arropado por su elocuencia. Quería a la gente y predicaba desde el corazón. Gozaba compartiendo sus propios sentimientos sobre Dios, Jesucristo y la vida. Parecía casi acariciar a los asistentes con su calidez, y éstos le correspondían. En la parroquia todos querían a ese hombre bondadoso y tierno, salvo un puñado de individuos que al parecer disfrutaban encontrando fallas a todo sacerdote que llegara a la ciudad. No obstante, nadie podía criticarlo por sus sermones, ya que eran piezas magistrales, dotadas de una gran claridad y sencillez. Esta mañana en concreto hablaba de la informalidad del estilo de vida de Jesús, insistiendo en que el punto central de sus enseñanzas era la libertad que había venido a proclamar a la humanidad. Fue ese anuncio de libertad, equivalente a una declaración de guerra contra la estructura religiosa de Israel, lo que le acarreó conflictos. Nadie se sentía cómodo con lo que predicaba, excepto el pueblo. Lo amaban, y sería lo mismo si volviera hoy. Predicaría el mismo mensaje, y los dirigentes religiosos reaccionarían de la misma manera, aunque tal vez con mayor sutileza, sin recurrir a la crucifixión.

El sacerdote descubrió a Joshua sentado en el fondo de la iglesia y se distrajo brevemente, pero no tanto como para que se notara. Se recuperó enseguida y continuó hablando, mirando a Joshua de vez en cuando para captar su reacción. El padre predicaba a la gente que debían tomar a pecho ese mensaje de libertad, gozar de su condición de hijos de Dios y sentirse libres. Debían confiar en Dios y creer en él cuando habla de los pájaros que vuelan por el aire y las flores del campo, y no preocuparse por lo que van a comer y beber o lo que van a vestir. El sermón, muy hermoso, conmovió a todos por su sencillez. Hasta Joshua, que en un par de ocasiones aintió con la cabeza, evidenciaba una inmensa satisfacción..

Al terminar el sermón, el sacerdote volvió al altar para continuar la liturgia. Joshua observó al padre con atención y se distrajo sólo cuando el asistente pasó a recoger la limosna. Entonces bajó la cabeza y el asistente pasó de largo. Durante el momento de la comunión, se arrodilló y de nuevo quedó absorto en sus pensamientos.

Al finalizar la misa, el padre Pat se encaminó al fondo de la iglesia para saludar a los presentes. Siempre que él oficiaba la misa, la gente se quedaba fuera charlando. Al pasar a su lado le felicitaban por el sermón y le decían que les había hecho pensar en la belleza interior de Cristo. Ese día, Joshua le estrechó la mano, obsequiándolo con una amplia sonrisa.

-Se diría que conoció a Jesús personalmente, por la impresión de intimidad que transmite.

-Creo que lo conozco –replicó el padre Pat. Luego le recordó que más tarde iría a visitarlo a su casa.

Algunos acólitos rodearon al sacerdote, hasta que este les presentó a Joshua. Los hombres declararon que habían oído hablar mucho de él pero que lo imaginaban mayor. Estaban encantados de conocerlo. Después de un intercambio de cumplidos se separaron.

Camino de su casa, Joshua se detuvo en la panadería. No podía resistir el olor a pan caliente que impregnaba el aire las mañanas de domingo. El panadero era un individuo muy trabajador que en ese preciso instante sacaba la enorme pala de madera del horno. En ella había cuatro grandes hogazas recién horneadas. Joshua se llevó una. Una vez fuera de la panadería, arrancó un gran pedazo de pan caliente y empezó a comerlo mientras guardaba el resto bajo el brazo.

La mañana paso rápidamente. A Joshua le encantaban los domingos. Podía caminar por el prado y observar los animales, que ya no le temían. A veces llevaba un poco de comida y se la daba cuando se le acercaban. Esa mañana caminó poco, pues era tarde.

Al poco rato de estar en su casa, oyó unos golpes desesperados en la puerta. Al abrir, vio con sorpresa a Margaret, la esposa de Hank, con su hijita en brazos. Era la niñita que siempre corría a su encuentro cuando llegaba por el camino. La madre estaba fuera de sí.

Joshua las hizo entrar y preguntó a la mujer qué había ocurrido. Ella trató de explicárselo entre sollozos. Le dijo que la hija se moría y le suplicó que la ayudara. Sabía que era un hombre bueno y que Dios lo escucharía. ¿Le haría ese favor? La niña padecía dolores de cabeza y fiebre alta. La

madre le daba aspirinas, pero no le hacían ningún efecto. Seguía empeorando y hasta quedaba inconsciente por momentos.

-¿La ha visto el médico? -preguntó Joshua.

-No tenemos dinero.

-¿Y el hospital?

-Tampoco tenemos seguro.

Tras invitar a sentarse a la madre, Joshua cogió a la criatura en brazos y tomó asiento a su vez. Miró a la niña, que apenas podía abrir los ojos. Al ver a Joshua, sonrió débilmente y luego pareció quedar inconsciente. Yacía casi inerte en sus brazos, pálida, con el brazo izquierdo colgando mientras Joshua la mantenía contra su pecho. Recordó cuando salía corriendo de la casa para saludarlo y le tomaba la mano y la estrechaba con fuerza. Realmente lo quería.

-¿La ayudarás? ¡Por favor! -suplicó la madre, desesperada.

Joshua miró a la niña, luego miró a la madre, sentada en el borde de la silla, con las mejillas bañadas de lágrimas.

-Mujer -dijo Joshua-, tienes tanta fe... ¿Cómo podría desatender Dios tus ruegos?

Joshua, que no resistía ver a la gente sumida en tal estado de desesperación, le pidió que confiara en Dios y que llevara a su hija de nuevo a casa, asegurándole que estaría mejor cuando llegaran.

-Dios ha escuchado tus ruegos y conoce tu gran fe -le dijo-. De modo que no te preocupes. Tu hija se pondrá bien. Dale mucho líquido durante un par de días hasta que le apetezca comer de nuevo. Se pondrá bien.

La mujer demostró una confianza total en Joshua. Después de darle las gracias, tomó a la hija en brazos y salió con ella a la calle. Cuando desaparecieron al doblar la esquina, la niña abrió los ojos y miró a su madre.

-¿Por qué me llevas en brazos, mamá? Puedo caminar.

-¿Estás segura, querida? -preguntó, llorando de alegría, la mujer.

-Sí, mamá, mira.

Margaret dejó a la niña en el suelo y vio que se sostenía erguida sin esfuerzo, aunque todavía estaba pálida y débil. Tocó la frente de la criatura y no notó signos de fiebre. Le preguntó si le dolía la cabeza. No le dolía. Entonces la rodeó con los brazos y gritó con ella de pura alegría. Luego ambas prosiguieron el camino, cogidas de la mano.

Al poco de irse Margaret, llegó el padre Pat, vestido con ropa informal y muy sonriente.

-Entra, Pat -le invitó Joshua, contento de verlo.

-Tienes una buena casa -alabó el sacerdote echando una mirada alrededor.

-Nada pretencioso -respondió Joshua-, justo lo necesario para mí.

-Me gusta -confirmó el sacerdote.

-¿Ya has comido? -preguntó Joshua.

-No, en la rectoría no comemos los domingos. Es el día libre de la cocinera.

-¿Quieres comer conmigo?

-De acuerdo, tengo hambre -aceptó el padre Pat.

Los dos hombres entraron en la cocina. Joshua apartó una silla de la mesa para que su huésped se sentara y luego se dedicó a revolver la cacerola de sopa de pollo. Era casi la misma comida que le dio al cartero, con la salvedad de que ese día tenía unas pechugas de pollo asándose en la parrilla del patio y una ensalada.

Joshua sirvió la sopa y luego el resto de la comida. Los dos hombres se enfrascaron enseguida en una animada charla. Era eso lo que había llevado al sacerdote allí, y no la comida. Joshua sirvió dos vasos de vino, que bebieron mientras comían, dejando la botella sobre la mesa por si su huésped quería más.

A ambos les gustaba charlar. El padre Pat, que era hábil conversador, muy pronto empezó a contarle todos los rumores que le habían llegado.

-Es imposible que seas tan malo como te pintan los rumores -concluyó con ironía-. Por eso quería conocerte personalmente.

Joshua rió estrepitosamente. Sabía que despertaba una gran curiosidad y hallaba cierto placer en ello.

-Tú tampoco lo haces tan mal, ¿sabes? -replicó con idéntico humor, sin quedarse atrás.

-Oh, no sé -respondió el sacerdote-. Supongo que tienen sus dudas. Y lo de la bebida no ayuda mucho.

Joshua continuó comiendo sin efectuar ningún comentario.

-Me han informado de que tienes tu propio taller, Josh -dijo el padre Pat.

-Sí, no es gran cosa. Gano lo justo para pagar las cuentas. Nunca me haré rico con eso.

-¿Qué haces?

-Trabajo la madera. A veces la gente me trae muebles rotos. Otras me encargan objetos como lámparas y estatuas.

-He oído hablar de la estatua de Moisés que hiciste para la sinagoga. Creía que los judíos no pueden tener estatuas.

-No pueden, pero pensaron que no faltarían a la norma poniéndola en el salón social, en lugar de en el templo.

-Dicen que algunos se molestaron ante la aspereza del mensaje que transmite la estatua -señaló el sacerdote.

-Lo sé, me lo dijo él rabino.

-¿Sabes Joshua?, tú eres un tipo extraño. No eres sólo un artista de la madera. Tienes demasiada profundidad y comprensión de las cosas para conformarte sólo con tallar madera. Casi tengo la impresión de que has andado por aquí antes -observó el sacerdote, al tiempo que escrutaba los ojos de Joshua, atento para captar el menor cambio en la expresión de su nuevo amigo-. Tienes una actitud tan positiva hacia todo... Cuando hablaba sobre Jesús esta mañana, en el sermón, no pude menos que pensar en ti. Pareces haber absorbido el verdadero espíritu de Jesús y lo has adaptado perfectamente a tu propia vida. Eres la única persona que conozco que lo ha hecho. En la mayoría de los cristianos, aun en los buenos, la imitación de Cristo es solo eso, imitación. Se concentran en un rasgo de Cristo y lo practican hasta convertirlo en casi una caricatura. Tú, en cambio, vives con suma facilidad y elegancia según sus pautas. Creo que si Jesús volviera no podría ser muy distinto de ti.

Joshua se sonrojó con embarazo.

-Te molesto -advirtió el padre Pat-. Lo siento, pero no he podido evitar decírtelo, porque eres un vivo ejemplo de lo que intento predicar, y a veces es frustrante. Cuando te conocí, sentí que había encontrado el ideal viviente de lo que había predicado tan a menudo. Me gustaría poder acercarme más yo mismo a lo que predico. Lo intento, pero es difícil.

-Eres un buen sacerdote, Pat -lo tranquilizó Joshua-, no te desalientes. Todos tienen imperfecciones. Así los hizo Dios, y, mientras la gente lucha por amar a Dios y quererse entre sí, complacerá a Dios. La perfección es un proceso de intento, no un estado a lograr. La propia perfección no se mide pues por el éxito en la consecución de una meta concreta sino por el constante cambio de actitudes destinado a reflejar la mente de Dios con perfección cada vez mayor.

-Eso es lo que me gusta de ti, Josh. Logras dar una apariencia de simplicidad a las cosas más profundas. Pero lo que no alcanzo a entender es de dónde sacas esa percepción tan maravillosa de cosas por las que la mayoría de las personas no daría ni un centavo. ¿Dónde lo aprendiste? Toda tu vida parece guardar una armonía tal con Dios y la naturaleza que vas por la vida con la misma facilidad con que se desplaza la brisa primaveral por el bosque.

-Supongo que pienso mucho -respondió Joshua, tomando un trago de vino-. Trato de comprender a la gente y las cosas, y paso tanto tiempo solo que tengo paz y tranquilidad para imprimir un orden y un sentido a la vida. La mayoría de las personas no se toma el tiempo necesario para ello, aunque sea indispensable para hallar un significado a la vida.

-Ya sabes, Josh, que bebo mucho. Desearía no hacerlo, pero me siento muy solo, y no es fácil vivir en la rectoría con el párroco. A veces pienso que en realidad no estoy hecho para ser sacerdote y, sin embargo siento con fuerza la llamada del sacerdocio. Amo su ejercicio. Amo a la gente. Aun así, me asalta el deseo de tener una familia y noto que toda mi vida espiritual necesita el apoyo de una mujer y una familia, que me permita crecer como persona. Creo que no tengo el don del celibato. Tengo una amiga a la que me siento muy allegado y me culpabilizo por ello. ¿Es posible que Dios conceda el don del sacerdocio y no el del celibato?

-Acabas de contestarlo tú mismo, Pat. Sólo el individuo sabe a qué lo llama Dios. Nadie puede obligar a una vocación ni pedir un don que no le ha sido previamente concedido. Si Dios da la vocación del sacerdocio y no la del celibato, los demás deberán respetar lo que Dios ha dispuesto y no exigir más. De lo contrario, destruirían lo que podría ser una hermosa obra de Dios.

-Pero ¿qué pasa si sé que tengo la vocación del sacerdocio y a la vez sé con igual firmeza que necesito amar a alguien que me ame a su vez y me apoye en mi tarea? Esta necesidad me

confunde tanto que no puedo desatenderla sin destruirme. Me imposibilita casi para cumplir con mi trabajo.

Las lágrimas se agolparon en los ojos del sacerdote. Joshua se le acercó, le pasó el brazo por los hombros y le dijo:

-Eres un buen sacerdote, Pat, y Dios te ha llamado. No puedes poner en peligro tu vocación. Si mi Padre no te ha dado el don del celibato, es cosa suya, y tus superiores deben respetarlo. Díselo al obispo e insiste en que te tome en serio y te ayude a resolver tu problema. La Iglesia debe respetar la manera en que obra el Espíritu Santo, especialmente en el alma de los sacerdotes; si no, destruiría su propio sacerdocio. Lo que Jesús ha hecho optativo, no puede volverlo obligatorio la Iglesia.

-Pero la Iglesia no permite que los sacerdotes se casen -insistió el cura, manteniendo su punto de vista.

-Entonces debes luchar a favor de un cambio.

- Pero ¿qué ocurre conmigo y mi propia situación? Quiero ser un buen sacerdote.

-Hazlo lo mejor que puedas. Dios siempre comprende si uno se esfuerza. Aun cuando se cometan errores, Dios comprende siempre. Pero procura no denigrar tu sacerdocio ni deteriorar la fe de la gente. Si tu conciencia te fuerza a tomar una decisión, Dios comprenderá. La obra de Jesús puede cumplirse de muchas maneras y el matrimonio no es un obstáculo para ello. A menudo, la mujer provista de espiritualidad puede ser una gran ayuda e inspiración. También hay muchos cristianos que te necesitan y te aceptarán. No seas, sin embargo, impetuoso. A veces Dios obra despacio y quizá quiera que sufras el dolor de la soledad ahora para que comprendas mejor la soledad de otros y mejores así como sacerdote. Puede ser que con el tiempo Dios te libere de ese dolor. Ten pues paciencia, Pat, y camina al lado de Jesús. Cuando te sientas triste, camina por los prados, y en el más alto de ellos encontrarás a Jesús. Él te esperará allí. Háblale y deja que te guíe. Lo prometió, no lo olvides, y yo también te lo prometo.

-Joshua, siento que Dios habla por tu boca. Me transmites una gran paz... Como decía antes, para ti todo es simple. Ahora mismo acabas de aclarar algo que me ha perturbado durante años, y por fin se han disipado mis dudas. Gracias, Josh.

-Me alegra haberte podido ayudar -dijo Joshua.

Habían terminado de comer. Joshua se puso a lavar los platos. Mientras tanto, el cura los secaba. Después salieron al patio. Joshua le enseñó el huerto y arrancó unos cuantos tomates que comenzaban a madurar. También recogió algunos pepinos, que llevó apilados sobre los brazos de regreso a la casa.

Joshua metió las verduras en un saco mientras el padre Pat le preguntaba si tenía familiares próximos.

-Todos han muerto. Soy el único que queda -respondió Joshua tranquilamente, sin interrumpir su tarea.

- Josh, dicen que has asistido a servicios en las diversas iglesias. Eso me tiene bastante confundido. Creía que eras católico -dijo el sacerdote con curiosidad.

-Para mí todas las Iglesias constituyen una sola familia. Sé que Dios no tiene favoritos. Los dirigentes religiosos de cada Iglesia sienten que la suya es la verdadera religión. Dios no ve la religión como una estructura. Ama a la gente, y en todas partes donde se trate sinceramente de

servirle y de amarse los unos a los otros, Dios está con ellos. Dios se ríe de las rivalidades mezquinas y no toma en cuenta las actitudes arrogantes que llevan a los hombres a considerarse los primeros a los ojos de Dios. Para él todos los cristianos son miembros de una misma familia que nunca aprendieron a llevarse bien, y que, como los apóstoles, luchan de continuo por la primacía. Cada grupo de cristianos da expresión a distintas facetas de las enseñanzas de Jesús, pero ninguno refleja por completo su espíritu.

La Iglesia católica muestra una loable adhesión a la letra exacta de las enseñanzas de Jesús, pero ha omitido el mensaje de libertad que era tan esencial en el espíritu de Jesucristo, y a causa de la devoción que profesa al dogma, ha hecho cosas vergonzosas para obligar a observar la ley al pie de la letra. Eso mismo hicieron los sumos sacerdotes y los fariseos en su tiempo. No lograron ver el impulso primordial de la vida de Jesús, que fue liberar el espíritu humano de las prisiones teológicas construidas por los dirigentes religiosos. No se puede imponer fidelidad a las enseñanzas de Jesús con amenazas de castigo. Jesús jamás quiso eso. Quería que el espíritu humano lo encontrara, en libertad y lo asumiera con alegría y espontaneidad.

Por otra parte, otras iglesias se han equivocado y han dado iguales pruebas de intolerancia, a pesar de la sinceridad con que intentan enseñar los mensajes del evangelio. Cada una, a su manera, pone el énfasis en un aspecto del espíritu de Jesús, aunque con frecuencia descuidan cosas por las que Jesús estaba dispuesto a morir. En las diversas iglesias protestantes también hay un admirable espíritu de amor y solicitud y una sencillez que las otras harían bien en adoptar. Por eso yo me siento libre de acudir a todas las iglesias. ¿Acaso haría Jesús otra cosa?

-Joshua, a veces me preocupas cuando hablas así. Aún pienso que hay en ti algo más que un artesano. Tu visión trasciende la mente humana, Joshua, ¿quién eres en realidad?

-Como has dicho esta mañana, tú ya sabes quién soy. ¿Qué más puedo decirte que no te haya dicho ya?

El sacerdote hurgó en vano en su memoria, tratando de recordar qué le había dicho después de la misa.

-Un día comprenderás –continuó Joshua- y tu corazón se regocijará.

En ese momento el cura se dispuso a partir, explicándole a Joshua que iba a su casa a visitar a sus padres, que lo esperaban a cenar. Cuando se dirigía a la puerta Joshua le entregó las verduras recogidas en su huerto.

-Dáselas a tu madre, estoy seguro de que le servirán. Tiene un buen hijo. Tus padres deberían estar orgullosos de ti.

-Gracias, Josh. Eres un hombre bueno y te agradezco tu ayuda. Que pases una buena tarde.

El sacerdote se fue entonces hacia su coche. Tras acompañarlo hasta la puerta del jardín, Joshua volvió a entrar en la casa. Estaba cansado. La diversión de la noche anterior era algo inusual para él. Había tenido un día atareado y, aunque había disfrutado ayudando a la pobre madre desesperada y recibiendo al cura, estaba exhausto. Joshua cayó en la cama y a los pocos minutos quedó sumido en un profundo sueño.

CAPÍTULO 10

Durante el breve tiempo que llevaba en el pueblo Joshua se había relacionado con un buen número de personas. A su modo era ya una celebridad, porque todos lo querían y hallaban placer

en conversar con él. Dado que en las localidades pequeñas como Auburn rara vez se encuentra uno con gente interesante, Joshua destacaba entre sus habitantes. Su relación con la gente era bastante sencilla y nada comprometida, pero su carácter afable y expansivo animaba a la gente a trabar conversación con él. Entre los diversos temas que surgían a colación descubrieron que sabía mucho. Además, como la religión suscita un interés casi universal, las preguntas y las conversaciones a menudo derivaban hacia ella. Ése era el terreno en el que Joshua parecía tener las opiniones más firmes, y hablaba libremente sobre cualquier cuestión que se abordara. No obstante, esas cosas en las que Joshua creía con tanta convicción y que la gente encontraba lógicas y sensatas eran de una radicalidad inédita dentro del marco de las tendencias religiosas del momento.

Si bien la mayoría de las personas recibían como un soplo de aire fresco las ideas de Joshua, algunos, de disposición más conservadora, se escandalizaban y hasta se ofendían ante algunas de las cosas que decía. Su costumbre de asistir a servicios de iglesias de cultos diferentes les resultaba incomprensible. Algunos lo tomaban como una expresión de liberalismo, otros simplemente como algo raro, y algunos sospechaban una ausencia de firmeza en sus convicciones religiosas. El clero, a excepción del padre Pat, se había familiarizado con Joshua más a través de rumores o contactos ocasionales que en encuentros o diálogos serios. Y lo que veía en él, u oía sobre él, no les gustaba demasiado. Interpretaban que se trataba de un espíritu libre al que le satisfacía más ir de una a otra iglesia en lugar de comprometerse con una sola. Sabían que había tallado una estatua de Moisés para una sinagoga y que hasta había asistido a servicios allí. En las reuniones del clero, cuando se mencionaba el nombre de Joshua, era para hacerlo blanco de burlas y comentarios chistosos. Se decía que era judío y que hasta se incorporaría a la sinagoga. Era sorprendente, con todo, que hubiera llegado a ser tan conocido en tan poco tiempo.

Lo que realmente inquietaba al clero eran las ideas sobre religión que Joshua transmitía sin reparos. Ciertos laicos bien situados no veían con buenos ojos las opiniones que expresaba Joshua sobre la práctica de la religión en las iglesias y, como estrategia para congraciarse con sus pastores, les ponían al corriente de la información que recogían. En tales informes presentaban a Joshua como alguien que criticaba personalmente a los pastores, cosa que él no hacía. Estas tergiversaciones sirvieron para predisponerlos contra él, de tal modo que en su mayoría ya se habían formado una opinión firme sobre su persona aun sin haberlo visto jamás ni haber hablado con él de tales asuntos.

Joshua, perfectamente consciente de la situación, comprendía que no podía hacer nada para remediarlo. No era la primera vez que los chismosos causaban graves perjuicios a su obra y a su reputación, oponiendo a las instituciones en su contra. Siempre ocurre así con los visionarios que no temen pensar por sí mismos y que se atreven a ser diferentes. Deben estar decididos y dispuestos a soportar la incomprensión y la sospecha de gentes de mente demasiado estrecha para comprender ideas que superan lo común. Su existencia misma constituye un fastidio y una amenaza para los funcionarios que se atienen a la letra sin poner jamás imaginación en su trabajo.

Sobre algunas de estas cuestiones meditaba Joshua mientras trabajaba en el taller, cuando una llamada a la puerta interrumpió el hilo de sus pensamientos. Dejó las herramientas y fue a ver quién era. Le sorprendió encontrar a dos hombres bien vestidos en la entrada.

-Pasen, caballeros -les invitó cordialmente, antes de preguntarles qué deseaban.

Los recién llegados le dijeron que no podían quedarse, que solo querían entregarle un mensaje. ¿Tendría la amabilidad de asistir a una reunión de la asociación de cleros que se celebraría el próximo martes por la tarde, a las dos? Joshua dijo que sería un placer. Cuando preguntó a qué se debía la invitación, le respondieron que los integrantes de diversas tendencias deseaban hablar con él. Después de comunicarle el mensaje, se retiraron y Joshua regresó al taller a continuar su tarea.

En los últimos tiempos su trabajo se veía interrumpido cada vez con mayor frecuencia y se le hacía difícil cumplir con su lista de pedidos. Pese a que le disgustara rehusar trabajo, porque sabía que con él proporcionaba alegría a la gente, comenzó a hacer saber que ya no podía dar abasto.

La semana transcurrió con rapidez, sin que ocurriera nada de particular, más allá de un cambio de actitud en algunas personas que antes se habían mostrado amistosas hacia él. Aunque no sabía

cuál era el motivo del cambio, comprendía que no podía hacer nada. Él siguió tratándolos de todos modos con la misma amabilidad de siempre.

La noche de ese sábado fue a la sinagoga como de costumbre. Su amigo Aarón fue a buscarlo a las seis y cuarto. La gente de la sinagoga le manifestaba un afecto sincero y lo aceptaba como a uno de ellos. Les gustaba y lo trataban como un amigo. El rabino pidió a un amigo íntimo, Mike Berson, que se sentara a una distancia discreta de Joshua y escuchara sus oraciones. Mike era un erudito en hebreo que daba clases en la universidad.

En el servicio de esa noche, Joshua advirtió que el hombre que tenía delante se esforzaba por escucharlo. Mientras el rabino dirigía las oraciones de los fieles en hebreo, sólo respondían unos pocos, entre los que se contaba Joshua. Su voz sonaba clara e inconfundible. Al terminar el servicio, el hombre pasó a su lado y le sonrió. Joshua lo vio luego hablando con el rabino, pero estaba demasiado lejos para oír lo que decía.

Cuando entró en el salón social, los miembros de la congregación lo rodearon formando un corro en un rincón del salón. El rabino entró con Mike Bergson. Los dos seguían hablando cuando Marcia la, que había sido miembro del comité de la estatua, se situó cerca de ellos.

-¿Estas seguro de que realmente hablaba en hebreo? -el rabino preguntó a Mike.

-Sí, rabino. No me cabe la menor duda. Sin embargo es una forma de hebreo que no me es familiar. Parece un dialecto que ya no se habla, y, si no temiera hacer el ridículo, diría que es arameo, la variedad de lengua que hablaban los hebreos hace casi dos mil años. No alcanzo a imaginar dónde puede haberlo aprendido.

Mientras tanto Joshua estaba muy ocupado hablando a su grupo de admiradores. Habían logrado instalarse en el rincón del espacioso salón en el que había un sofá y sillas confortables.

Joshua se encontraba sentado en una mecedora y los otros formaban un semicírculo a su alrededor. Ese pequeño grupo había llegado a conocer muy bien a Joshua, no sólo en la noche inaugural, sino a través de una charla que Marcia había dirigido a la hermandad durante la semana, describiendo la estatua y comentando extensamente la personalidad del artista. Le había hecho un buen trabajo de relaciones públicas sin siquiera advertirlo.

-Joshua, sé que no es miembro de nuestra congregación, pero demostró tanto sentimiento en la estatua que nos hizo que estamos convencidos de que es un hombre profundamente religioso -le dijo la señora Cohen, una mujer de mediana edad, regordeta.

Joshua expresó sencillamente, con una sonrisa, el placer que le producía el ser aceptada tan fácilmente por aquella gente que tanto amaba.

-Todos ustedes han sido muy buenos conmigo. Me hacen sentir como en mi casa, como si siempre hubiera formado parte de la familia -respondió Joshua.

-Al tallar esa estatua de Moisés expresó un sentimiento religioso tan intenso que uno no puede por menos de inferir que piensa mucho en Dios y en la religión. ¿No compartiría con nosotros algunas de sus ideas?

La que hizo esa pregunta tan oportuna era una tal señora Stern, que le procuró el margen que necesitaba para manifestar sus sentimientos sobre la religión y lo que ésta debía significar para la gente.

-Creo que es importante que la gente comprenda que la primera preocupación de Dios son las personas y no las estructuras religiosas. Éstas existen tan sólo para canalizar la palabra de Dios hacia el pueblo. Pero es la gente lo que preocupa a Dios. Quiere que comprendan sus vidas y que encuentren la felicidad. Lo único que quiere de ellos es que se permitan crecer. La ley de Dios no es

un código impuesto arbitrariamente para restringir de modo irracional la libertad de la gente. La intención fue que sirviera de guía para lograr la felicidad. A lo largo de los siglos los dirigentes religiosos la han deformado hasta convertirla en un código extraño a la naturaleza humana, que restringe, por ende, la libertad natural de que deberían disponer las personas. Por eso la religión parece una carga impuesta en lugar de una fuente de alegría y consuelo. Esta restricción arbitraria de la libertad le ha dado mala fama a la religión y, de hecho, de ella proviene su nombre. La palabra religión significa «atar», precisamente lo que Dios no quiso hacer. Dios creó a la humanidad para que fuera libre y gozara de la existencia que él le otorga. Todo lo que Dios quiere es que la amemos y nos amemos los unos a los otros y que encontremos con ello la felicidad. Es muy simple.

-Qué hermoso -opinó la señora Stern-. Nunca pensé en la religión de esa manera, y sin embargo Dios tiene que ser como usted acaba de presentarlo. Es tan simple cuando se ve la vida de esa manera... Usted debe de estar realmente en paz consigo mismo, Joshua.

En ese momento Marcia se acercó al corro para situarse delante de Joshua. Éste le dedicó una leve sonrisa, a la que Marcia correspondió. El hombre que estaba sentado al lado de Marcia, llamado Bernie Hauf, planteó entonces una pregunta muy directa a Joshua:

-Joshua, ¿por qué crees que sufre tanto nuestro pueblo?

Bernie era un hombre de mediana edad, de rasgos marcados y ojos muy hundidos. En su breve vida había conocido el dolor y la pena y siempre buscaba respuestas. No era la primera vez que hacía esta pregunta a los oradores invitados.

-Bernie -respondió Joshua, dirigiéndole una tierna mirada, como un reflejo del afecto que suscitaban en él los sentimientos que percibía en ese hombre-, vosotros seguís siendo el pueblo elegido de Dios. Vuestro destino siempre ha estado ligado a Dios, que os ha utilizado como canal para derramar sus bendiciones sobre toda la humanidad. Pero, igual como en la antigüedad, cuando Dios señalaba en una dirección y el pueblo se dirigía en otra, sufrieron el dolor del alejamiento, también hoy, cuando Dios señala ese camino a su pueblo y vosotros vais en todas direcciones, llegando incluso algunos a negar su propia existencia, Dios aún os hace partícipes de su preocupación permitiéndoos sufrir de nuevo el dolor del alejamiento. Debéis recordar que no sois libres, como otras naciones, de elegir vuestro destino. Pertenecéis a Dios de una manera especial y debéis permitirle que os guíe. Cuando lo comprendáis, encontraréis un lugar honorable en la familia de las naciones.

Los ojos de Joshua se dirigieron hacia Marcia. No pudo menos que apreciar su hermosura. Su belleza no era sólo física. Tenía una mente rápida y despierta y, por debajo de la intelectualidad genuina de su mente cultivada, había una rara belleza y calidez de alma.

Joshua sintió un amor instintivo por ella que se manifestó en su modo de mirarla. Sus ojos se encontraron de nuevo. Marcia sostuvo la mirada, tratando de interpretar lo que veía en sus ojos. Aunque en la mirada de él había una profundidad y una penetración que la incitaban a no mirarlo, no cedió. Estaba decidida a entenderlo. Sabía que él la atraía irresistiblemente, pero no comprendía por qué. Normalmente no reaccionaba de esa manera ante los hombres. Aunque sin ser insensible, estaba tan volcada en su carrera como artista e investigadora que su interés por los hombres la distraía poco. Joshua era sin embargo distinto. Creía ver en él la personificación de todo lo que la atraía de su trabajo. No era sólo un artista, de eso no cabía duda. La manera como tallaba demostraba un dominio de la forma y los principios que a ella le había llevado años lograr, y a pesar de ello sabía que él no había aprendido esas técnicas en libros ni en aulas. La comprensión que tenía de la naturaleza, la gente y las formas de vida, revelaba un conocimiento que no podía haber acumulado en una vida. Su conocimiento de la gente era demasiado amplio para sus treinta años. Como el padre Pat, Marcia tenía la sensación de que él ya había estado en la Tierra antes. Su sentido de la historia era demasiado personal. La había experimentado, no la había aprendido.

Veía en él la encarnación de todo aquello a lo que ella había dedicado su vida y sentía una invencible atracción por él. También sabía que él se sentía atraído por ella y, aunque él desvió la mirada, siguió analizándolo. La manera como trataba a las personas dejaba traslucir una intimidad con la gente que aun los miembros de una familia rara vez sienten entre sí. Era como si cada persona le perteneciera en cierto modo, como si los conociera ya a todos y a cada uno mucho antes de encontrarse con ellos. Contestaba de manera distinta las preguntas de cada persona, como si supiera lo que cada cual necesitaba oír, y ellos respondían en consecuencia. Su dominio de la dinámica de la psicología de grupo era simple y elegante: parecía comprender la vida de la gente.

Marcia admiraba su manera de relacionarse con la gente. La misma sencillez de su comprensión de la vida le resultaba perturbadora. Cuando pensaba en él, se preguntaba cómo sería su vida personal, qué hacía cuando volvía a su casa en una noche como aquella, a una casa vacía sin siquiera teléfono. Debía de sentirse solo. ¿Por qué vive de ese modo? Es obvio que no está sólo enamorado del arte o de la talla en madera. Ama demasiado a la gente para contentarse únicamente con eso. ¿En qué piensa en la intimidad de esa casa vacía? ¿Lo perturbaría terriblemente que ella fuera a visitarlo alguna noche, cuando él ya hubiese terminado su trabajo? En ese momento Joshua la miró. Supo que leía sus pensamientos y se sonrojó. No obstante, su mirada también pareció decirle: «Ven.» En su corazón, ella respondió: « Iré.»

Se produjo un silencio, que Marcia quebró con una pregunta:

-Joshua, ¿qué piensa de Dios? Es una cuestión que me preocupa desde hace mucho y que nunca he comentado con nadie. Siento curiosidad por conocer su opinión al respecto.

Joshua la miró y se tomó unos instantes para organizar sus pensamientos. ¿Cómo podía resumir en pocas palabras sus ideas y sentimientos sobre una parte de su vida que era tan íntima y que no se podía describir en palabras?

-Marcia -le dijo-, Dios es ante todo uno. Moisés puso especial énfasis en ese punto, y tenía razón. Con todo, es importante comprender que la unidad del ser de Dios no es como la unidad de la persona humana. Dios no es humano. Dios es único y no puede ser comparado. Sin embargo, Dios es simple, como consecuencia de su unidad, pero su sencillez es hermosa porque puede percibirse en muchas facetas y ser expresada sin límites. Toda creación hermosa refleja alguna faceta de la belleza de Dios. Cada profeta expresa algo de la presencia de Dios. Jesús poseía en sí mismo un reflejo único del infinito amor de Dios por su pueblo. Toda fuerza de la naturaleza delicada y poderosa revela una faceta de la majestad de Dios. El inmenso espacio que se extiende más allá de las estrellas proporciona un indicio de la globalidad ilimitada de la inteligencia de Dios. Dios es sin embargo mucho más que eso.

El amor de Dios es como la calidez del sol, que toca todos los objetos de la creación al mismo tiempo, dándoles calor y luz, y extrayendo al instante un conocimiento íntimo de cada uno de ellos mediante ese contacto. Pero el amor de Dios es también travieso porque comprende la dificultad que tenemos para captarlo y por eso a menudo se manifiesta de manera que podamos comprenderlo, aun a riesgo de agudizar nuestra confusión en torno a su identidad. Creo, Marcia, que la mejor manera de encontrar a Dios es mirar dentro de uno mismo. La revelación más poderosa de la presencia y el amor de Dios está dentro de uno. Quien se tome el tiempo de hablar con Dios, lo encontrará, y al encontrarlo sentirá la mayor alegría de su vida. Se le revelará, y al aprehenderlo comprenderá todo lo demás.

-Joshua, eso es muy bello -observó Marcia-, pero no es fácil de comprender. Me gustaría hablar más de este asunto con usted. Veo que vive lo que dice y que obtiene de ello mucha paz. Eso tiene sentido.

En ese momento se acercó al grupo un hombre robusto, con aspecto de ejecutivo. Había estado observando y escuchando desde cierta distancia y parecía fascinado con Joshua. Se llamaba Roger Silverman y era otro miembro del círculo interno de la sinagoga.

Roger se quedó al margen, sin formular ninguna pregunta. Sólo quería escuchar. Cuando el grupo se disolvió, se acercó y se presentó.

-Me llamo Roger Silverman. Ya sé que usted es Joshua. He oído hablar de usted durante toda la semana, y al escucharlo ahora he quedado muy impresionado con su trabajo y su compromiso con la gente. Soy dueño de un canal de televisión y me gustaría hacerle una entrevista, si no tiene inconveniente.

Joshua no tenía una opinión formada sobre la publicidad. ¿Le complicaría la vida y podría interferir con el limitado propósito de su misión o bien le sería una buena plataforma para ésta? No le llevó mucho tiempo decidirse. Calculó las ventajas y desventajas y contestó así:

-¿Dónde tendrá lugar la entrevista?

-Donde usted se sienta más cómodo.

-Como no tengo coche, me sería difícil ir a la ciudad.

-Enviaré el equipo a su casa, si le parece bien.

-Muy bien.

-¿Qué le parece mañana? -preguntó Roger.

-¿No pierde el tiempo, eh? -señaló Joshua con una sonrisa-. Mañana está bien. ¿A eso de las nueve?

-De acuerdo, a las nueve. El equipo será puntual.

Mientras Joshua y Roger cruzaban el salón con un puñado de personas, se acercó el rabino con Mike Bergson, que quería conocer a Joshua.

-Joshua -dijo el rabino—, me gustaría que conociera a otro miembro de nuestra congregación, Michael Bergson. Ha oído hablar de usted a algunos de sus admiradores y quería conocerlo.

-Es un honor -dijo Joshua, tendiéndole la mano.

-El honor es mío -respondió Mike-. La estatua que hizo es un portento de elocuencia. Cada vez que la miro percibo un mensaje diferente. Eso dice mucho en favor del artista que supo poner tantas cosas en un trozo de madera.

-Gracias -dijo Joshua con humildad.

-Debo decir que también habla un excelente hebreo. No pude menos que oírlo cuando oraba durante el servicio. ¿Dónde aprendió a hablarlo tan bien?

-Lo aprendí de mi familia.

-¿Es judío, entonces?

-Sí.

En ese momento llegó Aarón, que se ofreció a llevarlo a su casa. La conversación terminó de modo abrupto porque Aarón tenía algo que comentar con el rabino.

Antes de irse, muchos se acercaron para desearle «Feliz sábado» a Joshua. Marcia le dijo que le gustaría visitarlo alguna noche si no lo molestaba. La iniciativa parecía un tanto osada, pero Marcia era muy independiente y nunca organizaba su vida según los formalismos a que se atenían muchas mujeres. Debido al contacto que mantenía con institutos culturales y eruditos muy respetados, se sentía cómoda con la gente y lo que podía parecer atrevido a otras para ella era natural.

Cuando Aarón terminó de hablar con el rabino Szeneth, se fue con Joshua. Todavía tenían un largo viaje de regreso por delante.

CAPÍTULO 11

La casita donde vivía Joshua ya no era silenciosa ni tranquila. La gente lo visitaba constantemente. Corrió el rumor de que había sanado a una niña moribunda. El equipo de televisión que llegó a la ciudad y se detuvo en casa de Joshua dio que hablar durante un mes. Se había convertido en la celebridad del momento. Ya no era el hombre sencillo que vivía en la casita de Van Arden, al fondo de la calle. Era Joshua, el escultor y el visionario cuyas ideas sobre la religión y la vida habían llegado a la gran ciudad. Los pedidos de tallas llegaban en gran número y la casa estaba ocupada todo el día por visitas que iban y venían.

Aunque trataba de disminuir sus tareas, se comprometió a tallar dos piezas grandes porque su influencia llegaría a un buen número de personas. Eran trabajos encargados por dos clérigos. Uno era un pastor anglicano llamado padre Jeremy K. Darby, y el otro, el pastor de la congregación negra. Este último era el reverendo Osgood Rowland. Fue bastante curioso que ambos le pidieran a Joshua que tallara una estatua de Pedro el apóstol, que tanto había venerado la primera comunidad cristiana. Joshua les dijo que, si bien no aceptaba mas pedidos, cumpliría con ése por su propio amor a Pedro y por la incidencia que podían tener esas obras sobre un gran número de personas.

El padre Darby fue quien lo abordó primero. Joshua, que había estado trabajando en el huerto, caminaba junto a la casa con la azada al hombro cuando llegó un carro negro muy reluciente. De él se apeó un chófer que abrió la portezuela a un pasajero. Del asiento posterior surgió un hombre alto y fornido. El hombre vestido con traje gris y cuello clerical, caminó pomposamente hasta la entrada del huerto, que pareció encogerse ante la voluminosidad de su cuerpo. Joshua apoyó la azada en la cerca y se acercó a recibirlo.

-¿El señor Joshua, el escultor, está en casa? -preguntó el pastor con un acento que imitaba el de Oxford.

-Yo soy Joshua -se presentó éste, sonriente, tendiéndole la mano.

-¿Usted es el señor Joshua? -preguntó incrédulo y casi ofendido el clérigo-. Pero si usted es un simple jardinero. Seguramente hay otro señor Joshua, el conocido escultor.

-Soy el único Joshua que vive aquí -contestó Joshua-. También tallo madera. Si soy el que busca, estoy a sus órdenes.

El sacerdote echó una mirada al ambiente sencillo y las ropas tan corrientes que llevaba Joshua.

-Bueno, si es el único, debe ser el que busco. Esperaba un hombre de mundo, distinguido, de cierta elegancia acorde con su reputación -dijo el clérigo-. Yo soy el padre Jeremy K. Darby, rector de la Iglesia Episcopal de San Pedro -proclamó, tendiendo la mano para que Joshua le rindiera homenaje.

No sabiendo si esperaba que le diera un apretón o que la besara, Joshua se limitó a insertar la suya debajo, para soltarla enseguida. La mano era floja, sin carácter. Joshua sintió una sensación extraña, inquietante, en el estómago.

-¿Le gustaría pasar a mi taller? -preguntó cortésmente.

El sacerdote asintió con una leve inclinación de cabeza y siguió a Joshua hacia el interior de la casa. El chófer permaneció firme, cerca de la entrada. Joshua lo llamó y lo animó a entrar también. Al clérigo le desconcertó esa violación del protocolo, pero, como el chófer no percibió el desagrado en su cara, aceptó la invitación. Joshua le tendió su mano y le dijo su nombre, ya que el ministro no consideró necesario presentar a su empleado.

-Me llamo Arthur, señor. Es un honor conocerlo -dijo el hombre con genuina humildad. Los tres hombres entraron a la casa. El padre Darby procuraba no rozar con nada en su avance, como si tratara de evitar una posible contaminación. Miró la habitación con desdén, cuestionando para sí la capacidad de un hombre que vivía al borde de la pobreza. Joshua era consciente de sus recelos, pero no dijo nada. Llegaron al taller. Aunque reinaba el orden en él, apenas había tallas ni nada para mostrar.

-¿Esto es todo lo que tiene? -preguntó el sacerdote tras inspeccionar el lugar-. Esperaba ver un taller bien instalado con el más moderno equipo profesional, repleto de obras de arte.

-A menudo el verdadero talento necesita tan sólo las herramientas más simples para realizar su trabajo -observó Joshua con sinceridad, sin ironía-. En realidad tengo todo lo que necesito.

El sacerdote echó una mirada a su alrededor y, sin ganas de ver más, volvió a la cocina.

-Espero no equivocarme al encargarle este trabajo -dijo.

-Lo haré lo mejor que pueda. ¿En qué había pensado?

-Una talla importante del gran apóstol Pedro, un hombre con el que siempre he sentido cierta afinidad y me ha inspirado el mayor de los afectos. Fue elegido líder de los apóstoles y designado por Jesús como cimiento de la Iglesia. Lo veo como un hombre de grandes proporciones e igual dignidad, algo parecido a mí, si me es permitido incurrir en una pequeña vanidad.

-Sí. Alcanzo a ver un parecido -dijo Joshua al padre Darby con una sonrisa, tratando de mantenerse serio pese a lo cómico de la situación.

A Joshua no le disgustó el hombre, pero su afectación era molesta y, por mucho que comprendiera la naturaleza humana, le resultaba difícil conversar con él porque no había manera de interrumpir su monólogo. La siguiente observación del sacerdote fue la guinda:

-Si no se siente a la altura de la tarea, le agradecería que me lo dijera ahora y buscaré a otra persona para hacerlo.

Joshua no tenía ninguna duda sobre su capacidad y así se lo aseguró. Si volvía dentro de una semana, lo tendría listo.

Como no había necesidad de seguir conversando, el padre Darby se dirigió hacia la puerta.

-Venga, Arthur -le dijo al chófer.

Joshua los acompañó hasta la puerta y recorrió el camino de entrada con ellos. El chófer intentó intercambiar algún cumplido con Joshua, pero como su patrón no tuvo un gesto similar, él y Joshua simplemente cruzaron miradas. El clérigo, sin embargo, logró articular un envarado «Adiós, señor», antes de encaminarse al carro.

Cuando hubieron partido, Joshua tomó la azada, que había dejado apoyada en la cerca, y volvió a terminar su trabajo en el huerto. Pensó largo tiempo en Pedro, sonriendo de vez en cuando al hilo de ciertos recuerdos. Sí, había puntos en común entre Pedro y el sacerdote. Ambos eran pomposos y satisfechos de sí mismos. Ambos eran enormes. El parecido acababa, sin embargo, aquí. Pedro era un gran hombre en otros sentidos también, y el padre Darby no. Pedro tenía un gran corazón, aunque no destacara por su intelecto. Darby era frío y carente de sentimientos. En su juventud Pedro habría gozado teniendo un chófer, pero también era de los que habría disfrutado igualmente poniéndose la gorra de chófer para llevarlo a pasear.

Mientras permanecía absorto en estos pensamientos, Joshua se planteaba el enfoque que daría a la estatua. Casi sintió la tentación de tomar al sacerdote como modelo, pero al instante desechó la idea por maliciosa. A Pedro, desde luego, no le habría gustado. También se preguntaba qué mensaje debería proyectar en ella. Toda obra de arte debe contener un mensaje. Joshua pensó durante largo rato y descartó una docena de ideas antes de decidir cómo tallaría la estatua del gran apóstol Pedro.

Eran casi las cuatro cuando Joshua salió a dar un paseo por la calle. Era un día cálido y sofocante y necesitaba estar solo un rato después de tantas horas de ajetreo. Últimamente ocurrían demasiadas cosas y tenía que reflexionar sobre ellas para saber qué rumbo iban a tomar. Se detuvo sólo ocasionalmente para observar los pájaros que jugaban en los árboles o mirar más allá del prado y el trigo que jugueteaba con la brisa. Cuando el suave viento soplaba sobre el dorado triguero parecía como si un rebaño de ovejas corriera por el campo. Pensó en la gente sin pastor y luego siguió su camino.

De regreso, salió a su encuentro un reducido grupo de personas. Una de ellas, una mujer, lo había visto desde su ventana cuando salió a caminar. Como los fariseos de antaño, se había quedado al acecho, esperando la oportunidad. Llamó a sus camaradas y todos se reunieron en la esquina por donde preveían que pasaría Joshua. No presentaban un aspecto siniestro; parecía un encuentro casual de amigos, pero abrigaban un propósito concreto. Era gente de mediana edad, en su mayoría católicos, muy conservadores, y que sentían una gran alarma ante los cambios radicales que tenían lugar en la iglesia. Habían oído hablar a Joshua en varias ocasiones y conocían su costumbre de asistir a varias iglesias, tanto protestantes como católicas, cosa que les producía poco menos que horror. En su opinión era una mala influencia y su no pertenencia a ninguna iglesia en particular delataba una verdadera falta de convicción religiosa.

Mientras Joshua caminaba por la calle, se le acercaron, rodeándolo prácticamente, como para evitar que escapara.

-Desearíamos hablar con usted, señor -dijo una mujer de estatura mediana.

-¿No quieren venir a mi casa, donde estaremos más tranquilos? –preguntó Joshua con calma.

-No -insistió la mujer-, lo que tenemos que decir puede ser dicho aquí mismo. Nos preocupa lo que hemos oído acerca de usted y lo que algunos de nosotros hemos oído en persona. No nos gusta.

-No hay nada de malo en ello. Nunca pensé que la gente tuviera que estar siempre de acuerdo conmigo. Son libres de pensar por sí mismos -respondió Joshua en tono afable.

-Hace muy poco que está en el pueblo y ya ha perturbado a muchos de los nuestros con sus ideas y su manera inusual de hacer las cosas -le reprochó otra mujer-. Somos gente chapada a la antigua, de la vieja escuela, y nos ofende lo que dice de nuestra religión, eso de que priva a la gente de su libertad. Una vez usted manifestó que las personas que se aferran a las ideas antiguas no pueden crecer, y que a los católicos les interesan más las prácticas exteriores de la religión que amar a Dios y a su prójimo.

La pausa de silencio que siguió al ataque de la mujer exigía respuesta. Joshua se dispuso a dársela sin ánimo agresivo.

-Sí -admitió-, buena parte de lo que dice es verdad, aunque no tal como lo dice. En tiempos de Jesús la religión no era muy diferente de lo que es hoy. Quizá los dirigentes religiosos tuvieran antes más poder para castigar a la gente por violar prácticas religiosas, pero tanto ahora como antes han considerado que de alguna manera contaban con un derecho otorgado por Dios para controlar las vidas de la gente, e incluso sus pensamientos. Cuando la gente no obedece, les hacen sentir que desobedecen a Dios, que se resisten a la Gracia de Dios y ponen en peligro su salvación. Esto no es sano. Dios nunca quiso que las instituciones humanas tuvieran tal control sobre las vidas de las personas. Dios creó a la gente libre. Son sus hijos.

La función de los apóstoles y de quienes les sucedieron es guiar a la gente con ternura y propagar las enseñanzas de Jesús. No les corresponde, en cambio, decidir lo que deben creer ni someterlos por la violencia. Eso priva a la gente de su libertad como seres humanos. Tampoco deberían exigir a las personas más que Dios mismo. La religión es hermosísima cuando la persona lleva una vida en común, pero motivada por un gran amor a Dios. Las prácticas artificiales que se imponen y agregan como religión no aumentan el fervor ni hacen a sus seguidores más agradables a Dios. Ése era el tipo de religión de los fariseos, que Jesús rechazó con tanta vehemencia.

-Bueno, puedo aceptar eso -concedió una señora-. Siempre pensé que deberíamos tener la libertad de tomar nuestras propias decisiones.

Otro de los presentes, por el contrario, manifestó reparos, arguyendo que la Iglesia ocupa el lugar de Cristo y que lo que la Iglesia enseña debe ser obedecido por el hombre.

Joshua admitió que la Iglesia accedió a la sede de Moisés y la de Pedro, tal como quería Jesús, pero les recordó que Jesús también insistió mucho en que sus seguidores no imitaran la actitud de los fariseos, que se deleitaban inventando prácticas complejas de obligada observancia, que transformaron la religión en obediencia a las tradiciones humanas. Con esto, las autoridades religiosas alejan de Dios a la gente, que con toda razón se incomoda al verse obligada a obedecer reglas hechas por personas e impuestas como necesarias para la salvación. A eso se refería Jesús cuando dijo a los apóstoles que no debían compartir la levadura de los fariseos, ni tampoco debían ser como los gobernantes paganos, que gustaban de tratar con despotismo a sus súbditos.

-Preséntenos un ejemplo, señor -insistió el mismo hombre.

-Muy bien -aceptó Joshua-. La Iglesia exige que sus miembros se casen ante un sacerdote para que el matrimonio sea válido. Nada tiene de malo casarse ante un sacerdote si eso es lo que elige la pareja. Exigirlo bajo pena de declarar inválido el matrimonio y verter el estigma de inmoralidad es otro asunto. Si una pareja se casa sin sacerdote, se dice que el matrimonio no es válido, y la pareja vive en pecado. Pueden permanecer casados muchos años y tener varios hijos, pero si uno de los dos deja al otro y a los hijos y se presenta con otro amante ante un sacerdote, podrán casarse con la bendición del sacerdote porque el matrimonio anterior se considera inválido.

Imaginemos ahora a un hombre a quien le tiene sin cuidado la religión. Se casa por capricho ante un juez de paz. Como es miembro de la Iglesia su matrimonio no es considerado válido. El mismo hombre se casa con otras cinco mujeres, tiene hijos con todas, y luego las abandona, a ellas y a las criaturas. Por fin se decide a casarse con una mujer por la Iglesia. Esto es perfectamente factible porque se considera que las ceremonias anteriores no existieron. No importa que haya dejado un enjambre de hijos. Su nueva boda es bendecida por el sacerdote en solemne ceremonia. ¿Creen ustedes que este tipo de legalismo le agrada a Dios? Así es como conducían los fariseos su religión. Las leyes y los rituales se disponían sin apenas tener en cuenta lo que agradaba a Dios.

Después de una pausa durante la cual estudió la expresión de los rostros, prosiguió:

-Tomemos, por ejemplo, la cuestión del perdón de los pecados. Jesús lo planteó como un gran presente que llevara paz a las almas torturadas. Los funcionarios religiosos lo convirtieron en una pesadilla cruel que generó angustia en un sinnúmero de personas, buenas pero introvertidas, a quienes resultaba imposible, a causa de su estructura psicológica, desnudar sus almas ante otra persona. ¿Están condenados a la perdición por eso? Con esa falta de sensibilidad, los dirigentes religiosos han convertido los dones de Dios en instrumentos de dolor para la gente. Jesús quería que el perdón se ofreciera con ternura y con compasión, no acompañado de una humillación impuesta por un sacerdote impaciente o de unas circunstancias que provocaran pavor. Lo que Jesús quería que fuera informal y generoso, ellos lo encasillaron en rituales rígidos y horarios fijos, como si el Espíritu Santo trabajara según horarios dictados por seres humanos.

El grupo quedó impresionado con lo que oyó. Uno o dos escucharon con interés y hasta se sintieron inclinados a aceptarlo. Ellos mismos habían pasado por experiencias similares y sabían que Joshua decía la verdad, pero nunca se habían atrevido a criticar a los sacerdotes ni a la Iglesia por temor a caer en pecado. Los demás miembros del grupo estaban a punto de estallar de furia. Nunca habían oído a nadie criticar a su Iglesia como lo hacía este hombre. Siempre se les había enseñado, y ellos lo creían a pies juntillas, que la Iglesia es la voz infalible de Dios.

-De modo que es cierto lo que nos habían dicho -replicó un hombre de lentes, robusto, de unos cuarenta y cinco años-. Usted odia a la Iglesia y critica sus enseñanzas y sus leyes.

-Eso no es verdad -le espetó Joshua con fuego en la mirada-. Amo a la Iglesia, como Jesús ama a la Iglesia. Es el gran regalo que dejó a la humanidad, pero la Iglesia tiene un aspecto humano que necesita una corrección y un estímulo constante para permanecer fiel al espíritu de Jesús. Los cristianos maduros no deberían tener miedo a hacer oír su opinión y, movidos por una verdadera lealtad, insistir en que se respete el espíritu de Jesús. No son siervos de una casa. Son miembros de la familia misma, igual que los que gozan gobernando. Jesús quería que sus pastores fueran siervos, no jefes, y los cristianos no deben tener miedo a hablar. He dicho lo que dije porque me interesa que la iglesia sea lo que Jesús quiso que fuera, un refugio de paz, y un faro reconfortante que ilumina el camino, no una prisión para el espíritu ni una espada que corta y hiere.

Las palabras de Joshua no suavizaron las cosas. Nunca habían oído criticar a los sacerdotes de esa manera. El que lo hiciera en nombre de Jesús, lo volvía aún más diabólico y cínico a sus oídos. Ese hombre era malo, pero se ocultaba bajo el disfraz de un hombre religioso. O bien estaba equivocado o poseía una malicia tortuosa y sutil.

Una mujer sintió ganas de golpearlo por su blasfemia. Otra persona manifestó pesar por el desdichado estado de su alma y prometió retar por él. Uno de los hombres lo acusó de hereje, advirtiéndole que haría lo posible para destruir su influencia sobre la comunidad.

Tenían una última pregunta para hacerle:

-¿Por qué va siempre a distintas iglesias? ¿Por qué no se decide a entrar en una sola?

Aunque la pregunta no fue bien intencionada, Joshua no se ofendió. Rió con calma, consciente de que era imposible que aquella gente lo entendiera.

-Yo pienso que Jesús ama a la gente, no a las estructuras -respondió-, y su gente no se limita a católicos o metodistas o presbiterianos. Donde se reúnan personas sinceras a honrar a Dios, Dios estará con ellos. Por eso yo me siento en mi casa, sean quienes fueren. ¿Esperarían que Jesús hiciera otra cosa?

Era un hombre imposible. No le encontraban sentido a su razonamiento. Iba contra todo lo que les habían inculcado desde la infancia. No podían dejar de admitir cierta belleza en la libertad informal que sentía, pero hasta en eso había peligro porque seducía. Amenazaba los rígidos conceptos de la fe y podía debilitar la fe de quienes ya eran frágiles. Su mentalidad sería muy atrayente para los jóvenes. Deberían pues alejar a sus hijos de él, porque era más peligroso que una enfermedad. Sus hijos ya amaban a Joshua. Eso ya era malo. No debían permitir que se le acercaran jamás. Podría destruir su fe endeble. No comprendían que él nunca hablaba de esas cosas con las criaturas, pues sabía que no podían entenderlas. Ellos ya eran libres y hermosos, y él sólo deseaba que los adultos se les parecieran más.

Joshua sacudió la cabeza cuando se alejaron, hablando excitados.

Al mirarlos, veía los grandes mantos de los fariseos y los escribas. La mentalidad era la misma, sólo variaba el escenario: gente básicamente buena, pero estrecha de miras, que tiene que acabar destruyendo lo que no alcanza a comprender.

Esa noche el mismo grupo fue a la rectoría a ver al párroco. El padre Pat los recibió en la puerta y los hizo pasar al espacioso salón para esperar la llegada del sacerdote. El joven asistente no figuraba entre los favoritos de ese grupo. Se parecía demasiado a Joshua en su modo de pensar, y sólo el firme control del buen párroco lo mantenía en el recto camino.

El padre Pat sabía que no lo podían soportar, y el sentimiento era recíproco. Sentía vibraciones extrañas en lo tocante a esa visita al párroco y tenía curiosidad por conocer su motivo. Sabía que tenía algo que ver con Joshua, pero no estaba totalmente seguro de cuáles eran sus intenciones.

De todos modos, al poco de llegar el párroco, desde el salón cuya puerta había cerrado, las voces elevadas de tono le revelaron el motivo de su inquietud. No se trataba de que Pat espicara, pues aquello iba contra sus principios. No obstante, no pudo evitar oír toda la conversación, ya que su oficina estaba en la habitación contigua. Las crecientes sospechas que albergaba el párroco con respecto a Joshua le predispusieron a creer lo que le contaba esa gente. Pat quedó preocupado, previendo que nada bueno saldría de aquello. Se sentía desgarrado. Amaba a Joshua, pero no podía hacer nada para protegerlo de las consecuencias de aquella reunión. Lamentaba que el párroco no lo hubiera invitado a estar presente en ella para poder decir algo en su defensa.

Él sabía que Joshua no podía socavar la fe genuina. Era sólo una amenaza para una fe mal dirigida. Amaba realmente la religión y la vivía con auténtica profundidad, aunque careciera de atributos externos distintivos de los beatos.

Pat comprendía asimismo que el concepto que Joshua tenía de la religión no era blasfemo, sino que muy al contrario, llegaba a la raíz de lo que ésta debía ser, la expresión del sano desarrollo de la gente como seres humanos inspirados por un hondo amor a Dios, a la humanidad y a todas las criaturas de Dios. Tal como era, la religión rara vez era sana. ¿ Pero cómo podía decirle eso al párroco, si él mismo tenía, un enfoque malsano?

Joshua había comido en el patio esa noche y como de costumbre, había dado de comer a sus amigos los animales. Éstos se mostraban cada vez más mansos a medida que lo conocían, e incluso la mofeta había llegado a ser un miembro aceptado del grupo. Joshua no era, empero, el mismo. Parecía deprimido y apesadumbrado. Los animales parecieron captar su estado de ánimo y trataron de animarlo saltando encima y tirándole de la ropa.

Su mente estaba, sin embargo, absorta en otras cosas. La gente lo desconcertaba. Les cuesta ser tolerantes o aceptar un enfoque distinto de las cosas. Se aferran con tal tenacidad al legado de su infancia que nunca se atreven a cuestionarlo. No es malo aferrarse a la fe, pero la defensa a ultranza de las meras prácticas tradicionales, ajenas a las enseñanzas de Jesús, delata un descarrilamiento en la fe y también un miedo y una inseguridad que paralizan el crecimiento de la auténtica fe.

Cuando terminaba de comer, oyó un golpe seco en la puerta. Al ir a abrir, se sorprendió al ver a Marcia. Estaba encantadora con su vestido verde, de tela suave y luminoso, que acentuaba su esbelta figura. Joshua experimentó un cambio radical en su estado de ánimo. Su rostro se distendió y se, iluminó con una amplia sonrisa. Se dieron un breve abrazo y entraron en la casa.

Al cerrar la puerta, observó un grupo de personas que caminaba calle abajo. Era la delegación que volvía de la rectoría. Habían visto el abrazo de Joshua y Marcia y que los dos entraban en la casa a oscuras.

Joshua enseguida se dio cuenta de las consecuencias que aquello podía traer.

Con todo, estaba contento de que Marcia hubiese venido. Sentía afecto por ella, sabía que él le era simpático, y necesitaba el consuelo de una amiga. No habla tenido un día agradable y veía claramente el rumbo que tomaban las cosas. Ante el negro futuro que presentía, la llegada de la joven significaba un alivio de la tensión del día, que le ayudaría a disipar, al menos temporalmente, la tristeza que lo dominaba.

En el terreno del arte, Joshua y Marcia tenían un inmenso campo de intereses comunes. Ella estaba profundamente inmersa en el arte, en la cultura en general, y ardía en deseos de formularle un sinfín de preguntas.

Probablemente Marcia no era del todo consciente de los sentimientos que le inspiraba Joshua y, aunque en un principio pudo haberse sentido atraída por motivos enteramente platónicos, el afecto se intensificaba día a día. A menudo pensaba en él durante el día y se planteaba qué opinaría de esta o aquella idea o plan, ansiosa de poder hablar con él sobre el tema. Ya que no podía llamarle por teléfono, la única manera de establecer algún tipo de relación con él era ir a verlo. Cuando comprobó lo contento que se había puesto al verla, se alegró de haber ido.

-Joshua, espero que no te moleste que invada tu casa de esta manera -dijo a modo de discreta disculpa.

-En absoluto. En realidad, hoy he tenido un mal día y me sentía deprimido. Me alegra de que hayas venido.

-Sé que eres una persona vehemente y tienes ideas definidas sobre muchas cosas. Valoro tus opiniones y el enfoque personal que manifiestas. Mi propio trabajo es muy exigente y debo dar mi opinión sobre temas muy diversos. A veces no me siento capaz y por eso me gustaría conversar contigo sobre algunos de esos asuntos. Sé que me ofrecerías valiosas sugerencias. Por ejemplo, el otro día, en una reunión del Comité de Cultura y Arte de las Naciones Unidas surgió la cuestión de las ramificaciones políticas de los diversos tipos de arte y cultura. Los delegados rusos pensaban que los americanos ejercen demasiada influencia sobre otros pueblos, perjudicando así sus simpatías políticas. Dieron a entender con sarcasmo que el arte americano es decadente y saca a relucir lo peor de la gente.

Mi opinión es que la organización de las Naciones Unidas debería ser un foro de expresión de los sentimientos de cada nación. El que un pueblo se sienta atraído por el arte americano, o por el arte ruso, es bueno porque crea un lazo de unión entre esos dos pueblos. Si ello disgusta a otra nación, es porque siente como una amenaza la atracción que ejerce sobre un determinado pueblo la nación rival. Pero si no existiera en Estados Unidos la libertad de expresión, ¿qué posibilidades tiene ésta de sobrevivir? Algunos países del Tercer Mundo me lanzaron duros ataques y me retiré desalentada de la reunión. Era una reunión importante porque debemos decidir qué programas vamos a patrocinar y respaldar para el año próximo. Fue descorazonador no poder llegar a un acuerdo en algo tan básico.

Comprendo que tal vez esto te resulte nuevo y quede al margen de tus intereses, pero pensé que podrías darme algún consejo para la próxima reunión.

Joshua miró a Marcia o, más precisamente, pareció mirar a través de ella. Era como si sus pensamientos se desarrollaran a kilómetros de distancia, y ella dudó incluso si habría oído lo que había tratado de expresarle con tanto cuidado. Luego, tras un silencio que pareció inacabable, él le respondió:

-Marcia, estás involucrada en una lucha por el control de la mente humana. Lo que, inocentemente propones como una manera de unir a la gente es visto como obstáculo para un oscuro y tortuoso plan destinado a dominar las mentes de personas simples. Estás tratando con fuerzas que pretenden controlar los pensamientos de la gente a través del control de su arte y otras manifestaciones culturales. Dado que estos organismos están dominados por objetivos políticos, no es posible enfocar los problemas desde una perspectiva puramente artística o cultural. Hay que actuar con la astucia de un zorro. Mi consejo es que propongas el desarrollo de formas artísticas emergentes en uno de los países neutrales del Tercer Mundo antes de tratar de promover a tus propios artistas. Si haces esto, tus adversarios no se atreverán a atacarte por temor a granjearse la animadversión de las naciones en vías de desarrollo. Luego, cuando tu propuesta esté aprobada, habrás ganado aliados importantes y podrás fijarte metas de más largo alcance con tus nuevos amigos. Puedes hacerlo con discreción, sin que nadie se dé cuenta de lo que te propones. En circunstancias así hay que tener metas de corto y de largo alcance para que tus adversarios no desentrañen tus objetivos. Se puede conseguir mucho más de este modo que mediante la confrontación directa.

-No eres ni la mitad de simple de lo que aparentas, Joshua -comentó Marcia, impresionada-. Cómo dice el refrán, «Simple como la paloma y astuto como el zorro», ¿no? Supongo que es la única manera de ser más zorro que el adversario. Vale la pena intentarlo. Pero hay otra pregunta que quiero hacerte. Espero que no te moleste ya que se trata de algo más personal.

Joshua hizo un gesto displicente, indicando que no le importaba.

-No se si tienes conciencia de ello, pero posees un potencial extraordinario, no sólo como artista, sino también como pensador y filósofo. Con las relaciones convenientes podrías causar un efecto abrumador en la sociedad. Ya me he tomado la libertad de hablar de ti con algunos de mis amigos y están ansiosos por conocerte.

-Marcia, me halaga que tengas tan alto concepto de mí. Me interesa la buena marcha de la sociedad, pero cada persona está limitada al papel en que se siente más cómodo. No me considero el hombre adecuado para influir sobre los que toman decisiones en la sociedad, sino como un amigo de la gente corriente, que es con la que me siento a gusto.

-Pero Joshua, lo sientes así porque eres sumamente humilde y nadie te ha animado a desarrollar tu gran potencial. Yo siento una gran afinidad contigo, percibo que sentimos y pensamos de idéntica manera en muchos aspectos. Estoy convencida de que, con las puertas que ya se me han abierto a mí, podríamos hacer una gran obra como equipo. Sé que es impetuoso y presuntuoso de mi parte inmiscuirme de este modo en tu vida personal, pero me preocupan mucho los problemas de la sociedad. Necesitamos hombres de visión como tú para ejercer toda la influencia que podamos. Comprendo que esto es una novedad para ti, y quizá no te parezca una buena idea así de pronto, pero me gustaría que lo pensaras. Ya volveremos a hablar más adelante de ello.

-Prometo pensarlo mucho, y no sería sincero si no admitiera que me atrae muchísimo.

Habiendo logrado el propósito de su visita, aunque no con un triunfo rotundo, Marcia se sintió de pronto más distendida.

-Me gusta tu casita -dijo, examinando el pequeño cuarto de estar-. Es perfecta para un hombre soltero, aunque me parece mucho más austera de lo que yo diría que eres en realidad -continuó tratando de forzar a Joshua para que revelara algo de sí mismo.

Joshua sonrió ante su travesura.

Le gustaba ese rasgo de Marcia, de modo que le siguió la corriente y contestó con el mismo aire juguetón.

-Es todo lo que necesito. Aunque no desdeñaría más elegancia artística y comodidades, cumple a la perfección su propósito práctico. De todos modos, no paso mucho tiempo dentro de la casa, y ni siquiera se me ocurrió decorarla. Mis sueños van mucho más allá de estas cuatro paredes.

-¿De veras sueñas? -preguntó Marcia, sorprendida ante esta revelación.

-Por supuesto. ¿Acaso no sueña todo el mundo? Todos querríamos ver las cosas diferentes de lo que son y, como soy muy humano, no soy distinto de los demás.

-¿Con qué sueñas?

-Con gente que conozco, con cosas que me gustaría hacer -contestó él.

-Estoy segura de que yo jamás entré en uno de tus sueños -dijo Marcia con coquetería.

-Sí, pienso en ti -reconoció, con una cálida sonrisa, Joshua-, y admiro muchas cosas en ti. Dios te ha bendecido con muchos dones y te quiere mucho porque le permites colaborar contigo en la

obra que ha planeado para tu vida. Eres una persona poco común, Marcia, y me hace feliz que nuestros caminos se hayan encontrado.

A Marcia, que esperaba que dijera algo así, se le iluminó la cara al oírlo.

-Yo siento lo mismo por ti –respondió-. Espero que lleguemos a conocernos mejor.

Marcia miró su reloj. Se hacía tarde. No quería agotar su buena acogida en la primera visita. Cuando se decidió a levantarse para irse, le dijo a Joshua:

-Espero que lo pasaras bien el viernes en nuestro templo. La gente siente afecto por ti y esperan volver a verte. No sabes lo impresionados que quedaron con tu conversación durante la tertulia social. ¿Vendrás esta semana?

-Sí, iré. Disfruto tanto como los demás. Me siento como en mi casa, gracias a todos vosotros.

Marcia comenzó a dirigirse, hacia la puerta.

-Te agradezco mucho tu visita –le dijo Joshua-. Me ha levantado el ánimo. Pensaré en tu propuesta.

En la entrada, Marcia se volvió hacia Joshua e inclinó levemente la cabeza, ofreciéndole la posibilidad de darle un beso de despedida si así le apetecía. Él apoyó las manos sobre sus hombros y la besó afectuosamente en la mejilla. Ella le correspondió abrazándolo y besándolo con cariño. Juntos caminaron hasta el carro.

Una farola proyectaba misteriosas sombras entre los árboles que se movían. Marcia entró en su Mercedes y se alejó tras decir un último adiós.

Cuando Joshua se volvió para entrar en la casa, observó las sombras de dos siluetas al otro lado de la calle. Parecían dos de las personas que lo habían abordado ese mismo día.

CAPÍTULO 12

El lunes por la mañana ya se había propagado por toda la ciudad el rumor de que una mujer había pasado la noche en casa de Joshua. Aunque algunos discrepaban y decían que habían visto salir de allí a una mujer a una hora respetable, otros lo negaban e insistían en que se había quedado toda la noche.

Cuando Joshua fue a la tienda la gente se mostró cortés como de costumbre, pero él notó un cambio. Una mujer, componente del grupo que lo había abordado, hablaba con otra y de vez en cuando lanzaba furtivas miradas en dirección a Joshua.

El sabía muy bien lo que estaba ocurriendo y también que poco podía hacer para evitarlo. Se mostró afable como de costumbre, fingiendo no estar al corriente de que corrían rumores sobre él.

De vuelta en casa, guardó los comestibles y retornó a su trabajo. Una vez terminadas las tareas de menor envergadura, empezó a trabajar en Pedro el apóstol. Había elegido una madera especial para la obra, porque tenía que adaptar piezas para un bajorrelieve. Como la estatua representaba una escena más que una figura, necesitaba madera bien seca que no se agrietara ni se despegara cuando estuviese terminada.

Avanzado el día, hizo un viaje al aserradero para recoger más madera. De vuelta, se encontró con las personas para las que había realizado las tallas. Cuando lo vieron se volvieron de espalda.

Joshua los saludó, pero no le contestaron. Siguió su camino hasta su casa y pasó la mayor parte del día tallando las figuras. Al finalizar la tarde, ya se insinuaba el tosco contorno de las siluetas.

El martes acudió a la reunión con el clero, que se realizó en el local social de la iglesia presbiteriana. Estaba todo el clero de la ciudad, incluido el padre Pat. Su párroco no asistía a esos debates porque opinaba que la Iglesia católica estaba en posesión de la verdad y no tenía sentido confraternizar con los ministros. La reunión comenzó con una oración en la que pedían a Dios que los guiara en su tarea y suplicaban al Espíritu Santo que los utilizara como instrumentos de paz y amor en la comunidad. Joshua inclinó la cabeza mientras oraban.

-Joshua -tomó la palabra el presidente del grupo-, agradecemos su asistencia a esta reunión. Pensamos que es importante porque desde su llegada a la ciudad se ha creado una considerable confusión y nos gustaría poner orden en ciertas cosas antes de que la situación empeore. Nos preocupan ante todo sus observaciones sobre la religión. Por lo que tengo entendido, usted ha criticado la manera como practican la religión las iglesias. ¿No es así?

- En primer lugar les diré que no soy yo el que busca hablar de religión. La gente viene a hablar conmigo de muchas cosas y en el curso de la conversación surgen preguntas sobre la religión. Cuando eso ocurre, contesto de manera sencilla y comprensible. Por otra parte, sostengo que la religión no se practica tal como la predicó Jesús ni como él quiso que fuera.

-¿Por qué dice eso? -preguntó el reverendo Engman.

-Porque los dirigentes religiosos han imitado los rasgos del judaísmo que Jesús atacó con tanto vigor.

-¿Cuáles, por ejemplo? -continuó el reverendo Engman.

-El de convertir a la religión en una obediencia artificial de las prácticas inventadas por los dirigentes. Tomemos por ejemplo, las sectas protestantes. No son diferentes porque no sigan a Jesús. Son las prácticas de cada secta creadas por ustedes lo que las diferencian y las mantienen separadas. Esto ha puesto en ridículo al cristianismo y ha destruido la influencia que unidos podrían tener en el mundo.

-Concedo que no le falta razón en eso -reconoció el reverendo Engman.

Los demás, sin embargo, no estaban de acuerdo. Uno de los ministros le preguntó si tenía alguna educación teológica o bíblica. No la tenía. ¿De dónde sacaba su información, si carecía de educación?

-Las escrituras son perfectamente comprensibles para todo aquel que esté dispuesto a leer con una mente abierta, y la historia habla por sí misma, respondió Joshua.

Cuando el ministro presbiteriano le preguntó por qué iba de una iglesia a otra y no se incorporaba a ninguna en concreto, explicó:

-Me gusta rezar con todas las personas que adoran a Dios sinceramente. Cada una de las iglesias predica una variante de lo que Jesús enseñó, pero ustedes se han alejado mucho del mensaje original. Jesús oraba con fervor para que su pueblo fuera uno, y ustedes lo han hecho pedazos con sus disputas y celos mezquinos. Han separado a los cristianos y los han obligado a

guardar fidelidad a sus sectas antes que a Jesús. Ese es el gran pecado. Anulan e invalidan las enseñanzas de Jesús y su mandamiento de amor al forzar la lealtad a las tradiciones que ustedes han creado.

Todos se sintieron heridos por sus palabras, tras las cuales se produjo un embarazoso silencio. En el curso de la discusión que siguió, Joshua destacó la historia de cada una de las sectas y su separación del cuerpo de Cristo para iniciar sus propias versiones basadas en lo que él enseñó.

La reunión terminó mal. El clero quedó tan enojado por su hiriente censura de las sectas que hubo de esforzarse para guardar las formas con él. Al final acordaron que Joshua no sería bienvenido en sus iglesias hasta que se decidiera a adoptar una u otra religión. El reverendo Engman y el padre Pat, los únicos que no se adhirieron al consenso, le dijeron luego a Joshua en privado que en sus iglesias sería bien recibido siempre que quisiera ir. El padre Darby tuvo que retirarse temprana de la reunión, de manera que no participó en la decisión. El reverendo Rowland, que no asistía a esas reuniones, tampoco tuvo ninguna intervención en lo ocurrido.

Joshua regresó serenamente a su casa. En cuanto llegó, se puso de nuevo a tallar. Trabajó con ahínco durante el resto del día y los siguientes, de tal modo que al concluir la semana había avanzado mucho en las dos estatuas. Si bien el personaje era el mismo en ambas, la representación de cada una mostraba un cariz distinto. El contraste era francamente notable, como si el artista comunicara mensajes diferentes mediante la expresión distinta de una misma personalidad.

A mediados de semana, el canal de televisión emitió el programa especial sobre Joshua. Hubo entrevistas con el artista en su taller, imágenes en el huerto y una hermosa escena pastoril en la que Joshua cruzaba el prado mientras a su lado caminaban las ovejas de Joe Langrord. Ésa fue la primera toma, porque, cuando llegaron, Joshua venía por el prado. Aunque no la habían preparado, era algo tan propio de él que podrían haberla planificado ex profeso. También hubo espectaculares planos de Joshua tallando detalles intrincados de diversas figuras. El punto culminante del programa fue la entrevista con el propio Joshua en la que contestó preguntas directas sobre su vida y sus ideas. Fue franco y sincero como de costumbre y ganó en elocuencia al hablar de religión.

Cuando trataron de obligarle a precisar a qué religión pertenecía, respondió:

-Mi sentir profundo es que formo parte de toda la tradición judeo-cristiana y del mensaje que esa tradición enseña. No obstante, ese mensaje ha sido fragmentado y despedazado de tal modo que su claridad se ve oscurecida por aquellos que predicán un mensaje con sus palabras y otro con sus actos. Me siento atraído por toda esa gente que está tratando de devolver el amor y la unidad a la familia humana, provenga de donde provenga.

A la pregunta de por qué asistía a los servicios de la sinagoga respondió que le gustaban y que sentía que eran parte real del cristianismo porque el judaísmo es la raíz de la que nació el cristianismo. Su enfoque de la religión carecía de toda la mezquindad destructiva que caracterizaba a la mayor parte de la gente comprometida con una secta. Tenía una visión general del pueblo de Dios que trata con buena intención de honrar a Dios y de ayudarse los unos a los otros. Él veía la religión más como un compuesto de personas, que como una estructura, y no encontraba contradicción en sumarse a todos los que creían. Le resultaba muy sencillo y, como observó uno de los que lo entrevistaban, era «un punto de vista inusual y muy hermoso».

Cuando le preguntaron sobre los obstáculos que impedían la unidad de los cristianos, fue incisivo y tajante.

-Muchos dirigentes religiosos no la quieren. Hablan de la unidad, juegan con ella y fingen intentos de unirse, pero en el fondo no quieren ceder lo que poseen. También sostienen que las diferencias en las creencias constituyen el gran obstáculo para la unidad. Lo dicen porque presumen

pureza de creencias entre sus partidarios, y eso es falso. No toda la gente cree lo que los dirigentes enseñan, ni tampoco todos los católicos, luteranos o metodistas creen en las enseñanzas de sus obispos. La caridad debería ser el primer paso hacia la unidad. Entonces, cuando todos rindan culto juntos y trabajen juntos como una familia cristiana, su amor hará posible una unidad de creencia y una disposición a aceptar la guía de Pedro. Es posible que todavía queden algunos cuya fe se haya desviado demasiado de las enseñanzas de Jesús. Tendrán que preguntarse a sí mismos cuál es realmente su lugar.

La entrevista, de casi una hora de duración, presentó una buena imagen del estilo de vida de Joshua y una idea superficial de su insólita filosofía. Su buena acogida convirtió de inmediato a Joshua en el foco de atención de los dirigentes de Auburn. La gente de la sinagoga la vio como un retrato favorable de un artista sensible y compasivo que a la vez era un filósofo de gran profundidad de pensamiento. Naturalmente, no lo consideraron un teólogo.

Los dirigentes cristianos presentaron reacciones divididas. Aquellos cuyas sectas tenían poco contenido doctrinario quedaron impresionados por su imparcialidad. Otros encontraron que su mentalidad rayaba la anarquía religiosa y era una amenaza directa para los creyentes sencillos.

El domingo siguiente, el padre Pat declaró en su sermón que, a su modo de ver, Joshua era un hombre único, auténticamente religioso, una de las pocas personas que comprendían verdaderamente la religión.

Hubo algunos que pensaron que Joshua era tan sólo otro artista chiflado atrapado por la religión, provisto de un ego de tal magnitud que no sería raro que fundara la suya propia. No fueron muchos los que lo tomaron en serio. Joshua se convirtió más en blanco de bromas entre los miembros del clero que en una amenaza seria.

La semana pasó rápidamente y el viernes había concluido casi el contorno principal de las estatuas e iniciado el trabajo de detalle. Por la noche Aarón llegó puntualmente para acompañarlo al templo. Pasaron una noche feliz. La gente comentaba excitada la entrevista televisada y felicitaba a Joshua por haberse convertido en una celebridad. Estaban orgullosos de que fuera amigo suyo y se mostraban encantados por él. Durante la hora de tertulia fue más popular aún que la semana anterior. Su círculo del rincón se agrandaba cada semana y hasta el rabino, que en broma dijo que se sentía un tanto celoso, se unió a él. El rabino y Joshua intercambiaron ideas estimulantes y, aunque no siempre estuvieron de acuerdo, el respeto que mutuamente se profesaban propició el surgimiento de una amistad ente ambos. El rabino observó con malicia esa noche que la estatua de Moisés comenzaba a gustarle, y que, al ir conociendo a Joshua, comprendía mejor a Moisés. Joshua rió con ganas.

Esa noche, la madre y el padre de Marcia fueron a la sinagoga. Marcia los presentó a Joshua. Eran gente correcta y refinada. La ropa informal de Joshua no les causó muy buena impresión, pero Marcia lo había elogiado tanto que sintieron curiosidad por conocerlo. No les llevó mucho tiempo descubrir la personalidad refinada innata en Joshua, y plantearse por tanto, por qué, si no era un rebelde, llevaba ropa tan poco convencional. Salieron con la sensación clara de haber conocido a una persona que parecía caminar por el mundo sin dejarse tocar ni arruinar por la avaricia y la mezquindad que envenenaban las vidas de tantos. Captaron en él una pureza y una inocencia poco comunes y comprendieron que su hija había encontrado una persona muy parecida a ella. Su relación les producía, sin embargo, inquietud. Eran gente práctica y no veían que pudiera desembocar en nada, salvo en un corazón destrozado.

De camino a casa, Aarón y Joshua hablaron tranquilamente sobre diversos temas, hasta volver por fin al mismo de la semana anterior: la imposibilidad de que Aarón viera la vida de la misma manera que Joshua. Éste le dijo que era demasiado impaciente. En realidad es un mes se notaba un gran cambio en él, aunque él mismo no lo viera. Aquélla era la primera vez que Joshua veía el carro sin tanto lustre.

-Es un progreso -comentó Joshua, riendo.

-Me olvidé de él -admitió Aarón.

-Los seres humanos son como las plantas. Crecen por etapas, y esas etapas no puede acortarse. Las plantas dan frutos a su debido tiempo y con los seres humanos ocurre algo muy similar. A su debido tiempo, y paso a paso, nos convertimos en lo que Dios quiere que seamos. Ocurren hechos y nos cruzamos con desconocidos que nos obligan a pensar. Dios utiliza todo esto para enseñarnos y sugerirnos una manera diferente de comprender las cosas. Así crecemos, gradualmente, sin darnos cuenta, bajo la guía sutil del propio espíritu de Dios. Tener conciencia de nuestro éxito carece de importancia. La mano izquierda no debe saber qué hace la derecha. Eso puede llevar a la vanidad -advirtió Joshua.

Aarón se sintió mejor. Era cierto que estaba menos interesado en su carro. Había comenzado incluso a dar cortos paseos a solas y a pensar en Dios. Cuando se refugiaba en ese mundo del espíritu, encontraba realmente una gran sensación de paz, pero a pesar de ello sentía que debía hacer más.

A Joshua le gustaba Aarón. Era un hombre bueno por naturaleza, de ideales nobles, aunque éstos no se encontraran en el mismo nivel de espiritualidad que los suyos. Aquellos largos viajes de ida y vuelta a la ciudad en los fines de semana tenían un gran efecto en la vida de Aarón. Nunca pensaba en Joshua como miembro de una religión determinada. Joshua era demasiado grande para eso. Aarón lo veía como un hombre de proporciones gigantescas cuya vida estaba más allá de una secta o una filiación religiosa. Era simplemente una persona sana que tenía un enfoque sumamente equilibrado de la vida y cuya relación con Dios se integraba a la perfección en los entresijos de su personalidad. Para Joshua, Dios era como el aire que respiraba. Formaba parte de sí hasta tal punto que no tenía por qué pensar conscientemente en él. Esta alegría despreocupada era lo primero que le había atraído de Joshua.

En la cama, esa noche, los pensamientos de Joshua retrocedieron a través de los siglos hasta la sinagoga de Nazaret, que tanto conocía y quería. La escena retornó con nitidez a su memoria: el auxiliar que le alcanzaba el rollo de pergamino, el silencio total del público, la lectura nerviosa del texto: «El Espíritu del Señor está sobre mí... para llevar la buena nueva a los pobres... para proclamar la liberación de los cautivos y la vista para los ciegos; liberar a los oprimidos, pregonar el año de gracia del Señor, y el día de la recompensa.» Era una mañana cálida y sofocante y la sinagoga estaba repleta. La atmósfera era tensa. Los asistentes que lo miraban sorprendidos eran la gente con la que había crecido. No estaban preparados para aquello y se enojaron. «¿No es el hijo del carpintero? ¿De dónde sacó todo esto?» Al cabo de breves momentos, el joven predicador fue arrastrado fuera del edificio. Pudo alejarse y escapar sólo gracias a la confusión.

Los ojos de Joshua se llenaron de lágrimas en medio de la oscuridad. Qué diferencia con la cordialidad que le habían dispensado en la sinagoga esa noche, pensó. Reaccionaban de un modo inédito, diferente de todas sus experiencias pasadas. Se durmió arropado por el bienestar y agradecimiento a su Padre.

El sábado por la mañana las estatuas ya habían progresado muchísimo. La del padre Darby estaba casi terminada. La del reverendo Rowland, poco menos. Joshua pasó la mayor parte de la mañana trabajando en esta última. Ambas figuras medían casi un metro y medio de altura y requerían una exhaustiva labor de detalle. Joshua trabajó arduamente obteniendo de la madera inerte sentidos mensajes que a la fuerza habrían de provocar reacciones encontradas en quienes las vieran. Ése era precisamente su propósito. Las obras de arte que sólo despiertan admiración rara

vez estimulan la mente y tienen un efecto casi nulo sobre la conducta del observador. Su obra, por el contrario, pretendía alterar, crear una conmoción.

Trabajó hasta tarde y esa noche descansó sumido en un profundo sueño. El domingo por la mañana salió temprano rumbo a la iglesia de Pentecostés, donde predicaba el reverendo Rowland. Se trataba de un simple edificio de madera. La congregación no era numerosa, ya que en la ciudad había pocos negros. Algunos feligreses acudían desde lejos para asistir a los servicios de esa iglesia, y eran grandes los sacrificios que debían hacer para mantener unida la comunidad.

Cuando llegó a la iglesia, el reverendo Rowland le dio una cálida bienvenida y lo presentó al puñado de feligreses que estaban con él. También le preguntó cómo le iba con la estatua, a lo que Joshua respondió que estaba saliendo muy bien y que seguramente estaría terminada el viernes. Si iba al final de la mañana del viernes, la encontraría lista. El ministro quedó encantado y no intentó disimular el orgullo que le producía la perspectiva de tener una talla del apóstol Pedro en su iglesia. Aunque las estatuas no eran bien vistas, él había logrado convencer a su gente de que Pedro era un símbolo de la roca que fue el cimiento de la cristiandad y sería por ello un recuerdo constante de los fundamentos de su fe en Jesucristo. Los miembros de la iglesia de Pentecostés pensaban que toda la autoridad estaba contenida en la Biblia. El poder de los dirigentes religiosos era meramente humano, y no se sentían inclinados a reconocerle mucha autoridad a la Iglesia. Para ellos la Biblia era la verdadera piedra angular de la fe, y no la Iglesia. Si bien este enfoque entrañaba el peligro de posibles confusiones creadas en torno al sentido de párrafos destacados de las Sagradas Escrituras, así como de la proliferación de facciones, los fieles eran gente sencilla, cargada de buenas intenciones. Se tomaban muy en serio su fe y eran una fuente de inspiración para el resto de la comunidad por la caridad y coherencia de sus vidas personales.

El servicio era informal y alegre en aquella iglesia. La gente cantaba y rezaba en voz alta y ofrecía testimonios conmovedores de las maravillas que ocurrían en sus vidas cuando se entregaban al Señor. A Joshua le emocionó la descarnada sinceridad de la gente. El ministro recibía a visitantes e invitados y atendió en especial a Joshua, el consumado artista que estaba tallando la figura del apóstol Pedro para la iglesia. Una señora oró espontáneamente para que el Espíritu le besara las manos, que así pondrían en la figura un mensaje que llegaría a los corazones de todos los miembros de la congregación. Los presentes respondieron con un sonoro «Amén».

Después del servicio la gente pasó al saloncito que servía, según la ocasión, como aula o como lugar de reunión. En la habitación flotaba un agradable aroma a café y pasteles, que se respiraba como un elemento más de la cordialidad del ambiente. Un grupo de hombres se concentró en torno a Joshua para preguntarle qué le había parecido el servicio. Él les contó con toda sinceridad los pensamientos que había albergado durante la ceremonia.

El reverendo Rowland también se acercó y le manifestó la alegría que le producía el que hubiera conocido a sus feligreses, reiterándole su invitación para cuando deseara volver a asistir al servicio. La reunión social tocó a su fin y el grupo se dispersó. Había sido una sesión larga, de casi dos horas.

Joshua caminó hacia su casa en compañía de unas cuantas personas; al llegar a una esquina se separaron, y cada uno siguió su camino.

Joshua pasó la tarde descansando en el patio trasero de su casa. Pat Zumbar y Herm Ainutti llegaron con un amigo que querían presentarle. Se llamaba Woozie. No era su verdadero nombre, pero así lo habían llamado desde su niñez, de modo que conservaba el apodo. Tenía la misma constitución que Pat y se le parecía en muchos aspectos. Woozie era terrenal y práctico, y tenía metas sencillas en la vida. Presentaba una imagen hosca pero por dentro era un hombre bueno, dispuesto a hacer cualquier cosa por un amigo. Joshua esbozó una gran sonrisa cuando se lo presentaron, como si ya lo supiera todo de él.

Al entrar en la cocina, Woozie examinó todo lo que había a la vista.

-Se nota que aquí no han pasado nunca las manos de una mujer -comentó.

Casi todos los objetos estaban cubiertos por una capa de polvo, como podía observar cualquier visitante. A Joshua, sin embargo, le tenía completamente sin cuidado el asunto.

-¿Realmente vives solo? -preguntó Woozie, dudando de que un tipo tan joven y apuesto como Joshua pudiera vivir solo.

-Nunca estoy solo -replicó Joshua-, pero me satisface mucho vivir así. Hay muchas personas incapaces de vivir consigo mismas que no pueden ni imaginar que otros vivan solos. Cuando uno está en paz, puede aprovechar la oportunidad de vivir con los propios pensamientos.

-¿Qué te impulsó a venirte a vivir aquí solo? -preguntó con vivo Woozie mientras tomaban asiento- ¿Tuviste que irte de algún lugar? No entiendo que alguien pueda tener deseos de vivir en este lugar desolado -concluyó.

-Quizá porque la gente es muy buena y cordial -explicó Joshua.

-Para que veas -le dijo Pat a Woozie con una estrepitosa carcajada.

-Te estás convirtiendo en toda una celebridad, ¿eh? -continuó Herm-. La otra noche te vi en la televisión. Deberías haber sido político. Te manejaste muy bien con las preguntas difíciles. Parecías como en tu casa. ¿Estabas nervioso?

-Sí, un poco. Era una experiencia, nueva, pero me dio una oportunidad para decir algunas cosas que considero importantes.

-Estuviste muy bien, aunque me cueste admitirlo -dio su aprobación Pat.

-¿Cómo fue que saliste en televisión? -preguntó Woozie.

-Porque es un buen artista -respondió Pat-. Hasta talló una estatua para una sinagoga de la ciudad. Concretamente, para la sinagoga a la que pertenece Silverman, el dueño del canal de televisión. Oí decir que has estado asistiendo a todos los servicios de los viernes por la noche, Joshua.

-Han tenido la amabilidad de invitarme, y me siento muy a gusto con ellos. Son el pueblo elegido de Dios, ¿sabéis?

-Lo eran, querrás decir -matizó Woozie-. Tuvieron su oportunidad cuando vino Jesús, y la perdieron.

-No todos lo rechazaron -le contestó Joshua-. En realidad, muchos de los que lo rechazaron murieron en la destrucción de Jerusalén. Los que aceptaron a Jesús huyeron a las colinas siguiendo su consejo y se salvaron cuando llegaron los ejércitos de Roma. Los judíos de hoy descenden de judíos que vivieron en todo el mundo romano. Nunca conocieron a Jesús. Sus descendientes actuales son todavía el pueblo elegido de Dios. Dios jamás quita lo que da.

Los tres hombres quedaron sorprendidos ante la interpretación de la historia que les presentó Joshua. Hasta un historiador se habría sorprendido porque sus palabras revelaban el conocimiento de algo que ni los historiadores sabían.

Joshua llevó a sus invitados al taller. Éste estaba abarrotado con una variedad de trabajos en distintas etapas de elaboración, entre las cuales destacaban las dos tallas de Pedro el apóstol, por las que Woozie se interesó.

-Las dos son de Pedro el apóstol -le informó Joshua-, para dos iglesias distintas.

Todos quedaron muy impresionados. El propio Woozie, que se enorgullecía de su habilidad como artesano, admiró el magnífico detallismo de la obra de Joshua.

CAPÍTULO 13

Joshua trabajó duro toda la semana siguiente con el propósito de terminar las estatuas del apóstol Pedro para la fecha convenida.

El lunes por la tarde fueron a visitarlo con un problema dos muchachos de una comuna del pueblo. Ellos y sus amigos tenían una pequeña granja que trabajaban personalmente con aperos bastante rudimentarios y gastados. Esa mañana, mientras trabajaban, se les rompió una de las ruedas del carro. Trataron de arreglarla pero no pudieron. ¿Tendría Joshua la bondad de ayudarlos? Habían traído la rueda consigo. Joshua la miró y sonrió. Le traía vagos recuerdos de una época lejana, cuando era sólo un joven aprendiz a las órdenes su padre.

-Sí, puedo ayudarlos -les dijo Joshua-. Volved mañana y la tendré lista.

Los muchachos se fueron, aliviados, sin parar de hablar de Joshua durante todo el camino de regreso. Percibían en él una paz y una satisfacción de las que ellos carecían, y también una alegría que jamás habían conocido. Habían elegido aquella vida sencilla a causa de su descontento con la sociedad, pero no les proporcionaba la paz que habían esperado. Saltaba a la vista que Joshua había optado por ese estilo de vida porque le permitía expandir libremente la dimensión de su vida interior. En el exterior, su vida y la de ellos eran muy similares. Interiormente, en cambio, eran totalmente distintas. Lo envidiaban.

Joshua trabajó en la rueda mientras descansaba de su otra tarea. Ésta era menos tediosa y hasta relajante. Hacía años que no trabajaba en una rueda y esa actividad le trajo un aluvión de recuerdos. De vez en cuando a sus ojos afloraba una lágrima suscitada por los tiernos recuerdos del pasado. Fue feliz durante su período de infancia, cuando aprendía a conocer la vida. Su madre nunca estaba muy lejos; a veces revoloteaba a su alrededor como una gallina con sus polluelos, demasiado protectora, como si temiera la llegada de una calamidad inminente. La madre era una persona feliz, que siempre tarareaba mientras atendía a los quehaceres de la casa. Él la oía desde el taller de su padre. Recordó que un día su padre había observado, mientras hacían un yugo de buey: «¿Por qué será que tu madre no canta así cuando nosotros estamos en la casa?» Ambos rieron. Recordó que su madre siempre quería mantenerlo alejado de las malas compañías. Nunca tuvo mucho éxito. ¡Cuántas cosas habían pasado desde entonces!

Joshua tuvo que llamar a Woozie para que le ayudara a terminar la rueda. Había que soldar el aro de hierro. Woozie le preguntó para qué era la rueda. Cuando se lo contó, le lanzó una perorata, criticando a esos tipos raros que no saben si son hombres o mujeres. Joshua se limitó a escucharlo y a ayudarlo mientras soldaba el aro sobre la rueda.

Cuando se fue Woozie, Joshua volvió a concentrarse en las dos estatuas. Había avanzado mucho la semana anterior y sólo le faltaban un par de días para terminar.

Al día siguiente, los muchachos pasaron a recoger la rueda con dos de sus amigos. Hablaron con Joshua durante más de una hora, tratando de comprender su vida.

-Usted parece haber logrado en su propia vida algo por lo que luchamos constantemente pero que siempre se nos escapa: la paz y la satisfacción. ¿Cuál es su secreto, Joshua -le preguntó un joven alto y delgado, barbudo, que iba vestido con un overol.

-Mi paz viene de dentro -les respondió Joshua-. La sencillez de mi vida es un reflejo de lo que llevo en mí. La sencillez de vuestra vida no viene de dentro. Es una huida del mundo que os rodea, la negación de aquello de lo que formabais parte y os hirió. Yo no permito que los hechos me hieran. Comprendo que toda la humanidad está en un proceso de crecimiento y, necesariamente, siempre será imperfecta. Nunca podrá ser de otro modo. Lo comprendo, lo acepto y amo la gente por lo que es y la encuentro agradable porque nuestro Padre la ha hecho así. Buscad a Dios, aprended a amar a las personas y encontraréis la misma paz y armonía con la naturaleza.

Los jóvenes quedaron impresionados, pese a que había criticado sus valores. Apreciaban su intuición. Le agradecieron que les hubiera dedicado ese tiempo y el arreglo de la rueda. Cada uno de ellos había traído un regalo para Joshua. Uno llevaba un gallo bajo el brazo, otro una gallina. El más joven tenía un tarro de mermelada hecha por su amiga. El cuarto le llevaba una canasta de huevos y un saco con harina que él mismo había molido. Todos estaban profundamente agradecidos por el favor que les había hecho Joshua. Éste les contó que Woozie había soldado el aro. Cuando oyeron el nombre de Woozie, les causó gracia. Lo conocían. Habían tenido más de un encuentro con él. Les dio risa, que Joshua hubiese convencido a Woozie para hacer un trabajo para ellos. Tomaron la rueda y se marcharon, haciéndola rodar por la calle. Joshua los miró sonriendo.

Volvió a la casa y trabajó con fervor en las tallas. Sabía cosas de Pedro que nadie podía imaginar y que incorporaba a las personalidades que emergían de la madera inerte. Las dos estatuas presentaban diferencias asombrosas y, aunque sus rasgos eran idénticos, las características temperamentales eran tan paradójicas que daban a creer que se trataba de dos personas distintas. Ése había sido el objetivo de Joshua, A través de las estatuas quería transmitir dos mensajes distintos, imposibles de confundir. No era seguro que los dos clérigos los comprendieran ni que los aceptaran en caso de captarlos. Joshua siguió trabajando de todos modos, cincelandos con delicadeza cada detalle.

El jueves por la tarde ya tenía acabadas las dos. Las lijó hasta lograr un suave acabado satinado y después las tiñó con un color oscuro que destacaba el grano de la madera. Luego las enceró y las dio por terminadas. Aquellas serían las últimas obras maestras que iba a producir. Su vida se estaba volviendo cada vez más complicada. La gente, con sus diversas formas de reaccionar ante él, no le dejaba seguir con el apacible curso de su vida personal. Además, su presencia incomodaba a algunas personas de la localidad, que estaban decididas a hacer lo imposible para librarse de él.

Esa noche Joshua durmió profundamente, pero tuvo sueños extraños: Nathaniel poniendo cínicamente en entredicho sus orígenes, Santiago y Juan intrigando para lograr posiciones en la escala de autoridad, Pedro temeroso de ser identificado con Jesús, y Judas, reunido con funcionarios del templo. Un compendio de todas las debilidades humanas de los apóstoles, que seguirían siendo siempre ingredientes de los pastores de su pueblo. Igual que lo importunaron entonces, volverían a hacerlo ahora. Mientras la gente fuera humana, no sabrían qué hacer con él. Les complicaba demasiado la vida, simplemente por ser como era.

Joshua se despertó temprano. Los pájaros cantaban ante su ventana. Se sentó en el borde de la cama con la cabeza entre las manos, todavía con sensación de cansancio. Había dormido

bastante, pero la intensidad de sus sueños lo había agotado. Finalmente se armó de fuerzas, se vistió y preparó el desayuno.

Esa mañana no dio su paseo. Se ocupó del huerto, del que recogió verduras, que se habían desarrollado muy bien. No quedaba mucho tiempo. Había planificado bien la huerta, y ahora recolectaba lo poco que quedaba de la primera tanda de cosecha.

Todavía trabajaba cuando oyó un carro que se detenía ante su casa, y voces que intercambiaban saludos. Al salir, vio a los dos sacerdotes que se acercaban juntos por el camino.

El padre Darby lo descubrió primero, y sin pensárselo dos veces, le espetó a Joshua lo primero que se le ocurrió al verlo de nuevo con las herramientas del huerto.

-Vaya, nuestro famoso artista ha vuelto a trabajar con el barro otra vez. No sé yo si no hubiese sido mejor hortelano que escultor, ya que parece gustarle tanto cavar.

Al reverendo Rowland le escandalizó la actitud ofensiva del sacerdote.

-La tierra es el origen de toda la vida -replicó Joshua-, y ni los mejores de entre nosotros pueden permitirse el orgullo de considerarse por encima de ella. Es una parte esencial de todos nosotros.

El ministro pensó que era una buena réplica y muy merecida. El cura, en cambio, la encajó mal, con una expresión desdeñosa.

Joshua fue hasta el porche y abrió la puerta para que los dos hombres entraran, mientras iba a por las tallas. Cuando llegó con ellas los hombres quedaron impresionados con la similitud de los rasgos, pero no comprendieron la gran diferencia de las escenas en bajorrelieve, pues ninguno sabía lo que el otro había encargado.

El cura observó la que tomó como suya y admitió que no lo había hecho mal tratándose de un hortelano. Joshua sonrió ante esa tentativa de broma.

-Caballeros -dijo-, no esperaba que vinieran juntos. Es una coincidencia que los dos hayan pedido una imagen de Pedro. Traté de cumplir con los pedidos, representando los aspectos de la personalidad de Pedro que pensé que serían más importantes para sus feligreses.

Tomó la escultura que mostraba a Pedro de rodillas, acariciando la cabeza de un mendigo moribundo, con su tiara de tres coronas tirada de cualquier modo en el suelo, y la colocó cerca del ministro episcopal. El hombre se horrorizó y quedó profundamente ofendido.

-Ése no es el gran apóstol Pedro, sino un santo piadoso que ni siquiera puedo reconocer -espetó, horrorizado y ultrajado, el ministro.

-Al contrario -replicó Joshua-, es Pedro en su mejor momento. Pedro no tenía un carácter servicial. Había nacido para mandar y eso dominaba toda su personalidad. Al crecer espiritualmente para parecerse más al Maestro, comprendió su verdadero papel como siervo de Dios y cobró mayor humildad en su actitud hacia quienes consideraba inferiores. La imagen presenta el momento de la vida de Pedro en que por fin ha superado su naturaleza y ha comprendido lo que quiso darles a entender Jesús cuando lavó los pies de los apóstoles y les dijo que deberían ser los siervos de los hijos de Dios.

El sacerdote quedó impresionado por la lógica de Joshua, pero su explicación no modificó su actitud. Todavía sentía enfado por lo que veía, como si Joshua lo hubiese golpeado con un martillo. El otro clérigo estaba igualmente consternado ante la otra imagen, que interpretó que era la suya. Entendía la que Joshua le había dado al padre Darby, pero ésta le resultaba

incomprensible: Pedro de pie con toga y estola aferrando un cayado de pastor con la mano izquierda y gesticulando con gran fuerza y decisión con la derecha ante una multitud entre la que había otros apóstoles. Representaba todo lo que disgusta a los de Pentecostés de la Iglesia, en especial la férrea autoridad. El reverendo Rowland estaba muy molesto con esa escena. Cuando Joshua la ubicó cerca de él, no supo cómo reaccionar.

-Joshua -dijo el reverendo Rowland con tanta amabilidad como pudo reunir-, creo que quizá te has equivocado con estas dos imágenes. Parece que el padre Darby estaría mucho más contento con esta estatua y a mí me encanta el mensaje que transmite la que has hecho para él.

-Si cada uno de ustedes prefiere la estatua del otro -contestó Joshua-, no tengo ninguna objeción. Pueden intercambiarlas.

Los religiosos así lo hicieron. El reverendo Rowland sacó el talonario y extendió un cheque por la suma que había acordado con Joshua: cien dólares. El padre Darby quedó sorprendido.

-¿Por qué la escultura que hizo para mí es mucho más cara que la otra? -preguntó.

Había aceptado pagarle a Joshua ciento treinta y cinco dólares por su imagen. Joshua no le pidió tanto al ministro de Pentecostés porque sabía que su congregación era pobre y les sería difícil reunir tanto dinero.

Joshua miró al padre Darby con algo de impaciencia.

-¿No estábamos de acuerdo en que ciento treinta y cinco dólares era un precio razonable? -le preguntó Joshua, mirándolo con cierta impaciencia-. Si quieren intercambiar también el precio, tienen derecho a hacerlo, pero yo quedo al margen.

El sacerdote estaba visiblemente enojado, pero no quería exhibir su mezquindad delante del ministro a quien, en el fondo de su corazón, consideraba como inferior a él tanto en el ámbito profesional como social. Por eso se limitó a decirle a Joshua que recibiría sus honorarios por correo, ya que todas las cuentas de la iglesia se pagaban por dicho conducto.

Finalmente los dos hombres se fueron, llevándose consigo las estatuas. Joshua los acompañó hasta la entrada, donde el chófer alivió a su patrón de su carga. El padre se disculpó ante el ministro por no poder llevarlo porque en el carro no había bastante lugar. Joshua los miró a ambos con una sonrisa traviesa, como si supiera algo que nadie más sabía. Había tallado esas estatuas con un objetivo y éste no se vería frustrado, pese a lo pudieran sentir esos hombres. Volvió a entrar a la casa con un suspiro de alivio.

En el taller, que aparecía desnudo a causa de la ausencia de las grandes tallas, Joshua se dedicó a trabajar en varias piezas pequeñas que todavía le quedaban. Cuando dio por concluido el trabajo del día eran casi las tres y media.

Era viernes y pronto llegaría Aarón a buscarlo. Dejó de trabajar temprano para poder cocinar la cena y estar listo a tiempo. Mientras se preparaba, lo interrumpieron varias veces las personas que venían a buscar sus encargos. Todos estaban agradecidos por su trabajo y por el módico precio que les cobró. Después llegó un hombre llamado Dick Dek Ratta, que había encargado una pieza especial como regalo de cumpleaños para su mujer. Había hecho buenas migas con Joshua desde que lo conoció en el aserradero, un día en que había ido a por madera. Desde entonces se encontraban de vez en cuando para hablar sobre temas diversos. Dick enseñaba historia en la universidad y ejercía de abogado. Le fascinaba el conocimiento íntimo que tenía Joshua de los hechos históricos y el particular enfoque que les daba, imprimiendo radicales diferencias a las versiones comúnmente aceptadas por los historiadores. Era tal el respeto que sentía Dick por el buen juicio de Joshua que había

incorporado muchas de sus interpretaciones de la historia en sus cursos. Lo que Joshua decía tenía sentido y proporcionaba una lógica mejor para entender el devenir subterráneo de las corrientes sociales y políticas que se entrecruzan en la historia. Joshua parecía ofrecer el eslabón perdido donde se engarzaban muchos hechos que hasta entonces no habían sido relacionados.

Dick pertenecía a la iglesia presbiteriana del pueblo. Era un activo miembro de la congregación y, como amigo del pastor, estaba al tanto de buena parte de los rumores «oficiales» que corrían por la población. Últimamente Joshua andaba de boca en boca y eso era motivo de preocupación para Dick. Se encontraba en un compromiso, dividido entre la lealtad al círculo interno de la parroquia y su amistad con Joshua, al que veía muy solo y muy vulnerable. Dick había oído cosas sobre él que no le gustaban, pero no veía bien qué podía hacer. Por fin decidió decírselo, procurando no faltar a su lealtad para con el pastor y, al mismo tiempo, ayudar en lo posible a Joshua.

-Joshua -comenzó-, te conozco y entiendo tu forma de pensar. Sé que compartes mis propias dudas sobre el abuso de autoridad por parte de los dirigentes religiosos. Pero estás en una posición mucho más difícil que yo. Yo puedo hablar de religión dentro del marco de la historia y disfrazar mis críticas. Cuando tu manifiestas lo que piensas se interpreta exactamente así, como expresión de tus opiniones personales, y la gente suele juzgar éstas según de dónde provengan. El común de la gente tiene una comprensión estrecha de las cosas y se deja impresionar por las habladorías que tergiversan lo que has dicho. Por desgracia eso llega a oídos de los pastores y suscita su desagrado.

Joshua escuchó atentamente. Dick tenía razón. El problema siempre era el mismo. Él hablaba con sinceridad, expresaba lo que creía, y pocas personas tenían la experiencia necesaria para comprenderlo. De todos modos era importante que hablara. Así al menos la gente se vería obligada a escuchar y a pensar. Su labor surtiría efecto a su debido tiempo, pero por desgracia para eso había de transcurrir mucho tiempo después de que él se hubiese ido.

-Sé que tienes razón, Dick -admitió Joshua , y te agradezco lo que me dices. He pensado mucho en lo que debería decir y hacer, y siempre llego a la misma conclusión: nada de lo que digo será oído ni comprendido de la misma manera por los que me escuchen. Pero eso es aplicable a las ideas de todos. Las mías no constituyen una excepción. La diferencia está en que lo que yo expongo afecta a la vida de la gente, la vida de sus hijos y su relación con Dios. Deben comprenderlo claramente, y por ello no me queda, de hecho, ninguna opción. Con el tiempo, cuando se calme el viento y haya desaparecido la paja, quedará la semilla. Siempre ocurrirá que el profeta sea la primera víctima de su propio mensaje y sólo más tarde la gente dice, «Oh, ahora comprendo». Pero él ya no está.

Dick escuchó, admirando la inteligencia de Joshua y el coraje de que hacía gala ante la tormenta que se avecinaba. Se veía que no era la primera vez que pasaba por experiencias de este tipo. Volvió la mirada a la estatua que Joshua le había tallado. Era la figura de un hombre que tocaba la flauta al lado de una cerca. Unos niños miraban a lo lejos, indiferentes, mientras los pájaros posados en la cerca escuchaban con atención. Una mujer que se había detenido miraba al hombre con admiración. Dick reconoció a su familia y no pudo reprimir una carcajada al ver la manera como había percibido Joshua los problemas que tenía en su casa.

-Joshua, ¡qué ingenioso -alabó-, qué perfección en todos los detalles! ¿De dónde sacas la paciencia para trabajar con tanta minuciosidad? A mí me enloquecería, aun suponiendo que tuviera la capacidad para hacerlo.

Dick intentó pagarle el trabajo a Joshua, pero éste se negó en redondo. Dick había argüido que, tratándose del regalo de cumpleaños para su mujer, no se sentiría bien si no participaba de

algún modo en él, aunque fuera sólo pagándolo. El amor expresado por Joshua en su obra ya era de por sí un valioso regalo tanto para él como para Elizabeth. Además, tenía la esperanza de que los niños entendieran el mensaje. Pletórico de agradecimiento, le dio un gran abrazo a Joshua mientras las lágrimas le corrían por las mejillas al pensar que Joshua comprendía tan bien a su familia y advertir el afecto que había depositado en la talla.

Con ella en brazos, sacudió la cabeza asombrado, al tiempo que se encaminaba a la puerta con Joshua. Salieron juntos. Dick rió al entrar en el automóvil, pensando en la reacción que tendría su mujer al ver el regalo.

Aarón llegó con puntualidad. Joshua, que lo esperaba en el porche, se dirigió al coche enseguida, pues le molestaba que Aarón saliera del auto para abrirle la puerta. De esta manera evitaba toda aquella formalidad.

-Me alegra que lavaras el coche -comentó al subir-. No me imagino qué aspecto tendría después de dos semanas sin lavar.

-Muy agudo, Joshua -replicó Aarón, riendo-. ¿Por qué crees que lo hice lavar? No podría llevar a un tipo tan elegante como tú a la sinagoga en un coche sucio.

Joshua le dio un golpe en la rodilla.

-Me lo tengo merecido -dijo de buen humor.

Durante el trayecto Aarón le pasó una información interesante a su amigo: un grupo de personas de considerable prestigio en la sinagoga había presentado esa semana una propuesta al rabino. La iniciativa estaba inspirada por Lester, Marcia y algunas personas más. Cuando Joshua le preguntó de qué se trataba, Aarón se limitó a sonreír, aduciendo que no podía decirlo. Eso le correspondía al rabino. Por su parte, esperaba que Joshua aceptara la propuesta.

En la sinagoga les dispensaron una cordial bienvenida, como de costumbre. Aarón dejó solo a Joshua, y entonces se le acercó un desconocido y se presentó. Había oído decir que Joshua iba a la sinagoga todas las semanas y que lo recibían con afecto. No estaba nada conforme con ello y por eso había ido esa noche. Él y su familia habían sido perseguidos por los cristianos hasta donde alcanzaba su memoria y no soportaba la idea de que un cristiano fuera acogido con tanta amabilidad por los suyos. Acusó a Joshua de una gran diversidad de cargos, diciéndole que compartía la culpa de toda la gente que había perseguido a su pueblo y lo había exterminado en campos de concentración.

Compadecido por el espíritu torturado de ese hombre, Joshua pensó que sería cruel contradecirlo. Entonces, impulsivamente y para incredulidad de su interlocutor, le dio un fuerte abrazo, pidiéndole perdón por todas las atrocidades que los suyos habían causado a su familia y al resto de los judíos durante siglos. El hombre quedó tan apabullado por la sincera compasión de Joshua que, quebrada toda resistencia, le dio un abrazo y se echó a llorar como un niño. En un instante, toda la amargura y la furia abandonaron su torturado espíritu, y su cuerpo se relajó, liberándose de años de odio reprimido.

Los que conocían a ese hombre y lo evitaban por su amargura se quedaron pasmados ante el cambio operado en él en tan breve tiempo. Todos los observaron con asombro cuando entraron juntos en el santuario tomados del brazo. El incidente quedaría grabado en sus memorias.

El hombre se sentí al lado de Joshua durante el servicio y quedó asombrado al oírle rezar y cantar los himnos en un hebreo perfecto. Después del servicio salieron juntos. Cuando los admiradores de Joshua se reunieron en torno a él para la conversación semanal, el hombre se unió al círculo. Entonces descubrió que Joshua era una bella persona, dotada de una profunda comprensión de la naturaleza humana, que repetía sin descanso que la gente encontrará la paz sólo cuando esté dispuesta a desprenderse de la mezquindad y el prejuicio, incluso de los prejuicios consagrados con el correr de los siglos. Sólo una mente abierta es capaz de desarrollar las actitudes necesarias para la paz. Las cosas de este mundo no

pueden dar paz; ésta surgirá de nuestra capacidad para elevarnos por encima de lo material hasta dejar de ambicionarlo. Incluso el pueblo de Dios debe comprender que cada persona está destinada por Dios a desempeñar un papel diferente en el destino de la raza humana, y que sólo aceptando a otros pueblos como nuestros iguales en los planes de Dios se puede esperar ser aceptado por el resto de la familia humana.

Aun a pesar del atrevido carácter de las ideas de Joshua, algunos de los más viejos, hombres y mujeres que habían sufrido mucho durante sus largas vidas, sacudían la cabeza pensativos, comprendiendo. Donde uno quiera encontrar amor y aceptación hay que empezar por demostrar amor y aceptación, porque sólo se puede recibir amor cuando se da. Nadie se ofendió por lo que Joshua dijo. Habían llegado a conocerlo y percibían su gran hondura de pensamiento y sentimiento, asentada en su profunda comprensión de la vida. Todos se prestaban a escucharle, y muchos se inclinaban a aceptarlo.

Uno de los amigos de Woozie, un hombre llamado Phil Packer, y su mujer, Ada, que habían acudido al servicio esa noche, se sumaron discretamente al círculo. Se acercaron con Marcia, que era amiga de la familia. Escucharon sólo la conversación, sin participar. Marcia estuvo a punto de intervenir un par de veces, pero en el último momento se dio cuenta de que sus preguntas serían de poco interés para los demás.

Una vez concluida la hora de tertulia social, Marcia presentó a Phil y Ada a Joshua. Se hicieron grandes amigos. Phil, abierto y extrovertido, bromeó con Joshua desde el primer momento.

-¿Cómo es posible que un tipo tan simpático como tú se haya hecho tan amigo de Woozie?

-Muy sencillo -respondió Joshua, riendo-. Woozie se muestra tal cual es. Woozie, lo que muestra es lo que es. No hay astucia ni engaño en él. No hay letra menuda, no hay páginas ocultas. Ojalá hubiese más gente como él.

-Le quieres mucho ¿eh? -preguntó Phil sin demasiada sorpresa.

-¿Por qué no habría de quererlo? -contestó simplemente Joshua.

-Sólo estaba tanteándote. Eres un tipo de primera, Josh. Yo también admiro a los hombres como tú. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, no tienes más que llamarme y estaré a tu disposición.

Con ese ofrecimiento, Phil estaba sellando la amistad. Él y Woozie, y los Sanders y, en el fondo, toda la pandilla tenían un código de honor muy parecido. Era algo real, cuya carga de sinceridad y de tosco cariño recordó a Joshua los rudos modales y vocabulario que utilizaban los apóstoles cuando creían que Jesús no los oía.

Mientras hablaban llegó Aarón, que esperó a que acabaran de conversar para informar a Joshua de que el rabino quería verlo. Una amplia sonrisa iluminó su rostro, y cuando vio a Marcia le guiñó un ojo, como si ella supiera de qué se trataba.

La oficina del rabino estaba bien acondicionada. Era un erudito que había leído la gran mayoría de los libros que cubrían sus paredes, a diferencia de muchos, que compran libros como decoración. Una gruesa alfombra rojiza se extendía de pared a pared y en torno al escritorio había varias sillas de pana de color rojo oscuro.

Al entrar Joshua, el rabino se puso en pie para saludarlo y le ofreció una silla.

-Joshua, agradezco que haya venido a verme -le dijo en primer lugar-. Sé que Aarón lo lleva a su casa todos los viernes, de modo que no lo haré esperar. Lo que tengo que decir no llevará mucho tiempo, y espero que pueda concederme lo que voy a pedirle.

Nuestra gente le ha cobrado un gran aprecio durante estos pocos meses. Están muy interesados en las charlas que tienen con usted todas las semanas. Nunca han conocido una

persona como usted y debo admitir que comparto esa admiración. Usted ha sido una inspiración para todos nosotros. Esta semana, algunos miembros de mi junta vinieron a preguntarme si sería posible permitirle que dirigiera un sermón al conjunto de la congregación. Quedé gratamente sorprendido porque yo mismo había estado planteándome esa idea y no me había atrevido a sugerirla. Les dije que por mi parte no había ninguna objeción y me parecía una idea excelente. Me pidieron que hablara con usted y le preguntara si estaría dispuesto a hacerlo. En resumen, amigo Joshua, sería un honor que aceptara nuestra invitación para hablar a la congregación durante el servicio del viernes próximo.

Joshua sonrió encantado. Sus ojos se llenaron de lágrimas al evocar una invitación similar que había recibido muchísimo tiempo atrás.

-Rabino, no tiene idea de lo que esto significa para mí -respondió-. Soy yo el que se siente honrado ante tanta calidez y bondad. Me hará muy feliz hablar a sus feligreses el próximo viernes.

-¿Le parece demasiado precipitado? ¿Necesita más tiempo para prepararse? -preguntó el rabino.

-No necesito tiempo para prepararme. Me he estado preparando durante mucho más tiempo del que usted pueda imaginar.

-Bien, en ese caso está decidido; la noche del próximo viernes.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

CAPÍTULO 14

El sábado, Joshua trabajó sin parar todo el día, para terminar buena parte de los encargos que tenía pendientes. Al atardecer, echado bajo el gran árbol cercano a la laguna, pensó en la charla que iba a ofrecer en la sinagoga y sonrió repasando la serie de hechos recientes que habían desembocado en aquella sorprendente decisión. Pensó en la sinagoga y en otras iglesias que conocía. No habían cambiado mucho con el curso de los siglos. Todavía seguían construyéndose según los modelos de antaño. Ahora los hombres y las mujeres se sientan juntos. Los pergaminos todavía están guardados en el arca, aunque ya no se usen. Los lectores leen las versiones impresas. No hay escribas ni fariseos, ni sacerdotes que se pavoneen con sus mantos flotantes, como pavos reales entre la gente corriente. Pero la gente corriente tampoco es tan llana como antes. Pensó en el hombre que lo abordó la noche anterior en la sinagoga y en el hombre con dificultad de habla del que había exorcizado al diablo. Los diablos eran más visibles en aquellos tiempos. Hoy en día son sutiles, van disfrazados de comprensivos pensadores progresistas, que quieren revolucionar la sociedad, sembrando la semilla de la duda sobre todo lo sagrado, o de dirigentes religiosos que incitan a sus fieles a odiar a su prójimo y hasta a asesinar en nombre de Dios.

Luego pensó en Marcia, en su trabajo en las Naciones Unidas y en el bien que trataba de prodigar entre tantas personas de objetivos dudosos. Se destacaba como una paloma pura e inocente entre una bandada de buitres. Quizá la belleza de su inocencia lograría derretir más corazones que las maniobras políticas más tortuosas. Pensó en María de Betania. Marcia era diferente, aunque las dos amaban con la misma intensidad. Ambas le inspiraban idénticos sentimientos.

Al acercarse a su casa, Joshua vio a un niño que salía del porche. Se encontraron en la puerta del huerto.

-¿Puedo hacer algo por ti, jovencito? -preguntó Joshua.

-El padre Kavanaugh, el pastor, quiere que vaya a la rectoría. Desea hablar con usted -contestó el pequeño.

-¿Ahora?

-No, ahora está ocupado, y mañana también estará ocupado. Lo verá el lunes por la mañana, a las nueve y media.

-Gracias, hijo.

A la mañana siguiente, Joshua fue a la iglesia episcopal para oír misa. El padre Jeremy ofició la misa y habló de la nueva estatua de Pedro el apóstol, instalada en el nicho del altar lateral. Joshua observó las banderas inglesas en varios lugares de la gran Iglesia, como insignias que proclamaban el eje fundamental de lealtad de ese grupo. Trató de rezar pero le resultó difícil. La música lo distraía hasta superar su capacidad de disciplina. El señor Walls, el organista, aporreaba con perfección mecánica himnos compuestos doscientos años atrás, en otro continente y en otra época de la historia. El servicio era técnicamente perfecto, pero el culto sonaba a hueco. El padre Jeremy seguía hablando con una elegancia rítmica sobre el emotivo simbolismo de la liturgia y la sabiduría que demostraba la Iglesia al incorporar a ella la riqueza artística, como adecuado tributo a la imponente majestad de Dios.

Joshua se alegró de que la misa terminara. El chófer, que lo esperaba fuera de la iglesia, provocó un gran revuelo al señalarlo a sus amigos y presentarlo como el artista que había tallado la estatua nueva. La gente, muy amable con él, lo felicitó por su habilidad y le preguntó qué pensaba de su iglesia. Joshua les respondió que el ritual era hermoso, que había observado que algunas personas estaban absortas en su culto en la iglesia y que pensaba que eran una fuente de bendiciones para la comunidad.

En ese momento salió el padre Jeremy y oyó las observaciones de Joshua. Se volvió y lo saludó escuetamente, sin acercarse, esperando a que lo hiciera Joshua. Al ver que éste no venía, se puso a hablar con otras personas que lo esperaban. El chófer se escabulló en cuanto vio salir al pastor de la iglesia.

Joshua caminó calle abajo. Algunos amigos se acercaron a saludarlo. Phil, el gerente del aserradero, le puso la mano sobre el hombro.

-Eres justo el hombre que quería ver -dijo-. ¿Qué te parece si vienes a tomar el desayuno a mi casa?

-De acuerdo -aceptó Joshua.

Se reunieron con la familia de Phil, que bajaba las escaleras de la iglesia. Juntos doblaron la esquina en dirección a la casa. Cuando entraron, Phil lo condujo a la sala de estar, mientras su mujer preparaba el desayuno. Quería hacerle algunas preguntas. No lo había visto últimamente y corrían todo tipo de rumores. ¿Estaba bien? ¿Cómo andaba de trabajo? Como no había necesitado madera últimamente, Phil suponía que podía escasearle el trabajo.

Joshua no sabía bien cómo contestarle. Sí, las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Había estado muy ocupado cumpliendo con pedidos de la gente, pero otros aspectos de su vida empezaban a ser más importantes que la talla y no aceptaba más pedidos.

Phil sabía que algunas personas le hacían la vida difícil a Joshua y trató de convencerlo de que la mayoría de la gente lo quería y lo apoyaba.

Joshua le repuso que era capaz de leer los signos de los tiempos y podía predecir muy bien lo que iba a ocurrir. Trató de tranquilizar a Phil, asegurándole que tenía confianza en el futuro.

El delicioso aroma de los panqueques, las salchichas y el tocino impregnaba la casa. Ellen, la mujer de Phil, llamó a todos a la mesa. Joshua se sentó al lado de Phil. No hubo más conversación seria y, acabadas las oraciones, todos se dedicaron de lleno al desayuno. El café caliente olía muy

bien y sabía aún mejor. La comida desaparecía tan pronto como Ellen la disponía sobre la mesa. Joshua comió con ganas, encantado con todo. Estaba contento de que hubiese tanta gente buena que lo quería y se preocupaba por él. Eso ayudó a disipar en parte su abatimiento.

Ellen era una buena mujer. Había llegado de Alemania cuando era una niña y todavía le quedaba un rastro de acento. Había conservado muchas costumbres de su antiguo país. La manera como llevaba la casa, el modo de criar a los hijos, y hasta la forma de vestir, con buen gusto pero con sencillez, a la manera antigua.

Mientras comían, Joshua habló con cada uno de los niños. No eran tan efusivos como los del callejón, pero a su manera apreciaban a Joshua y les alegraba que hubiese ido a desayunar con ellos. El padre les había contado tantas cosas de Joshua que lo admiraban como a una especie de héroe local.

Terminado el desayuno, los niños fueron a atender sus quehaceres. Joshua se quedó unos minutos hablando con Phil y Ellen y luego volvió a su casa.

El resto del día discurrió con lentitud. Joshua no tenía el ánimo que había caracterizado su conducta despreocupada de algunas semanas atrás. Todavía estaba en paz. Todavía gozaba con sus caminatas más allá de la casa de los Langford. Todavía disfrutaba cuando un faisán de hermosos colores saltaba delante de él y se iba volando. No obstante, parecía preocupado por un mundo interior, donde comenzaba a desarrollarse un drama. Era como si esperara a que ocurrieran las cosas. Sabía que podía influir sobre esos hechos, pero prefería no hacerlo. Se permitió ser actor en una escena dispuesta por otros.

El lunes por la mañana, fue a la rectoría para su encuentro con el padre Kavanaugh. La recepcionista lo saludó con cordialidad y lo condujo a la oficina. Era una habitación grande, bien decorada, con un gran escritorio de caoba en un extremo y sillas de respaldo alto adosadas a las paredes. Detrás del escritorio había un retrato del Papa, flanqueado por una foto del obispo y, otra del sacerdote. En la pared del costado había un gran mapa, que probablemente correspondía a la zona de Auburn. El padre Kavanaugh estaba sentado detrás de su escritorio.

-Joven –comenzó el párroco-, últimamente he oído decir muchas cosas sobre usted. Tiene un gran número de partidarios, teniendo en cuenta que hace poco tiempo que reside en la ciudad. Una de las cuestiones de las que me han puesto al corriente es la de sus conversaciones sobre religión.

-¿Podría ser más específico? –preguntó Joshua.

-Sí. Me han dicho que usted ha asumido la enseñanza de la religión y, según tengo entendido ofrece, para colmo, una versión poco sensata de la religión. Muchos de mis feligreses están confusos por esa razón y varios me han preguntado si yo lo apruebo. Les dije, por supuesto, que no lo apruebo y que ni siquiera lo conocía. También parece que ha estado afirmando que la religión de hoy no se corresponde a lo que Jesús quería y que los dirigentes religiosos difieren poco de los del tiempo de Cristo. ¿Es cierto?

-No exactamente -dijo Joshua, dirigiendo una mirada compasiva al sacerdote-. No pretendo enseñar religión, pero cuando durante una conversación se tocan esos temas hablo sin traba de lo que conozco. Y, sí, es verdad que Jesús jamás quiso que la religión fuera lo que es hoy. Jesús era libre y predicaba a las personas que somos hijos de Dios y que, como hijos de Dios, somos libres. No somos esclavos. Jesús también quería que sus dirigentes fueran personas humildes, que permitieran gozar a la gente de su libertad. Por desgracia, pocos líderes religiosos se sienten cómodos cuando la gente es libre, y normalmente prefieren ejercer su autoridad sobre los individuos. Les gusta dictar reglas y leyes que agobian las vidas de las personas y decretar que, si no las obedecen, pecan y se exponen a ser castigadas por Dios. Eso no tiene nada que ver con Jesús.

-¿Cómo sabe cuál era la intención de Jesús? -preguntó el párroco, cada vez más nervioso e irritado.

-¿Acaso los Evangelios no presentan con claridad la actitud que mantenía Jesús ante estas cuestiones? -replicó Joshua con calma.

-Una cosa es lo que enseñó Jesús, y otra es que un laico sin instrucción teológica critique la práctica religiosa de la Iglesia -objetó el sacerdote.

-Sé que lo que digo es cierto, y las Escrituras dan prueba fehaciente de ello. Es sabido que Jesús predicó la humildad a sus apóstoles y les dijo que ejercieran la autoridad con suavidad y mansedumbre. Incluso les lavó los pies para inculcarles la importancia de servir a la gente, por oposición al afán de mando.

-No me gusta su actitud, joven, y me molesta que se permita sermonearme. También me molesta que hable a mis feligreses y no pienso permitirlo.

-¿Quiénes son sus feligreses? -preguntó Joshua cáusticamente.

-¿Ve ese mapa que está en la pared? -dijo el sacerdote, señalándolo-. Todos los que viven en el territorio demarcado en ese mapa son mis feligreses y tengo jurisdicción sobre ellos. Nadie puede hablarles sin mi permiso.

-No son sus feligreses -contestó con sequedad y visible enojo Joshua-. Son hijos de Dios, y como hijos de Dios, son libres. Los pastores como usted son los que han privado a los hijos de Dios de la libertad y la alegría que deberían experimentar y los han devuelto a la condición de esclavos, privados de libertad para obedecer el dictado de su conciencia o escuchar su voz interior, e incluso la voz de Dios. Los pastores como usted están tan enamorados de su propia autoridad que les molesta hasta que la gente hable con otros de las cosas de Dios sin su permiso. Los hombres como usted han destruido el buen nombre del mensaje de Jesús y han trabado las vidas de las personas con grilletes y el temor al castigo, no porque se preocupen por ellas, sino simplemente para proteger su autoridad. Jesús enseñó a sus apóstoles a amar y servir, pero usted nunca ha amado a su gente porque no puede amar normalmente como aman los hombres. Los manda y los obliga a servirlo.

El sacerdote se puso en pie, lívido, y se dirigió a Joshua, quién también se levantó. Sabía que Joshua lo conocía a fondo, aunque nunca se habían visto. También le temía y en este momento sólo quería quitárselo de encima.

-Joven -dijo con sequedad-, esta conversación ha terminado. No sé qué pretende, pero no creo que sea nada bueno. Preferiría que no volviera a mi iglesia. No veo en qué pueda beneficiarnos su presencia a mí o a mis feligreses. Tengo el firme propósito de advertir a mi gente que evite su compañía. -Con eso el sacerdote condujo a Joshua hasta la puerta.

Joshua salió y se fue calle abajo. Unos niños que jugaban en un terreno baldío se acercaron corriendo al verlo y lo acompañaron por la calle, contándole menudencias que para ellos tenían gran importancia. Joshua olvidó su propio dolor y los abrazó diciéndoles que debían disfrutar su infancia y no crecer antes de tiempo.

-Sois los hijos de Dios -les dijo-, y sois libres. No permitáis que nadie en la Tierra os quite esa libertad.

-No lo permitiremos, Joshua -respondieron, sin comprender realmente lo que quería decirles. Esas palabras quedarían, sin embargo, grabadas en sus mentes durante años.

Mientras Joshua caminaba con los niños, el padre Kavanaugh había ido a su habitación y la recorría de arriba abajo, pensando qué podía hacer para, vengar esta imperdonable afrenta a su

dignidad. Ya que no podía controlarlo él mismo, tomaría medidas para que se hiciera algo. Se dirigió al teléfono y llamó a la oficina del obispo.

-¿Tienes algún problema, John? -preguntó el obispo.

El párroco dejó traslucir su furia en la sarta de acusaciones que lanzó contra Joshua.

-En nuestra parroquia hay un hombre, un recién venido, que ejerce una poderosa influencia sobre mucha gente de aquí. Está obsesionado con la religión y está volviendo a la gente contra ella. Si no lo detenemos, socavaré mi posición aquí y causará un daño irreparable en la fe de la gente. Intenté hablarle con amabilidad, pero me insultó y me dijo que no era digno de ser sacerdote.

El obispo escuchó con atención y luego, cuando el párroco terminó, respondió:

-No me cabe duda de que está hablando de Joshua.

-Sí, se trata de él.

-¿Qué puedo hacer yo? -preguntó el obispo.

-Podría llamarlo y hablarle.

-¿Qué le hace pensar que me escucharía?

-Por lo menos le demostraría que no puede salirse con la suya.

-Y si no escucha, ¿qué hacemos? Sepa que su influencia no se limita a Auburn. Ya hemos recibido un cúmulo de cartas de gente de toda la zona a raíz de su entrevista por televisión. Se esta convirtiendo rápidamente en una celebridad.

-Mayor razón para detenerlo enseguida, antes de que sea demasiado tarde. Le digo que es peligroso. Si la gente adopta sus ideas, no sé qué ocurrirá con nuestras iglesias. Ya cuesta bastante que la gente venga al templo, y, si sus ideas encuentran adeptos, nuestras iglesias se quedarán vacías.

-¿No está exagerando, John? -preguntó el Obispo—. ¿Realmente piensa que es tan importante?

-Compruébelo usted mismo. Si le habla, quizá cambie de opinión.

-Pero si es sólo un laico. No podemos abatirnos sobre él como si fuera un sacerdote. De todos modos, si eso le tranquiliza, veré qué puedo hacer.

Cuando llegó a casa después de dejar la rectoría, Joshua pasó la mayor parte del día pensando. Caminó hasta el prado alto. El sol se ocultaba tras nubes plomizas. Los pájaros callaban. Hasta los bosques estaban silenciosos. Joshua cayó de rodillas y se sentó sobre los talones, con las manos cruzadas reposando sobre el regazo. Tendió la vista a lo lejos, sin mirar lo que veían sus ojos sino una visión inmaterial, desprovista de colores. Permaneció arrodillado, inmóvil, paralizado, casi una hora, como si el alma hubiese abandonado momentáneamente el cuerpo. Las lágrimas corrieron libremente por sus mejillas y luego cesaron. El sol jugaba con las nubes y un solitario rayo las traspasaba, iluminando el rostro de Joshua, imbuyendo sus delicadas facciones de una radiante belleza. Continuó de rodillas, sumido en profundos pensamientos. Luego su expresión se relajó, y los tensos músculos se aflojaron esbozando una débil sonrisa, un eco de los mensajes que sólo él oía.

Al atardecer el padre Darby recibió una llamada telefónica del reverendo Rowland. Se sentía muy incómodo con su estatua del apóstol Pedro. La obra le agradaba, era hermosa. Le gustaba el mensaje que la madera viva transmitía con tanta claridad, pero él ya conocía ese mensaje. Era como si faltara algo, como si la estatua hubiese enmudecido y ya no hablara. Le producía inquietud tener esa talla en su iglesia. ¿Tendría el padre la bondad de consentir en un nuevo intercambio de estatuas?

La llamada sorprendió al padre Darby, pero le ahorró la incomodidad de tener que hacerlo él mismo. Él tampoco se sentía muy cómodo con la estatua. Aunque se adaptaba muy bien al majestuoso entorno de su iglesia, no decía nada. Era como si su buen amigo, el apóstol Pedro, rehusara hablar. Su estatua también había enmudecido y parecía estar fuera de su lugar en la iglesia. Estaba encantado de cambiarla por la de su buen hermano.

-Haré que mi chófer nos lleve ahora mismo -dijo, refiriéndose a sí mismo y a su amigo el apóstol Pedro.

Sin perder un minuto, el padre Darby se desplazó a la pequeña iglesia de su homólogo. Le sorprendió la pobreza en que vivían éste y su familia. Ese humilde ministro era un verdadero cristiano. El sacerdote tomó la talla que le entregaba el ministro y le dio la suya.

-Osgood -dijo el sacerdote con humildad-, sería un honor para mí que usted y su familia vinieran a cenar a mi casa alguna noche de esta semana.

-Nos gustaría mucho. Mi mujer estará encantada.

El chófer tomó el camino que pasaba delante de la casa de Joshua. El sacerdote todavía estaba enojado con Joshua y le fastidiaba reconocer que tenía razón en la adjudicación de las estatuas. Además le producía una incómoda sensación de culpa que Joshua lo conociera tan bien y que hubiera elegido de modo tan certero la estatua que le convenía. Para resarcirse del insulto, había resuelto no enviar el cheque por la estatua, por lo menos no de inmediato. Pero le incomodaba no haberlo enviado: se sentía confundido.

Llegaron a la iglesia y entraron para poner la talla en su lugar. Cuando la tuvieron ubicada, dieron unos pasos atrás para contemplarla. Era una escultura llamativa y de gran efecto. Hablaba con tanta fuerza que podría conmover el corazón más duro. La tiara abollada, tirada en el suelo, proclamaba a las claras el triunfo final de Pedro sobre la naturaleza y la conquista de la gracia. El rostro del moribundo que Pedro asistía impresionó al padre Darby. Observó más de cerca la cara. Volvió a mirarla sin dar crédito a lo que veía. Era él mismo. Se resistía a imaginar al gran apóstol de rodillas, cuidándolo a él. Estaba por debajo de él. Entonces comprendió, de repente, que en realidad no lo estaba. Los ojos se le arrasaron de lágrimas cuando comprendió en toda su plenitud el significado de la estatua. El chófer se volvió cortésmente para evitar al sacerdote el embarazo de que lo vieran llorando. El cura se arrodilló, no para adorar la estatua, sino para ofrecer una oración, pidiendo a Dios que perdonara su terrible orgullo y que le ayudara a ser más parecido al verdadero apóstol Pedro, a quien amaba tanto.

Los dos hombres salieron de la iglesia. El cura tomó la gorra del chófer y, como un verdadero actor, abrió la puerta posterior de su Mercedes y con un gesto ceremonioso invitó a su chófer a entrar. Arthur se sintió incómodo, pero le obedeció. El sacerdote se puso la gorra, tomó el volante y llevó al chófer a su casa.

La semana transcurrió despacio. Joshua terminó de trabajar en las tallas que aún quedaban y la gente fue a por ellas. Esas personas amaban a Joshua. Habían llegado a conocerlo y quererlo como a un gran amigo al que contaban sus problemas. Compartían con él los episodios divertidos que ocurrían en sus vidas y comentaban entre bromas los sucesos de la ciudad.

Las personas que entraron y salieron durante los días siguientes no pudieron evitar sentirse embargados por la tristeza al ver la situación de Joshua. No era la misma persona feliz que había llegado al pueblo hacía tan poco tiempo. Reía y bromeaba con ellos como de costumbre, pero sobre su casita parecía flotar una nube de melancolía. El taller ya no estaba lleno de tallas.

El miércoles, Lester Gold fue a ver a Joshua. Era un buen amigo de Aarón Fahn, el cual le había contado a Lester prácticamente todo lo que salía sobre Joshua. Lester trabajaba como voluntario con un grupo de ciegos y había pensado que tal vez Joshua quería acompañarlo a una reunión para conocerlos. Les había hablado a los ciegos de Joshua y de la figura de Moisés que había tallado. Incluso había llevado a algunos a «ver» la figura, permitiéndoles que le palparan el rostro y las manos. Estaban ansiosos por conocerlo. ¿Iría? Claro, si sus ocupaciones se lo permitían. Joshua sonrió. Estaba contento de ver a Lester. Aarón le había contada muchas cosas acerca de él y de su familia. Ahora Lester estaba en la Legislatura del Estado y ascendía rápidamente en el Partido Demócrata. Acababa de pronunciar un apasionado discurso en el Senado en contra de la pena de muerte, cosa de la que se felicitó Joshua. Cómo habían avanzado los judíos con respecto a épocas pasadas, en que la ley y la pena de muerte presidían la vida. A lo largo de los siglos, sin darse cuenta, habían absorbido el verdadero espíritu de Jesús, mientras los cristianos tendían a menudo a alejarse de él para volver a la estricta rigidez de la vieja ley. Era una tremenda paradoja.

Joshua manifestó a Lester su deseo de acompañarlo. No estaba ocupado, de manera que no sería una molestia. Sólo le pedía unos minutos para prepararse.

Al cabo de un rato, se dirigieron juntos a la ciudad. Cuando llegaron al salón de reunión, Lester lo llevó a ver a la presidenta de la organización para presentársela. Se llamaba Thelma Bradford y era una mujer de una gran dignidad, dotada de un maravilloso sentido del humor. Lester le había hablado mucho de Joshua y ella sabía que importunando a aquél, conseguiría conocer a Joshua un día u otro.

Tras presentarlo al resto de los empleados, Thelma le pidió si querría dirigir unas palabras al grupo. Se morían de ganas de conocerlo y de hacerle preguntas. Joshua aceptó y se dirigió al estrado. El público se componía de un centenar de personas; hombres, mujeres y hasta algunos niños.

Joshua examinó a los asistentes. Sabían dónde estaba, sin verlo. La sala quedó en silencio.

-Queridos amigos -comenzó-, y os llamo así aunque no me conozcáis, porque yo os conozco a vosotros y sé que sois personas muy especiales. Mientras Lester me traía aquí en su carro, miré los campos y vi las cosas que vosotros habéis deseado ver durante toda vuestra vida. Pensé en todo lo que vosotros sí veis, cosas que los que tenemos vista nunca veremos, y me di cuenta de la extraña bondad de Dios. La vista de cosas que pasan tan rápido es una imagen fugaz e ilusoria. Pero las cosas que vosotros veis son la realidad que subyace bajo la apariencia ilusoria. Lo que veis es real. Nosotros vemos solamente las apariencias. Y en el fondo merecemos vuestra compasión porque somos pocos los que alguna vez encontramos la realidad bajo las luces y los colores. Vuestra visión traspasa la superficie y ve la sustancia de la vida, de modo que captáis con mayor facilidad las cosas tal como las ve Dios. Desempeñáis un valiosísimo papel en la vida. Podéis compartir con otros la visión de las cosas que percibís y que los otros no pueden ver.

Comprendo la dificultad que entraña aceptar el dolor de no ver sensorialmente, pero si confiáis en Dios y tomáis conciencia de que os asigna una obra única que cumplir en su nombre, comprenderéis la valiosa función que desempeñáis en la vida. Quizá sintáis la tentación de competir en áreas en las que los no invidentes progresen, y estáis en vuestro derecho al hacerlo, pero hay contribuciones únicas para la humanidad y para la comprensión de la vida que sólo vosotros podéis llevar a cabo porque tenéis recursos de los que los demás carecen. Escuchad la voz de Dios y no tengáis miedo. Dejad que os tome de la mano y os guíe. Dejad que sea vuestro bastón y la lámpara que oriente vuestros pasos. El mundo necesita algo que sólo vosotros podéis darle. Buscad en qué consiste eso para cada uno de vosotros y encontraréis una satisfacción arrolladora.

Joshua continuó hablando, pero ésa fue la esencia de su mensaje. Éste fue bien acogido, y la gente sintió que lo conocía desde siempre; su calidez les llegó al corazón como un bálsamo que curó las numerosas cicatrices y magulladuras que habían llevado consigo desde muchos años atrás.

Después de la charla le formularon un sinfín de preguntas: dónde vivía, dónde había nacido, quiénes fueran sus padres, dónde había aprendido a tallar la madera... Respondió a todas con sencillez, con las mismas contestaciones que les daba a otros, pero ellos percibieron más en él que otras gentes y comprendieron que, a pesar de su estilo sencillo, había en él más de lo que se captaba a primera vista, que era una persona muy diferente del resto. Hubieran querido conocerlo mejor.

Se entablaron luego conversaciones más informales y Joshua trabó conocimiento con muchas de esas personas. Como sentían su compasión, le contaron muchas de sus tribulaciones y tragedias. El escuchó y alentó a cada uno.

Después, cuando se dirigía con Lester a la puerta, le presentaron a una joven de unos veinte años, con la que habló unos minutos. Ella le contó su caso. Vivía con su madre anciana, a la que atendía, y la situación se hacía cada vez más difícil; estaba preocupada por el futuro. Joshua escuchó y comprendió que era imposible dar solución a su problema. Le habló brevemente y luego le aplicó la mano sobre la cabeza, diciéndole que confiara en Dios, que él no le fallaría.

-Confío en él -respondió la joven-. Es mi única esperanza.

Cuando Lester y Joshua salieron por la puerta, iban hablando muy animados y no alcanzaron a oír el disturbio que se producía adentro. La joven ciega lanzó un grito que heló la sangre en las venas de todos.

-Puedo ver, puedo ver. Jamás vi en mi vida, pero ahora veo -repetía una y otra vez. La gente se concentró a su alrededor preguntándole qué había ocurrido, a lo cual ella sólo pudo responder-: No sé. Estaba hablando con el artista y al salir me ha tocado. Me ha tocado y ahora veo.

Todos se regocijaron por ella, como si hubiesen sido bendecidos ellos también. Ésa era la sensación que habían tenido desde que Joshua comenzó a hablarles, y esa tarde, cuando volvieron a sus casas, sentían como si algo maravilloso hubiese tocado la vida de cada uno de ellos.

Fuera, Joshua y Lester siguieron hablando mientras caminaban hacia el carro, ajenos a lo que acababa de ocurrir adentro.

Después de dejar a Joshua en Auburn, al volver a su casa, Lester se enteró de que su teléfono había estado sonando sin parar; su mujer tenía una lista de llamadas a las que debía contestar. Según las realizaba, fue escuchando distintas versiones de lo ocurrido. Estaban agradecidísimos a Lester por haberles llevado a su amigo. Nunca olvidarían lo que había sucedido ese día.

Terminada la última llamada, Lester se dejó caer en su sillón de terciopelo verde y gritó:

-¡Qué ladino, qué grandísimo ladino! Él sabía lo que estaba ocurriendo dentro del salón y no ha dicho nada. Ya verá cuando nos encontremos el viernes por la noche. Me va a oír -dijo con una carcajada.

Entonces entró su mujer y se sentó a su lado. Varias personas le habían contado lo ocurrido. Preguntó a Lester qué significaba todo aquello y qué pensaba él de Joshua. Hablaron hasta bien entrada la noche, ansiosos por que llegara la noche del sábado para saber qué diría Joshua a una congregación llena de judíos, entre la que se encontraría una multitud de rabinos que estaban de visita. Estaban orgullosos de tener a Joshua como amigo, pero empezaban a cuestionarse su verdadera identidad. No era un simple artesano. Era mucho más de lo que dejaba entrever. Comenzaban a descorrer el velo de misterio que lo rodeaba.

Cuando llegó a su casa, Joshua encontró una carta en el buzón. Al mirar el domicilio del remitente leyó, «Oficina del Obispo», con la dirección abajo. Abrió la carta y la leyó mientras entraba a la casa. Era una carta formal. «Apreciado señor Joshua -comenzaba-: Ha llegado a nuestro conocimiento que usted ha manifestado interés en asuntos religiosos y ha compartido sus ideas con ciertas personas de la comunidad parroquial de Auburn. Nos gustaría conversar sobre esto con usted y hemos fijado una reunión para el próximo viernes por la mañana, a las diez y media. Le esperamos a esa hora.» La carta acababa con un «Cordialmente en Cristo», seguido de la firma del obispo.

Joshua tenía conciencia no sólo del propósito de la reunión, sino de cómo se había proyectado ésta. «Obedecedlos porque ocupan el sillón de Moisés», recordó. Sabía que el obispo y el párroco eran amigos y que el cura debió de haber insistido en que se tomara alguna medida con él. No le gustó la arrogancia con la que se le ordenaba presentarse, No daba margen a objeciones de su parte ni tomaba para nada en cuenta las molestias que pudieran ocasionarle. Simplemente se le comunicaba lo que debía hacer y se esperaba que obedeciera.

Esa noche Joshua se acostó temprano. Estaba fatigado, aquejado por un cansancio muy diferente del que resulta de tallar madera durante horas. Ésa es una fatiga satisfactoria. Ésta era la fatiga extenuante de un hombre acosado a quien no se le permite descansar en paz. Durmió profundamente y despertó, como lo hacía cada mañana, con la salida del sol.

Cuando llegó al pueblo para desayunar, todavía era temprano. En el comedor, los miembros de la pandilla le hicieron bromas sobre los rumores que corrían por la ciudad.

-Bueno, supongo que por fin me han aceptado como uno de la familia -se limitó a comentar él, riendo-, por la forma en que todos hablan de mí.

-Por supuesto que sí -dijo Moe-. En realidad ya están concertando tu matrimonio, y no precisamente con Mary.

-Moe, te creía una buena persona, pero te estás pasando de listo -dijo Mary-. No creo nada de lo que andan diciendo, Joshua, y tú no les prestes atención tampoco. Crucificarían a Cristo otra vez si alguna vez volviera, y luego se arrepentirían. No pueden dejar de hablar, pero son como perros sin dientes. No pueden hacerte daño.

Joshua pidió, riendo, su desayuno.

Volvió a su casa para terminar la última talla. Las personas que la habían encargado fueron a buscarla a primera hora de la tarde. Joshua sintió un asomo de melancolía al pensar en la bondad y la amistad que todos le habían brindado y en los buenos momentos que habían pasado juntos.

Limpió la casa por primera vez en semanas y arregló el patio. Las dos gallinas habían hecho desastres durante las últimas semanas porque Joshua , había estado demasiado ocupado para atenderlas. Encontró un nido que la gallina había construido y vio dentro tres huevos. Decidió esperar para ver si los empollaba. Limpió la parrilla y se preguntó qué cenaría esa noche. El cura todavía no le había pagado la estatua, de modo que iba justo de dinero. Lo que cobró por la otra estatua se fue en comida y en pagar la madera. Metió una mano en el bolsillo de la camisa y sacó un puñado de billetes, que sumaban en total ciento setenta y cinco dólares. Necesitaba la mayor parte para pagar el alquiler, pero aún le quedaba algo para comida. Algunas personas todavía le debían dinero por trabajos que les había hecho, pero no le pagarían hasta la semana siguiente. Confiaba en que el padre Jeremy le pagara lo que le debía.

CAPÍTULO 16

La caminata hasta la ciudad le llevó a Joshua cerca de cuatro horas. Eran casi las diez cuando llegó a las afueras. Todavía tenía que encontrar la oficina del obispo. Hacía calor y sudaba profusamente. Después de preguntar a varios policías que encontró en su camino, por fin llegó a la casa del obispo.

Parecía un edificio moderno de oficinas más que una rectoría tradicional. Joshua entró y se presentó.

Era un lugar frío y ceremonioso, en el que se sentía a disgusto y fuera de lugar. Su estilo contrapuesto a él, le evocó intensos recuerdos de pórticos de templos y mantos flotantes de un clero solemne ocupado en el mismo asunto de la religión y todos sus legalismos innecesarios.

Joshua se sentó a esperar en el vestíbulo, observando el ajetreo de sacerdotes y otros funcionarios que iban y venían, muy atareados en apariencia, de una oficina a otra. Oía las conversaciones que tenían lugar en cada una de esas oficinas, centrados en asuntos de negocios de la diócesis y de las diversas parroquias. Estaban muy absortos en su trabajo, y Joshua no pudo por menos de percibir su intenso interés.

El balance de la vida parroquial se hacía a través de esta oficina, donde se revisaban con minuciosidad los informes financieros. Las cuestiones de dinero eran, como en el pasado, la ocupación primordial de los dirigentes religiosos. De todos modos, no era posible supervisar los asuntos espirituales, ya que eso le correspondía a Dios. Dirigir el reino de Dios en la Tierra era la noble tarea de los eclesiásticos y ellos disfrutaban sobremanera cumpliendo esta gran tarea en nombre de Dios. Joshua sacudió la cabeza, perplejo. «¡Cómo disfrutaban con los negocios del reino! -pensó-. ¡Si tan sólo pudieran sentir el mismo entusiasmo por las almas!»

Tras una espera de casi media hora, Joshua fue conducido por fin por un largo corredor hasta la oficina del obispo. El despacho era espacioso. El suelo estaba tapizado por una espesa alfombra roja, en la que habían entretejido un escudo de armas dorado que lograba un efecto impresionante y muy comercial. En el extremo más alejado de la habitación había un escritorio tallado a mano, detrás del cual se hallaba sentado el obispo. Cuando Joshua se aproximó, se puso de pie. Se estrecharon la mano y el obispo le indicó con un gesto que se sentara. El obispo era un hombre alto, bastante robusto y con calvicie incipiente. Las gafas de montura de oro le daban una apariencia mundana, y sus modales afectados delataban un refinamiento acorde con su posición.

Al sentarse, Joshua examinó la habitación y la decoración rebuscada. Las costosas piezas de anticuario ubicadas con gusto aquí y allá ponían en evidencia una de las preferencias del obispo. Los colgantes de la magnífica araña que pendía del techo y sus caireles lanzaban destellos reflejando los rayos del sol que, procedentes de la ventana, rebotaban en los diversos objetos de cristal distribuidos por la oficina.

El obispo agradeció a Joshua que hubiera acudido y, como su tiempo era muy valioso, fue directamente al grano.

-Joshua, he oído muchas cosas acerca de usted a lo largo de estas últimas semanas. Así como también hemos recibido un gran número de cartas de personas que están muy preocupadas por lo que va diciendo por ahí.

Joshua recibió con escepticismo esta explicación. Sabía muy bien que la única razón por la que estaba allí era que el cura de Auburn había presentado quejas contra él. También sabía que si la gente se hubiese tomado la molestia de escribirle al obispo sobre él, habría dicho cosas agradables. A éste le resultaba, sin embargo difícil, confesar a alguien que la gente decía cosas agradables sobre él, puesto que así perdía terreno.

-¿De dónde es? -le preguntó el obispo.

-De Belén, un lugar pequeño, con mucha gente afable -contestó Joshua.

-Ah, conozco esa comunidad. Tengo amigos allá. Es un área progresista -agregó el obispo.

Joshua se relajó al advertir que el obispo no había captado su respuesta.

-Me han dicho que le gusta la religión, que es una persona religiosa y que suele hablar de temas teológicos con la gente -dijo el obispo.

-Me parece que no han acabado de informarle bien. Yo no me propongo hablar de religión. No me interesan los asuntos religiosos tal como usted los entiende. Profeso sentimientos intensos hacia Dios y la gente, y me interesa muchísimo la relación de la gente con Dios. Eso difiere del asunto de la religión.

-Pero ha hablado sobre temas religiosos y cuestiones que afectan a la Iglesia, ¿no es así? -insistió el obispo.

-En la medida en que la gente de la Iglesia diga y haga cosas que inciden en la relación de la gente con Dios, sí -respondió Joshua.

-¿Querría exponerme algunas de sus ideas sobre Dios? -pidió el obispo.

Joshua lo miró y percibió el vacío de su espíritu. Quizás ese hombre, cuya vida se agotaba en su posición en la política eclesiástica, fuera un buen administrador, pero había en él muy poca hondura espiritual.

-¿Cómo se puede describir a Dios en unas pocas palabras? -dijo Joshua, casi perplejo ante la inutilidad de la pregunta-. Si se quiere comprender a Dios, tenemos la expresión total del Padre en Jesús. Es la expresión viva del amor del Padre, nacido en este mundo para manifestar el amor de Dios por todas sus criaturas.

-¿Qué cree de las ideas que sostenía Jesús sobre religión? -preguntó el obispo, aproximándose más al meollo del problema.

-A Jesús no le interesaba la religión tal como la entienden ustedes. Para usted, la religión es la transmisión de meticulosas doctrinas y rígidos códigos de comportamiento. Para Jesús, la religión era buscar a Dios y gozar de la libertad de estar cerca de él, verlo en toda la creación, especialmente en los hijos de Dios. Jesús entendía la religión como el perfeccionamiento de esas relaciones. Para Jesús, la gran preocupación de la Iglesia debía ser promover las relaciones de la gente con Dios y enseñar a los hombres a trabajar juntos, apoyándose los unos a los otros, creando un clima de confianza y amor entre las familias de naciones.

Joshua calló un momento para observar el rostro inexpresivo de su interlocutor. Luego prosiguió.

-La religión no ha conseguido un buen balance. Los dirigentes religiosos han invertido mucho tiempo e intereses en erigir estructuras que imitan a los gobiernos mundanos. Al dirigir la vida de las personas por medio de leyes han restringido seriamente la libertad que Jesús deseaba para sus seguidores. En lugar de estimular la bondad en las personas, han tratado de legislar las prácticas como los escribas y los fariseos. Al desvalorizar la religión de esta manera, han creado más tensiones y han agregado barreras que separan a los pueblos. Jesús quería que su mensaje llevara alegría a la vida de la gente, pero muy a menudo la religión ha traído tristeza y culpa y ha hecho que la gente vea a Dios como un severo censor.

-¿De dónde saca sus ideas? ¿Ha estudiado teología? -preguntó el obispo, tratando de disimular su incomodidad.

-Hablo de cosas que conozco y sé que lo que digo es verdad. Usted también lo sabe.

Al obispo le irritó que aquel artesano sin instrucción le diera lecciones y lo demostró con la siguiente pregunta que formuló.

-¿Le ha estado diciendo a la gente que no está sometida a la autoridad del párroco?

-Les dije que eran libres y que nadie puede privarlos de esa libertad. Si piensan que el párroco los priva de su libertad, las conclusiones deben adoptarlas ellos, no yo -contestó Joshua con sequedad.

El obispo se dio cuenta de que no estaba tratando con un iletrado. La perspicacia de Joshua le hizo recordar el dicho «Simple como la paloma pero astuto como la serpiente». Sabía que sería inútil tratar de obtener más información de ese hombre si no era sometiendo a un exhaustivo examen frente a teólogos profesionales y eruditos en la Biblia. Comprendió que lo que decía el padre Kavanaugh era cierto. Ese hombre podía resultar peligroso. Si su popularidad crecía y prendía su mensaje de libertad, podría causar graves perjuicios a la Iglesia.

-El párroco de su iglesia está muy preocupado por lo que enseña a sus feligreses -prosiguió el obispo, trasladando la responsabilidad de ese encuentro al párroco. No quería que Joshua pensara mal de él y trataba de granjearse su confianza-. Comprendo que es un hombre instruido, Joshua, y que bajo sus modales sencillos se oculta un profundo conocimiento de las cosas de Dios y un sentimiento de amor por la gente. Tendría que haber más cristianos como usted.

Joshua no dijo nada; comprendía que el obispo no era sincero.

El obispo miró el reloj. Era casi la hora de almorzar. Se puso en pie, agradeció a Joshua que hubiese respondido a su invitación y adujo que tenía otras citas, mientras lo conducía hasta la puerta.

Al cruzar el vestíbulo, Joshua pasó al lado de varios sacerdotes y funcionarios laicos. Los saludó con una sonrisa, pero estaban demasiado ocupados con su trabajo para darse cuenta. Estaba hambriento, después de la larga caminata, no tenía dinero para ir a un restaurante y le esperaba un viaje de vuelta largo y caluroso.

Ya fuera de la sede episcopal, mientras caminaba por la calle, observó que un hombre vendía bocadillos de salchicha en la acera de enfrente. Metió la mano en el bolsillo del pantalón para ver si llevaba algo de dinero. Tenía lo justo para comprar dos bocadillos y una botella de agua. El vendedor era un hombre cordial y Joshua charló con él mientras comía. Luego le deseó suerte e inició el largo camino de regreso.

Mientras tanto, el personal de la curia se estaba reuniendo en el comedor para almorzar. Cuando entró el obispo, el secretario episcopal le preguntó cómo le había ido con ese «chiflado» de Auburn.

-Es un zorro astuto -respondió el obispo-. John tenía razón -prosiguió el obispo refiriéndose al padre Kavanaugh-, ese tipo es peligroso. Tenemos que deshacernos de él.

-¿Cómo lo haremos? Es popular, y los judíos lo aprecian. Si sospechan que estamos haciendo algo para perjudicarlo, se resentirán seriamente las donaciones y ayudas que conceden para nuestras obras -apuntó el secretario, que acostumbrado a desempeñar misiones desagradables, susceptibles de empañar la imagen del obispo, dominaba a la perfección el arte de maniobrar entre bastidores.

-Convoque una reunión de asesores para esta noche -indicó el obispo-. Pero no llame a Bob ni a John; tendrían problemas de conciencia, y eso sería un estorbo. Si preguntan por qué no han sido llamados, dígales que no pudo localizarlos. No acepte excusas de los demás. Si dicen que no pueden venir, haga que me llamen personalmente. No quiero asumir toda la responsabilidad por esto. Es mejor que sean ellos quienes tomen la decisión.

El secretario abandonó el comedor y comenzó a hacer las llamadas. Cuando terminó el almuerzo ya se había puesto en contacto con todos. Entonces volvió al comedor donde el personal disfrutaba de la sobremesa, e informó al obispo que todos habían aceptado la invitación.

-Algunos han puesto inconvenientes al principio, pero, cuando les he dicho que tendrían que hablar con usted si no podían venir, han cedido, aunque tengan que alterar sus horarios.

La mesa del comedor de la sede episcopal era el gran tribunal donde se sometía a un repaso a las distintas personalidades y se creaban y destruían las reputaciones de los sacerdotes. Con regularidad, revisaban los últimos rumores surgidos en torno a los curas y, dada la superficialidad del interés que

les inspiraba la tarea de éstos, siempre y cuando se mantuvieran al día con el pago de las contribuciones, se divertían comentando los últimos escándalos y habladurías referentes a los sacerdotes, quienes, en caso de enterarse de lo que allí se había dicho, abrigaban un resentimiento que rara vez dejaban aflorar. Los curas sabían qué dignatarios habían hablado, qué habían dicho y sobre quién. Había una rabia larvada que algún día iba a estallar. El padre Pat siempre había creído que el tesorero era un buen amigo suyo. Lo que menos se imaginaba era que todo lo que le contaba a éste en secreto se convertía en tema de comentario en la mesa del obispado.

La conversación sobre Joshua discurrió por los mismos derroteros. Incluyó rumores, bromas y observaciones formuladas a la ligera, que el obispo y su personal aprovecharon para sentenciar la reputación de Joshua. Era una prueba más del escaso interés que tenían por la verdadera vida de la comunidad y el poco valor que daban a las reputaciones.

Mientras tanto, el retorno de Joshua a Auburn fue lento. Estaba fatigado por la larga caminata de la mañana. El día era caluroso, y su frugal comida había sido insuficiente para reparar fuerzas para un viaje tan largo. Cuando llegó a las afueras de la ciudad, descansó bajo un grueso arce, frente a una vieja casa victoriana. Acababa de sentarse cuando un hombre extraño, de unos sesenta años, salió de la casa y, con un rastrillo que encontró en el porche, se acercó a decirle que se marchara de su zona de jardín. Joshua le aseguró que no haría ningún daño, pero el hombre no tenía ganas de escucharlo. Se limitó a levantar el rastrillo con ademán amenazante. Joshua se incorporó y caminó por la acera hasta el árbol que había delante de la casa vecina.

Unos niños que vendían refrescos más allá presenciaron la escena. Uno de ellos se acercó a Joshua con un gran vaso de refresco. Joshua estaba sentado entre las raíces, con las piernas extendidas. Tema la ropa empapada de sudor. Cuando el niño le ofreció la bebida, Joshua se llevó la mano al bolsillo del pantalón.

-No, señor, es gratis -declinó el chico, ofendido-. Parece triste, como si hubiese tenido un mal día.

Joshua le dio las gracias, bebió un gran sorbo de la refrescante bebida y suspiró de placer. El niño sonrió, encantado de haber reconfortado así a un desconocido, y se sentó a su lado.

-¿Cómo se llama? -preguntó.

-Joshua -respondió él.

-¿De dónde es?

-De Auburn -respondió Joshua, apenas con fuerzas para hablar.

-¿Trabaja ?

-Sí, tallo madera.

-No le haga caso al nombre de al lado. Es mezquino. Siempre lo ha sido. Cuando yo era pequeño me pegó con un palo por caminar sobre su césped, y me hizo daño. Así que no se lo tome a mal.

Joshua sólo sonrió. Estaba acostumbrado a las personas de esa clase. Estiró el brazo, posó la mano sobre la cabeza del niño y le agradeció la deliciosa bebida; luego se levantó y se puso de nuevo en camino.

-Dios te bendiga, Pedro, y jamás pierdas tus buenos sentimientos por la gente.

El niño lo acompañó hasta su puesto de venta de bebida y luego observó a Joshua mientras se alejaba, preguntándose cómo sabía su nombre.

Un poco después, un carro lo alcanzó, se detuvo y dio marcha atrás. Era una parte de la pandilla de Auburn que volvía del trabajo a casa. Les sorprendió ver a Joshua caminando por la carretera y estuvieron encantados de llevarlo. Joshua quedó igualmente encantado. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cansado.

Esa tarde Aarón llegó a las seis y media en punto, como todas las semanas. Joshua estaba todo dolorido y cojeaba un poco. Aarón le preguntó qué había ocurrido.

-Me estoy volviendo viejo -contesto Joshua, riendo-. Esta mañana he ido andando a la ciudad y ya he perdido la costumbre de hacer esos viajes a pie.

Recordó épocas muy lejanas de caminatas interminables por caminos rocosos y polvorientos y las charlas que daba en todos los pueblos por los que pasaba, casi sin tiempo para comer o descansar. De eso hacía, sin embargo, mucho tiempo.

-¿Listo para la charla? -preguntó Aarón cuando subió al carro.

-Supongo que sí. He tenido una semana fuera de lo común, tan apurada que apenas he podido pensar en lo de esta noche. Hoy sí he tenido algo de tiempo, mientras iba a la ciudad, así que supongo que estoy preparado, en la medida de lo posible.

-Lester me ha llamado hoy y me ha contado todo lo que ocurrió en la reunión con los ciegos -dijo Aarón, previendo que Joshua tomaría el hilo del relato.

Joshua, sin embargo, siguió mirando por la ventanilla, como si todo fuera una novedad para él.

-Sí, fue una reunión simpática -comentó simplemente-. Esa gente tiene mucho ánimo, y su tesón se verá recompensado.

-¿Qué le pasó a la joven ciega? -pregunto entonces, ya sin rodeos, Aarón.

Joshua permaneció pensativo un rato. Aarón aguardó, decidido a no sacarle del apuro esa vez. Cuando por fin se dio cuenta de que estaba atrapado, Joshua rió y dijo:

-Ah, Aarón, tú y Lester vais a acabar agotándome. ¿Por qué se te ocurre que tuve algo que ver con esa joven ciega?

-Ocurrió justo después de que le pusieras una mano sobre la cabeza.

-¿Y por qué habían de tener relación ambos hechos?

-La coincidencia es muy extraña. La tocas, y ella comienza a ver de inmediato. Y eso que era ciega de nacimiento.

-Confieso que sentí pena por ella y me di cuenta de que le era completamente imposible cuidar a su madre, y recé por ella. Supongo que fue una gran coincidencia.

-Sabes muy bien que no fue una coincidencia, Joshua. ¿Por qué no te sinceras conmigo? Creía que éramos amigos -señaló Aarón, con voz de ofendido.

Joshua lo captó. Recordó palabras dichas muchísimo tiempo atrás: «Os llamo amigos porque os cuento todo y no os oculto nada. Ya no sois siervos sino amigos.» Si había algo que Joshua sabía, era cómo ser amigo. Se sintió mal; ahora las cosas eran diferentes.

-Aarón -dijo-, eres mi amigo y ya sabes lo que ocurrió el miércoles. Me resulta difícil hablar de esas cosas. Todo lo que puedo decir es que estoy cerca de Dios, que siempre lo he estado y que él siempre me escucha. Además, la joven tenía una gran fe, y eso influyó mucho en lo que ocurrió.

Aarón pareció darse por satisfecho, pero entre ellos se abrió un lapso de silencio. Aarón lamentaba haber estado sonsacando información a Joshua y haber utilizado ese hecho como prueba de su amistad. Comprendía que había puesto a Joshua en un aprieto, pero su contestación lo tranquilizó y le demostró que lo entendía. Se miraron y rieron a carcajadas; luego hablaron de otra cosa.

Cuando llegaron a la sinagoga, casi no había lugar para dejar el carro. Había un número inusual de gente, que llenaba el camino hasta el edificio.

-Parece que eres muy popular, amigo -comentó Aarón mirando a la concurrencia-. No tengo la menor duda de que los dejarás fascinados en un santiamén. Y no pareces siquiera nervioso. La verdad es que eres un fenómeno -concluyó alegremente Aarón.

-En realidad estoy un poco nervioso -confesó Joshua-. Hace mucho que no hago esto, y espero que esta vez sea diferente. -Joshua retrocedió mentalmente a tiempos muy lejanos, rememorando muchas ocasiones similares, la mayoría de ellas agradables. Pensó en escribas y fariseos. Ese día no había ninguno allí. En el judaísmo no había ninguna institución ni ninguna estructura equiparable a las antiguas. Ese papel lo ha asumido la Iglesia. Es una lástima que la Iglesia no haya seguido un proceso de desarrollo similar al de la sinagoga. También era cierto, no obstante, que hubo que destruir Jerusalén para que pudiera darse ese cambio.

Los dos hombres entraron, mezclados con la multitud. Aarón conocía a la mayoría de los asistentes, aunque también había muchos que acudían poco a la sinagoga. La gente se saludaba espontáneamente y presentaba a sus amigos. Lester y Marcia los esperaban junto con el rabino Szeneth. Todos saludaron a Joshua con entusiasmo. Estaban maravillados ante la cantidad de congregados. Hasta los rabinos habían aceptado la invitación, y ya había algunos entre la concurrencia.

Marcia tomó a Joshua del brazo y lo estrechó con fuerza, como para darle confianza. Joshua sonrió y confesó que estaba nervioso. Tenía tantos deseos de que todo saliera bien... Marcia le colocó una yarmulka bellamente bordada en la cabeza y sobre los hombros, le echó un chal de oraciones que había pertenecido a su abuelo, ayudando a cubrir su indumentaria tan poco ostentosa. En realidad tenía un aspecto muy atractivo a pesar de la tosquedad de su atuendo.

Los servicios comenzaron tarde, cosa inusual para el rabino, que era siempre muy puntual. No obstante, como la gente seguía entrando después de las siete, se vio obligado a esperar. Por fin todos estuvieron sentados.

Aarón, Lester y el rabino salieron del estudio con Joshua, y cuando estuvieron en el estrado, comenzó el servicio.

Joshua se sentó a la izquierda del arca, al lado del rabino Szeneth, que estaba en el medio. Después de orar en silencio, el rabino dio inicio a los rezos y las lecturas. Aarón se puso en pie entonces y leyó un texto adecuado a la ocasión. A Joshua le sorprendía la elección de aquel pasaje del profeta Isaías.

«El espíritu de Yahvé está sobre mí, puesto que Yahvé me ha ungido. Para dar la buena nueva a los humildes me envió, para vendar los corazones quebrantados, para proclamar a los cautivos libertad, para dar vista a los ciegos, para proclamar el año de gracia de Yahvé, el día de la venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran.»

Aarón cerró el libro y se dirigió a su asiento. Entonces Joshua se levantó y fue tranquilo hasta el atril. El silencio se adueñó del espacioso templo. Joshua apoyó las manos sobre el atril y lo asió con fuerza, tensos los músculos de sus fuertes brazos.

-Pueblo mío -comenzó.

Luego hizo una pausa, durante la cual las palabras resonaron en todo el ámbito. Era imposible que la gente imaginara el verdadero significado de ese apelativo ni la identidad de quien lo había pronunciado. Sólo podían captar la ternura infinita con la que había aflorado a los labios de Joshua. La pausa duró sólo unos segundos, pero pareció interminable.

-Esas palabras de Isaías -prosiguió- tienen más sentido hoy del que tuvieron durante siglos. Dios no ha abandonado a su pueblo. Ha estado con vosotros a través de todas las situaciones felices y trágicas por las que habéis pasado. Quizás os hayáis sentido abandonados. Quizás os hayáis preguntado qué fue de Yahvé, que habló con tanta ternura hace ya tanto tiempo y ahora ha permanecido callado durante tantas generaciones. Quizás os hayáis preguntado qué fue del ungido que prometió enviar. Seguramente os habréis preguntado si todavía sois el pueblo elegido, la esposa que prometió no abandonar ni repudiar jamás. Puede incluso que os hayáis sentido abandonados cuando, desperdigados por las naciones, recibisteis el desprecio del resto de la humanidad.

Abrid los oídos y los corazones y escuchadme bien. Nunca fuisteis abandonados. Ni tampoco estuvo Dios lejos de vosotros, ni siquiera en las horas más oscuras. Seguíis siendo sus elegidos. Seguíis siendo sus bien amados, caros a su corazón, la niña de sus ojos.

Quizás os preguntéis: "¿Por qué nos trató así, durante tantos siglos? ¿Por qué calló su voz y no tendió su brazo para ayudarnos?" Pero yo os digo: dejad que las tragedias y la peregrinación solitaria hablen por sí mismas. Dios dio a vuestros antepasados la clave para comprender sus señales y mensajes. No hablan éstos con menor claridad hoy que en el pasado. Escuchadlos y advertid lo que dicen de manera tan intensa y diáfana. Pero ante todo seguid confiando en Dios. Lo que prometió se cumplirá. Y aun cuando os hayáis desviado de sus caminos, él os seguirá siendo fiel.

No debéis buscarlo, no obstante, ni a él ni a su salvación, en el mundo que os rodea. Tampoco hallaréis la salvación acumulando los bienes de este mundo. Uno se convierte en lo que ama, y cuando ama las cosas de este mundo se rebaja a su nivel. Es indigno de vosotros desearlas y valorarlas como si os otorgaran dignidad. Sólo valen para recordar el mundo en el que mora Dios. Amarlas por sí mismas es beber del pozo contaminado del que hablaba Jeremías.

Pese a lo que habéis sufrido, habéis permanecido fieles. Es importante, sin embargo, que recordéis que Dios está tan por encima de todos y su ser es tan diferente de todo cuanto habéis conocido que no deberían causaros perplejidad cuando se manifiesta ante vosotros. El amor que siente por vosotros es tan tierno e íntimo que si llegara a manifestarse de una manera personal, de una manera que exprese su deseo de estar presente entre vosotros, no deberíais escandalizaros. Él es, como dijo Isaías, su Emmanuel, Dios entre vosotros. Si esto os obliga a alterar el concepto de la naturaleza de Dios, abrid los corazones y escuchad. No debéis cerrar la mente a una comprensión de Dios más profunda y amplia de la que podáis haber tenido hasta ahora. Aunque Dios es uno, su unidad es muy diferente de cualquier otra clase de unidad que hayáis conocido porque él es único, él es él mismo. Su unidad no es como la de la naturaleza del hombre. El sol es uno, y sin embargo existe la fuente, la luz y la calidez del sol, todas individualmente, pero a la vez como facetas de una existencia única. No juzguéis a Dios por lo que veis en el hombre. Aunque el hombre sea, de alguna manera, la imagen de Dios, la imagen se refleja en el alma del hombre. Allí están su alma, su mente y su voluntad, todas distintas, pero formando una unidad.

Al mirar a su público, Joshua vio expresiones de profunda concentración y lágrimas de comprensión que surcaban las mejillas de algunos.

-Habéis sido destinados y elegidos -continuó- no solamente para traer felicidad material a la humanidad sino para ser el instrumento a través del cual Dios hablará a los pueblos de todas las naciones, ayudándoles a lograr una mejor comprensión de él mismo y de los planes que tiene para la humanidad. Sed fieles a esa llamada y jamás penséis que Yahvé no está a vuestro lado. No tratéis de encontrar al Mesías ni la salvación en un reino mundano. Sólo Dios es el Mesías, sólo en él encontraréis paz y la realización de vuestros destinos, que tanto habéis ansiado.

Cuando Joshua terminó, se hizo un silencio ensordecedor. Luego toda la congregación se levantó como un solo hombre y se oyó una frenética salva de aplausos. Joshua sonrió de alegría y saludó levemente con la cabeza, agradeciendo su reacción.

Por fin se acallaron los aplausos y la gente se sentó. Joshua volvió también a su asiento. El rabino Szeneth le estrechó la mano, al igual que Aarón y Lester, que todavía conservaban un rastro de lágrimas en las mejillas.

-Debo confesar -dijo el rabino, instalándose frente al atril- que no sé qué decir. Mientras nuestro amado amigo hablaba, inconscientemente he sentido que oía la voz de otro hablando a través de él, y que lo que él ha dicho no era su propio mensaje sino algo canalizado a través de él. En verdad ha sido un honor y un privilegio conocer a Joshua durante estas últimas semanas. Nuestras vidas son más ricas y poseen mayor sentido ahora que antes. Espero que, sea lo que fuere lo que el futuro nos depara, nunca perdamos la intimidad y el amor que hemos conocido estas noches. Que Dios bendiga a nuestro amigo y lo acompañe en cualquier camino que siga.

El resto del servicio se desarrolló con serenidad. Cuando terminó, todos salieron al vestíbulo y bajaron al salón para la reunión social. Esa noche Joshua brilló como una celebridad. Le dijeron que estaba inspirado, y que ellos también se sentían inspirados por su visión del pueblo de Dios. Habían quedado impresionados por su concepto radicalmente nuevo del pueblo de Dios y del plan que depositaba en sus vidas. Les daría tema para pensar y conversar durante meses. Le agradecían, sobre todo, haberles dado tanto de sí. Hasta donde llegaba su conocimiento, ellos eran meros desconocidos para él, y no veían que tuviera ninguna responsabilidad ni compromiso para con ellos.

Aarón y Lester lo abrazaron afectuosamente. El rabino le besó en ambas mejillas y lo presentó a los rabinos amigos. Cada uno expresó su valoración de la charla y, pese a que quizá no habían comprendido del todo su propósito, pensaban que sus ideas emanaban de un corazón lleno de amor por las personas, lo cual les daba mucha materia para reflexionar y cotejar con sus conciencias. Prometieron hablar sobre esas ideas cuando volvieran a sus respectivas congregaciones.

Marcia se acercó y lo abrazó y besó con ardor, rebosante de alegría por el éxito de su charla y la clamorosa respuesta de la gente.

-Joshua -dijo, mientras lo ayudaba a quitarse el chal de oración y la yarmulka-, me ha parecido muy hermoso lo que has dicho. Hay que estar inspirado para hablar entre judíos de algo tan delicado y decirlo de manera tal que no sólo no se ofendan sino que te aplaudan el contenido y la manera de expresar. Me he sentido muy orgullosa de ti. No me cuesta imaginar a Dios asumiendo una forma que pudiéramos comprender para darnos la seguridad de su amor. Lo hizo en el pasado. Jacob luchó con él en la oscuridad de la noche. Hasta Abraham vio a Dios en los tres desconocidos que fueron a visitarlo. Me hace feliz el que hayamos podido conocerte como amigo. Todos nos sentimos honrados y estamos orgullosos de ti.

La congregación estuvo departiendo durante la hora siguiente. Muchos de los invitados fueron presentados a Joshua, ocasión que aprovecharon para decirle que habían oído decir muchas cosas buenas de él. La concurrencia era tan numerosa que era difícil hablar en profundidad sobre nada, ni siquiera contestar preguntas sin ser interrumpido una y otra vez. Finalmente se cumplió la hora y todos volvieron a sus casas. Aarón, Lester, Marcia y Joshua salieron juntos.

Aarón había escuchado con gran atención a Joshua en la sinagoga y tenía algunas preguntas para formularle.

-Joshua -inquirió-, ¿a qué te referías al decir que la presencia de Dios se manifestaría de una manera personal? Estoy seguro de que la mayoría de la gente pensó que decías cosas hermosas, pero, conociéndote como te conozco, yo veo mucho más bajo la simple apariencia de tus observaciones, y me intriga de modo especial esa afirmación. Me gustaría que la ampliaras.

-Aarón -respondió Joshua -, no sé quién me crea más dificultades, tú o Lester. Siempre me estáis sondeando y preguntando. ¿No podéis tomar las cosas tal como se presentan y usarlas como puntos de referencia para meditar sobre ellas, en vez de pedir que os las explique con todo detalle?

-Con cualquier otro, sí, pero no contigo. Hablas de modo tan enigmático que nos provocas para que hurguemos. Siempre he sabido que había en ti más de lo que se ve a simple vista, y cuando hablas ocurre lo mismo. En ti hay también más de lo que oye el que te escucha. De modo que no cambies de tema. ¿Qué has querido decir?

-Dios no está limitado en su presencia -contestó Joshua, riendo-. La gente es tan terriblemente rígida y limitada en su comprensión de las cosas... ¿No os dais cuenta de que Dios puede estar presente de muchas maneras distintas? Cualquiera que sea la forma que use, deberíamos cuidar de no recurrir al prejuicio y decir: «No puede venir bajo esa forma, o bajo esa otra», porque si lo hacemos, reducimos a Dios a nuestra propia imagen limitada y corremos el riesgo de rechazarlo. Dios puede ser uno y puede ser simple, pero también puede manifestarse bajo muchas facetas de su grandeza. Mira el Sol. El Sol es uno y es simple. Sin embargo, está el Sol y están el calor y la luz que tocan nuestras vidas. Nosotros conocemos el sol cuando sus rayos dispersan la oscuridad de la noche. Un ciego conoce el sol por su calidez. Son formas diferentes, pero son expresiones del mismo ser. Lo mismo ocurre con Dios. Su unidad no puede ser definida por nuestra comprensión de la unidad.

El tiempo pasó con rapidez mientras viajaban. Marcia sólo escuchaba, feliz de estar al lado de Joshua. Estaba satisfecha con sólo mirarlo mientras hablaba, tratando de absorber todo el sentido de cada una de sus palabras. En un dos por tres estuvieron en Auburn. Y enfilaron la calle que llevaba a la casa de Joshua. Él les agradeció la gentileza de haberse desviado tanto de su camino para llevarlo y abandonó el coche antes de que Aarón alcanzara a abrirle la portezuela. Al salir, apoyó la mano sobre la de Marcia y le deseó buenas noches. Lester observó en broma que la casa de Joshua se veía muy oscura y que debería contratar a Marcia como ama de llaves.

-Estaría encantada -dijo ella, medio en broma-, pero no creo que él quisiera a nadie que lo distrajera en la casa.

Joshua sonrió a Marcia pero no dijo nada.

CAPÍTULO 17

Los días siguientes fueron tranquilos. El taller estaba vacío y Joshua aprovechó esa calma pasajera para descansar. La actividad frenética de las últimas dos semanas lo había extenuado, de modo que disfrutó el no tener horarios que cumplir.

El jueves, el padre Pat llevó a visitar a Joshua al reverendo Joe Engman, el ministro metodista, y a un sacerdote amigo que se llamaba Al Morris.

El padre Morris era un hombre de mediana edad, de humor jovial, quizá demasiado conservador en su modo de pensar, pero a quien amaban y perdonaban las deficiencias sus feligreses debido a su bondad. Joe Engman era un hombre cordial, robusto y de pelo crespo. Era un buen padre de familia, cuya mayor fuente de inspiración era su fiel esposa, Mary. Era propenso a reír y muy sincero en su fe. De vez en cuando, Joe asistía a la misa de la mañana si el padre Pat la oficiaba y recibía la comunión, sin que el sacerdote lo cuestionara. Los feligreses encontraban hermosa esa compenetración. Joshua disfrutó con los dos amigos de Pat. Pasaron todos un agradable rato preparando la cena: uno hizo la salsa para el asado, con ingredientes que él mismo había llevado, otro preparó la carne y el tercero la ensalada, con verduras del huerto de Joshua. Rieron recordando lo sucedido durante los meses pasados. Bromeaban con Joshua diciéndole que había tomado posesión del pueblo y había

alborotado el avispero. Él lo pasó en grande con el buen humor de sus amigos. No hablaron de nada serio, simplemente pasaron un buen rato.

Cuando terminó la reunión, Joshua entró en la casa y fue directamente a acostarse. Era ya bien pasada la medianoche. Se quedó profundamente dormido en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. El último pensamiento antes de que le venciera el sueño lo dedicó al obispo. Durante el curso de la entrevista, el obispo le había dicho varias veces que las cosas que estaba enseñando no eran realmente nuevas. Joshua percibió que quería rebajarlo. También sabía que había sido blanco de bromas en el comedor episcopal. El padre Pat logró alguna información sobre lo ocurrido y se la había transmitido a Joshua, manifestando su pesar por que no se hubiesen tomado tiempo para conocerlo por sí mismos en vez de adoptar decisiones basadas en rumores y bromas. Pat no estaba bien visto entre la jerarquía del obispado. Se habían enterado de que criticaba sus mezquindades y su política. Una noche los había llamado farsantes a todos, acusándolos de no sentir verdadero interés por la Iglesia ni por la espiritualidad, sino tan sólo por la exhibición pública de poder. Esto ocurrió justo antes de su traslado a Auburn.

La reunión de asesores se había celebrado según lo previsto. El obispo y el secretario fingieron pedir consejo a los asesores, pero insinuaron con astucia el plan que tenían predeterminado. Los asesores salvaron las apariencias cumpliendo el papel que fácilmente les habían asignado y aprobaron lo que les presentaron. Se decidió que cualquier medida que a nivel local se tomara contra Joshua suscitara oposición, dada su popularidad, especialmente entre la comunidad judía. Llevarles la contraria a éstos pondría en peligro las cuantiosas contribuciones que hacían a los proyectos del obispo.

Ya que Joshua era dócil, se podía contar con su cooperación, aun para su propia caída. Decidieron enviar una queja al Vaticano informando sobre las ideas espurias de ese hombre, cuya popularidad crecía de tal modo que hacía temer la posibilidad de un cisma. No era cierto, por supuesto, pero era una táctica inteligente, y como sabían a quiénes debían dirigirse para despertar preocupación en el Vaticano, estaban seguros de que conseguirían buenos resultados. Decidieron que el secretario escribiera la carta y la enviara de inmediato sugiriendo que quizá se podía realizar una sesión doctrinaria para estudiar el asunto. De esta manera, los teólogos profesionales analizarían cuidadosamente las ideas de Joshua y le demostrarían lo poco informado que estaba, la gran ignorancia de la que pecaba en realidad y lo convencerían de que carecía de capacidad intelectual para ocuparse de temas que más valía dejar en manos de los profesionales que dirigían la Iglesia.

Joshua supo por Pat los pormenores de lo sucedido. No le quedaba más que armarse de paciencia y esperar. El drama estaba por desencadenarse. Se preparaba el escenario, y los actores se dedicaban a los aprestos de último momento.

Al Vaticano no le llevó mucho tiempo contestar. El obispo tenía contactos, celosamente cultivados durante años. Apenas dos semanas después, Joshua recibió una carta de aspecto imponente. Charlie, el cartero, no se contentó con dejarla en el buzón. Tenía que entregarla personalmente. Se moría de ganas de saber qué ponía. No creía que Joshua fuera a decírselo, pero por lo menos vería cómo reaccionaba.

Joshua fue a abrir y sonrió al ver a Charlie. Dado que éste era incapaz de disimular, Joshua adivinó enseguida la causa de su excitación. Como era de esperar, Joshua lo invitó a entrar, y se sentaron y charlaron mientras comían algo. Para gran decepción de Charlie, Joshua simplemente tomó la carta y, la dejó sobre la mesa sin abrirla hasta que se hubo ido.

Estimado señor Joshua:

Hemos sido informados por su obispo de ciertos temas religiosos que usted ha estado diseminando entre los cristianos de su comunidad y en otros lugares. El obispo está muy preocupado.

Dado el serio carácter de estos asuntos y de las doctrinas involucradas, sumado a nuestro constante interés en la fe de los cristianos, lo citamos a presentarse ante nuestra Congregación para

asistir a una audiencia. Por la presente establecemos que este acto tendrá lugar el 13 de agosto de este año de Nuestro Señor, 2007, a las 9:30 de la mañana en el Palazzo del San`Ufficio del Vaticano. Esperando la satisfactoria resolución de esta cuestión, reciba un cordial saludo en Cristo.

*Cardenal GIOVINNI RICCARDO
Sacra Congregación de la
Doctrina de la Fe*

Joshua meditó sobre el contenido, tono y sentido de la carta. El obispo le había dicho que lo había impresionado y que debería haber más cristianos como él. ¿Por qué, entonces, informaba a Roma sobre él y pedía una investigación? El recuerdo de los largos mantos flotantes volvió a su mente, evocando una serie de imágenes de hombres que trataban de aferrarse al poder.

Joshua miró a su alrededor buscando una estilográfica y papel. Los ocupantes anteriores habían dejado de cartas de calidad en un viejo escritorio. Se sentó a la mesa de la cocina y redactó una breve respuesta.

Estimado cardenal Riccardo:

Me siento honrado por haber sido invitado a reunirme con Pedro.

Si bien me resulta difícil comprender la finalidad real de la sesión que tendrá lugar el 13 de agosto, tendré el mayor placer en asistir. No obstante, he de hacer frente a un verdadero problema. Soy un hombre pobre y no dispongo de medios para realizar un viaje como éste. Aun ahorrando lo poco que gano, me llevaría muchísimo tiempo reunir la suma necesaria. Si pueden ayudarme a resolver este problema, estaría encantado de cooperar.

Atentamente, Joshua

Joshua cerró el sobre y fue hasta la oficina de correos para enviarla personalmente.

A partir de ese momento, las cosas se sucedieron con gran rapidez. A los diez días llegó un mensajero del obispado para citarlo al despacho del secretario. Sin ganas de repetir la caminata de la otra vez, le pidió al padre Pat que lo llevara. Éste alteró, encantado, sus planes para poder acompañarlo. En el trayecto, Joshua le habló de la carta del Vaticano, que tanto lo había sorprendido, ya que el obispo no había manifestado disgusto con él y hasta había parecido expresarle su aprobación. Pat soltó una carcajada antes de pasar a informarle de lo que sabía.

-Al obispo le ordenaron que pagara tu viaje a Roma, pero él le dijo al secretario que maldita la gracia que le hacía regalarte un viaje a Europa. Por eso llegó a un acuerdo con un amigo que es capitán de un carguero para que te llevara a cambio de que sirvas como camarero. Se supone que el barco zarpa de aquí a tres días.

Joshua rió.

-Será divertido -comentó Joshua, riendo.

Cuando llegaron a la cancillería, Pat esperó en el coche mientras Joshua entraba. En el vestíbulo se cruzó con el obispo. El encuentro tomó al obispo desprevenido, que con expresión avergonzada simuló no haberle visto. El secretario hizo pasar a Joshua sin tardanza. Era bajo, robusto y tenía una calvicie incipiente que no le sentaba muy bien.

Cuando, Joshua entró en el despacho, el secretario estaba sentado ante un escritorio de tamaño descomunal. A Joshua le causó risa verlo. El secretario casi desaparecía detrás del enorme escritorio

y, como la silla donde estaba sentado era demasiado grande, para compensar su baja estatura, Joshua alcanzó a ver los pies colgando a unos cinco centímetros del suelo, por lo menos.

Joshua fue hasta el escritorio y se quedó de pie allí, mirando directamente al sacerdote, precariamente sentado en su alta silla. El secretario se deslizó de la silla al presentarse y estrechó la mano de Joshua. Luego lo invitó a sentarse y procedió a explicarle por qué había sido llamado.

-El obispo me ha pedido que le haga saber que le han pedido que dispusiera su viaje a Roma para reunirse con responsables del Santo Oficio. En consecuencia, ha acordado muy generosamente su viaje con el capitán de un hermoso transatlántico. El capitán le dará el pasaje, y usted a su vez lo pagará en parte con su trabajo en el comedor del barco.

-Creí haberle causado una buena impresión al obispo -dijo Joshua al secretario-. ¿Cómo es que me elogié cuando estuve con él y poco tiempo después me convocan a Roma para una investigación? No tiene sentido.

Sin atreverse a mirarlo, el secretario respondió que no estaba al corriente de eso.

-¿Cuándo parte el barco y en qué lugar? -preguntó Joshua.

-El próximo viernes por la mañana. El barco se llama *Morning Star*. El nombre del capitán es Ennio Ponzelli. Saldrá del muelle cuarenta de Nueva York a las nueve de la mañana.

Luego el sacerdote extendió a Joshua un sobre con todos los papeles que necesitaba. El obispo había tenido que usar su influencia para conseguir el pasaporte, dado que habla tantos puntos desconocidos en la vida de Joshua. Habían utilizado una fotografía de Joshua que le había tomado en la sinagoga un amigo de alguien del personal del obispado.

Después le deseó a Joshua un buen viaje y lo acompañó hasta la puerta.

Pat dormía cuando Joshua salió. Al oír el ruido de la portezuela se despertó y se frotó los ojos.

-Este lugar es siempre bueno para dormir -comentó cáusticamente.

-La Iglesia funcionaría mejor si lo cerraran -añadió Joshua con una sonrisa-. El ejemplo está en el judaísmo: cuando Jerusalén desapareció, la espiritualidad de los judíos comenzó a crecer.

-Bien, ¿cuál es el veredicto, Josh? -preguntó Pat cuando estuvieron en camino.

-Parto el viernes por la mañana.

-¿Te lo dijeron o te lo pidieron?

-Me lo dijeron, pero no puse objeciones. Hace mucho tiempo que espero esto. Sé arreglármelas solo, y no hay nada que puedan hacer si yo no lo permito, de manera que no te preocupes, Pat.

-¿Paramos a comer? -preguntó Pat.

-Buena idea, puede ser divertido -accedió Joshua.

-¿Dónde te parece -preguntó Pat-, la cafetería o el restaurante de Gino?

-Probemos la cafetería. Hace años que no voy a una.

Siguieron un rato en el carro, mirando los lugares de interés, y luego se dirigieron a la cafetería. Entraron formando un dúo extraño, al que nadie prestó sin embargo mucha atención. Se sentaron y pidieron una cerveza mientras decidían qué iban a comer. Joshua, que se sentía muy a gusto, pidió un sandwich de centeno y otra cerveza. Pat pidió lo mismo. Hablaron de mil cosas mientras comían.

Cuando terminaron eran casi las dos y media. De camino a Auburn, tomaron un desvío. Pat, que comenzaba a hacerse cargo de las consecuencias que tendrían los hechos que empezaban a cumplirse, preguntó a Joshua si pensaba volver a Auburn cuando terminara con el asunto de Roma. Joshua le contestó con sinceridad que creía que no. ¿Qué haría y adónde iría? Joshua sentía afecto por Pat y le contestó con franqueza. Su obra estaba llegando a su término y el futuro estaba en manos del Padre. Tras dejar a Joshua, Pat volvió a la rectoría, donde encontró al párroco hecho una furia.

-¿Dónde ha estado todo el día? -preguntó.

-En la ciudad, en la sede del obispado -contestó.

-¿Qué hacía allá? No importa, no es asunto mío. Quiero que ayude al portero en el sótano. Necesita que le dé una mano para subir la leña.

-Lo siento, pero tengo que hacer algunas cosas importantes que no pueden esperar -replicó Pat.

Era la primera vez que tenía el coraje de negarse a cumplir órdenes del párroco.

-¿Sabe con quién está hablando? -preguntó, enfurecido ante la insubordinación, el padre Kavanaugh.

-Por desgracia, sí. Con un hombre obsesionado con el sentido de su propia importancia, que se esconde detrás de su sacerdocio para dominar a la gente. Me tiene harto, de modo que déjeme en paz o me marchó y, con la reputación que tiene, no conseguirá quién me sustituya.

Pat estaba enojado porque el párroco era quien había provocado todos los problemas de Joshua. Para no enfurecerse más subió a su habitación. El párroco se quedó sin habla. Como todos los autoritarios, no sabía cómo reaccionar cuando alguien le hacía frente demostrando que no le temía. El asunto importante que tenía que atender Pat era ponerse en contacto con todos los amigos de Joshua para hacerles saber que se iba dentro de muy pocos días. Quería que al menos tuviese una despedida decente, a pesar de todos los farsantes que lo habían atacado. Llamó a Aarón y le contó lo ocurrido. Aarón llamó a Roger Silverman y a Lester, y luego le dio la noticia a Marcia lo más suavemente que pudo. Ella se desanimó y lloró, pero se repuso y llamó al rabino y a unos cuantos amigos. Al cabo de una hora toda la comunidad judía estaba enterada de lo sucedido. Estaban furiosos con el obispo. Le tenían por un hombre decente y honorable. Ahora lo conocían de veras, y ese descubrimiento le costaría una pequeña fortuna en donaciones.

Después de llamar a los amigos judíos de Joshua, Pat habló con los Sanders y les pidió que hicieran correr la noticia de que Joshua se iba del pueblo y que le prepararían una fiesta sorpresa en su casa la noche del jueves. No les contó todos los pormenores por temor a debilitar su fe. Amaban a Joshua y nunca podrían entender que un dirigente religioso fuera tan insensible como para causar daño a alguien tan bueno.

La fiesta que planeaba el padre Pat tendría lugar en el patio de Joshua. Éste era espacioso y si hacía buen tiempo, se divertirían mucho. Todo el pueblo podría comprobar el gran cariño que sentían por Joshua.

El padre Pat también habló con Roger Silverman, que a su vez llamó a Larry Schwartzkopf, el director del noticiario, para decirle que enviara un equipo a la casa de Joshua el jueves a las cinco y media.

-Pero ésa es casi la hora de la transmisión en directo -protestó él.

-No me importa, aunque el presidente venga a la ciudad, quiero que haya un equipo allá a las cinco y media -insistió Roger. En general no se comportaba así con sus colaboradores, pero ese asunto le tenía realmente alterado.

Aunque no tenían mucho tiempo para organizar una fiesta, la gente quería tanto a Joshua que se avinieron a dejarlo todo con tal de estar allí.

En su casa, Joshua reparaba las cosas que le quedaban por hacer antes de su partida. Ya había pagado el alquiler y había avisado al dueño que dejaría la casa dentro de la semana. Todavía quedaban algunas verduras en el huerto. Salió a recogerlas, con la intención de dárselas a sus amigos menesterosos. Dedicó el resto de la tarde a realizar pequeñas tareas en la casa. Después de comer, fue hasta el prado alto y se quedó pensando, planeando lo que haría en los próximos días.

Al día siguiente Joshua estaba en paz. El futuro había quedado decidido y el camino trazado; estaba seguro de que todo había sido previsto para el próximo acto del drama. Cruzó la calzada hacia donde vivían los Langford.

Cuando llegó, los niños jugaban en el patio trasero, de modo que no lo vieron. Llamó a la puerta y salió a abrir Margaret.

-Dios mío, ¿qué traes ahí? -preguntó sorprendida de verlo.

-Sólo unas cuantas verduras de mi huerto y algunos pollos. Ya no los necesito porque me voy de viaje. He pensado que podían venir bien. Yo mismo los he cultivado y están recién recogidos -dijo con una sonrisa.

Después de poner los alimentos sobre la mesa, Margaret le dio un beso y se sentó a conversar con él. Le ofreció una taza de café, que él aceptó.

Inquieta por lo que le acababa de oír, la mujer quiso saber más. El le contó que viajaba a Roma. Se alegró por él, pero le dijo que iba a echarlo mucho de menos. Le prometió que toda la familia rezaría para que tuviera un buen viaje.

En ese momento los niños entraron llevando los pollos que cloqueaban. Contentos de ver a Joshua, le preguntaron si él había traído los pollos. Quedaron encantados al saber que eran de regalo. La madre les habló del viaje de Joshua. Se alegraron por él y dijeron que les gustaría poder ir también ellos.

Joshua no se quedó mucho rato. Pidió a Margaret que lo despidiera de Hank, y, después de besarla tiernamente se marchó.

Cuando llegó a su casa, todavía estaba todo tranquilo. La casa estaba vacía y ordenada. Era temprano. Joshua envolvió algo de comer, tomó una toalla y fue a bañarse a la laguna donde permaneció un buen rato.

A su regreso, alrededor de las cinco, le sorprendió ver carros a lo largo de toda la calzada y personas de pie delante de su casa. Estaban todos sus amigos, algunos con grandes fuentes de comida o botellas en la mano.

Cuando dio la vuelta a la esquina, todos se volvieron hacia él gritando al unísono:

-¡Sorpresa!

Realmente fue una sorpresa, y un espectáculo extraño, ver reunidas allí a todas aquellas personas, muchas de las cuales se veían por primera vez. Joshua quedó desconcertado ante esa espontánea demostración de afecto entusiasta por parte de un grupo tan numeroso de gente que tan sólo tres meses atrás habían sido totalmente desconocidos. Todos lo rodearon. Algunos lo abrazaban, otros lo besaban o le daban un fuerte apretón de manos. Debía de haber unas cien personas, y

seguían llegando más. Joshua identificó a Aarón y Lester, a Marcia y al rabino Mike Szeneth, al padre Darby y a su chófer, al reverendo Rowland y al reverendo Joe Engman, todos de pie, conversando juntos. Luego vio al padre Pat en el centro del grupo, sonriendo de oreja a oreja. Entonces cayó por fin en la cuenta de lo que ocurría. Pat lo había organizado todo. Su única inquietud era que no les hubiese contado a todos las verdaderas razones de su marcha, pues le preocupaba la supervivencia de la fe, ya de por sí frágil, de la gente.

Se acercó al grupo y preguntó a Lester qué significaba todo aquello.

-Supongo que no tendrás la menor idea, ¿no es así, Josh? -repuso Lester risueñamente.

Joshua miró a Pat directamente a los ojos, y el sacerdote cedió, confesando su intervención.

-Bueno, no quería que desaparecieras sin despedirte de toda esta gente que te quiere tanto. Hubiese sido una crueldad, y como sé que eres muy sensible a los sentimientos de la gente, sabía que no te enfadarías. Disfrútalo pues y permíteles que te demuestren su amor. Es bueno para todos.

Joshua comprendió que tenía razón. Nunca había pasado por nada igual, salvo en aquella ocasión, en Betania, hacía ya tanto tiempo. No obstante, aquello fue sólo una reunión de familia. Esto era un homenaje en toda regla.

Como todavía tenía la toalla al hombro y el cabello despeinado, después de sonreír a la multitud, se disculpó y entró para peinarse y ponerse más presentable. El padre Pat condujo a la gente al patio del fondo, donde había más intimidad y el ambiente era más reposado.

Algunas mujeres se movían afanosas por la cocina. Arthur, el chófer del padre Darby, Woozie y su amigo Tony estaban ocupados tratando de encender fuego en la parrilla. Cuando salió Joshua, Phil Packer le espetó:

-Josh, pareces pertenecer a otra época. ¿No tienes nada moderno? ¿Cómo vamos a calentar esta parrilla?

-Usad el soplete de Woozie -respondió Joshua-. Si eso no sirve, frotad dos palos. Eso siempre ha dado resultado.

En ese momento llegaron Moe Sanders y sus hermanos, esa vez en pleno, incluido el hermano Freddie. Moe dijo a Joshua que frente a la casa había un camión de televisión y que lo buscaba un periodista. Joshua salió a la puerta y ahí encontró a todos esperándolo. El periodista, con el bloc de notas en la mano, comenzó a bombardearle a preguntas. «¿Qué ocurre? ¿A qué se debe este cambio repentino? ¿Es verdad que el obispo informó a Roma sobre usted y lo están investigando?»

Esa vez Joshua tuvo que hacer un alarde de astucia. Una cosa era ser honesto y franco, y otra perjudicar a la Iglesia o la fe de la gente. Su sentimiento de lealtad hacia los pastores de la grey le llevó a tratar de presentar los hechos desde un ángulo más aceptable. Los periodistas, no obstante, advirtiendo su postura evasiva, centraron la puntería y le preguntaron si la jerarquía religiosa ponía objeciones a lo que él enseñaba. Joshua les contestó que siempre era difícil estar de acuerdo en cuestiones de creencia:

-A la jerarquía de la Iglesia le preocupa poner orden entre la gente, a los profetas les preocupa la relación de la gente con Dios. Siempre habrá tensión entre unos y otros. Sólo cuando los funcionarios tratan de suprimir la voz de los profetas se provoca un verdadero daño a la gente y al mensaje de Dios. Esta tensión se aflojaría si los dirigentes espirituales conocieran tan a fondo las cuestiones espirituales como conocen los asuntos mundanos de la Iglesia. La verdadera clave para progresar en el reino de Dios no está en las estructuras legales, sino en permitir que la gente disfrute de su libertad como hijos de Dios y que crezcan como individuos, no constreñidos por rígidas leyes que les impiden crecer. La Iglesia debe abandonar el papel de policía moral universal y juez de la conducta humana. Debe aprender a guiar inspirando ideales nobles en las personas, en lugar de legislar el

comportamiento humano. Las ovejas siempre huyen cuando los pastores tratan de amedrentarlas. La conducta humana debe ser libre para agradar a Dios.

-¿Es verdad –preguntó el periodista- que ha sido convocado a Roma para someterse a un proceso oficial?

-Sí.

-¿Qué ha podido decir que fuera tan equivocado? -continuó sondeando el periodista.

-Las palabras de Jesús y lo que éstas implican nunca suscitan mucha popularidad. La gente se irrita cuando alguien cuestiona la manera habitual de hacer las cosas. La disciplina no gusta a nadie, pero, a diferencia de otras personas, los dirigentes religiosos ven la crítica de las tradiciones o las sugerencias de cambios como ataques contra la doctrina. Eso no es necesariamente cierto. La Iglesia debe revisar su relación con Dios y sus fieles con sinceridad, como condición para mantenerse en la onda que le marca su obligación.

-¿Cuáles son las palabras de Jesús que no se acatan hoy? -continuó el periodista.

-Jesús predicó la pobreza y la humildad. Como eso nunca es popular, no se toma en cuenta. Jesús también predicó la ternura y la mansedumbre entre sus apóstoles, cosa que también se olvida. Cuando se critica esto, se es blanco de enfado.

-¿Por eso lo llaman a Roma?

-No lo sé. No me lo han dicho.

-¿El obispo no se lo dijo cuando hablaron?

-El obispo me dijo que yo era un hombre bueno y que debería haber muchos más cristianos como yo.

-¿De modo que no tiene la menor idea de cuál es la queja?

-No.

-No siendo un sacerdote, ¿pueden mandarlo de acá para allá de ese modo?

-Presumen que tienen jurisdicción sobre toda persona bautizada. Y no tengo inconveniente alguno en encontrarme con Pedro.

-Gracias, Joshua -dijo el periodista al terminar la entrevista.

Roger Silverman, que estaba cerca, le ordenó que televisara completa la entrevista, tal como se había desarrollado, sin cortes. El equipo se quedó un rato más hablando con la gente para conocer su opinión sobre Joshua. Luego se marcharon.

La gente observaba a Joshua, En sus ojos se veía el afecto que sentían por él. Había estado entre ellos sólo unos pocos meses, pero había conquistado sus corazones. Su manera de ser, apacible y modesta, sus sentimientos sinceros por la gente, su preocupación aun por los más simples, su comportamiento afable con ricos y pobres, poderosos e inferiores, los atraía como un imán. Les fascinaba y los dejaba perplejos. ¿Quién era en realidad? ¿Sólo un artesano? ¿De dónde había venido? Había tantos misterios en torno a su persona que la gente sentía una curiosidad no saciada. Pero aun así lo amaban y le demostraban ese amor.

Joshua estaba complacido con la respuesta de la gente. A tenor de ella comprendía cómo reaccionarían ante un pastor que los guiara tal como pretendía Jesús. El padre Pat estaba cómodo con toda esa gente tan variopinta. En situaciones como aquélla brillaba con luz propia. Quería a la gente y deseaba que esa ocasión fuera especial. Durante toda la noche no bebió ni una gota de alcohol. Cuando Pat Zumber se puso a hacerle bromas al respecto, él le dijo que Joshua hacía tanto por él al ayudarlo a conocerse a sí mismo y a asumir su tarea que, por amistad, había jurado no beber más. Ya no lo necesitaba. Joshua tampoco dejó de reparar en su abstinencia, aunque parecía tan ocupado con otros que podría habersele escapado fácilmente.

El padre Pat había dispuesto que nadie llevara regalos, porque sabía que Joshua lo preferiría así y de este modo se evitaba además poner en evidencia a los pobres. Sólo el padre Jeremy K. Darby violó el acuerdo. Se acercó a Joshua cuando lo vio solo y le dio dos billetes de cien dólares, diciéndole que eran por la estatua del apóstol Pedro. También confesó que ésta era una obra maestra de intuición psicológica. Mientras hablaba puso en la mano de Joshua una cajita con envoltorio de regalo, advirtiéndole que no la abriera hasta encontrarse a bordo. Jeremy estaba visiblemente conmovido por la perspectiva de la partida de Joshua, pero como auténtico inglés, no era hombre efusivo con sus emociones.

Joshua le dio las gracias y lo miró hondamente a los ojos. Así le comunicó mensajes que no necesitaban palabras. Jeremy sonrió, comprendiendo, y le deseó un buen viaje.

Durante el resto de la noche la mayor actividad se centró alrededor de la parrilla. Todos estaban sentados, en el césped, o escalones o en las sillas que podían conseguir. Unos y otros charlaban, animados y alegres, y entablaban nuevas amistades entre sí. La voz de Pat Zumber todavía se oía claramente por encima de los demás. Los judíos eran más refinados que el resto de la gente de la localidad, pero estaban intrigados por la sencilla calidez y franqueza de ésta, de modo que esa noche surgieron muchas amistades.

Marcia se quedó en segundo plano, aunque se moría de ganas de conocer el futuro de Joshua. Bien entrada la noche se acercó a él. Le dijo que le quería muchísimo y que lo echaría de menos más de lo que él podía imaginar. Joshua le confesó que la amaba y que siempre pensaría en ella. Ella le preguntó si volvería. Joshua respondió que seguramente no, aunque no sabía qué planes tenía Dios para él. Siempre dejaba su futuro en manos del Padre. Le dijo a Marcia que no se preocupara por su trabajo, que ella era una luz en la oscuridad y que Dios haría que su tarea fructificara. Lo que ella podía ofrecer a la humanidad se destacaría claramente, aun cuando en apariencia no lograra su propósito. El éxito se mide de diversas maneras. La obra de su vida sería un gran éxito y tendría repercusión sobre las vidas de mucha gente.

Ella le prometió que rezaría por él todos los días y que nunca lo olvidaría. Dudaba que algún día pudiera haber otro hombre en su vida. Él le había causado una impresión demasiado profunda, y nadie podría ocupar jamás su lugar. Deseaba que sus caminos volvieran a cruzarse, pero por si acaso sus deseos se veían frustrados quería que se llevara un pequeño recuerdo. Le tomó la mano y le puso en la palma una medalla de oro con su cadena, pidiéndole que se la pusiera. Era su posesión más preciada, y ella estaría muy orgullosa si la aceptaba. Joshua la miró. Representaba a un hombre con el sol ardiente a su espalda. Se la había dado un rey africano durante una excursión de las Naciones Unidas. Por alguna razón, la medalla le recordaba a Joshua. Joshua la aceptó agradecido. Notando que los ojos se le arrasaban de lágrimas, Marcia le deseó buena suerte, lo besó con afecto y volvió con sus amigos. Joshua la miró mientras se alejaba. Era hermosa y única. La amaba y nunca la olvidaría.

La fiesta continuó hasta altas horas de la noche. Luego, como la gente tenía que trabajar al día siguiente, comenzaron a despedirse y partieron uno a uno, agradeciendo a Joshua su amistad y deseándole buena suerte. Marcia, Aarón, Lester y sus esposas, junto con el padre Pat y el reverendo Joe Engman, fueron los últimos en irse. Aarón informó a Joshua de que Michael, el hijo del rabino Szeneth, trabajaría en el mismo barco en el que él iría a Roma. Aarón y Lester agradecieron a Joshua todo lo que había hecho por ellos. Lo que les había enseñado con sus palabras y su ejemplo habían producido un profundo cambio, no sólo en sus vidas sino en las de muchas otras personas. Nunca lo olvidarían. Marcia lo miró con tristeza, sin decir nada. Sólo sonrió y le dio un beso de despedida antes de retirarse con los demás. Joshua tenía lágrimas en los ojos.

El reverendo Joe Engman y el padre Pat se ofrecieron a llevarlo a Nueva York. Era un viaje de unas tres horas largas por autopista. Joshua agradeció el ofrecimiento. Fueron los últimos en marcharse, con los Sanders y sus camaradas.

Por fin el lugar quedó tranquilo. Concluida su tarea, Joshua se fue a la cama.

CAPÍTULO 18

Joshua se levantó a las cuatro y media, exactamente como había planeado, y sin necesidad de despertador. El padre Pat y el reverendo Joe Engman llegaron a las cinco y media, justo cuando Joshua acababa de desayunar. Bebieron una taza de café con él y compartieron algunos chistes antes de irse.

Joshua echó una mirada a la casa con un tenue sentimiento de melancolía. Tomó un martillo y un escoplo del banco de carpintero y se los dio a Pat, y otro juego, que entregó a Joe, sin decir una palabra. Después de coger un pequeño hatillo, que contenía todas sus posesiones terrenas, miró por la ventana, hacia el prado. Por entre los listones de la cerca de estacas, alcanzó a ver tres ovejas que miraban en dirección al patio. Fue hasta la cerca y las acarició con afecto, tirándoles de las orejas como hacía siempre. Luego fue a reunirse con sus dos compañeros. Ellos vieron que tenía las mejillas surcadas de lágrimas, pero no dijeron nada... Sin más dilación se pusieron en marcha.

El coche se alejó silenciosamente del pueblo. La mayoría de la gente dormía aún. Los rayos dorados de un sol rojo sangre aparecían entre los árboles. Hacía fresco. Joshua llevaba puesto el sueter. Era una mañana perfecta para un viaje largo. Fueron por las carreteras locales hasta la entrada de la autopista.

-Ha madrugado hoy, ¿eh, padre? -comentó el cobrador, al darle el tíquet a Pat.

-Sí, tenemos un largo viaje por delante, -respondió Pat soñoliento.

Al ir distraídos conversando, el viaje no se les hizo largo. Sólo se detuvieron para tomar otro café. En la ciudad, el tránsito todavía era fluido, de modo que llegaron al muelle con mucha antelación. El barco estaba preparado para zarpar. Era un barco viejo pero recio. Mientras subían por la pasarela los tres, el capitán salió a recibirlos a cubierta. Era un hombre agradable, que hablaba con un refinado acento italiano. Tenía un aspecto distinguido con su uniforme naval. Deduciendo que Joshua era el pasajero, ya que venía acompañado por dos clérigos, le pidió los documentos. Cuando Joshua se los entregó, los miró y luego lo saludó con frialdad antes de llamar a un marinero de cubierta para que lo llevara a su camarote. Acompañados de Pat y Joe bajaron unas escaleras y recorrieron un pasillo posterior. El camarote estaba aislado. Era el único que quedaba cuando el obispo hizo el arreglo. Era una habitación que no solía usarse. El marinero abrió la puerta y les hizo pasar. Era un recinto pequeño, pero estaba limpio y recién pintado. Había una litera, una cómoda y un baño. Todos rieron comentando lo lujoso del apartamento que le había correspondido a Joshua y subieron juntos a cubierta.

Viendo que ya casi era hora de zarpar, Pat y Joe se despidieron. Fue una despedida difícil para todos ellos. Intimando, habían descubierto que tenían una actitud similar ante la vida. Pat prometió a Joshua que rezaría por él y Joe hizo otro tanto. Joshua les dijo que fueran fieles a sí mismos, que actuaran según sus convicciones y no se descorazonaran si la gente no los comprendía.

-Las cosas de valor generalmente salen de lo común. Lo mismo ocurre con las ideas. Para guiar a la gente no se puede pensar como ellos. No esperéis pues comprensión de su parte. Estáis haciendo la obra de Dios. Él dará la recompensa a su debido tiempo.

Los dos hombres abrazaron a Joshua antes de dejar el barco. Luego levantaron la pasarela, sonó la sirena y el enorme barco se separó lentamente del muelle. Desde abajo, los sacerdotes saludaron a Joshua, que agitó a su vez la mano. Parecía una figura triste y solitaria, completamente solo en el gran barco. Esa fue la última imagen que de él tuvieron sus amigos.

A Joshua le asignaron tareas en el comedor. Debía presentarse ante el cocinero a las seis de la mañana para disponer las mesas para el desayuno, y luego servirlo. A las once volvería a la cocina y haría igual tarea para la comida. La cena se serviría a las seis, de modo que debería estar listo a las cinco para servirla. El resto del tiempo, quedaba libre.

Cuando el marinero concluyó las instrucciones, Joshua volvió a la cubierta y miró hacia la costa. Se alejaba cada vez más. Tuvo un momento de melancolía al pensar en toda la bondad y hermosura que había encontrado en tantas de las personas que había conocido durante su breve estancia en Auburn. También pensó en el párroco y el obispo, y los compadeció. Sus vidas eran muy chatas y vacías. Tenían poco para dar a la gente. Miró hacia el mar y se preguntó qué le depararían las próximas semanas. ¿Sería una experiencia agradable o descorazonadora?

Pronto fueron las once; Joshua se presentó al cocinero. Éste le dijo que llenara las jarras de agua y pusiera las mesas. Le mostró dónde estaban las fuentes, indicándole que las llevara a la encimera para que él pudiera servir la comida en ellas. Luego le dijo que cortara el pan y lo pusiera en canastas. Ya entonces los pasajeros iban entrando al comedor. Eran cordiales y le preguntaron a Joshua cómo se llamaba. Él se presentó e intercambió frases agradables con ellos mientras los acompañaba a sus mesas. El cocinero le dio una servilleta para que se la pusiera sobre el braza.

-¿Para qué es eso? -preguntó Joshua.

-Por si tiene que tocar algo caliente, quitar migas de la mesa o abrir una botella de vino y evitar que gotee sobre el mantel.

La comida le dio poco trabajo. Había sólo unas veinticinco personas en total, incluyendo al capitán y sus oficiales. Joshua era listo. Estaba alerta y se anticipaba a cualquier pequeña necesidad, y si alguien quería algo, él se acercaba y preguntaba cortésmente si podía ayudar. Las mujeres, en especial, quedaron impresionadas por la delicadeza de sus modales y por la rapidez con la que notaba que alguien necesitaba algo.

La cena transcurrió igual. Algunos de los pasajeros más observadores no tardaron en reparar en Joshua y en la elegante dignidad que emanaba de su persona. Sintieron la tentación de hacerle preguntas para saber más sobre él, pero se abstuvieron, pensando que era más cortés respetar su intimidad. Pronto se convirtió en tema de conversación en las mesas y la curiosidad fue en aumento.

El segundo día de viaje la gente ya se había dado cuenta de que no era un vulgar camarero de barco. Cuando servía, había en él una majestad que contradecía la sencillez de su aspecto. Aunque no le correspondía conversar con los pasajeros, por la manera como contestaba a las preguntas percibían que era sumamente inteligente. Durante las conversaciones que sostuvieron con él en cubierta, entre las comidas, llegaron a conocerlo y creció en ellos un respeto por él que los cohibía cuando servía las mesas. Consciente de ello, él trató de que se sintieran cómodos diciéndoles que eran personas muy simpáticas y que disfrutaba sirviéndolos.

Sólo una persona le hacía pasar algún que otro mal momento. Era un hombre rudo y bullicioso, que encontraba todo mal. Joshua hacía lo imposible por satisfacerlo y, ante la admiración de todos, jamás perdió la calma. El hombre parecía volverse aún más detestable cuando notaba que, lejos de sentirse ofendido, Joshua se limitaba a sonreír, pasando por alto sus observaciones. Los otros pasajeros sentían vergüenza por Joshua, pero se divertían al ver que los burdos modales del hombre no hacían mella en él.

El tercer día de viaje, mientras estaba sentado en la cubierta con algunos pasajeros, ocurrió una tragedia. Uno de los camareros de a bordo cayó por la escalera. Lo llevaron a la enfermería y llamaron al médico. Éste corrió abajo a ver al joven: se había desnucado y estaba al borde la muerte. El médico

hizo lo que pudo, pero fue en vano. El joven murió minutos después. El médico estudió las radiografías que había sacado y encontró una fractura en dos de las vértebras superiores. El nombre del jovencito circuló rápidamente por todo el barco. Se llamaba Michael Szeneth.

Cuando Joshua se enteró, se disculpó con el reducido círculo de pasajeros y bajó. Mientras caminaba por el corredor, el capitán salía de la salita de radio. Vio a Joshua pero le prestó poca atención, hasta que advirtió que se dirigía hacia la enfermería. Entonces sintió curiosidad. Lo observó desde cierta distancia y lo vio entrar en la habitación donde yacía el joven muerto. No había nadie más en el cuarto y, como Joshua había dejado la puerta entreabierta, el capitán lo presenció.

Joshua se acercó a la mesa donde yacía el cadáver, levantó la sábana que le cubría la cabeza y lo llamó:

-¡Michael, despierta!

El capitán sintió un escalofrío. Al cabo de un momento, el joven abrió los ojos y miró a Joshua.

-¡Siéntate, Michael! -le indicó Joshua.

El joven obedeció y se sentó sobre la mesa.

El capitán quedó abrumado, sin saber si ponerse a gritar de alegría porque el hijo de su amigo estaba con vida o hincarse de rodillas. El padre del joven era amigo suyo desde hacía años, y él se sentía muy mal por lo ocurrido. Su alegría fue, no obstante, mil veces mayor que su dolor, y no cabía en sí de emoción. Mientras tanto, Joshua decía al joven que comiera un trozo de pan que acababa de alcanzarle. Michael le preguntó qué había ocurrido. Joshua le dijo que estaba bien, que podía volver a su trabajo y que no le contara a nadie lo que había pasado.

Joshua salió entonces de la habitación y volvió a la cubierta como si nada hubiera sucedido.

El capitán fue de inmediato a ver al médico y le dijo que el muchacho estaba sentado. El doctor respondió que aquello era ridículo, puesto que el joven había muerto. Los dos hombres corrieron a la enfermería y, cuando el médico vio a Michael de pie cerca de la cama, se puso fuera de sí. Le ordenó al joven que volviera a la mesa.

-¿Pero por qué? Me siento bien.

-Hijo, ¡estabas muerto! ¿Qué ocurrió? -preguntó el médico.

Como el muchacho no decía nada, el médico insistió. Ni siquiera el capitán pensaba que pudiera explicarle al médico lo que había ocurrido. Él insistió en tomar otra radiografía, que no mostró nada, ni fractura, ni rastros de fractura. No podía haberse equivocado. Impaciente, tomó la primera radiografía, la observó, la comparó con la segunda y, con satisfacción en la voz, se la mostró al capitán.

-Vea, tenía la fractura. Mire. ¿Pero qué pasó? ¿Cómo se curó? No puedo entenderlo.

El médico dejó libre al joven diciéndole que si sentía debilidad o náuseas volviera de inmediato. Michael subió a cubierta, instantáneamente convertido en una celebridad. Todos querían saber qué había ocurrido. Michael no les contó nada más que lo que él recordaba: la caída en la escalera y vagos recuerdos de gente que lo rodeaba, pero nada más hasta que se despertó. ¿Vio algo cuando estaba muerto? ¿Oyó música o voces? ¿Vio a Dios? El joven repitió que no recordaba nada hasta que se despertó.

El capitán no sabía qué hacer. Tenía que redactar un informe completo, pero ¿qué podía poner en él? ¿Debería exponer exactamente lo que había presenciado? ¿Quién le creería? No tenía, sin embargo, opción. Sólo podía escribir lo que había visto. Si lo creían, mejor, y si no, no era asunto suyo.

El problema del médico era mayor. No podía rendir cuenta de lo ocurrido desde el momento en que dejó al joven muerto hasta que volvió a verlo de pie a los pocos minutos. El capitán no le sirvió de ayuda, si bien esa noche, más tarde, le confió lo que había presenciado. El médico no lo tomó en serio y seguía sin saber qué declarar en su informe.

El suceso había ocurrido a media tarde. El capitán Ponzelli, profundamente impresionado por el incidente, comenzó a dudar de la verdadera identidad de ese humilde camarero que disfrutaba tanto sirviendo a los pasajeros. El obispo le había contado algunos detalles sobre Joshua, pero ninguno se ajustaba al hombre que había ido conociendo en los días anteriores. Le ponía nervioso la idea de tener a Joshua sirviendo en el comedor, en especial sirviéndolo a él.

El capitán llamó a Joshua a su oficina. Cuando llegó, le ofreció una silla y lo trató con amabilidad.

-Joshua -le dijo-, he decidido eximirlo de la tarea del comedor.

-¿Por qué, capitán? -preguntó Joshua, preocupado-. Me agrada servir a la gente. Son buenas personas y me gusta hacer algo por ellas.

-Joshua, he sido testigo de lo que ocurrió esta tarde. Lo conozco y lo comprendo mejor que antes. Es muy diferente de lo que me dijeron, y la verdad es que me incomoda que tenga que cumplir estas tareas serviles.

-Pero, capitán, eso fue lo acordado con el obispo y me gustaría cumplir mi palabra.

-Está bien -accedió el capitán, tras reflexionar un rato-, pero no quedo satisfecho. -Luego rió y añadió-: Tengo una idea. Me encanta cocinar pero nunca tengo la oportunidad de hacerlo. ¿Qué le parece si le doy unas vacaciones al cocinero y entre nosotros dos cocinamos y atendemos a los pasajeros? De todos modos, suelo hacerlo una noche en cada viaje.

Joshua aceptó riendo, con lo cual el capitán llamó al cocinero y le contó lo que pensaba hacer. El cocinero quedó encantado. A las cuatro y media Joshua y el capitán bajaron a la cocina. Joshua preparó las mesas como de costumbre y sacó del armario los elementos que el capitán necesitaba, mientras éste examinaba el frigorífico y la despensa buscando lo que se precisaba para la comida.

La cena comenzó un poco tarde, pero a nadie le importó. Había corrido la noticia de que cocinaba el capitán, así que los pasajeros no esperaban mucha puntualidad. A todos les hacía gracia que cocinara el capitán. Además, éste representaba muy bien su papel, con el delantal blanco y el gorro alto de chef.

Joshua sirvió el aperitivo y la gente quedó encantada.

-El capitán debía quedarse como chef -observó el propio chef, mientras paladeaba los manjares.

Llegó el plato siguiente. La gente elogiaba con incredulidad la capacidad del capitán para preparar una comida digna de auténticos gourmets. En realidad fue un genial golpe de efecto en materia de relaciones públicas. El episodio cimentó la unión entre todos. Al llegar al plato principal y a la gran exhibición de postres, todos quedaron absolutamente impresionados.

Cuando terminaron de comer, los pasajeros se quedaron sentados en el comedor tomando el postre y el café. El capitán y sus ayudantes se sentaron luego a comer en la mesa del capitán. Estaban inmensamente orgullosos de sí mismos, sobre todo después de que el propio cocinero se acercara a alabarles su magnífico trabajo.

-Yo mismo no podría haberlo hecho mejor -les dijo, suscitando un coro de risas.

El ambiente del barco cambió después de eso. Todos parecían más relajados y cordiales. La tripulación, que comía en su propio comedor, comió lo mismo que los pasajeros. También cambió la actitud de los tripulantes hacia el capitán. Aunque seguían respetándolo, sentían más afecto por él,

viendo su vertiente tan humana. Demostraron su agradecimiento haciendo pequeños trabajos extras que no formaban parte de su tarea.

Joshua percibía mucha bondad en el capitán. Por eso había sido elegido como testigo de lo que él hizo. Las dos noches siguientes el capitán y Joshua repitieron la tarea, pero con menús distintos, y tuvieron oportunidad de ahondar en su relación. El capitán no le había contado a nadie el incidente en la enfermería, con excepción del médico. Lamentaba haberlo hecho: lo había perturbado y se sentía fatal desde entonces.

El incidente también creó una intimidad entre Michael y Joshua. Compartían un secreto. Michael, que conocía bien al capitán, habló con él de lo ocurrido y le preguntó qué significaba. El capitán confesó que él tampoco lo comprendía y sólo pensaba que Joshua, pese a toda su sencillez, era una persona fuera de lo común que debía de estar muy próxima a Dios. Michael, por su parte, le dijo que él creía que debía ser mucho más que eso y a continuación le contó todas las experiencias que habían tenido lugar en la sinagoga de su padre, en Auburn.

-Debería oírlo hablar -dijo Michael-. Estoy convencido de que está inspirado. Debería haber visto lo que ocurrió una noche en la sinagoga. Un tipo loco de nuestra congregación se acercó a Joshua y lo atacó por la manera como han perseguido los cristianos a los judíos a la largo de la historia. Joshua lo escuchó y luego lo abrazó. Las dos se hicieron amigos al instante y entraron en el templo tomados de la mano. Fue hermoso.

El capitán lo escuchó, tratando de comprender por todos los medios, al tiempo que se preguntaba por qué lo había embarcado el obispo para someterlo a una investigación en Roma.

El tercer día de viaje pasó sin incidentes, aunque el mar comenzaba a embravecerse. Joshua sufrió un mareo serio y no pudo almorzar. Intentó ir al comedor y hasta apareció en la cocina, pero, cuando el cocinero lo vio, llamó al capitán. Este le ordenó que se quedara en cama y pidió al médico que le recetara algo para calmar las náuseas.

-Puede curar a otros pero no cuidarse a sí mismo -dijo el médico al capitán.

El capitán Ponzelli dio un respingo al oír esas palabras.

Al día siguiente el barco se aproximaba a las Azores. Dado que en esa zona el clima es siempre imprevisible, el capitán Ponzelli dijo a los pasajeros que, si tenían tendencia al mareo, convenía que vieran al médico y tomaran quizás algún remedio para evitar las náuseas.

El mar se puso realmente bravío, y en el horizonte se apelotonaron densas nubes negras. La mañana fue aceptable, pero por la tarde las olas crecieron y una fuerte lluvia comenzó a azotar el barco. El capitán llamó a la oficina de radio para obtener un informe meteorológico. Fuertes lluvias y vientos. Las enormes olas comenzaron a sacudir el barco. Los marineros aseguraban todo lo que se movía para que nada fuera a parar al mar. La mayoría de las personas se había retirado a los camarotes o al salón de esparcimiento, donde estaban proyectando *La pantera rosa*.

Joshua se quedó en su camarote y trató de descansar. El mar embravecido era demasiado para él. A las cuatro, el temporal había empeorado mucho. La lluvia golpeaba el barco con tal fuerza que apenas se oía lo que decía la gente. Los vientos eran fortísimos, y por radio se advertía a los capitanes de barco que no salieran de puerto hasta que remitiera la tempestad. El capitán llegó con apuros hasta la proa del barco para acompañar al timonel; no se veía absolutamente nada a través de la lluvia. El barco se balanceaba peligrosamente. En un momento el capitán perdió el equilibrio y cayó contra la pared, golpeándose la cabeza contra un tornillo de hierro. Se secó la sangre de la cabeza y volvió a ponerse la gorra sobre el pañuelo.

Las olas eran cada vez más altas. Ya llegaban casi hasta los cuatro metros y medio y seguían creciendo. El capitán empezaba a temer que el barco no resistiera. Era un barco viejo y había pasado por estas situaciones antes, pero aquella era la peor, y la resistencia de un barco tiene un límite. El timonel trataba de guiar la nave pero el viento lo lanzaba una y otra vez contra las olas, que la inundaban por completo, amenazando hacerla zozobrar.

El capitán miró por las ventanas buscando alguna señal de mejora en el tiempo, deseando que no hubiera otros barcos en su ruta. Una tormenta en el mar provoca sensación de impotencia en todos. Una nave enorme, poderosa, que se desliza como un bote de vela con buen tiempo, está enteramente a merced de los elementos en cuanto se inicia el temporal. Se bambolea como un indefenso madero a la deriva. Lo más que puede hacer un capitán es mantener la nave firme y evitar el pánico entre los pasajeros.

Pero el capitán Ponzelli estaba cada vez más preocupado. No había indicios de que la tempestad fuera a calmarse, y no le quedaba nada más por hacer. Susurró una oración en silencio y siguió con los ojos fijos en la cortina de lluvia. Era difícil ver con claridad. Miró hacia la cubierta. Le pareció ver algo fuera de lo común. Miró otra vez y distinguió el contorno borroso de una silueta que se aferraba a la borda mientras avanzaba. El capitán se quedó sin aliento, incrédulo. Era Joshua. ¿Qué hacía allí, por Dios? Un movimiento en falso, un resbalón en esa cubierta empapada y sería arrojado al mar. Comenzó a abrir la ventana para gritarle pero comprendió que sería inútil. ¿Qué demonios se proponía? El capitán continuó observando y se guardó para sí lo que vio. Había llegado a amar a ese hombre sencillo y bondadoso y había compartido con él momentos felices en los últimos días. ¿Pero por qué tenía que hacer una estupidez como ésta? Rezó una oración por el pobre loco. ¿Qué pretendía hacer? ¿Adónde iba?

El capitán se quedó parado, estupefacto, mirando cómo Joshua, empapado hasta los huesos, seguía caminando por la cubierta. El viento viró momentáneamente. La nave se estabilizó por un instante, permitiendo que Joshua se irguiera. Entonces levantó los ojos al cielo y extendió los brazos como dando una orden a los vientos. Se veía por su boca que gritaba al viento su bramido, como si se hubiese vuelto loco. El capitán sintió pena por el pobre hombre, pensando que tal vez era esa faceta lo que había provocado la inquietud del obispo.

De pronto el viento amainó, la lluvia disminuyó y las olas se calmaron por completo. Las nubes comenzaron a dispersarse, dejando visible un retazo de cielo azul, que atravesó un fulgurante rayo de sol. Joshua se volvió y desapareció bajo la cubierta, en dirección a su camarote, para darse una ducha y secarse.

El capitán se cubrió el rostro con las manos, admirado por lo que acababa de ver. El timonel pensó que rezaba agradecido porque la tempestad amainaba. El capitán le dijo que bajara a descansar un rato, que él lo sustituiría. El piloto se fue agradecido.

A solas con sus pensamientos, el capitán meditó sobre lo que acababa de presenciar. Estaba más convencido que nunca de la verdadera identidad de este hombre humilde y sencillo. «¿Pero es posible? ¿Puede ser?», se preguntaba. Las lágrimas corrían por sus mejillas al pensar que le había ocurrido a él, pese a su indignidad. Su memoria lo retrotrajo a su infancia, cuando su tío, un sacerdote, le contó a su familia sucesos que habían tenido lugar en las vidas de personas de fe sencilla. El capitán no era, sin embargo, un hombre de fe sencilla, o al menos no creía serlo. Se sentía culpable de no ser más devoto. Pensó en su tío, que ahora era cardenal en el Vaticano. Tendría que contarle todo aquello en cuanto desembarcara. Quizás él podría darle una explicación. Estaba ansioso por llegar a puerto. Lo llamaría enseguida.

El timonel volvió después de un breve descanso y dio las gracias al capitán.

-¿Ha descansado? -preguntó el capitán.

-Sí, y he estado pensando en la tempestad y en la rapidez con que ha cesado. Se lo he comentado al radiotelegrafista y me ha dicho que no se explica cómo ha podido aclarar por aquí cuando él seguía recibiendo alertas de tormenta. En toda la zona, hasta las Canarias, hay tempestades y vientos huracanados.

-Estoy seguro de que así es -dijo sin más el capitán antes de irse a buscar a Joshua.

La gente comenzaba a volver a la cubierta cuando bajó. Había salido el sol y el aire era límpido. Preguntó si alguien había visto a Joshua. Un hombre lo había visto minutos antes, empapado, caminando en dirección a su camarote. El capitán bajó a la bodega.

Le oyó cantar una melodía desconocida. Golpeó la puerta.

-Adelante.

El capitán abrió la puerta. Joshua estaba sacando una camisa del armario. Luego se la puso y saludó al capitán como si nada hubiese pasado.

-¿Puedo hacer algo por usted? -preguntó.

-No, ya ha hecho bastante -fue la inmediata respuesta del capitán.

Joshua pasó por alto la observación, ya que no quería verse envuelto en la conversación que inevitablemente la seguiría.

-Sólo quería agradecerle lo que ha hecho -dijo el capitán con humildad.

Joshua se limitó a sonreír como si se tratara de una nimiedad.

-Joshua, no sé cómo expresarlo -continuó el capitán-, pero me siento orgulloso de tenerlo en mi barco. En verdad no merezco lo que ha ocurrido estos días. Pero sé que cambiará toda mi vida. No me agrada el motivo por el que sucedió, la investigación en Roma, la desconfianza del obispo y de las otras autoridades. Tengo un tío en el Vaticano. Quizá pueda ser de alguna ayuda cuando esté allí. Lo llamaré en cuanto desembarque y le diré que lo espere. Es el cardenal Giovanni Riccardo. Es un hombre bueno.

-Gracias, capitán -dijo Joshua-, quizá necesite alguna ayuda cuando esté allí. Temo que les resulte difícil entenderme. No tengo muchas esperanzas.

-¿Pero cómo pueden criticarlo? Después de todo, usted fue quien empezó...

Dejó por terminar la frase, al tomar conciencia de su voz se desvaneció antes de terminar, al comprender que pisaba un terreno que no le correspondía. No tenía derecho a averiguar más y sabía que Joshua no abriría la puerta más allá de una rendija. Ya había oído y visto bastante.

-Pero no tenían la menor idea, lo mismo que usted cuando pisé su barco por primera vez.

El capitán se sonrojó al recordar la frialdad con que había recibido a Joshua cuando subió a bordo. Joshua recordó al capitán que era casi la hora de comer y que todavía no habían preparado la comida. Mientras salían del camarote, el capitán le preguntó a Joshua si se sentía con ánimos de trabajar en la cocina después de lo que había sucedido. Joshua lo miró con severidad y le reafirmó que disfrutaba mucho sirviendo a la gente. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Todos se divertían de maneras diversas. Él se divertía haciendo feliz a la gente.

-Supongo que Dios es así -concluyó el capitán con una sonrisa.

Joshua se echó a reír, advirtiendo la ironía de sus palabras.

Se cenó tarde pero a nadie le importó. Pasaron una hora más en el bar, bebiendo cócteles y comiendo aperitivos, satisfechos de que hubiese pasado la tormenta. Era la última comida a bordo y el capitán se superó a sí mismo, pese al esfuerzo realizado al guiar el barco a través de la tormenta.

La cena duró hasta bien pasada la medianoche. Durante la comida, el médico estuvo observando a Joshua. Sentía una curiosidad extrema por él. Además, había bebido demasiado y estaba decidido a tener una conversación con él.

Cuando todos estuvieron desperdigados una vez concluida la cena, llamó a Joshua y le acercó una silla. Después de ofrecerle una bebida que Joshua rehusó cortésmente, le preguntó dónde se había educado. Joshua contestó que su educación era amplia y que había tenido el mejor de los maestros, aunque jamás había asistido a la universidad. El médico rió de su humor impertinente.

-Usted es un hombre inteligente -observó-. En realidad es mucho más inteligente que la mayoría de las personas que están en esta habitación. Sabrá, joven, ¿cómo se llama?, Joshua, sabrá que todavía no he cumplimentado el informe sobre aquel muchacho. -El médico siguió divagando-. En realidad no sé qué escribir. Quizás usted pueda ayudarme.

-¿Cómo puedo ayudarle, doctor? El experto es usted -señaló Joshua.

-Yo seré el experto pero hay algunas cosas que me desconciertan. Y, lo confieso con franqueza, ésta es una de ellas. ¿Usted cree en los milagros, joven?

-No.

El doctor se sorprendió. Esperaba una disertación piadosa.

-En ese caso, ¿cómo explica usted lo que ocurrió el otro día?

-Un suceso de orden menor como ése se destaca en su mente porque usted pasa por alto los misterios, mucho mayores, que tienen lugar de continuo, todos los días. Lo que ocurrió el otro día le sorprende porque fue inesperado. Mírese en el espejo cuando vaya a su habitación esta noche y verá una evolución de misterios mucho más apasionantes que la curación de un hueso roto y la restauración de un destello de vida. Todo el curso de un día está lleno de un misterio inacabable que damos por sentado porque todo fluye tan fácilmente como el devenir ordinario de la vida. Sin embargo, cada hecho nimio, y cada momento en el tiempo, son un milagro de la creación.

-Eso es muy poético -comentó el médico-, pero usted da por sentado que es la creación. Deduzco entonces que cree en Dios.

-No. Creemos lo que no vemos. Yo sé que Dios existe, con la misma seguridad con la que usted sabe que yo estoy sentado frente a usted.

-¿Qué escribo sobre lo que le pasó a Michael? -preguntó finalmente el médico.

-Escriba lo que vio. Es muy sencillo. Usted no cree lo que vio y por eso le cuesta describir el hecho -le dijo Joshua.

-Si escribiera eso, me echarían a carcajadas de la asociación médica.

-Pero si es la verdad usted es quien debería reírse de la ignorancia de los demás. Cuando uno es testigo de algo hermoso debe sentirse feliz y orgulloso, no avergonzado y temeroso.

-Es usted un hombre extraño, Joshua. No acabo de entenderlo. ¿Me puede decir cómo se curó Michael? -preguntó a bocajarro.

-Cuando oramos Dios nos oye -respondió Joshua, riendo-. Cuando necesitamos, Dios concede. La fe es como la expresión desvalida del rostro de un ciervo en la temporada de caza. Dios no puede rehusar.

-Joshua, ojalá tuviera su fe, o lo que sea que tiene. Es tan libre y tan feliz. No creo en Dios. Supongo que soy ateo.

-Nadie que cura puede ser ateo. La vida simplemente queda desenfocada. Usted se ha acostumbrado demasiado a que las maravillas se le escapen entre los dedos. Cuando se tome tiempo para rearmar todos los misterios que ha disecado y se detenga a observarlos, verá el reflejo de Dios y el paso de su sombra. Entonces ya no dudará más. Su poder curativo le corre por los dedos todos los días, y usted nunca se ha parado a pensar el tiempo suficiente para apreciar su presencia. Usted es la mano de Dios. Su misma proximidad se lo ha ocultado.

-Me desconcierta usted, joven. Ya le he dicho que es más inteligente, que la mayoría de las personas que están aquí.

Joshua sonrió y, después de decirle al doctor lo mucho que había disfrutado hablando con él, se disculpó y salió del comedor.

Había sido un largo día y, a pesar de su apariencia distendida, los sucesos del día habían agotado toda su energía. Al día siguiente llegarían a Italia y se desarrollaría un nuevo capítulo. Necesitaba dormir.

Cuando llegó a su camarote, al encender la luz, vio una cajita que se había caído de la maleta donde guardaba sus pertenencias. Era el regalo que le había dado el padre Darby. La recogió y la abrió.

Dentro había dos monedas romanas similares a las que hizo alusión Jesús cuando dijo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.» Joshua se echó a reír. El sacerdote tenía un buen sentido del humor. Joshua recordó la observación que había efectuado en una ocasión, mientras hablaba con el cura sobre su iglesia. Había dicho que, al designar al rey de Inglaterra jefe de la Iglesia, los obispos no sólo habían violado el mandato de Jesús, sino que habían traicionado su responsabilidad sagrada, entregando el reino de Dios al César.

CAPÍTULO 19

El Morning Star llegó a Ostia al atardecer. Los pasajeros miraban desde la cubierta, embelesados por el grandioso espectáculo de la ciudad antigua que se levantaba sobre la costa. Casas en hermosos colores pastel que parecían apoyarse unas sobre otras, el tono verde esmeralda del agua, que transparentaba el fondo, una brisa fresca que barría su superficie. Estaban ansiosos por desembarcar para comenzar a explorar toda esa belleza que se desplegaba ante ellos.

La vieja nave echó anclas. El capitán se despidió de los pasajeros, que desfilaron delante de él. Estrechó afectuosamente la mano a Joshua y, en el último momento, le dio un abrazo. Michael, de pie al lado del capitán, siguió su ejemplo. Ambos agradecieron a Joshua todo lo que había hecho y le desearon suerte. El médico, que iba a pasar unos días en Roma, preguntó a Joshua si necesitaba que lo llevara. Joshua aceptó, contento. No tenía mucho dinero y se habría visto obligado a ir a pie.

El trayecto hasta Roma fue breve. El médico le dijo que había pensado mucho sobre la conversación de la noche anterior y que había escrito el informe exponiendo los hechos tal como habían ocurrido. Se alegraba de haberlo hecho, aunque acababa de desentrañar el significado de todo aquello. Había sido una experiencia conocerlo. No creía que volviera a conocer a nadie semejante a él, jamás.

Joshua le aconsejó que no fuera duro consigo mismo. Era un hombre bueno y, con el tiempo, ubicaría las piezas del rompecabezas en su lugar y encontraría la paz.

El médico dejó a Joshua cerca de la plaza de San Pedro. Después de despedirse, Joshua tomó su maleta y se dirigió a la inmensa plaza, contemplando con los ojos bien abiertos la magnificencia y el esplendor del tributo que había rendido la cristiandad a la majestad de Dios.

La plaza, con su pórtico coronado de enormes estatuas de santos, parecía tenderse como abrazando el mundo, y la gigantesca basílica que se elevaba frente a él se le presentó aún más magnífica que el templo de Jerusalén. Sus pensamientos erraron por atrios similares, infinitamente más pequeños, rebosantes de personas, de sacerdotes y fariseos con sus mantos flotantes. El recuerdo de la mujer sorprendida en adulterio cruzó por su mente. Todo se le antojó entonces diminuto comparado con las dimensiones de ese monumento erigido para glorificar a Dios.

Se dirigió a la basílica caminando sobre los adoquines de la plaza. La gente iba de un lado a otro, mirando aquí y allá, tratando de absorber todo lo que abarcaban sus ojos. El espacio estaba salpicado de clérigos de sotana negra que llevaban maletines. Joshua subió los escasos escalones de acceso y entró al enorme santuario. Observó la estatua de Pedro, cuyo dedo se había desgastado de tanto tocarlo, y sonrió. Miró hacia arriba, a la cúpula, y se quedó extasiado ante la representación pictórica de toda la Biblia. Recorrió las naves tomando nota de cada detalle de cada pintura y estatua. Escuchó música de órgano, porque el organista ensayaba un concierto para el servicio del domingo. Sobre el altar principal, un enorme resplandor de sol reflejaba la gloria del cielo. La imaginación y el genio del hombre se verían en apuros para mejorar esa representación del cielo, asequible al ojo humano. Los artistas habían logrado representar la majestad de Dios. «Pero -pensó Joshua-, ¿por qué se esfuerza tanto la gente en reproducir el cielo en la tierra y a la vez le resulta tan difícil captar el mensaje implícito en el hecho de que Jesús naciera en un establo? Le da más sentido a representar la majestad de Dios y halla más consuelo en una vida rodeada de poder y magnificencia que en una vida acorde con la sencillez del mensaje verdadero. No comprenden el auténtico sentido del Evangelio. Aun cuando prediquen la pobreza y el desinterés, al hacerlo en este ambiente, niegan la sinceridad del mensaje.»

Salió de la basílica y se dirigió a la calle lateral donde iba a alojarse.

La pensión era un viejo edificio de piedra, con una pesada puerta de madera reforzada con soportes de hierro.

Joshua entró y se presentó al anciano que atendía en la recepción.

Tras rellenar algunos papeles, el hombre le dio la llave de la habitación, que quedaba al doblar una esquina, después de un tramo de la escalera. Era la única habitación a la que conducía esa escalera. Joshua subió por ella y entró en la habitación. Era pequeña, con el espacio justo para una cama, una silla y una cómoda. Había un cuarto de baño sencillo, con ducha. No necesitaba más.

Dejó la maleta sobre la silla y se tendió en la cama para tomarse un descanso. Por fin estaba, allí. Al día siguiente, por la mañana, tendría la entrevista. A los pocos segundos dormía. Pensó en Auburn y en la gente sencilla de allá; pensó en la sinagoga, en Marcia y Aarón. Los echaba de menos y sentía nostalgia de todos los recuerdos que había dejado atrás.

Descansó sólo una media hora; luego se levantó, se lavó y salió a recorrer las calles de Roma. Vio a los vendedores, que ofrecían sus productos, pidiendo cada cual un precio distinto por los mismos objetos. Observó a los niños pequeños, niños cristianos, habitantes del centro de la cristiandad, indisciplinados, ocupados en trabajos que ningún niño debería siquiera conocer. Se le acercaban muchachas vestidas con ropas exóticas que lo invitaban a acompañarlas. Le fascinaron los carros pequeños que circulaban a toda velocidad por las estrechas calles, eludiendo milagrosamente a las ancianas que intentaban desesperadamente cruzar la calzada. Vio clérigos de sotana que caminaban de dos en dos, comentando excitados los sucesos del día. Le divirtió la solemne iglesia protestante y el llamativo lema que lucía en la fachada, «Lux in tenebris lucet» («La luz que brilla en las tinieblas»).

Un pequeño restaurante atrajo su atención. Se acercó a mirar los precios. El menú era un poco caro, pero como tenía hambre, entró de todos modos.

Un camarero de traje negro, con una servilleta blanca sobre el brazo, se aproximó a él. Al advertir por sus rasgos que no era italiano, le preguntó en un mal inglés qué deseaba comer. Una ración completa de fideos con salsa marinada y un vaso de frascati. El hombre anotó el pedido y volvió con un pan pequeño y un plato de ensalada.

Joshua echó una mirada a su alrededor. Había escenas de Nápoles y de Capri pintadas en las paredes y mesas cubiertas con primorosos manteles rojos y blancos. En el centro de cada una de ellas una botella grande de chianti sostenía una vela que contribuía con su luz a crear un ambiente cálido y

agradable. Una pareja de enamorados conversaba con actitud íntima en un rincón del salón, tomando un cappuccino con bollos. Joshua se sintió solo.

El camarero le llevó un humeante plato de fideos. Luego abrió la botella de frascati, sirvió un poco en el vaso y se lo ofreció para que lo probara. Joshua dio su aprobación y el camarero le llenó la copa. Después de darle las gracias Joshua se aseguró la servilleta en la camisa y pasó a atacar la gigantesca ración de fideos rezumantes de salsa roja. Tenía hambre y comió con deleite. El camarero le dejó sobre la mesa un bol de queso rallado.

De vez en cuando hacía una pausa y tomaba un poco de vino. Disfrutó la comida y así se lo hizo saber al camarero.

Después de la pasta, tomó sólo una taza de café *espresso*. Pagó la cuenta, dejando una generosa propina y salió. Eran casi las nueve y media. Recorrió algunas calles un rato, admirando las luces de colores y mirando a la gente sentada a las mesas de las terrazas. Luego volvió a la pensión y se acostó.

El día siguiente fue caluroso. Los motores de carros y camiones sustituyeron con su rugido el canto de los pájaros a la salida del sol. Joshua se despertó temprano y fue a desayunar a un pequeño restaurante.

Estaba citado en el Ufficio a las nueve y media. Éste no quedaba lejos, de modo que tenía tiempo suficiente. Después del desayuno, caminó hasta la entrada de la ciudad del Vaticano. Dos guardias suizos de reluciente vestimenta le pidieron el documento de identidad. Les dijo su nombre y que tenía una cita con el cardenal Riccardo, pero ellos exigieron algún documento. La única identificación de que disponía era una carta del cardenal. Bastaría con eso. El guardia miró la carta y le permitió pasar.

Subió la escalera que llevaba a la primera oficina. Allí dijo quién era y expuso el motivo de su presencia. El hermano que lo atendía realizó una llamada y después le dio un pase, explicándole adónde debía ir. Aparte de ello, indicó a un auxiliar que lo acompañara por el palacio.

En la puerta del salón donde celebraba sus visitas la Congregación de la Doctrina de la Fe, había un centinela de guardia que controlaba los documentos de quienes entraban. Al ver el pase que le habían dado, le permitió entrar. Eran exactamente las nueve y veintiocho minutos. Los miembros de la curia estaban de pie, conversando entre ellos. La sala tenía un techo alto con molduras de mármol muy ornamentadas. El suelo, también de mármol, estaba cubierto con una gran alfombra persa en el centro. Del techo pendía una araña.

Había una larga mesa cubierta por una gruesa tela de terciopelo rojo oscuro en cuyo centro destacaba una gran silla de obispo. Delante de cada silla había blocs de papel y algunos lápices cuidadosamente dispuestos.

Cuando entró, nadie se adelantó a recibirlo. Algunos se volvieron hacia él y lo miraron, para reanudar enseguida sus conversaciones. Dos obispos de sotana negra con estola roja lo miraron asombrados por su extraño aspecto, y luego siguieron charlando. Joshua se sintió incómodo.

Exactamente a las nueve y treinta, entró un cardenal alto, anciano, de sotana negra. Era un hombre de setenta y cinco años de aspecto afable, con una poblada cabellera blanca que restaba edad a su apariencia. Cuando entró todos fueron a ocupar sus puestos, mientras el cardenal se dirigía a la silla reservada en el centro.

A unos tres metros de la mesa, había un banco. Uno de los clérigos indicó con un gesto a Joshua que se sentara allí. El cardenal comenzó ofreciendo una oración, en la que solicitaba ayuda en la seria tarea que estaban a punto de encarar. Oró pidiendo que el proceso se llevara a cabo con caridad y justicia y que prevaleciera la verdad. La oración iba dirigida a Jesús. Todos respondieron «amén».

-Señor -dijo el cardenal mirando a Joshua-, soy el cardenal Riccardo. Éstos son mis colegas. Sus nombres están escritos delante de sus respectivos puestos. ¿Tendría la bondad de darnos su nombre y su dirección?

-Mi nombre es Joshua. Hasta hace poco vivía en un pueblo de Estados Unidos. Pero ya no vivo ahí. Mi dirección actual es Via Sforza Pallavicini, Roma, Italia.

-¿Cuál es su apellido? -preguntó el cardenal.

-Mi único nombre es Joshua -respondió él.

Joshua -prosiguió el cardenal, comprendiendo que no obtendría otra respuesta-, tenemos ante nosotros extensos informes que nos hacen saber de que usted ha estado comentando asuntos teológicos con personas católicas dependientes de ciertas parroquias. ¿Es esto verdad?

-No entiendo, cardenal, qué quiere decir con teología. Nunca me he puesto a hablar sobre temas teológicos. Sólo trabajo en mi oficio de artesano en madera. Cuando mis clientes vienen a visitarme, charlamos. Hablamos de muchas cosas. Hablamos de la gente, de los problemas de la gente, de Dios y los obstáculos que se les presentan cuando quieren cumplir la voluntad de Dios. Soy un hombre sencillo y respondo de manera sencilla y sincera cuando la gente me pregunta por lo que creo.

-Cuando habla de Dios, de las cosas de Dios y de la Iglesia, habla de teología. ¿Usted habla de esas cosas? -preguntó el cardenal Riccardo.

-Cuando una persona está preocupada y confusa con motivo de su religión y me pregunta qué pienso, se lo digo -contestó Joshua.

-¿Qué dice?

-Le digo que Jesús vino a dar sentido a la vida de las personas y que su mensaje debería darles paz y alegría. No deberían sentirse confusos, temerosos y llenos de culpas a causa del mensaje de Jesús.

-¿Eso es todo lo que les dice? -preguntó un obispo de mediana edad.

-No. La gente me pregunta qué pienso de la religión tal como se practica hoy en día y yo les contesto sinceramente.

-¿Qué le dice? -insistió el obispo.

-Le digo que la religión no es algo desgajado de la vida. Es su propia vida, bien vivida o mal vivida. Jesús dijo que todas las personas son libres y deberían disfrutar de su relación con Dios y encontrar alegría y paz en sus vidas. Pese a ello, a menudo se enseña el mensaje de Jesús como un conjunto de dogmas carentes de vida y de leyes rígidas que exigen su cumplimiento so pena de horribles castigos. Eso destruye la belleza del mensaje de Jesús y aparta a la gente de Dios.

-¿Se refiere a la Iglesia cuando dice eso a la gente? -preguntó uno de los teólogos.

-Me estoy refiriendo a aquellos que enseñan el mensaje de Jesús de esa manera. La Iglesia enseña cosas hermosas, pero todo queda en el papel. El amor de Dios no se predica como debería ser predicado, ni tampoco se predica a la gente la belleza de la vida de Jesús, de modo que crece sin tener el consuelo de saber que Dios le quiere y le acepta como un padre o una madre aceptan a una criatura díscola pero bien intencionada. Se supone que la Iglesia es la presencia viva de Cristo entre los hijos de Dios, pero a menudo la gente no ve más que la indiferencia y la arrogancia de pastores cascarrabias que sienten escasa compasión por la gente que sufre o que ha sufrido un tropiezo.

-¿Dice que todos los sacerdotes son así? -preguntó un joven teólogo de calvicie incipiente.

-Por supuesto que no -respondió Joshua-. Hay sacerdotes que se entregan con todo el corazón y el alma a la verdadera obra de Dios, aunque no sean muy numerosos. Son muchos los que disfrutan con el prestigio y el honor del sacerdocio y, como los fariseos de antes, se congratulan de ocupar un lugar de honor en público y ejercer el poder que acompaña a la autoridad. Consideran a las personas

como súbditos, sujetos inferiores obligados a hacer lo que se les ordena. Tal actitud es ofensiva, no sólo para la gente, sino para el mismo Dios. Incluso los obispos son propensos a actuar como jefes de estado y casi han abandonado a su suerte las comunidades cristianas que sufren por la falta de orientación y no hallan el sentido que deberían tener sus vidas como hijos de Dios. Dichas comunidades están con frecuencia gobernadas por pastores insensibles y arrogantes que con total impunidad perjudican a la grey y causan un mal irreparable a los fieles de Dios. Esto ocurre porque la Iglesia no tiene un verdadero interés por las comunidades cristianas. Está demasiado inmersa en los asuntos de las redundantes obras de caridad de su extenso imperio. La función de los dirigentes religiosos es inspirar la ejecución de obras de caridad, pero sin abandonar a los cristianos para centrarse en la organización de sus propios operativos masivos. La tarea principal de los obispos es ofrecer guía y orientación a los sacerdotes, pero a la hora de la verdad invierten poco tiempo en compartir las cargas y problemas de las diferentes parroquias.

-¿Puede precisar un poco, Joshua? -pidió un astuto sacerdote más entrado en años-, ¿piensa que esto se debe sólo a una peculiaridad de ciertos individuos o a la manera como está estructurada la Iglesia?

-Creo que probablemente se debe a ambas cosas. Son demasiados los que necesitan el poder y la autoridad para imbuir de sentido su tarea. El espíritu de autoridad parece tener una honda raigambre en la Iglesia, y el dirigir instituciones fácilmente provoca una sensación de autoridad.

-¿Usted se opone a la autoridad? -preguntó el mismo sacerdote.

-No, la autoridad es necesaria, pero es esencial que se comprenda bien la autoridad. El concepto de autoridad de Jesús se aparta del que comúnmente se tiene en el mundo. Las autoridades de la Iglesia se han mostrado demasiado ansiosas por ejercer la autoridad como la entiende el mundo y no como la enseñó Jesús.

-Parece estar bastante enterado de lo que enseñó y no enseñó Jesús -observó con sarcasmo un joven e impetuoso teólogo-. Díganos cuál es la autoridad que a su parecer enseñó Jesús.

-Jesús enseñó que sus apóstoles y pastores debían ser como luces en la oscuridad que darían luz e inspiración al rebaño y lo tratarían, no como un conjunto de seres inferiores o súbditos que deben ser gobernados, sino como hermanos y hermanas que a veces necesitan una comprensión piadosa y a veces, raras veces, una amonestación firme cuando ponen en peligro a otros. Eso no es equivalente a considerar a la gente como súbditos que hay que gobernar mediante normativas y decretos como hacen los funcionarios civiles con los habitantes. Ese tipo de autoridad no tiene cabida en la Iglesia. Degrada a las personas y crea un sistema de castas, que es totalmente ajeno al pensamiento de Jesús. Jesús vio esta tendencia en los apóstoles. Por eso les lavó los pies la noche antes de morir, para grabar en sus mentes que debían ser humildes y no mandar a la grey sino servirla. No son muchos los que sienten vocación de servicio.

El cardenal Riccardo, que observó atentamente a Joshua en el transcurso de ese diálogo, percibió la sencilla humildad de aquel hombre y su total indiferencia hacia cualquier intención de polémica. No parecía obstinado; simplemente creía en lo que decía. ¿No era aquella sin embargo una característica común en todos los reformadores radicales? Atraían a la gente con esa misma sinceridad. Joshua, con todo, no acababa de encajar en ese modelo. Un sello genuino de verdadera comprensión y solicitud lo diferenciaba de los radicales y los descontentos. Sus largos años de experiencia habían enseñado al cardenal a penetrar en lo más íntimo de las personas que interrogaban. No obstante, advertía que los sacerdotes más jóvenes no veían en Joshua lo que él percibía. Para ellos era sólo un opositor intelectual que debía ser destruido o denunciado como impostor o como un peligro para la Santa Madre Iglesia. Al anciano no le gustaba nada el cariz que iba tomando el interrogatorio. Pero no podía hacer gran cosa, porque todos tenían libertad para intervenir.

Uno de los obispos que había estado escuchando formuló otra pregunta a Joshua:

-Noto que siente una honda preocupación por la Iglesia. ¿Sus observaciones están inspiradas por su solicitud por la gente o por un encono hacia los dirigentes de la Iglesia?

La pregunta era diabólica, y Joshua lo sabía. Le recordó a los abogados de otros tiempos, tan aficionados a disponer trampas.

-Me preocupa que el espíritu del amor de Jesús haya sido relegado una vez más por una ley.

-¿Piensa que la Iglesia tiene autoridad para legislar y decretar? -preguntó el obispo.

-Jesús dio autoridad para atar y desatar, pero ésta es una autoridad que debe usarse con sabiduría, por el bien de la grey. No debe ser ejercida de manera arbitraria ni como la base habitual de relación con los cristianos.

-¿Le parece que se usa arbitrariamente? -preguntó el obispo.

-Cuando uno repasa la historia, es difícil pensar que no.

-Pero las cosas han cambiado -señaló el prelado.

-Las circunstancias pueden haber cambiado, pero el ansia de controlar y dominar adopta formas diversas.

-Usted parece incluir sutilmente al Santo Padre en esta acusación general -observó el obispo.

-Nunca he tratado personalmente al Santo Padre, pero, a juzgar por lo que he visto desde mi llegada a Roma, cuesta aceptar que el espíritu de humildad oriente las vidas de quienes viven aquí.

-¿Eso debe interpretarse como una crítica al Santo Padre? -preguntó un sacerdote.

-En absoluto. No lo conozco. Dicen que es un hombre bueno y un apóstol consagrado -puntualizó Joshua, midiendo sus palabras.

-Acaba de hacer mención al ambiente. ¿Qué intenta decirnos? ¿Piensa que el ambiente no es acorde con las enseñanzas de Jesús? -inquirió el mismo sacerdote.

-Usted mismo lo ha dicho. Las casas donde vive la gente reflejan la opinión que cada uno tiene de sí mismo. Jesús predicó la humildad y la vida sencilla entre sus apóstoles. Aun cuando quienes ahora viven y trabajan aquí no construyeron estos edificios, sí optaron por instalarse aquí y también por adoptar su vida a este ambiente.

-¿Y qué quiere decir eso? -preguntó con mordacidad el mismo sacerdote.

-Que el estilo difiere poco del de los palacios de los reyes y gobernantes de este mundo, contra el que Jesús previno a sus discípulos.

-¿Piensa, entonces, que quienes viven aquí, incluido el Santo Padre, llevan un estilo de vida prohibido por Cristo? -preguntó el sacerdote.

-No tengo la pretensión de juzgar su estilo de vida. Cada cual sabe si es fiel o no a las enseñanzas de Jesús.

-Pero usted afirma que todo aquel que viva o trabaje en este ambiente necesariamente adapta su vida a él. El Santo Padre vive aquí y trabaja aquí, de manera que, según su propia lógica, lleva un estilo de vida que no coincide con el espíritu de Jesús -concluyó con tono triunfal.

-Usted lo ha dicho, no yo. Un rey humilde puede vivir en un castillo y seguir siendo un hombre humilde sin interés en sus posesiones. Un sucesor de Pedro humilde puede vivir aquí, y a pesar de ello, conservar la humildad. No obstante, las mismas paredes comunican un mensaje, un mensaje de poderío mundano y de autoridad. Y esa autoridad y ese poder conforman la imagen de la persona que habita entre ellos, de modo que es posible ofrecer dos mensajes, el verdadero y otro involuntario. Esa ambigüedad es lo que confunde a la gente y empaña la pureza del mensaje de Jesús.

Joshua era sagaz. No podían atribuirle nada herético, ni tampoco rebeldía. Era obvio que criticaba la forma de vida y comportamiento de las autoridades eclesiásticas. No había modo de evitar esa impresión, ni tampoco él quería negarla. Estaba allí por un motivo, no sólo para luchar o dar respuestas evasivas. Tenía un propósito, y ese propósito no debía ser frustrado.

El interrogatorio continuó:

-¿Cuando estaba en su pueblo hablaba de estos asuntos con las personas que lo visitaban? -preguntó un obispo.

-No, no habría tenido sentido.

-¿Alguna vez dijo que Jesús nunca se propuso que la enseñanza de la religión adoptara la forma que tiene hoy? -quiso saber el mismo obispo.

-Sí.

-¿Les dijo que, como hijos de Dios, son libres y que nadie puede quitarles esa libertad?

-Sí.

-¿Y les dijo que sus pastores violaban las enseñanzas de Jesús al gobernar a los cristianos tal como lo hacen?

-No, eso confundiría a la gente y sería contraproducente.

-Pero sí les dijo que Jesús jamás quiso que la religión fuera lo que es hoy. ¿No es así?

-Sí.

-Y al decir eso, les estaba diciendo que no se enseña adecuadamente la religión. ¿No es así? -continuó el obispo.

-No he dicho eso -repuso Joshua con calma, pese a la indignación que le producía el que aquel hombre hiciera decir lo que él no había dicho.

-Pero lo sugería de modo implícito. ¿A qué otra conclusión se puede llegar?

-Yo no expliqué cómo la religión se convirtió en lo que es, ni quién tiene la culpa, si los padres o los sacerdotes o los maestros. ¿Y no es cierto que muchas personas tienen ideas falsas sobre la religión? -preguntó Joshua.

-Somos nosotros quienes hacemos las preguntas -le recordó el obispo con sequedad.

Entre los miembros más jóvenes del tribunal crecía la agitación. Los mayores habían pasado por estos interrogatorios una y otra vez, y todos se parecían mucho; ellos ya estaban inmunizados contra las insinuaciones y las inferencias. A ellos les preocupaba ante todo discernir si un determinado predicador constituía una amenaza para la fe de la gente y si mantenía una actitud hostil con la Iglesia. A los más jóvenes les interesaba discutir los puntos más sutiles de la teología.

El joven teólogo de calvicie incipiente le dirigió la siguiente pregunta:

-Joshua, usted ha afirmado antes que la Iglesia gobierna por medio de normativas y decretos. ¿Puede dar un ejemplo que aclare lo que quiere decir con eso?

-Tomemos el caso del matrimonio. Jesús nunca dijo que los cristianos tuvieran que casarse ante un apóstol o un sacerdote. Sin embargo, ustedes dictaminan que si un católico no se casa ante un sacerdote el matrimonio no es válido y la pareja vive en pecado. Eso es una arrogancia que niega a las personas el derecho a elegir por sí mismas. Mucha gente puede tener una buena razón para no querer casarse ante un sacerdote. Puede que no estén seguros de su fe, o que su fe aún no haya madurado. O quizá tengan conciencia de que no son buenos cristianos y consideren por ello que sería un acto de hipocresía casarse por la Iglesia. ¿Cómo pueden ustedes decir que Dios no acepta ese matrimonio o que viven en pecado? Para una pareja llena de fe y de amor por Dios, puede ser un hermoso gesto confiar sus vidas el uno al otro ante la presencia de la comunidad cristiana y de un sacerdote, pero convertirlo en una obligación no es ni sano ni alentador, y es una burla hacer de las vidas de las parejas piedras de escándalo. La religión es hermosa sólo cuando emana libremente del corazón. Por este motivo, deberían guiar y alentar la conducta, pero no legislarla. Es un abuso moral que en nada sirve a Dios, amenazar a la gente con la ira de Dios cuando no sigue las reglas que ustedes imponen. Ustedes son pastores y guías, no los jueces últimos de la conducta humana. Esa función le corresponde sólo a Dios.

Todos quedaron impresionados por estas palabras. Hasta el cardenal dio un respingo, lo cual no le impidió escuchar con atención y comprender que no estaba lejos de la verdad. En realidad no había motivo para que la Iglesia tuviese que sostener una normativa tan rígida sobre el matrimonio, y era cierto que eso producía angustia en muchos. No obstante, estaba pisando un terreno muy peligroso, y eso podía resultarle perjudicial.

-¿Tiene otros ejemplos? -preguntó el mismo sacerdote.

-Tomemos el caso de una pareja casada que se está destruyendo mutuamente. En el pasado ustedes decían que no podían divorciarse. Pero ahora dicen que les concederán la anulación para que puedan casarse otra vez, apoyando su decisión en el hecho de que no hubo un verdadero matrimonio y que la relación era destructiva. Durante el proceso examinan los detalles íntimos de su vida sexual y llaman testigos para declarar lo que saben de las relaciones entre las parejas. Sin embargo, ustedes reconocen que no conceden la anulación sino que más bien deciden la inexistencia de una base sólida para la relación afectiva. ¿No creen que la pareja ya lo sabe? ¿En qué ayuda que los sacerdotes inspeccionen los detalles íntimos de la vida de las personas? Eso es lo que hacían los fariseos para mantener el control sobre la gente y exigir que les rindieran cuentas por su conducta.

Y si una pareja no se presenta ante ustedes y se divorcia y alguno de los dos vuelve a casarse, ustedes dicen que comete adulterio. ¿Cómo pueden decir que comete adulterio si saben a conciencia que el matrimonio previo era pernicioso y los estaba destruyendo? ¿Simplymente porque no les permitieron observar que el matrimonio no funcionaba? ¿Cómo piensan que podrán controlar tantos millones de relaciones y comprometer a tantos miles de personas en esta tarea de valor dudoso, cuando hay incontables millones de almas que necesitan la predicación del Evangelio e innumerables millones de cristianos que se apartan de Dios porque se los descuida? ¿No es mejor dejar que sea Dios quien juzgue los detalles íntimos de las vidas de la gente y dedicarse a la tarea de llevar el mensaje de Jesús a los millones de personas que necesitan oírlo?

La lógica era apabullante. El tribunal había quedado pensativo mientras Joshua hablaba, comprendiendo que en lo que decía había mucha verdad, sin ningún asomo de arrogancia o cinismo. Toda su *manera*, que reflejaba una honda preocupación por la Iglesia y su obra, inspiró la siguiente pregunta.

-Joshua, ¿qué idea tiene de la Iglesia?

-La Iglesia es la esposa de Jesús. Es la compañera destinada a transmitir el amor y la solicitud de Dios a las vidas de las personas. Es su presencia viva a lo largo de la historia. Por eso debe realizar un gran esfuerzo para mostrar la ternura y la solicitud de Jesús hacia aquellos que sufren, en lugar de centrarse en su poder legal y judicial, que con demasiada frecuencia sólo sirve para atemorizar a la gente y apartar las ovejas de Dios.

El cardenal estaba conmovido, aunque se mantenía en silencio. Se retorció las manos sobre las rodillas, con creciente inquietud por el curso que tomaba el interrogatorio. Era un hombre anciano y ya no soportaba más aquella confrontación cargada de animosidad. Además, Joshua era distinto del resto. Había en él una bondad y una solicitud que llenaba de sentido lo que decía. Su intención no era destrozar ni derruir sino hacer pensar a la gente, y eso era bueno.

-Si tiene tan elevada idea de la Iglesia, ¿por qué es tan crítico con ella? -preguntó con rudeza uno de los jóvenes.

-Porque me interesa -respondió Joshua, fatigado.

-Si le interesa, ¿por qué provocó esa agitación en el lugar donde vivía?

Antes de que Joshua pudiese contestar, el cardenal, que se enjugaba el rostro con el pañuelo, sufrió un ataque y cayó. Su cabeza chocó con un ruido sordo sobre el terciopelo de la mesa, provocando la alarma general. Todos se asustaron. Los dos obispos que tenía a su lado se volvieron hacia él, sin saber qué hacer.

En silencio y con calma, Joshua se levantó de su banco y tras aproximarse, se inclinó sobre el cardenal, aplicó una mano sobre su cabeza y le acarició el rostro. El brazo izquierdo del cardenal colgaba inerte; la mitad del rostro estaba floja y deforme. Cuando Joshua lo tocó, el cardenal sintió una mano que lo acariciaba, y también que la vida le volvía al cuerpo y desaparecía la parálisis del brazo. En ese instante llegó el joven teólogo, que arrancó a Joshua de allí, dándole un fuerte empujón que casi le hizo perder el equilibrio.

-Apártese de él y vuelva a su banco -le ordenó con malos modos.

Ya entonces el cardenal pudo levantar la cabeza y ver lo que ocurría. Sus ojos se encontraron con los de Joshua por un breve instante, y el cardenal comprendió. «Dios mío, ¿es posible? ¿Puede ser que la historia se repita?», pensó. El cardenal se vio así mismo en el papel del sumo sacerdote y al joven teólogo como el sirviente del sumo sacerdote que abofeteó a Cristo, y sintió vergüenza e impotencia.

Ya había vislumbrado algo hermoso en Joshua. Había percibido una dignidad serena rayana en la majestad, pero en ese momento lo comprendió todo. Los otros miembros de la curia propusieron un aplazamiento de la sesión, pero él insistió en que se encontraba perfectamente. Al decirlo miró a Joshua y luego bajó la vista avergonzado.

-La sesión continúa -anunció.

A partir de ese momento, el cardenal procuró decididamente descargar a Joshua de toda responsabilidad y trató con un sinfín de medios y argucias de cambiar la opinión del tribunal. Pero fue en

vano. El interrogatorio se alargó hasta la tarde y entonces, cuando todos estuvieron satisfechos con la información que habían acumulado, el cardenal levantó la sesión.

Mientras abandonaban la sala, el cardenal se acercó a Joshua y le dio las gracias. Éste le recomendó, con una sonrisa, que no se lo dijera a nadie. Uno de los obispos distrajo al cardenal y lo enfrascó en una conversación, de modo que Joshua salió solo. Una vez terminada la sesión, nadie pareció interesarse mucho por él. El interés que había despertado era meramente profesional y objetivo. Ni siquiera le preguntaron si quería comer o beber algo. Para ellos era tan sólo un caso. Esa actitud era un ejemplo más del enfoque casi inhumano de la religión, la cual constituía el modo de vida de tantos que se habían dedicado a hacer una carrera en ella. Las personas no eran importantes, pero la lealtad a la institución y la eficiencia en demostrar esa lealtad eran condiciones imprescindibles para prosperar en el escalafón.

El asistente que estaba en el escritorio le dijo a Joshua que si lo necesitaban lo citarían de nuevo, por lo cual debía permanecer cerca de su pensión. Joshua salió a la plaza bañada por el sol y buscó un lugar donde comer.

Después de almorzar, el cardenal Riccardo pidió una audiencia con el Santo Padre. Era muy importante. Le dijeron que podía verlo a las cuatro y media en su biblioteca. Estaba ansioso por contarle lo que había ocurrido.

El Santo Padre fue amable y escuchó con paciencia.

-Santo Padre -comenzó el cardenal-, estoy sumamente afligido por lo sucedido en el interrogatorio de hoy. Nunca había vivido una experiencia igual. Este hombre, Joshua, como se hace llamar, aparentaba ser un hombre simple y sin educación, pero cuando lo interrogamos demostró una comprensión profunda de las cosas de Dios y una intuición que, estoy convencido, contaba con su inspiración. Comprendo que el informe lo mostrará crítico con la manera como dirigimos la Iglesia, pero yo veo que tras cada una de sus afirmaciones hay una gran sabiduría, y opino que quizá deberíamos escucharlo. Me parece que el tribunal se va a pronunciar en su contra, y de él tengo la premonición de que, si lo condenamos, este episodio será recordado en la historia como una hora negra para la Iglesia.

El Santo Padre observaba al cardenal mientras hablaba. Llevaba largo tiempo allí y aunque desempeñaba de modo satisfactorio su trabajo, comenzaba a acusar la edad. Siempre había sido un hombre compasivo, pero no se puede dirigir una institución como la Iglesia a partir de la compasión. Tenía que haber orden y disciplina. Cuando el cardenal terminó de exponerle el caso, el Santo Padre le dijo que leería el informe con todo cuidado antes de tomar una determinación.

Comprendiendo que el Papa lo estaba despidiendo, el cardenal le contó lo que le había ocurrido durante la sesión. Tras escucharlo cortésmente, el pontífice arguyó con diplomacia que, a su modo de ver, aunque el suceso fuera importante para él, no guardaba relación alguna con la vista y no debía influir, por tanto, en la decisión. El cardenal Riccardo había pensado que podría hablar con el Papa de hombre a hombre pero el condicionamiento legal del Papa era un obstáculo insuperable. Le preguntó al Santo Padre si por lo menos vería a Joshua y hablaría con él. El Papa por fin accedió y agradeció al cardenal su preocupación. Éste le dio a su vez las gracias y se retiró.

CAPÍTULO 20

El capitán Ponzelli había tratado en vano de ponerse en contacto con su tío en el Vaticano. El secretario le repetía una y otra vez que el cardenal estaba ocupado con audiencias y que en cuanto estuviera libre lo llamaría. El capitán estaba desalentado porque había abrigado esperanzas de que su tío le echara una mano a Joshua, sin siquiera soñar que era precisamente quien presidía las actuaciones contra él.

Una vez concluido el interrogatorio, el cardenal llamó a su sobrino y lo invitó a su apartamento. En ese momento no tenía mucho tiempo para hablar, pero podría pasar toda la tarde con él al día siguiente.

A la mañana siguiente llegó a la pensión de Joshua un mensajero que le dejó un pase para una audiencia con el Santo Padre. Joshua quedó encantado. La audiencia era a las once y media, esa misma mañana. Como todavía faltaban dos horas, decidió tomar un autobús hasta la colina Janícula, que domina Roma.

Joshua llegó a un lugar desde donde se tenía una vista panorámica de toda la ciudad de Roma. Toda la historia de la civilización cristiana se desplegaba ante él. La vista le recordó el monte de los Olivos que preside Jerusalén. Las dimensiones eran, sin embargo, distintas. En ese escenario cabían muchas Jerusalén. Joshua permaneció largo rato pensativo. Pensó en la Iglesia naciente, luchando por sobrevivir. Pensó en las persecuciones. Pensó en las conversiones forzadas de paganos al cristianismo y en las herejías, las investigaciones de las creencias de los sospechosos de ser cristianos, las prisiones, las torturas, los papas-generales, que al frente de un ejército mataban en batalla a otros cristianos. Pensó en la proclamación de dogmas, y en la condena y excomunión de los que rehusaban creer. Pensó en san Francisco y en los numerosos santos cuyos pies habían pisado aquel suelo sagrado. Miró los magníficos santuarios diseminados ante él y vio la fe sencilla de la gente cuyo genio había levantado esos monumentos a la fe.

Joshua recordó días del pasado y la triste visión de su amada ciudad. «Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces te habría cobijado como una gallina cobija bajo las alas a sus polluelos, pero tú no lo quisiste. Y se te acercan los días en que tus enemigos construirán murallas a tu alrededor y te abatirán, sin dejar piedra sobre piedra, porque no reconociste el día de tu castigo.» Joshua cedió al llanto. Jerusalén... Roma... Una no lo reconoció en persona. La otra no lo reconoció en espíritu. Ambas lo rechazaron de distinta manera, incapaces de captar el sentido de su venida ni el espíritu de su mensaje. El sistema legal de doctrina y moral contra el que tanto luchó en el judaísmo, y que fue causa de los últimos hechos de su vida en la Tierra, resurgió en la Iglesia y sustituyó el espíritu vivo de la buena nueva. Su gran misión de aportar una nueva concepción de la vida humana, de insuflar una esperanza nueva a la civilización, demostrando al mundo que ser cristiano era algo radicalmente novedoso, y que la familia de naciones podía ver en el mensaje de Jesús un nuevo lazo de amor capaz de unir a todos los hombres en uno, esa visión quedó apresada en una burocracia que no hacía sino remedar las formas y los métodos de los gobiernos terrenales.

La visión se desvaneció. Viendo que se hacía tarde, volvió a la ciudad y se encaminó al Vaticano. El guardia suizo lo reconoció, pero aun así esperó a que le mostrara su identificación, que esta vez consistía en la invitación a la audiencia papal. Después de leerla le permitió entrar. Lo condujeron por numerosos corredores abovedados hasta llegar a la habitación donde trabajaba el Santo Padre. Un asistente lo acompañó adentro y le indicó que se arrodillara al acercarse al Sumo Pontífice.

-¿Arrodillarme, para qué? -preguntó Joshua, perplejo.

-Es la norma, señor -contestó amablemente el hombre.

-No puedo imaginar a Pedro deseando que alguien se arrodillara ante él -comentó Joshua, como para sí.

Cuando entró, el Papa estaba sentado frente a su escritorio en el otro extremo de la habitación. Vestía una sotana blanca y llevaba la cabeza descubierta. Cuando Joshua llegó a la mitad de la estancia, el Papa se puso de pie y rodeó el escritorio para recibirlo. Fue una gentileza de su parte. El ayudante volvió a decirle a Joshua que se arrodillara y que besara el anillo del Santo Padre. El Papa le tendió la mano. Joshua la tomó y la estrechó con profunda emoción.

-Su Santidad, éste es Joshua -le presentó el asistente.

-Hola, Joshua -lo saludó cordialmente el Papa.

-Es un gran placer conocerlo, Pedro -dijo Joshua, causando gran confusión al Papa. Después de hablar de cuestiones intrascendentes, el Papa le informó de que había recibido una copia de la transcripción del interrogatorio.

-Debo confesar que no me siento halagado ni satisfecho con lo que leí. El cardenal Riccardo tuvo una buena impresión de usted, pero es un hombre bondadoso y compasivo. ¿Por qué siente que debe decir esas cosas, joven? -preguntó el Papa a Joshua.

-Las digo porque son las cosas que Jesús enseñó, y no deberían constituir una sorpresa para nadie. En realidad, no alcanzo a comprender por qué causan tanta consternación -respondió Joshua con calma.

-¿Ha estudiado teología y tiene alguna titulación en teología? -preguntó el Papa.

-No, no pensé que necesitara un título académico para hablar de las cosas de Dios, pues éstas fluyen del espíritu humano con tanta naturalidad como el aire que respiramos. Como hijos de Dios que somos, son nuestra herencia común y son, de hecho, la base de nuestra misma vida.

-Hijo, no le falta seguridad en sí mismo. Veo en la transcripción que critica nuestro modo de vida y el ambiente que nos rodea aquí.

-No fue una crítica. Me pidieron que opinara y dije sinceramente lo que pensaba. Jesús enseñó a los apóstoles a ser humildes y a vivir con humildad y sencillez, no en palacios de reyes, ni a gobernar como reyes. Ha cambiado mucho a lo largo de los siglos, Pedro, y no siempre para mejorar. Recuerde que es con humildad y mansedumbre como se ganan almas para Dios, no elevándose por encima de las personas ni glorificándose. Además, Jesús instituyó doce apóstoles, no uno. Sus identidades han sido ensombrecidas y casi eclipsadas. Eso no está bien. Cada apóstol debe tener libertad para trabajar con su grey y resolver los problemas de su propio rebaño, con sus distintas culturas, lenguas y maneras de enfocar la vida. El Espíritu debe poder moverse libremente y ejercer su libertad de maneras y formas diferentes. Debe expresarse libremente a través de una variedad de dones y no encorsetado en una uniformidad estéril que satisface tan sólo la necesidad de seguridad que tiene el hombre.

Al Santo Padre le molestó la audacia de la descortesía en que incurrió ese hombre simple dándole un sermón. Ruborizado, le dijo a Joshua que su nombre no era Pedro. Le dijo que tenía mucho que aprender sobre la vida y sobre la Iglesia y que, si estaba dispuesto a aprender, debería tratar de practicar la humildad y ocuparse de su propia alma en vez de inmiscuirse en asuntos que quedaban por encima de su capacidad. El Santo Padre le dijo que en el futuro debía abstenerse de hablar de esas cosas y seguir las instrucciones que la Congregación le enviaría. Las conductas como la suya podían causar mucho daño a la Iglesia y apartar a la gente de Dios.

El Papa miró entonces al ayudante, que se acercó y, con gentileza, tomó a Joshua por el brazo. Joshua le dijo al Papa que había hecho mucho bien a la Iglesia y que sufriría mucho, pero que no debía caer en el desaliento porque su sinceridad le daría oportunidad de efectuar grandes cambios entre los hijos de Dios, unos cambios que servirían para honrar a Dios. Al salir, Joshua pidió la bendición de Dios para Pedro y le agradeció que le hubiera permitido conocerlo.

El Papa observó a Joshua mientras se marchaba, preguntándose qué clase de hombre podía tener el atrevimiento de predicar un sermón al Papa. Sin embargo, como decía el cardenal Riccardo, Joshua era un hombre humilde, exento de arrogancia y cinismo. El Papa quedó pensativo mientras Joshua se alejaba por el largo corredor.

Mientras Joshua estaba con el Santo Padre, el capitán Ponzelli llegaba al apartamento de su tío.

-Tío, es un placer verlo. Hace tanto tiempo... -dijo el capitán, cuando el cardenal Riccardo salió a recibirlos a él y al muchacho que lo acompañaba-. Me gustaría que conociera a un amigo mío, Michael Szeneth. Su padre es rabino y hace años que somos amigos.

-Bienvenido, hijo mío. Precisamente tengo un amigo aquí en Roma que es rabino. Quizá podamos verlo durante tu estancia aquí. Y ahora, Ennio, mi querido sobrino, cuéntame todo de ti. ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que nos vimos? Mi hermana me dijo que venías a Roma, pero por desgracia he estado muy ocupado con interrogatorios y no he tenido mucho tiempo libre.

-Tío, tengo tantas cosas que contarle que no sé por dónde empezar.

-Antes de que empieces -interrumpió el cardenal-, vayamos a un pequeño restaurante que conozco. Es más tranquilo que este lugar, con tanto teléfono y secretario que no paran de importunar. El restaurante quedaba justo a la vuelta de la esquina. En cuanto se sentaron y pidieron algo ligero, el capitán comenzó a relatar sus cuitas al tío. Le contó que su amigo, el obispo, le había pedido que le hiciera el favor de llevar a bordo a cierta persona y que la hiciera trabajar en el comedor para pagarse el viaje a Roma. Ese hombre había sido citado por el Vaticano para un interrogatorio. Se llamaba Joshua.

-Como favor al obispo, lo acepté a bordo y le asigné la tarea de servir las mesas. Me dejé guiar por el obispo y lo traté con frialdad, pensando que era un alborotador. A los dos días de viaje, Michael se cayó en la escalera y se rompió la nuca. El médico lo examinó, advirtió que los signos vitales eran débiles y trató de hacer lo que pudo. Pero Michael murió.

Todos salimos de la enfermería. Yo fui a la oficina de radio para enviar un mensaje. Cuando salía, vi que ese joven, Joshua, se dirigía a la enfermería. Me quedé a una discreta distancia, para ver qué iba a hacer. Entró en la habitación, dejando la puerta entreabierta, y fue hasta la mesa donde yacía Michael. Levantó la sábana que le cubría el rostro, lo llamó y le dijo que se despertara. Yo vi con asombro como Michael abría los ojos y se sentaba. Creí que me iba a desmayar.

El cardenal escuchó con atención mientras su sobrino refería otros detalles.

-Pero, tío, eso no es nada. Dos días después ocurrió la cosa más extraordinaria. Tuvimos un terrible temporal en alta mar. Soplaban vientos huracanados y caía una fuerte lluvia. Las olas zarandeaban el barco como si fuera un pedazo de madera a la deriva. Creí que se hundía. Al mirar la cubierta vi a alguien caminando por allí. No podía creerlo. Era Joshua. Pensé que iba a ser barrido por las olas. Pero cuando el barco se equilibró por un instante, él se irguió, tendió los brazos como si diera órdenes a la tormenta y gritó algo que no pude oír. El viento cesó de inmediato, la lluvia paró, las olas se calmaron y salió el sol. Tío, desde entonces no paro de pensar ¿podría ser? ¿Podría ser?

-Ennio, al oír lo que me dices, y sabiendo lo que yo mismo he descubierto, no me cabe la menor duda. Ojalá te hubiese visto antes de verme embarcado en ese interrogatorio. El hombre que interrogamos era Joshua. La vista tuvo un mal desenlace. Nadie lo comprendió, y fueron crueles con él. Hasta yo agregué mi parte, y me siento culpable por ello. Deja que te cuente lo que ocurrió.

Hacia la mitad de la sesión, empezaba a tener una buena impresión de Joshua. Sentí pena por él y por la manera como lo trataban. Comenzó a agobiarme tanto todo aquello que me encontré mal. De pronto me desplomé. Caí hacia delante y di con la cabeza sobre la mesa. No quedé totalmente inconsciente pero estaba confundido. Sentí que el brazo izquierdo me colgaba pero no podía levantarlo. Tenía un lado del rostro paralizado. Ni siquiera podía mover la lengua. Comprendí que estaba sufriendo un ataque. Quedé ahí, sin poder hacer nada. Luego noté que una mano me acariciaba la cabeza y la cara. Era Joshua. En cuanto me tocó, sentí que la fuerza y la vida volvían a mi cuerpo. Levanté la cabeza y lo miré. En ese mismo momento, uno de los sacerdotes lo empujó y le ordenó que se sentara. Yo estaba impresionado y sólo pude pensar en el sumo sacerdote y su sirviente. Me vi desempeñando el mismo papel y tuve un escalofrío de horror.

Indiqué que siguieran con el interrogatorio e intenté ayudar a Joshua. Pero no pude hacer nada. En el tribunal había mucha gente y yo no podía explicarles lo que había pasado. De todos modos, no me habrían creído. Comprendí que en realidad no se esperaba nada de mí, que todo formaba parte de un plan. Lo único que me cabía hacer era lamentar haber tenido alguna participación en él. Sí, Ennio, respondiendo a tu pregunta, no tengo la menor duda de quién era.

Michael escuchaba en silencio, pensando en todo lo que había oído y experimentado, convencido de que su propia vida no volvería a ser la misma.

-Tío, ¿dónde está ahora? -preguntó el capitán.

-Todo lo que sé es que se alojaba temporalmente en una pensión de la Via Sforza Pallavicini. Estoy de acuerdo con lo que estás pensando. Vayamos a visitarlo y a disculparnos por haberlo recibido con tanta descortesía.

El capitán dejó el dinero para las pastas y el café, y salieron del local. A los pocos minutos llegaban a la pensión.

-Su Eminencia -saludó obsequiosamente el portero cuando vio al cardenal-, es un honor tenerlo aquí. ¿Qué puedo hacer por usted?

-¿Hay aquí un hombre llamado Joshua?

-Sí, precisamente ha entrado hace unos minutos y acaba de pagar su cuenta. Ahora está subiendo esa escalera. Su habitación está arriba. En realidad era un viejo gabinete, pero no nos quedaba otra cosa.

Los tres hombres subieron la escalera rápidamente. Al llegar arriba encontraron la puerta abierta y vieron sombras que se movían adentro. Gracias a Dios habían llegado a tiempo. Se dirigieron a la habitación y llamaron a la puerta. Nadie respondió. Llamaron otra vez, y tampoco hubo respuesta. Desconcertados entraron a mirar. No había nadie allí. La habitación estaba vacía.

En el suelo, junto a la cama, había dos sandalias. En una de ellas encontraron una medalla de oro con la figura de un sol ardiente en cuyo centro se destacaba un hombre. Michael la reconoció. Era la medalla que Marcia solía llevar. En la otra sandalia había dos monedas romanas.

Los hombres comprendieron que no lo encontrarían. Qué extraño era, sin embargo, encontrar las sandalias y las monedas, los únicos vestigios de una realidad que sólo ellos tres conocían y podían compartir entre sí, porque ¿quién les creería? Devolverían la medalla a Marcia y las monedas a su antiguo dueño. Las sandalias eran un preciado recuerdo, que conservarían siempre como un tesoro.

EPÍLOGO

El cardenal Riccardo revisó el informe de la Congregación. La votación de censura fue de seis contra uno.

El informe decía así:

«El joven Joshua evidenció una actitud netamente hostil hacia la autoridad que, de permitirse propagar sin traba, provocaría enormes perjuicios en la disciplina y la fe. Su crítica contra los obispos, y contra los más altos dignatarios de la Iglesia, podría sugerir, cuando no dejar patente, un defecto de fe, que a su vez puede ser sintomática de la falta de acatamiento de los fundamentos bíblicos o dogmáticos de la autoridad de los obispos y hasta del mismo Santo Padre. Su actitud hacia los miembros del tribunal parecía apoyar esta observación.»

La crítica que hace este hombre de las prácticas de la Iglesia muestra una falta de comprensión de las realidades de la vida y pone seriamente en duda la eterna sabiduría y prudencia de la Santa Madre Iglesia. La propagación de estas ideas causaría un grave daño en la fe y la confianza de los fieles. Aunque parecía sincero, estaba errado y ofuscado por su encono. Si bien sus ideas no parecen heréticas, la crítica encarnizada que arroja sobre las prácticas y la política de la Iglesia induce a creer que carece de una comprensión sana de la naturaleza de la Iglesia y de su función como autoridad de Cristo en la Tierra.»

El cardenal pasó a leer el apartado de recomendaciones y censuras. En él se ordenaba a Joshua que dejara de hablar sobre esos temas a los fieles bajo amenaza de posteriores censuras. Se le decía que su actitud carecía de la docilidad y humildad que corresponde aun cristiano laico y que, en el futuro, haría bien en cultivar esas virtudes para beneficio de su propia alma y la edificación de sus prójimos cristianos.

Dado que carecía de instrucción en materia religiosa, no estaba capacitado para difundir las ideas de marcado carácter teológico que hacía circular. También se le prohibía comentar la práctica sagrada del tribunal o cualquier detalle que trascendiera de éste bajo pena de excomunión. Al pie del documento constaba el nombre de «Cardenal Giovanni Riccardo».

El informe contenía un apéndice, redactado por el propio cardenal, en el que defendía a Joshua con vehemencia y coraje, expresando la opinión de una parte minoritaria del tribunal. El informe completo, con el apéndice fue entregado al Santo Padre. Al obispo de la diócesis a la que pertenecía Auburn se le envió una copia. En ella el cardenal incluyó una carta personal suya en la que contaba al obispo lo ocurrido durante el interrogatorio y lo que le había sucedido personalmente a él. También le decía que, a su parecer, todos quienes habían tenido participación en ese asunto habían cometido un grave error que tendría futuras consecuencias.

El capitán Ponzelli, por su parte, envió una larga carta a su amigo, el rabino Szeneth, y otra a su buen amigo el obispo, en las que exponía los dos acontecimientos ocurridos durante el viaje.

El rabino ya los conocía por su hijo, que, con el ardor impresionable de la juventud, había extraído sus propias conclusiones con respecto a la identidad de Joshua. El joven había intimado con Joshua durante los últimos meses y percibía una llamativa similitud entre lo que predicaba Joshua y los Evangelios, que había comenzado a leer después de su partida de Roma.

Marcia también lo supo por Michael, que le confió todo lo que había llegado a su conocimiento por medio del capitán y el cardenal. A pesar del profundo abatimiento que le producía todo lo ocurrido y su tristeza por la devolución del medallón, no dejó de comprender su sentido último. Se lo dijo a Aarón y a Lester, a su familia y a otros amigos íntimos de Joshua. También se lo contó al padre Pat, y, con el correr del tiempo, para mantener vivo el recuerdo de Joshua, se reunían y pedían al padre Pat que les explicara las cosas que Joshua había dicho y hecho. A veces leían juntos los Evangelios, agradecidos por haber sido honrados con su presencia durante aquellos hermosos momentos de sus vidas.

Corrió la noticia de los últimos días de Joshua y muchos corazones se consolaron o se dolieron por lo que había tenido lugar durante ese breve y glorioso verano en sus vidas.

FIN